

TIEMPO PERDIDO

POR

EDUARDO WILDE

MIEMBRO ACADÉMICO Y CATEDRÁTICO DE MEDICINA LEGAL Y TOXICOLOGIA EN
LA FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS, MIEMBRO ACADÉMICO Y CATEDRÁTICO,
SUSTITUTO DE QUÍMICA ORGÁNICA EN LA FACULTAD DE CIENCIAS FÍSICO
NATURALES Y PROFESOR DE HIGIENE PÚBLICA EN EL COLEJO
NACIONAL DE BUENOS AIRES.

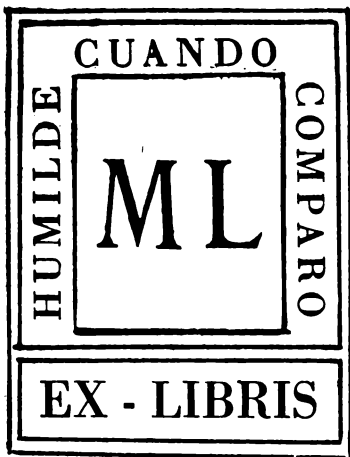
SEGUNDA PARTE—TRABAJOS LITERARIOS



BUENOS AIRES

SOCIEDAD ANÓNIMA DE TIP. LIT. Y FUND. DE TIPOS, A VAPOR, BELGRANO 189

1878



I.

COMPARACION

ENTRE LA

FILOSOFÍA MODERNA Y LA ANTIGUA.

DISERTACION

PRESENTADA EN LOS EXÁMENES DEL COLEJIO DEL URUGUAY

El 1º de noviembre de 1861

Por **EDUARDO WILDE**

ALUMNO DEL 2º AÑO DE FILOSOFÍA

Impresa por decision de la mesa examinadora y por cuenta del Colejio como una mención honrosa para el autor.

I.

Los progresos de la humanidad forman una cadena cuyo comienzo está en la creacion y cuyo fin, si ha de tenerlo, permanece oculto en el porvenir. Por esto, cada adelanto es el efecto de una causa que existió en los lejanos tiempos y que jermínando al traves de ellos, solo debió mostrarse tan lejos de su principio que su aparicion fuera un problema cuya resolucion está encomendada á la filosofia y á la historia.

La ciencia moderna no es mas que el éco de la ciencia antigua, éco que, propagándose en el espacio y persistiendo en el tiempo, llega á nosotros indeleble por que es inmenso como el espacio que ocupa, distinto por que es durable como el tiempo en que se produce. La ciencia antigua era la

imájen descolorida é incompleta de la verdad; pues bien, la ciencia moderna no es mas que la ciencia antigua en la cual esa imájen es colorida y estensa porque con el paso de los siglos, ha ganado en dimensiones y brillo. Y si la ciencia moderna no es el éco de una voz levantada en los primeros tiempos; si no es la luz emitida entónces y que ha aumentado su intensidad, por que las ramas de otros manatiales que ha encontrado á su paso se le han unido al propagarse; si no es la imájen mas brillante de la verdad ¿queda acaso un solo principio que sea bastante para explicar como se presentan en la ciencia moderna los mismos problemas, como se ajitan ahora las mismas cuestiones que en la antigüedad, como se corresponden al á través de los siglos Sócrates, Platon y Aristóteles con Leibnitz, Descartes y Bacon? Y esto no porque los adelantos cesaran, no porque el jenio de los progresos se detuviera, sino por que las relaciones de las verdades de que se ocupa la ciencia, son infinitas y esas infinitas relaciones se relacionan á su vez infinitamente y pues, aunque se ponga en el dominiò de la ciencia innumerables verdades, esto no será mas que añadir otra corriente paralela de relaciones hasta el infinito, persistiendo siempre el problema irresuelto por que su esencia será siempre el límite del poder humano.

La historia para quien recorra sus pájinas, no será mas que la demostracion de ello. La historia, por una serie de de narraciones que ligan los hechos con el pensamiento individual, para ponerlo de intermedio entre el pasado y el porvenir, contiene en sí demostraciones puramente teóricas y dá derecho á consideraciones abstractas, que son las leyes del desarrollo intelectual. Esas leyes son infalibles porque este derecho es lejítimo. Este derecho es le-

jítimo, porque la historia, segun su definicion, tomando el pensamiento individual como medio entre el pasado y el porvenir, refiere el desarrollo anterior de las facultades para mostrar á la actualidad del pensamiento individual, la necesidad de los jiros de ese desarrollo; mostrando la necesidad de esos jiros, se lanza hasta la esencialidad del pensamiento, al limite de lo posible del desarrollo; de esta manera, el desarrollo por venir, no puede ser otro que el desarrollo anterior; luego, esas consideraciones abstractas son leyes, porque son universales, es decir, abrazan todos los tiempos en que una inteligencia subsista; son infalibles porque son necesarias; luego el derecho de deducirlas, que es el signo porque las conocemos, es lejítimo porque esas consideraciones son necesarias, como quiera que son las leyes del pensamiento.

La historia pues contiene en su pájinas la brújula que señala al espíritu examinador el rumbo que sigue la ciencia; brújula invariable, porque no está como las brújulas materiales, sujeta á influencias de accidentes pasajeros; brújula que jamás abandona su meridiano, porque no es como la material, susceptible de posiciones, luego tampoco susceptible de declinacion: por ser inmaterial, es iudependiente de accidentes; por ser espiritual, es decir, intelijible puramente, es superior al espacio: abstracta y racional, es infalible y necesaria, toda vez que exista una inteligencia creada.

Si tales son los caracteres que rodean á la historia, los frutos que saquemos de su estudio serán prescripciones á las cuales fuerza será subordinarse, porque estas prescripciones llevarán el sello de lejitimidad que hay en su causa. Y bien ¿qué dice la historia del desenvolvimiento humano? La historia dice lo que la razon contiene; la razon

contiene sobre el desenvolvimiento humano un principio, y es que en el infinito número de ideas que acompañan á ese desenvolvimiento, es fatal al espíritu pasar de extremo á extremo por oposicion; la historia comprueba este principio mostrándonos que despues de una época de materialismo, sigue una época de racionalismo; que á un período en que el escepticismo mas completo es el único sistema, sigue otro en que reina el mas confiado dogmatismo; que despues que el espíritu humano se ha entregado al estoicismo, arrojando casi del todo fuera del alma la sensibilidad, se lanza con los ojos vendados en un misticismo absoluto. Hé ahí como á Thales responde Pitágoras, como á Pirron encara atrevido el sistema de Apolonio de Tiana, como á Zenon, Epitecto y Epicuro, responde la escuela mística de Alejandria.

Mas tambien la razon ha dicho «no hay una sola palabra perdida para la ciencia» y este tan vasto principio es al mismo tiempo, la demostracion completa de cuanto hemos dicho y la fórmula necesaria de un exámen sicológico detenido y profundo. En efecto, es la demostracion completa del raciocinio que precede, porque en él solo se trata de hacer patentes las leyes del desarrollo humano. A propósito hemos indicado como la primera, que los progresos actuales no son mas que el éco de lo progresos anteriores y ¿qué quiere decir esto, sino que la ciencia moderna se ha apoderado de los principios antiguos para modificarlos, para amoldarlos á las formas propias de la verdad, muchas veces para conservarlos intactos, como fundamento de su adelanto? Y decir esto último, es decir simplemente no hay palabra perdida para la ciencia.

Hemos dicho tambien que el desarrollo del pensamiento se efectua apoderándose de los extremos y la historia ha

venido en socorro de esta proposicion. Si pues nada existe en la ciencia del desarrollo extraño á esos extremos, pues mas allá del limite no hay nada que le pertenezca, nada existe tampoco sin que sea uno de esos extremos ó términos que ellos comprendan; luego no hay un solo sistema perdido para esa série; mas esa serie es la ciencia, luego no hay palabra perdida para la ciencia.

Hé ahí como siendo cierto este principio demuestra el raciocinio anterior; es cierto que lo demuestra, porque hemos probado que lo comprende.

Mas tambien este principio es la fórmula necesaria del exámen sicológico: trataré de demostrarlo.

La ciencia no es una reunion de conocimientos en donde se deja subsistir cada uno de ellos por sí propio, en donde se abandona al acaso el cuidado de buscar su relación y darla al espíritu en forma de otro nuevo conocimiento; la ciencia es la reunion de los conocimientos en donde cada uno de ellos se eleva sobre un anterior, para elevar y sostener á su vez un posterior, formando un conjunto armonioso en donde todo se enlaza para identificarse, formando un edificio cuyo cimiento es un axioma, cuyas paredes son las deducciones de esa axioma y cuya bóveda es el foco resultante de la converjencia de esas deducciones. Luego, el hombre poseerá la ciencia cuando posea todos los movimientos que ella ha producido, cuando posea el mecanismo que liga ese movimiento al motor y nó puede conocer esos movimientos, ese motor y su relación, mientras no conozca la historia de los errores, mientras que no conozca los buenos resultados, mientras que no conozca la causa de aquellos, mientras que ignore un solo sistema, mientras que haya una palabra perdida para la ciencia.

II.

La ciencia del desarrollo del pensamiento es la filosofía.

La filosofía antigua es el primer esfuerzo del hombre para conocerse y conocer lo demás; la filosofía de la edad media es el descanso del pensamiento para echar una mirada sobre su obra; la filosofía moderna es el nuevo vuelo del pensamiento, ya más potente y más confiado, es la filosofía antigua desarrollada, es la filosofía antigua complementada.

El conocimiento de la filosofía moderna supone el conocimiento de las épocas anteriores; el conocimiento de estas épocas, supone su comparación: mas esta comparación no debe establecerse entre las doctrinas, no puede hacerse entre los detalles: El exámen de las doctrinas abre las puertas á discusiones interminables; el exámen de los detalles complica mas las discusiones. Por otra parte, si estos detalles son importantes, aparecen en su síntesis; si no, lo son desaparecen y su desaparición no influye en los resultados. No es pues en las doctrinas aisladas entre las que debe establecerse la comparación; tampoco es en los sistemas; es en el foco de estas doctrinas, es en la resultante de todas las fuerzas concurrentes al fin de una época.

La historia de la filosofía comienza con la Grecia, mas decir esto no es decir que antes de la Grecia no ha habido filosofía; la filosofía existe desde que el hombre existe, pero su existencia antes de la Grecia no es en la ciencia mas que una proposición completamente analítica, completamente estéril. Por eso la historia de la filosofía no comienza sino cuando puede entrar en las revoluciones de las ideas, sino cuando puede seguir la marcha de los

pensamientos, sino cuando puede apreciar los sistemas. Por eso la historia que no ha podido ver con claridad en los abismos en que el tiempo ha hundido las luces de los primitivos pueblos, solo ha querido acompañar á la filosofía desde que el mundo contó entre las naciones á la Grecia.

La filosofía griega, como uno de esos torrentes que las montañas deraman sobre la llanura para fertilizarla, descendió de las elevadas cimas del jénio griego, para fertilizar los campos casi estériles, hasta entónces, de la intelijencia; la filosofía griega nació y su poder se hizo sentir tan lejos como su vuelo alcanzara; como ese torrente para el cual no háy obstáculos, porque aquello que no doblega por su rapidez y fuerza, vence con su division y flexibilidad, asi la filosofía griega si no subyuga por la razon de lo que afirma, seduce por lo atractivo de sus verdades. Su venida despierta al hombre del letargo en que yacia, casi del todo indiferente, para mostrarle la materia de sus meditaciones y el término de su aspiracion, en el exámen de la naturaleza de la causa de cuanto existe, en el medio de lejitimar ante sí toda verdad, en las relaciones de su ser con Dios.

He ahí los tres problemas que la historia nos hace encontrar en la filosofía griega; he ahí los tres problemas que la razon nos hace despues encontrar en toda filosofía; he ahí tambien como esta última proposicion nos dicide á establecer la comparacion de que antes hemos hablado, en ellos solos, porque ellos solos lo comprenden todo.

Lo que en la filosofía moderna son ellos, no es mas que lo que en la filosofía antigua fueron, mas un desarrollo, mas el camino que junto con los siglos han recorrido. Por esto una vez trazados segun sus formas pri-

mitivas, para trazarlos segun sus formas posteriores, basta trazar á su lado las adiciones que el tiempo les ha traido, basta retocar la imájen, usando de los colores que el progreso ha puesto en nuestras manos.

El problema del origen de cuanto existe hace nacer dos sistemas para esplicarlo: uno en que se admite como principio de toda existencia á la materia; otro en que ese principio es puramente ideal y desconocido porque la únidad abstracta de su ser, envolviéndolo del todo, lo deja tan solo accesible para la hipótesis. Thales funda el primero, mientras que Pitágoras presta un apoyo á la escuela de Elea, que lleva la exajeracion hasta el límite del idealismo, hasta lá mas remota concepcion de lo abstracto.

El sistema de los físicos progresa, mas progresa porque se divide; en esta division, mientras que la teoria de la sustancia elemental sucumbe por si misma, la filosofia atomista aparece mas seductora aunque no mas esplicable. El sistema de los especulativos tambien progresa porque el eleatismo encerrando la esencia del ser en la unidad absoluta, inicia uno de los atributos de la primera causa. Cediendo la ciencia al impulso de sus mismos adelantos, siente la necesidad de admitir un principio intelijente y sensible y aunque ello es todavia bajo el imperio de los dos sistemas, es sin embargo un paso hácia la verdad, un comienzo de eclecticismo, un preparativo para que el mundo filosófico reciba en su seno á Sócrates.

A la venida de este grande hombre, el teatro que encontró le desanimara, sino fuera su jénio quien emprendia el trabajo; el mundo sabio siguiendo la corriente de los sistemas, habia caído en un escepticismo completo,

escepticismo que era la consecuencia necesaria de la insuficiencia de los métodos, de lo exajerado de las doctrinas, de lo absurdo de las esplicaciones. Reunió los materiales esparcidos de la ciencia y dió el medio de utilizarlos. Sujetando el esclusivismo de las escuelas á lo estricto y racional de su método, conquistó un glorioso nombre; fué el primer eclético. Sin embargo, Sócrates huía de las soluciones y mas bien quiso poner á la humanidad en el camino para encontrarlas, que presentárselas él mismo, quizá porque nada esperaba de su época, quizá porque desconfiaba de su fuerza.

Saber el origen del mundo, la naturaleza de su causa, eran problemas que subsistian. Platon apareció; para él Dios es la causa intelijente, libre y poderosa que modela el mundo material á imájen de un mundo ideal; pero la modelacion supone el elemento modelable y es ante este elemento, es ante el fondo mismo del ser, que su poder se detiene. De este modo, la conclusion estaba dada, más no del todo, que es de la filosofia moderna de quien el mundo ha de recibir su sancion.

En efecto, el punto mas culminante á que la teodicea antigua alcanza, es el sistema de Platon y sin embargo como lo hemos observado, la teodicea de Platon está bien lejos de determinar cuanto encierra para el hombre la idea de un Dios.

La teodicea moderna, á pesar de la existencia del panteísmo, que no es mas que una reproduccion de los antiguos sistemas sobre la naturaleza de Dios, la teodicea moderna, digo, tomando lo selecto de las doctrinas griegas, añade al Dios retratado por ellas, un rasgo cuyos colores son tan vivos, que la proposicion que los afirma es un axioma. Este axioma de teodicea dice que todo ser ó atri-

buto cuya existencia Dios no ha podido determinar, constituye su misma esencia. De esta manera, las esencias ante las cuales Platon detenia el poder del creador, entrando en su esencia, no son un algo que no tiene nombre; no son un algo que constituye los elementos de la creacion; no son tampoco elementos de los cuales él se apodera para producir el mundo.

Hé ahí pues, lo que faltaba á Platon para que su solucion fuera completa; he ahí tambien la adiccion que la teodicea moderna ha hecho á la antigua.

Tales fueron los rasgos mas prominentes de la teodicea griega, tal es al mismo tiempo, el estado de la teodicea en nuestra época, cuyos resultados contiene en sintesis el axioma que he citado; resultados cuyo desarrollo me permito no esponer, porque suponen una amplitud cuyo limite está mas de allá de mi propósito y porque creo que, para demostrar su fecundidad y conveniencia, me basta decir á los señores que me escuchan, que al principio de las pájinas en que la historia los describe, se lee los nombres de nuestros mas ilustres filósofos.

III.

Los jiros de la razon son infinitos, mas en este inmenso número de jiros, hay unos cuyo curso se sigue mas fácilmente, porque su acuerdo con el destino de la razon es mas elemental, porque siendo mas elemental es admisible desde luego. Determinar cuales son estos, es el objeto de la lójica; la lójica es pues la materia del segundo problema.

Tócanos por cierto descender de nuevo á la cuna de la filosofia, para venir hasta el presente recojiendo los frutos

que sirvan para darnos un conocimiento exacto de los progresos del método.

La determinacion del orijen del mundo y de la naturaleza de su causa, supone el empleo de un método, como la obra supone el instrumento con que se la forma. Por esto, mientras Thales y Pitagoras construian sus sistemas, el método esperimental y el hipotético asistian á sus trabajos, quizá sin manifestarse, quizá sin que su diferencia se revelara á la ciencia para recibir de ella su clasificacion. De esta manera, podria decirse que antes de la venida de Aristóteles, la filosofia habia empleado ya tres médios para unir la razon á lo que afirmaba. La esperiencia, la induccion, que es una consecuencia necesaria de la esperiencia y la hipótesis eran estos tres médios.

Con Sócrates aparece el eclecticismo, mas no como método científico, sino como el resultado de una necesidad eminente, como lo demostraré al apreciar las ventajas del método moderno.

Mas tarde Aristóteles enseña las leyes del método deductivo, con una perfeccion digna de su jénio y este tan gran descubrimiento, cuyo orijen, si no está absolutamente en Aristóteles, está realmente en él para la filosofia, es al mismo tiempo el término del desarrollo del método en la antigüedad y el complemento del número de métodos posibles á que la razon alcanza.

Ninguno de todos estos médios se desconoce en nuestra época, porque ninguno de ellos es falso; pero si bien esto sucede, ninguno de estos médios se toma tampoco como el último término á que la lójica aspira, sino todos como principios que la lójica acepta para llegar á lo que aspira. Mas ¿ha llegado ya la lójica á colocarse en su verdadera posicion? y si ha llegado ¿cual es esta? La razon

responde á la primera de estas preguntas, que el instrumento es apropiado á todo trabajo que le pueda pertenecer, lo cual es suficiente; pero antes de constestar á la segunda, examinemos como hemos llegado á apoderarnos de la respuesta y con qué derecho afirmamos que ella encierra una verdad.

Basta para ello demostrar que los métodos modernos, aunque son los mismos que los métodos antiguos, son superiores á ellos porque están mas desarrollados y que uno de estos métodos superiores va á ser nuestra respuesta.

¿Cuáles son las leyes de los métodos antiguos? ¿cuáles son las leyes de los modernos? Del paralelismo de estas leyes resultará la verdad; del paralelismo de estas leyes resultará tambien la superioridad de los últimos.

Como he espresado ya, ni los procedimientos experimentales, hipotéticos ni inductivos, constituyeron en tiempo de Tháles y Pitagoras la materia de un exámen sério; es cierto que existieron esos instrumentos de legitimacion, pero no es ménos cierto que su poder era problemático, porque su admision como tales instrumentos era gratuita. Si ello no fuera así, la historia no olvidara citar el desarrollo que tuvieron y no es de suponer que lo tuvieran en parte, ó que hubieran determinado solamente algunas leyes efimeras sobre ellos, porque una vez determinada una de ellas, todas las demas son deducidas por necesidad, porque estos métodos no tienen leyes efimeras, sino que todas son esenciales.

Mientras tanto ¿qué son estos métodos, tales como están contenidos en nuestros téstos de lójica? Ellos son todo lo que se concibe que pueden ser. En el pequeño número de leyes que los rijen, se encuentra la prueba de su legitimidad, la amplitud de su poder y la necesidad de su existen-

cia. Refiérome sino á la descricion de ellos en la obras de Bacon y demas filosofos de nuestro siglo.

He dicho tambien que el eclecticismo de Sócrates, era el resultado de una necesidad, sin ser un método científico; ahora añado que, propiamente hablando, no se le puede llamar eclecticismo.

Era el resultado de una necesidad, porque á la venida de Sócrates, no quedaba de la filosofia mas que un frio escepticismo y una confusion espantosa de sistemas que se hundian sobre sus mismas bases: la causa de esta decadencia era la exejeracion de dos métodos directamente opuestos, cuyo término medio tomó Sócrates. Y ¿se puede llamar método científico, se puede llamar eclecticismo, á este término cuyas reglas se desconoce, á este método que habia sido tomado solo entre dos extremos y no abrazando por lo tanto, todos los métodos que con razon sobrada y ámplio derecho, se aplican á la filosofia? Y es evidente que no los abrazaba porque las leyes de la deducción no aparecieron hasta que Aristóteles las enseñó.

Por método verdadero entiendo aquel, que aplicado á una ciencia, esta no contiene ningun principio á que aquel no alcance: por eso el eclecticismo es el verdadero de la filosofia y llamo eclecticismo á la separacion de todo esclusivismo.

He ahí pues la respuesta que sanciona ésta parte de mi discurso; he ahí tambien el instrumento cuya falta detiene los progresos de la ciencia antigua; he ahí la razon que explica nuestros progresos actuales; he ahí el misterio de la fuerza que eleva los conocimientos de nuestras sociedades, á un grado sorprendente en el termómetro de la perfectibilidad.

IV.

El mas intenso sentimiento que domina al hombre, es el sentimiento de Dios, el sentimiento relijioso.

Es un axioma en nuestros tiempos, que cuando la inteligencia trata de explicarse sus relaciones con los demás seres y de medir el grado de dependencia que estas relaciones imponen, si bien ese sentimiento interviene en sus trabajos, siempre, ó como motivo ó como resultado, no es en nombre de ese sentimiento que forma sus juicios, sino en nombre de la razon. Pero este axioma es la obra de muchos siglos y el ser asi, es la única y total explicacion de la dependencia que en las primeras sociedades tiene la filosofia de la relijion. Por eso sus progresos no son rápidos; por eso su pensamiento no sigue caminos rectos, sino que lucha para deshacerse de los obstáculos que lo embarazan. Suponer lo contrario seria suponer que la razon, siendo por esencia ilimitada, puede activarse con una fecunda actividad, permaneciendo bajo un poder extraño á su esencia, contrario é su ilimitacion.

Estas observaciones nos dirán porqué la moral antigua es deficiente, porqué muchas de sus prescripciones son inhumanas.

¿Qué era la relijion entónces? Era el sacrificio absoluto del individuo hácia el creador; era la obediencia á leyes que se suponía emanadas de él; pero leyes tiránicas, leyes sanguinarias y monstruosas, que hacian del hombre un ente ridículo, un juguete de una divinidad caprichosa.

Y si como consta en la historia, la filosofia dependia de la relijion ¿que era bajo esta dependencia la sicología y la moral? La sicología era la ignorancia completa del objeto de las facultades, por que era la ignorancia completa

de la dignidad del individuo; luego, la moral era una idea errada de las relaciones de la sicologia con la teodicea.

Se piensa quizá que declinaria de mi creencia cuando se me citara la moral de Sócrates, pero ese pensamiento seria el resultado de un pésimo exámen; porque si bien á la moral de Sócrates no se le puede reprochar tantos principios como á la moral de los tiempos anteriores, es bien conocido que participaba de las preocupaciones de su época, por que es bien conocido que su moral era incompleta, por que es bien conocido que una de sus principales tésis era la defensa por sistema de la esclavitud.

Despues, cuando el epicureismo y el estoicismo aparecen, la moral toma opuestísimas direcciones y vá á parar á los mas remotos términos. Entónces en el epicureismo, léjos de ser la moral el sacrificio absoluto del individuo á la ley, era el sacrificio de la ley á la pasion del individuo. Entónces en el estoicismo, la moral era la invariable negacion de toda sensacion, es decir, la invariable negacion del principio que para el epicureismo lo comprendia todo.

De esta manera, la ciencia no debe mirar en las dos escuelas mas que una rivalidad fecunda en divisiones, rivalidad que hace ganar en estension á cada una de ellas, segun las épocas, pero rivalidad estéril en grandes resultados, estéril si se ha de buscar en su desenlace, las leyes que conduzcan la humanidad por la deseada via á su destino.

Por eso nos asombra esa lejislacion cruel de las sociedades antiguas; por eso en ellas existe ese desamor tan extraño á nuestra época; por eso no se debe buscar caridad en ellas, convencidos ya de que la caridad seria una resaltante contradiccion con las costumbres de su vida toda.

Mientras tanto ¿hay acaso un momento en la vida de

nuestras sociedades civilizadas, en que se olvide de esa moral inimitable, sin la cual se haria imposible nuestra organizacion? ¿Hay acaso un antro en la morada de esos mismos pueblos, en donde no penetre esa luz que nos inunda y doblega bajo el peso de un yugo que bendecimos?

Si en nuestras sociedades se ha hecho alguna vez oír la moral de sentimiento y del interes, que así haya sido, ello no constituye una objecion á que no podamos responder.

La moral del interes y del sentimiento mas han influido por su forma que por su fondo; pero su fondo esta destruido por el profundo sentimiento del bien; su forma no es invencible porque es un puro sofisma; es un puro sofisma, porque toma los signos que acompañan á las acciones como el motivo de ellas, porque toma lo accidental como lo esencial, el incidente de un resultado como la causa de un efecto.

V.

Habia dicho que la filosofia de la edad media, era el descanso del pensamiento para echar una mirada sobre su obra. Si podemos llegar á patentizar que no tiene un verdadero carácter de orijinalidad, la definicion será lejitima.

El juicio formado por los juicios parciales que nos dá el estudio de los sistemas antiguos, es el juicio de toda la filosofia antigua; el juicio de la filosofia antigua, es pues, la síntesis de estos juicios parciales; esta síntesis muestra que la teología subyugó á la razon, que la filosofia fué entonces del todo dependiente.

De la misma manera, la síntesis de los juicios sobre la ciencia de hoy, muestra que la filosofia es absolutamente libre.

Segun esto, las dos épocas marcan dos extremos que, siendo la sintesis de esas épocas, nos presentan dos caracteres opuestos.

Si ello es así, la filosofia de la edad media, no puede ser, á ménos que introduzcamos imposibles, no puede ser digo, mas que un esfuerzo de la razon para arrojar el yugo que la teología le impone; un esfuerzo para entrar en una nueva senda cuya vista le seduce y hácia la cual corre porque está en su naturaleza el seguirla.

Filla es, entonces, un término medio entre los dos estados; es la razon que arrancando un juicio de su pasado y una concepcion de su futuro, forma una idea que desarrolla, idea que por lo tanto carece de orijinalidad.

La influencia de la relijion se dejó sentir mas que nunca en el primer período de la escolástica; el cristianismo era á propósito para calmar aquellos pueblos ávidos de creer y para alimentar el misticismo de sus filósofos; entonces tambien aparecieron el nominalismo y el realismo, que bajo una forma degenerada, eran los sistemas de Aristóteles y Platon.

El nominalismo favoreció algun tanto la independendencia del pensamiento, porque tendia á separarlo de ese misticismo exajerado.

La introduccion de las obras de Aristóteles caracteriza el segundo periodo; introduccion benéfica porque formó dialécticos que si bien no separaron del todo la filosofia de la teología, al ménos determinaron su principio de distincion. El tipo de estos dialécticos es Duns Scott.

En el tercer periodo, ya no hay poder que detenga al pensamiento y á despecho de los padres de la Iglesia, principia su emancipacion y con ella principia esa nueva marcha del espíritu que se llama filosofia moderna.

VI.

Trazados en sus mas sintéticas y vastas formas, tales son los caracteres de la ciencia filosófica y tales son las faces en que con las épocas se nos presenta.

Estos comprensivos caracteres, estas diversas formas, cualquiera que sea el tiempo en que se las someta á un exámen, cualquiera que sea por otra parte, el poder de la intelijencia que examine, darán siempre los mismos resultados, porque mostrarán siempre las mismas causas y esta inmutabilidad de las causas, que mantiene la inmutabilidad de los resultados, gravita sobre la solidez de su base que es la inmutabilidad de los hechos pasados.

El conocimiento de la inamovilidad de principios y fines, de causas y efectos, de los elementos y de las operaciones en ellos efectuadas, presta al espíritu animacion para concebir, presta á la voz gran enerjia para espresar.

Así, la última espresion de mi pensamiento sobre la ciencia antigua y la moderna, será el paralelismo mas formulado y comprensivo de sus respectivos caracteres, como tambien será la última palabra de mi discurso.

La filosofia antigua quiere ante todo averiguar el origen del mundo, sin demostrarse que podia hacerlo, encarando asi una cuestion imposible: la filosofia moderna aspira á conocer las facultades y cuando su aspiracion está satisfecha, trata quizá como la última y mas profunda de todas las cuestiones, aquella que para los antiguos era la primera; por lo tanto, lo que para estos era imposible por falta de medios, para nosotros no lo es por que los poseemos todos. La filosofia antigua ó no tiene ningun método, ó deja que el que tiene tiranice las intelijencias; de este modo, ó se deja vagar sin rumbo, ó se impone leyes que no

ha buscado lejitimamente, pero que sufre con voluntad: la filosofia moderna, ni se deja imponer por los métodos, ni se hace superior á ellos, sino que limita sus poderes y esta limitacion de poderes quita todo limite á sus progresos. La filosofia antigua ora no considerando la relijion sino temblando ante ella, trunca su poder por que se esclaviza; ora nivelando las condiciones del hombre á quien diviniza, con las del Dios á quien humanifica, se hace superior á la relijion y la desprecia: la filosofia moderna, no queriendo penetrar en los detalles de la relijion, por que es otro su órden de verdades, sigue su ruta libre como la voz de la razon, tranquila por que sus pasos son seguros. La filosofia antigua, en fin, huyendo de los justos medios, se lanza en los extremos, mas por espíritu de oposicion, que por oposicion de su espíritu al derrumbamiento de la ciencia y la filosofia moderna, huyendo de los peligrosos extremos, se coloca en los justos medios, mas para enaltecer la ciencia que para impedir que se abisme y esta tan grande como lejitima ambicion, es lo que esplica nuestros progresos; por eso es nuestra mas grande riqueza, nuestra mas preciosa herencia, el último consejo, la última palabra de nuestros sábios al dejarnos.

Hé dicho.

II.

FISIOLOGÍA DE LA RISTORI

El mundo está en nuestro cerebro.

Vivimos en esta tierra como suspendidos en medio de la inmensidad por el vínculo de nuestras sensaciones.

Las maravillosas existencias que nos rodean no tienen significación para nosotros, si no se convierten en ideas nuestras y si no entran por un mecanismo misterioso, á hacer parte de nuestro ser, constituyéndose en propiedades del pensamiento.

Cuando un vívido relámpago castiga con su látigo de fuego el horizonte lejano, la pupila dilatada devora el espacio inmenso y recoje en los confines del mundo un rayo de luz para retratarlo en la retina, tan grande, tan claro, tan rápido y chispeante como es.

Cuando las vibraciones del aire, sacudido espantosamente por las violentas convulsiones que el fluido eléctrico ha producido al abrirse paso, rompiendo sus moléculas, enjendran ese ronquido tremendo que estremece y aterra, el oído va allí donde se produjo el trueno y recoje hasta el último tono del salvaje bramido, para entregárselo íntegro al cerebro.

La luz y los sonidos son los grandes elementos de las sensaciones.

Los ojos y los oídos son los instrumentos con que el

cerebro se apodera de esos principios, para formar sus pasiones y sus ideas.

Vivir es ver y oír sintiendo una modificación intelectual á cada rayo de luz que los ojos reciben, á cada nota que llama á la entrada de nuestros oídos.

Allí en el fondo de los ojos se condensa la luz bajo la forma de colores, desde la púrpura y azul de los arco-iris hasta el reflejo pálido de la luna que se mira en el mar.

Allí en el laberinto de los oídos se condensan bajo la forma de sonidos, desde las roncadas vibraciones del trueno hasta las melodías tiernísimas de una música celestial.

De allí nacen los supremos goces con los espasmos de los nervios alterados y esa tremenda admiración que encanta, al contemplar un cuadro de Rafael y ese deleite intenso que aletarga cuando llegan al alma las notas del violín de Sívori.

Cuando se oye una música encantadora, el hombre se vuelve todo oídos, cuando se mira un cuadro sublime el hombre se condensa en sus pupilas: el mundo desaparece y no se escucha más que un sonido ni se ve más que un cuadro.

Y cada sonido y cada cuadro responde á un sentimiento y á una idea.

El apoderarse de estas dos grandes sensaciones es apoderarse de nuestro ser y esto solo les es dado á los grandes artistas.

Solo en el teatro y al ver copiar en sus más delicados detalles los giros de la naturaleza, nos olvidamos de nosotros mismos, para absorvernó en cada personaje que se nos pinta á lo vivo.

Llegar á producir este olvido de sí mismo en el espectador, constituye más que el talento, el jénio y hace ya una

corta temporada que el pueblo de Buenos Aires va á olvidarse de si mismo, soportando la tremenda impresion que la Ristori deposita en cada una de sus espectadores.

Yo llegaba á concebir el significado de la palabra «trá-jica» pero jamás habia visto el modelo, jamás nadie me habia hecho experimentar en el teatro, esas grandes impresiones que se pinta en las tragedias y que parece que son sentimientos destinados á morar solamente en las almas de los héroes.

Pero al escuchar á la Ristori, los sentimientos que tuve antes se avivaron y nacieron los que no tuve jamás.

Enjendrar en el alma del espectador sentimientos que no ha tenido nunca, crearle ideas, importar sensaciones nuevas en cerebros ajenos, á atraves de los ojos que miran y de los oidos que escuchan; he ahí lo que hace la Ristori.

La fama de la Ristori la precede en sus viajes y antes que ella ponga su pié en la playa, ya está hecho en cada uno de los que piensan oirla, el propósito de admirarla, propósito quizá oculto, pero no por eso menos completo, porque es imposible no ceder á la influencia del crédito de la trájica, pregonado por sus grandes triunfos.

Cuando ella va á mostrarse por primera vez en cada representacion, un estremecimiento jeneral en los espectadores la anuncia; parece que cada uno quiere acomodar bien sus nervios para que la fuerza de las impresiones los encuentre preparados á una lucha desconocida.

La Ristori es una mujer alta, bien proporcionada, algo delgada, de figura airosa, de ademan imperativo, habitualmente erguida; parece mas dispuesta á experimentar los impulsos del orgullo y de la cólera que los de la ternura y el dolor injenuo, quizá porque acostumbrada á imitar á las

reinas, el alma de las reinas ha concluido por introducirse en su cuerpo y prestarle esas actitudes altivas.

La mayor parte de los habitantes de este pueblo, solo estamos destinados á mirar de lejos á la Ristori y para estos es necesario pintarla cual se la ve de lejos y en el teatro. La Ristori es una propiedad pública cuyo propietario es el mundo entero, que tiene sobre ella el derecho de admirarla, y la fotografia que la retrate no debe tomarla como mujer en el seno del hogar doméstico, sino como la heroina de las tragedias en medio del público que la aplaude, en medio de las pasiones momentáneas que la animan, pero á las cuales no deja de prestar la mujer del hogar parte de su alma.

Su frente es despejada y proporcionalmente mas alta que ancha: es frente de mujer altiva.

Por eso pinta mejor la situacion de su alma cuando alza la cabeza para mandar, que cuando la inclina suplicando; y pinta mejor la situacion de su alma, porque siente mas vivamente el estímulo que la vuelve imperiosa que el que la obliga á humillarse.

Sin embargo, en el lienzo de su frente hay campo para todas las espresiones posibles, desde las que atestiguan las borrascosas pasiones de un corazon perverso, hasta las que muestran la inocencia y candor del alma virjen.

Sus ojos algo cansados ya por el tiempo y por el pesado ejercicio que están obligados á ejecutar, no son de un color determinado y por esto no son propios para espresar mas bien una pasion que otra; la fuerza de su espresion no debe buscarse en sus condiciones de colorido y de brillo, sino en los accidentes de sus movimientos y en la armonia del conjunto que contribuyen á formar con las demas facciones.

En los movimientos de esos ojos, dirigidos por los músculos patéticos, las expresiones serian acabadas y bellisimas si no se notara cuando la accion es llevada al último grado, que uno de ellos, el derecho, se desvia mucho hácia arriba y adentro, produciendo un efecto que solo se hace perdonar en virtud de la rapidez con que pasa.

En todas las demas posiciones la Ristori hace de sus ojos lo que quiere.

Si busca espresar las ternuras de un amor naciente, una ténue capa de líquido se esparce sobre su pupila y parece que destila la esencia del amor, en cada reflejo de su córnea humedecida.

Si trata de pintar la cólera que domina el alma de una mujer ofendida y que aspira venganza, parece que del fondo de sus ojos parten los rayos de fuego con que ha de atreversar el pecho del que osó levantarse hasta ella.

Y cuando el dolor intenso quiebra aquella naturaleza de hierro, los brazos de la artista se echan hácia atras, su cabeza se inclina sobre el pecho, sus órbitas se agrandan, una seccion mayor del globo de sus ojos aparece y el eje de su mirada penetra hasta el fondo de la tierra, como para buscar un punto de apoyo á aquella cabeza cuyo cerebro está apretado por la fuerza de una pasion violenta que ha llenado de sangre sus arterias.

Esta actitud es poderosa y no hay espectador que la resista. La trájica da con ella á tal grado á la medida de su dolor interno, que el que la mira siente una tension mayor en su cerebro, una crispacion involuntaria de los dedos y una parálisis ficticia del torrente de su sangre.

Despues de una impresion así, hay necesidad de descanso y el que ha presenciado ese cuadro, se alegra de que se concluya para respirar con libertad.

La boca de la Ristori es otra de sus facciones que mas y mas bien trabaja.

Sus lábios son finos, terminados en extremos enteramente movibles.

Es boca hecha para espresar las finuras de la pasion exajerada y hablar mas á los ojos que á los oidos.

Sus extremos se dirijen con frecuencia hácia arriba para espresar el desden ó la cólera contenida, ó caen acercándose á la barba, cuando la trájica mira al cielo con ademan dolorido é implorando la proteccion de Dios para su alma atribulada.

Cuando el alivio de su espíritu se derrama en forma de llanto de sus ojos, sus lábios se dilatan primero para dejar escapar el axeso de calor que ahoga su pecho y luego se contraen, como para reprimir esa exalacion del sentimiento que parecè haber salido apesar de la artista.

Despues de una escena de llanto, testimonio de la debilidad humana y signo perenne de la flaqueza de la mujer, la reaccion se manifiesta con nuevo brio y si las lágrimas se escaparon acompañadas de suaves y calladas palabras, un torrente de frases enérgicas brota de aquella boca inimitable, como una protesta contra la debilidad pasada.

Todas las facciones de la artista se animan, sus miembros han cobrado fuerza y gastan en movimientos oportunos, pero sin medida, aquella exuberancia de vida, con tal perfeccion que la misma naturaleza parece solo ser la copia de aquel modelo.

No hay quizá una funcion sobre la cual tengan mas influencia las pasiones actuales que la de la respiracion.

La cólera, el temor, la intensa alegria, todas las grandes emociones suspenden ó perturban la respiracion y á causa de esto y del desarreglo consiguiente de la circulacion,

cuando el hombre experimenta esas emociones, sufre un verdadero padecimiento, se ahoga, busca aire, lo cual no es mas que un medio de dar tiempo á que el espasmo del sistema nervioso se apacigüe.

La Ristori ejecuta todas estas trasformaciones, practicando á voluntad fenómenos que no dependen de ella, sino de la vida vejetativa á la cual la voluntad no manda y sus sollozos y su respiracion entrecortada por el poder del arte, es igual, exacta, idéntica á la que la naturaleza ejecuta cuando es presa de esas emociones.

Y se sabe y se ve cuanto ha hecho el arte de esta mujer en su organismo, no solo observando que despues de tan grandes esfuerzos simulados, no da indicios de la menor fatiga, sino teniendo en cuenta este hecho fisiológico que apunto.

Los hombres respiran mas con el diáfragma que con los músculos del torax.

Las mujeres dejan quieto á su diafragma y hasta inmóvil en algunas circunstancias y respiran con el pecho.

De aquí resulta que mirando el seno de una mujer, se puede contar el número de sus movimientos respiratorios y apreciar la fuerza y la estension de cada uno.

Pues bien, mirando á la Ristori mientras ejecuta sus fuertes papeles, se aprecia por el levantamiento de su pecho, la estension, el tiempo, la fuerza de cada movimiento y la perfecta armonia que hay entre las pasiones de su alma, en momentos supremos y el estado del organismo que sufre su influencia.

No hay nota de música tierna, ni melodía encantadora aunque sea semejante á los coros que la poesia del cristianismo hace cantar á los ángeles en el cielo, no hay vibracion de cuerda fabricada, aunque sea la cuerda del arpa de

David, ni timbre del metal mas sonoro, que se iguale á los dulcísimos sonidos de la voz humana.

Los que han amado alguna vez á una mujer, saben cuanto se graba en los oidos el dulce acento de su voz y cuanta dicha añade á la felicidad presente, el blando timbre de una palabra tierna.

El timbre agradable tiene tal atractivo que la sola percepcion de él enjendra un afecto inesplicable, hácia la persona que posee en su voz seductora una fortuna.

Todos los hombres saben que el tono, el timbre, la cadencia, el ritmo de la voz humana, cambian con los afectos del ánimo y que hay un tono y un timbre para espresar la ternura y el amor y otro tono y otro timbre para pintar el ódio y la cólera.

La queja, el ruego, la indiferencia, el temor, la ironía y el ódio tienen su voz propia y estas gradaciones en los elementos del sonido, tienen tal influencia sobre el ánimo que basta el tono y la actitud para cámbiar completamente el sentido de la palabra.

No habla lo mismo Júpiter tonante cuando arroja sus rayos sobre los mortales, que la virgen seducida al implorar perdon de su desvio.

La Ristori conoce todos los tonos, todos los timbres y todas las inflexiones de la voz articulada, á tal grado que recorre en un momento, segun la pasion que la anima, desde los sonidos mas profundos y oscuros hasta los mas blandos y suaves.

Su garganta es el órgano de su espíritu que vibra al unísono con cada elemento de su pasion actual.

Cuando oprimida por el dolor baja la voz y habla quejándose de su suerte infausta, es tanta su dulzura y tal la cadencia de su palabra, que la mas grande compasion na-

ce en el alma del que la oye quejarse con tanta verdad y amargura.

Cuando ha de llorar, sus últimas palabras son húmedas, las contracciones de la glotis parece que las empapan y que la lengua apenas puede despegarse de las paredes de su boca. Esto es exactamente lo que debe suceder; todas las impresiones que habian de determinar el llanto, producen en la cavidad de la boca un efecto de aglutinacion que hace tardia y pesada la diction. Los líquidos que en el estado normal son fluidos, se espesan con el llanto y oponen á los movimientos de la lengua, una resistencia mayor.

¿Llora entonces la Ristori ó como la hemos visto mandar á sus pulmones, manda tambien á las glándulas de su cuello?

Mas si en vez de esto quiere pintar el espanto que se apodera de ella, su voz se ahueca, se hace mas sorda, parece que viene de mas lejos y que llega cansada. Entonces tambien manda que la glotis se dilate, que la prominencia de sus cuerdas vocales se borre, que una mayor cantidad de aire salga al mismo tiempo de su garganta y produzca, al chocar con las cuerdas flojas, ese sonido oscuro, sordo y blando.

En todas estas variedades, los efectos producidos son completos.

Pero donde mas debe admirarse á la Ristori, es en el conjunto de los cuadros que forma.

Entre las leyes de la pintura está la siguiente en primera línea:

«Si un cuadro no ha de tener mas que un personaje, para que el cuadro sea completo es necesario que el personaje sea sublime.»

La Ristori verifica en el teatro lo que los grandes pintores en el lienzo. Ella llena con su figura el escenario y la atención del público se detiene parada á contemplarla, como el amante de la pintura ante un cuadro de Rafael.

En ese cuadro vivo falta el fondo y el paisaje, pero nadie lo nota, por que la atención queda absorbida en la figura que se destaca.

El perfil de la Ristori lleva el sello de su índole; no es un perfil comun, es un perfil que se graba y no se olvida. Este perfil es el acento de sus actitudes que sobresale notablemente cuando manda con imperio en el desempeño de una tragedia.

Entonces levanta la cabeza, afija su cuerpo erguido sobre su planta y alza su brazo rijido como el acero.

Ni un pliegue de su manto de reina se escapa de la ley que rige el acto y desde el cabello hasta la última fibra de su organismo, todo concurre bajo el imperio de una fuerza desconocida, á completar el cuadro.

Sus facciones le obedecen con tal docilidad que mas que partes de su organismo, parecen esclavas de sus pasiones.

La Ristori debe ser una mujer exesivamente nerviosa y debe haber gastado mucho talento de observacion y mucho poder de imitacion, para haber llegado á copiar tan bien el efecto de la moral sobre el organismo humano.

Comprendo que apesar de estas dotes eminentes, la afa-
mada trájica tiene tambien defectos que á un critico justo y severo no le seria dificil señalar, pero sobre todas sus cualidades y defectos se halla este grande hecho de observacion:

El que vé y oye á la Ristori pierde hasta el aliento de criticarla.

Buenos Aires, setiembre de 1869.

III.

SOBRE POESIA.

POESIAS DE ESTANISLAO DEL CAMPO

Dejemos por un momento los enfermos del cuerpo, que un enfermo del alma viene á nuestra puerta.

Los poetas todos que llenan de armonias dulcísimas el mundo de las ideas, tienen indudablemente algo de mas ó algo de menos que los otros hombres. La poesia es una enfermedad de la intelijencia, un estado anormal del pensamiento, pero tiene, como lo fantástico, la belleza de las ilusiones y la utilidad del lujo.

No es lo natural por cierto espresar las ideas en poesia; la imaginacion que crea esas espresiones tiene que esforzarse en recortar pensamientos, en remendar ideas, en alargar conceptos ó cercenar juicios.

La poesia resulta de los juegos y combinaciones de palabras, como las composiciones en las imprentas de la eleccion de los tipos.

Lo natural es que se piense en prosa, pero la prosa torturada, añadida, estirada, sorprendida, trastornada, revuelta y desglosada, puede dar lugar á la poesia.

Para ser poeta es necesario conseguir espresar con la mayor dificultad posible, exactamente todo aquello que no se tiene la intencion de decir.

La poesia es pues la manera de presentar siempre ó casi

siempre pensamientos contrahechos. Es el modo de expresar mal una mínima parte de un todo que se pudiera haber dicho perfectamente bien.

Un amigo mio cada cada vez que lee un verso admissible y que contiene alguna idea, esclama «¡que lástima que este verso no esté en prosa!»

Para un verso que sale espontáneamente hay mil que han sufrido todas las torturas imaginables.

Cuando veo hacer versos me imagino asistir á la fabricacion del alambre; allí el lenguaje pasa por una hilera finisima donde el pobre deja su pellejo.

La poesia resulta de la tortura del pensamiento en una cárcel de palabras.

La espontaneidad en la poesia es rarísima y los poetas de nacimiento tienen á mi modo de ver, una hipergenesia de los órganos del pensamiento, de lo cual resulta un des-arreglo intelectual.

Los tiempos en los cuales la poesia abunda en todos los pueblos, son los tiempos primitivos, las épocas próximas al nacimiento.

De manera que escudriñando la historia se puede desglosar de ella este principio.

«Cuanto menos industria mas poesia.»

O lo que vale lo mismo «cuanta mas jente desocupada mas poetas.»

Para ser poeta se necesita tener tiempo de sobra; lo mismo que para gastar lujo es necesario tener dinero demas.

La poesia pues como el lujo, entra en la categoria de las cosas superfluas.

Escusado es discutir sobre su utilidad como lo haecn algunos.

Los que quieren encontrarle utilidad á todo lo que hay en el mundo son unos visionarios.

No solo hay sobre esta tierra cosas completamente inútiles, sino que las hay hasta perjudiciales.

« Dios no ha creado nada sin su fin » es un pensamiento de gran boga entre los seminaristas; pero para los demás mortales, es un hecho que hay varias cosas creadas por el mismo Dios, con las cuales no ha de haber tenido otra mira que la de mortificarnos.

Lá utilidad de la poesia es semejante á la de las pulgas, de los mosquitos y otras sabandijas.

Para mí el único defecto que tiene el lenguaje es el de prestarse á la poesia.

Pero ya que desgraciadamente ella existe en el mundo á par de otros males, conformémosnos con nuestra suerte y busquemos qué clase de sentimiento inspiran los poetas.

A mí me inspiran compasion y cada vez que sé que una persona que aprecio hace bellos versos, me veo tentado á esclamar « ¡pobre, tan estimable por todo, pero poeta! »

Otros admiran á los poetas y se encantan con los dulcísimos acordes de su lira.

Algunos piensan que ellos son seres sublimes dotados de una sensibilidad exquisita y una alma grande como el espacio y elevada como las estrellas fijas.

Estos suelen tener razon. Verdaderamente hay poetas que suelen escribir bellezas tales, que bien merecian estar en prosa. En esas obras inmortales, el grandioso pensamiento ha salido á luz á pesar de la poesia; ¡cuan luminoso y encantador no se habria mostrado si hubiera venido por los rectos y fáciles caminos de la prosa!

Necesario es confesar sin embargo que el hombre es dado á lo fantástico, á lo misterioso y á lo increíble, por vía

de divagacion y que no es raro en él, teniendo estas condiciones, que alguna vez piense en poesia, como se piensa en la realidad del horizonte y se dá existencia sólida y corpórea, al cielo azul que nos rodea.

Vivimos actualmente en una época de materialismo y hacemos muy bien, á mi modo de ver.

Los ferro-carriles y las fábricas manufactureras han reemplazado con ventaja á los idilios y los sonetos.

Ahora se piensa mas en encontrar la solucion de un problema mecánico, que en hallar un consonante para concluir felizmente un verso.

Todo esto está en armonia con las necesidades del hombre y con las urjencias sociales.

Hay actualmente menos soñadores porque hay mas hambre; la prosa abunda porque las necesidades del estómago se han vuelto mas apremiantes que las del corazon.

Antes se destinaba al trabajo el tiempo que le sobraba al amor; ahora el amor es un detalle, un accidente del trabajo.

Y no es por cierto muy á propósito para inspirar cantos amorosos, ver desembarcar carbon de piedra ó colocar caños para el alumbrado á gas.

En fin, no es tiempo de poetas!

La fabricacion de poemas se ha hecho muy dificil y apenas si se encuentra en el mundo uno que otro filósofo descarriado que se dedique á esa especie de comercio!

La razon principal de este decaimiento poético es que en la bolsa no se cotiza versos sino cueros, á causa de que se vende mas y mas caros los cueros que los versos y que satisfacen mejor las exigencias del cuerpo.

Aquí, sino fuera una barbaridad, podia decirse que el cuerpo se ha trepado sobre el alma.

Un poeta argentino al apreciar las obras de Estanislao del Campo, ha dicho que la poesía sublime y elevada escasea por que no hay grandes acontecimientos políticos que contar, pero para nosotros esa no es la verdadera razón.

Las guerras heroicas y las santas revoluciones de los pueblos, pueden dar ocasión á poemas épicos, pero la poesía no se encierra toda en ellas.

La verdadera poesía ha comenzado por cantar sentimientos y por tomar como elemento de sus obras, los suaves impulsos de un corazón enamorado.

Adán debió ser poeta, pero poeta en prosa, cuando solo, en el paraíso, bajo la sombra de los árboles y sobre un piso de flores, declaró á Eva su amor y sus antojos.

La poesía no necesita salir al mundo para encontrar su esfera de acción; en cada sentimiento, en cada impulso del corazón hay un millón de poemas.

La compasión, el amor, la tristeza, el odio, los celos, la ambición y cuanto sentimiento puro ó compuesto pone al hombre en relación con sus semejantes, es un manantial de poesía.

Y francamente quizá los únicos poetas que tienen un legítimo derecho á hacerse perdonar sus versos, son los que cantan el amor y los sentimientos tiernos.

La poesía si fuera un lenguaje fácil y admisible, seria el lenguaje propio para hablar á las mujeres.

Ellas, las pobres, son débiles de espíritu y afectas por consiguiente á desear lo que no entienden y admirar aquello cuyo significado no conocen.

La poesía en estos casos gusta como la música. Cuanto menos músico es uno tantas mas piezas le agradan, precisamente por que uno no las entiende.

Tiene la poesia otro atractivo mas ; el atractivo de lo ilejítimo y anormal.

Hablar en prosa es comun y fácil ; hablar en verso es imposible y el que tomándose el tiempo necesario para producir, produce algun verso agradable, sonoro y que retrata algun sentimiento delicado, ha puesto una pica en Flandes.

Las mujeres son de suyo caprichosas y amollan perfectamente á su espíritu y á sus gustos, la poesia, que no es mas que un capricho de la prosa.

Por eso es mas comun que una mujer se enamore de un poeta que de un sábio, precisamente por que le gusta mas lo que brilla mucho y seduce desde luego los sentidos, ó roza suavemente los sentimientos mas comunes, que aquello que dirige sus toque á lo mas profundo del alma, ó á lo mas esquisito y delicado del pensamiento.

Cual es el mejor poeta, es lo mas difícil de decir y quizá lo mas facil de saber, en cada caso especial.

El juicio sobre los poetas no debe hacerse jamás en jeneral ni en conjunto, porque cada uno de ellos presenta una faz distinta y cualidades especiales, que no pueden compararse con las de otro y que por consiguiente, no son susceptibles de admitir la misma medida, ni una aislada de aquellas con que el juicio y el gusto aprecian las diferentes clases de literatura.

El poeta que gusta mas hoy no será el mas preferido mañana, porque los juicios como los sentimientos cambian con las circunstancias del espíritu.

De este modo se explica como lo que nos ha seducido tanto en un momento dado, segun la impresion que nos dominaba, nos parece frio y pálido cuando lo apreciamos en otra escena y bajo diferentes impresiones.

El mejor poeta es ninguno, porque es aquel que se lee

con mas gusto y no hay un tipo de gusto clásico en poesia, ni en ninguna otra cosa que se dirija ó se destine á sentimientos.

Un autor respetabilísimo dice que el mejor poeta es aquel cuyos versos lleva el viajero de buen gusto en el bolsillo de su paleta, para leerlos durante el viaje.

La definicion seria perfecta si se supiera cual es el viajero de buen gusto, pero saber esto es tan difícil como saber cuál es el mejor poeta.

No averigüemos pues, cual es el poeta preferible y admitamos que hay poetas conforme hay desgracias sublimes.

Cuenta la historia que los espartanos utilizaron los talentos poéticos de Tirteo, para hacer triunfar sus huestes arrebatadas por un entusiasmo loco y todos sabemos ahora, que se toca el tambor para infundir valor en los batallones que se dirijen á la pelea.

Hé ahí, pues, dos cosas que son semejantes por los efectos que producen; pero decir que el toque de tambor es lo mismo que una poesia patriótica, es hacer la mayor justicia y el mayor epigrama á la poesia.

Estanislao del Campo no es por cierto Tirteo, ni es cojo ni tan feo como este.

Tirteo cantaba para que le pagaran; Estanislao del Campo paga para cantar.

Él no ha hecho poesias patrióticas destinadas á inflamar las masas y cuando despertaba su musa en las campañas, era para entretenerse á si mismo y distraer á sus compañeros de penurias.

Por último, nosotros que leemos con indecible placer los versos de del Campo, no somos griegos ni siquiera es-

partanos y si algo tenemos de griegos, no será por cierto otra cosa que la afición á los cambios de decoracion.

Estanislao del Campo comenzó por hacer versos en broma y jugando y chanceando, ha llegado á obtener el título de poeta y un lugar distinguido entre los que escriben versos en la república argentina.

Hacer versos gauchos es, indudablemente, burlarse de las musas, pero comienzo quieren las cosas y del Campo que comenzó por pintar costumbres, remedar juicios y retratar sentimientos de gauchos, es decir, de jentes que reflejan su propio natural sin ficcion ni disimulo, ha llegado á trepar al Parnaso y arrancar de allí algunas armonias que le han servido para escribir la última de sus obras, la que acaba de dar á la luz.

Sus poesias no son abundantes, es decir muchas. Del Campo produciria mucho mas si ocupara menos tiempo en repetir lo que ha producido.

Su musa es fecunda, esto se conoce por la índole de sus producciones y no por la cantidad. Si el poeta consiguiera olvidarse de cada uno de sus versos apenas lo hubiera escrito, habria mas obras de del Campo en Buenos Aires que de todos los demás poetas argentinos juntos.

Todo lo que escribe es propio de él, todo suyo; allí no hay plájios ni imitaciones, no hay mas que orijinales. Hasta se conoce que el autor no ha leído muchos poetas, ni ha tratado de formarse un gusto con la lectura de las obras maestras.

Recien ahora, que ha llegado á saber positivamente que en su cabeza hay verdadera inspiracion poética, se ha dedicado á formar su gusto modelando sus producciones.

Antes no habia intentado jamás hacer versos sérios. Parecia que tenia sobre la poesia la misma opinion que

yo tengo, es decir, que no se puede ser poeta sino de broma, por via de extravagancia y por divertirse martirizando un poco el lenguaje.

Ahora entra en una época de reaccion y su produccion sobre Jesus y su canto á América, pueden considerarse como un acto de arrepentimiento de sus lijerezas pasadas, un mea culpa clásico, un empuje, en fin, para mostrar á todos y convencerse á sí mismo de que él tambien puede, cuando quiere, hacer vibrar las cuerdas mas sublimes de la lira que pulsan los poetas.

El tono, argumento, índole y forma del canto á Jesus muestra que su autor puede apoderarse en un momento dado de la altura, dignidad, nobleza, sublimidad y sentimiento que se necesita para cantar la vida y la muerte del hombre mas grande que haya pisado jamás la tierra y cuyo recuerdo, grabado quizá para siempre en el corazon de toda la humanidad, no será arrancado de él por los mas grandes cataclismos sociales durante millares de siglos.

El canto á Jesus honra altamente al poeta del Campo y lo muestra bajo una faz nueva y en que nadie lo ha visto antes.

¿Pero cuál habrá sido la intencion de del Campo al comenzar su obra por tan bíblico tema?

Parece raro lo que se me ocurre, á pesar de admirar como todos hemos admirado, los magníficos párrafos poéticos de que me ocupo en este momento.

Yo pienso que del Campo al cantar la vida de Jesus y su influencia sobre los destinos de la humanidad, ha pensado en alguna tia mística ó en algun filósofo silojista, de esos que se han hecho tan raros en los tiempos por que atravesamos. Casi estoy por decir que el poeta se ha encarado

con la divinidad humana de Jesucristo ó con la humanidad divina del hombre Dios, cosa que ni él ni yo entendemos, con un fin utilitario, con una mira de especulacion.

Un poeta jocoso místico, es verdaderamente, una de las cosas mas raras que puede haber en el mundo y comenzar del Cumpo su edicion en que hay un soneto que concluye con Don Hilarion Medrano, por un canto á Jesucristo, es la mas sublime de las estravagancias y era, sin duda, un buen pasaporte para que los dichos sonetos y otras poesias no menos espirituales, corrieran la caravana entre frailes y viejas, beatas.

Pero todo esto no quita en lo mínimo el mérito que tiene la produccion de que hablamos.

El canto á América, otro de los pasajes serios de su libro, es la historia de nuestro continente, conta la con todo el lujo, con toda la altura de juicios con que un historiador, literato, poeta y patriota, contaria un episodio que hubiera impresionado grandemente su alma varonil.

Este canto está lleno de rasgos valientes, de ideas nuevas, de metáforas seductoras y en todo él campea ese lujo fácil de espresiones, tan difícil de obtener en obras de esta clase.

La virgen América se despierta en su cuna de flores, cuyos tallos riegan lo mas caudalosos rios del globo. Un cielo purísimo le sirve de bóveda y el sol limpio como una patena de plata bruñida, alumbrá vigorosamente el cuadro mas encantador de la naturaleza, en la comarca mas bella de la tierra. Los dias pasan tranquilos y felices y el indio que levanta su frente para adorar á su hacedor en el astro que lo alumbrá y lo calienta, recoge al mismo tiempo, de lo mas delicado de su alma, el sentimiento mas puro,

para dedicarlo á su querida y partir con ella la dulzuras de una felicidad que nada perturba.

Pero el jénio de Colon mostró á la ambicion europea un continente rico, habitado por inocentes salvajes y en donde el oro, mezclado con las arenas de los rios, rodaba abundantemente desde las mas elevadas montañas hasta lo mas profundo de los valles.

La inocente América abrió sus brazos al extranjero invasor y en prémio de su confianza y en cambio de su fortuna, recibió la ruina y la muerte. Pero de tan colosal metamórfosis no debia resultar para siempre, la esclavitud y la opresion y algunos siglos mas tarde, el sentimiento americano que habia dormido en el corazon de los descendientes de los primeros habitantes de estas comarcas, levantó el estandarte de la independenciam é hizo de la colonia un pueblo de héroes y de libres, en cuyas armas aceradas rompió, como dice el poeta, el leon ibérico, su afilados dientes.

Tal es la historia que en bellisimos versos cuenta del Campo, mostrando en el curso de la composicion, que sabe matizar perfectamente su estilo, adaptando á la impresion que el lector debe tener y á la intencion que debió dominar al autor, el lenguaje, la forma, la armonia imitativa y cuanta condicion buena se puede exijir en tales composiciones.

Estas son las dos piezas en que parece que el autor ha puesto mas de su parte, con el objeto de mostrar sus aptitudes y ejercitar sus fuerzas.

Pero hay en el volúmen con que nos ha obsequiado el señor del Campo, muchas composiciones que honrarian al autor menos modesto.

La dedicatoria es magnífica, corta, incisiva y bien pensada.

Hay composiciones sueltas, juguetonas, en que el autor hace gala de una chispa y penetración poco comunes.

Su Gobierno gaucho es una composición perfecta en su clase.

El autor se ha mostrado también muy apto para el género sentimental.

Para nosotros el poeta que derrama más caudales de sentimiento en sus obras, tocando las fibras más sensibles del alma, está en el verdadero terreno que deben recorrer las musas.

La poesía se ha hecho más bien para llorar que para reír y los tiernos y melancólicos sentimientos, encuentran mucho más fácilmente que los heroicos y los valientes, sus expresiones propias en poesía.

Creemos que si del Campo explotara esa exuberancia de amor que demuestra y ese caudal de sentimientos tiernos que se revelan en él, a pesar de su carácter alegre, lograría con suma facilidad hacerse más pronto una reputación sólida entre nosotros.

La fabulita Luz y sombra es una serie de metáforas felizmente encontradas y en que una musa tierna y sencilla juega con accidentes físicos, dándole un corazón y un sentimiento, sin faltar a la verdad científica.

Me queda que hablar de una producción que es por sí sola, una obra aparte y es la magnífica parodia del Fausto, puesta en diálogo por el señor del Campo, pintando los juicios y reflexiones que hace un gaucho de nuestra campaña, sobre un párrafo de la célebre obra de Goethe.

La persona de gusto más difícil en materia de versos, leerá siempre con placer ese diálogo en que una poesía fá-

cil y placentera, tierna y juguetona á veces, melancólica y reflexiva otras, consigue desenvolver una pequeña historia, en el lenguaje mas orijinal y bajo el punto de vista mas raro que jamás se haya considerado semejante sujeto.

Yo por mi parte, confieso que he leído muchas veces y siempre con gusto la parodia escrita por del Campo. He aprendido de memoria algunos de esos versos y sé que muchas de sus palabras, envidiablemente oportunas, han entrado á formar parte del lenguaje habitual entre la jenté de nuestra campaña.

No soy poeta; Dios me libre de semejante cosa! Pero no se necesita ser poeta para conocer las bellezas que los poetas escriben á veces.

Del Campo ha sido pues, muy feliz con su Fausto y sin que queramos hacer de esta obra un monumento literario y ya que ella forma jénero aparte, anunciamos solo que si el recuerdo del autor ha de vivir por mucho tiempo en la memoria de los arjentinos, será por cierto mas á causa del Fausto, que á causa de cualquiera de las otras producciones que han salido de la fecunda pluma del conocido Anastasio el Pollo.

Hay en las ideas de uno de los que mantienen el diálogo tanta belleza de sentimiento y tan doliente ternura, que sin pensarlo ni poder evitarlo corren las lágrimas de todo aquel que se hace cargo de los pasajes descritos.

No hay palabras mas espresivas del dolor y desolacion de una madre abandonada, que aquéllas que pone el autor en boca de uno de los gauchos, al hacerle decir que la jóven de la campaña seducida, mal tratada y abandonada por último, no encuentra mas consuelo á sus desgracias, que mojar con el llanto de sus ojos, el pelo del hijo bastardo, fruto de ilejítimos amores.

Esta es una delicadeza de sentimiento encantadora.

No he sido de los primeros en felicitar al señor del Campo por su libro, pero no creo ser el último.

Por menos afecto que sea á la poesia, conozco que en mi corazon hay sitio para algunas de las delicadezas que son de su resorte.

No he tenido nunca grande aficion á las exajeraciones y á las ficciones de que tanto gasto se hace en poesia, pero estoy íntimamente convencido de que hay una época de la vida en que cada uno es poeta.

Yo como todos, he estado alguna vez enamorado y me imagino haber hecho en aquella época mas poesia que una docena de autores clásicos juntos y haber dicho mas ternuras que todas las que han salido durante la vida, de los labios más ardientes en todo el linaje humano.

De poeta y de loco todos tenemos un poco y aquel de los escritores que por si mismo no guillotina periodos, ni estrangula frases, ni ahorca conceptos, ni destroza párrafos, es decir, aquel que no hace poesia, que no es activamente criminal, peca á lo menos juzgando las obras de los otros y poniendo parte de su buen ó mal sentido, al servicio de los efectos que puede producir una obra poética.

Esto último es lo que me ha sucedido con el libro de del Campo y en prueba de ello, aqui van estos mal trazados renglones.

Pero mi propósito no quedará llenado si segun es de regla, no le doy al terminar algun consejo á Estahislao del Campo.

Voy pues á darle uno que vale un Perú.

Si usted quiere ser un gran poeta, no se preocupe ni de la gramática, ni de la retórica, ni de la filosofia escolástica.

Lord Byron que es el menos repugnante de todos los

poetas, es decir el jefe de la poesia universal, no hizo sino dos cosas para subir á tan encumbrado sitio:

1° Aumentar el idioma inglés con un sin número de palabras y construcciones nuevas que inventó.

2° Convencerse profundamente de que todos los hombres eran unos canallas, de que no lo eran menos las mujeres y de que el corazon humano era casi una inmundicia.

Pues bien, haga usted lo mismo; riase de la academia española y trate como merece á esta pobre humanidad, de la que forma una mísera parte su amigo que lo compeadece sinceramente, habiéndose llegado á convencer de que usted tiene el gravísimo inconveniente y la incomparable desgracia de ser poeta.

Buenos Aires, mayo 20 de 1870.

EL SEÑOR DEL CAMPO Y SUS CRÍTICOS

El libro del señor del Campo ha inspirado ya, media docena de artículos críticos, lo cual es, sin duda, un fenómeno literario digno de notarse. El nombre del poeta quedará, de este modo, asociado para siempre á los primeros ensayos de crítica hechos en Buenos Aires sobre autores contemporáneos.

Si la Revista Argentina pudiera reclamar su parte de iniciativa en estas manifestaciones de la opinion ilustrada, acerca de las obras de nuestros hombres de letras, la invocaria, en todo tiempo, como un título honroso. Entre tanto, debemos felicitarnos de que los señores Navarro Viola, del Valle y Wilde hayan querido examinar las poesias del señor del Campo y emitir su juicio sobre ellas

Se dá principio á una noble y fecunda tarea y la justicia comienza á ejercer su jurisdiccion, en un terreno dominado hasta ahora por la indiferencia, la diatriba ó la lisonja.

El doctor don Juan Maria Gutierrez ha escrito pájinas preciosas sobre varios escritores y poetas que honran la literatura argentina. Merced á sus apreciables estudios conocemos la índole y el desarrollo de los talentos de Labarden, Varela y Echeverria. Pero aquel literato, como todos los demás, no nos ha revelado su juicio respecto de los contemporáneos, por razones que sospechamos y estamos obligados en todo caso á respetar. Lamentábamos así el silencio de las personas competentes, cuando veia la luz alguna de esas obras literarias que nos muestran á veces la existencia de espíritus abstraídos, siquiera sea por momentos, de los negocios políticos y comerciales que tan poderosamente absorben á los hombres en los pueblos nuevos.

La crítica es todavía recelosa entre nosotros y por lo mismo complaciente, pero hay ya mucha diferencia entre los elogios irreflexivos que han nivelado hasta aquí las mediocridades con los talentos superiores y las frases halagüeñas, acompañadas de prudentes reticencias, con que se recibe ahora una produccion literaria. Estamos en el buen camino y siguiendo por él llegaremos, un dia ú otro, á tener en materia de literatura una administracion de justicia bien organizada, sin que haya habido necesidad de convocar para ello una Convencion constituyente.

El doctor Navarro Viola, ocupándose en el exámen de los versos del señor del Campo, ha justificado la reputacion de literato ilustrado que, hace tiempo, le coloca muy alto en la opinion de sus compatriotas. Su artículo muestra al poeta de cuerpo entero, en un precioso marco, precioso y

grande, demasiado grande si no nos equivocamos. Leyéndole hemos sospechado que el autor de Fausto dice muchas cosas que no habíamos encontrado en su libro, á pesar de nuestras repetidas lecturas. Un talento sagaz, inspirado por el cariño, descubre siempre bellezas allí donde la mirada del ojo vulgar no halla na.la que le cause admiracion. Segun el doctor Navarro Viola, el señor del Campo ha comprendido en toda su trascendencia la mision de la poesia, realizándola, por su parte, de un modo tan satisfactorio que podría juctarse de haber hecho á poca costa, lo que no han logrado hacer muchos de esos poetas que, antes de lanzar al aire la estrofa sonora, escuchan en el santuario de la iniciacion, los consejos de los maestros y las confi lencias de la musa palidecida en las horas silenciosas de una austera y prolongada vijilia. Mr. Sainte-Beuve hablando de la crítica de Taine sobre el mas célebre fabulista francés, dice que si este resucitára se sorprendería de haber pensado lo que el crítico descubre en sus versos, sometiéndolos á los procedimientos de la quimica literaria. ¿No habrí tenido el señor del Campo, respecto de muchos pasajes de su libro, revelaciones inesperadas, despues del artículo del doctor Navarro Viola? ¿No le parecerá admirable haber compuesto, sin larga preparacion, un canto á Jesus cuyas estrófas deban resonar en la posteridad? ¿No le parecerá admirable haber hecho, sin salir de Buenos Aires, una descripcion de la naturaleza americana, digna de alternar con los versos inmortales que los trópicos inspiraron á Mármol, que el Niágara y la Pampa inspiraron á Heredia y Echeverría?

Y aqui tenemos que habérmolas con uno de los críticos del señor del Campo, nuestro exelente amigo Aristóbulo del Valle, quien señala como un mérito en el canto á la Amé-

rica, el comprender en sus estrófas todo el espectáculo de la naturaleza y la historia del nuevo mundo. A este respecto diremos solamente que si se aceptara la doctrina en que tal observacion se apoya, resultaria que Anquetil es un historiador mas estimable que Macaulay, porque el primero ha escrito la historia universal y el segundo la historia de Inglaterra. Dejando esto á un lado, experimentamos una viva complacencia en felicitar á del Valle, por las delicadezas de expresion y las finezas de análisis que nos ha revelado en su artículo sobre las poesias del señor del Campo. Conocíamos, hace tiempo, sus calidades de orador y de escritor político. Sabemos ahora que las bellas letras tienen motivo para disputárselo al diarismo y á la Convencion. Volviendo á su crítica, vemos que él piensa, como nosotros, que el señor del Campo sobresale en la poesia escrita en el lenguaje de los gauchos é inspirada en las peculiaridades de su jénio y de su vida. En este punto sus apreciaciones coinciden no solo con las nuestras, sino tambien con las del redactor de la Tribuna y las del ingenioso escritor Eduardo Wilde. Para ser un excelente critico no le falta á del Valle, en nuestro concepto, sino convencerse de que en la critica es necesario oír la voz de la justicia y no las exortaciones de la caridad. Si se tratara de las manifestaciones literarias de un principiante, de una persona que se internara apenas en la senda de la publicidad, nos pareceria inoportuna, mas aun, cruel, atroz, una apreciacion severa del escritor. Se le desalentaria, se le mataria en muchos casos, perdiéndose asi para el arte y para la gloria del pais, un talento destinado quizá á dar lustre á la literatura. En tal situacion, no debe hablarse de critica: una amable sonrisa, un apretón de manos, alguna saludable advertencia, en tono

amistoso y halagüeño, es lo conveniente y lo justo. No falta quien llene este deber entre nosotros. El folletinista Orion sirve de introductor á cuantos se presentan con el resultado de sus esfuerzos intelectuales, á recibir los primeros grados de la iniciacion en el santuario de las letras. Él no critica; alienta y aplaude. Es un padrino; no es un juez, ni quiere serlo. Entre tanto, el escritor que ha pasado ya la época del aprendizaje, no debe ser tratado como un novicio á quien mucho se tolera y perdona. Un autor, en esas condiciones, no pide proteccion y se sentiría en cierto modo humillado si se la ofrecieran. Quiere justicia y es necesario hacérsela. Tal es la mision de la crítica. El señor del Campo preferirá, si medita un poco, el análisis imparcial de su obra á las frases y sonrisas cariñosas.

El artículo de Eduardo Wilde sobre las poesias á que nos referimos, sujere algunas observaciones. El artículo hemos dicho y hemos dicho mal. Nuestro amigo ha escrito, en realidad, dos artículos. En el primero el fecundo humorista manifiesta acerca de la poesia en jeneral, vistas y apreciaciones tan orijinales que sorprenderian, si no se tratára de Eduardo Wilde, para quien parece que jamás se ha dicho la última palabra sobre un tema abordado por él. Nos presenta allí una especie de sátira á lo Carlisle, sobre esa cosa íntima, seductora, maravillosa que se llama la poesia, sátira por la cual merece el escritor, graduado en medicina, ser herido con sus propias armas, es decir, á golpe de lanceta. Afirma que la poesia es el martirio del pensamiento en las formas estrechas y espinosas de un lenguaje ideado para halagar el oido, sacrificando la verdad y agrega, que á nada útil ni sério responde, pudiendo comparársela con esas insoportables sabandijas que se llaman pulgas y mosquitos. (sic.) A pe-

sar de ello, este Wilde que tales atrocidades escribe contra la poesia es, él mismo, un poeta cuyas producciones se asemejan con frecuencia, por la mezcla de la ternura y el epigrama, de la melancolia y el sarcasmo, á los cantos del Don Juan de Byron, confusion asombrosa de lágrimas y de risa que refleja las variables emociones de la vida, sobre todo en los tiempos modernos. No obstante su perspicacia, le sucede á Wilde algo semejante á lo que le pasaba á M. Jordain. El jóven médico confunde la versificacion con la poesia, la materia con la forma, para hablar en la lengua de la escuela. No es difícil hallar prosa en verso y poesia en prosa. La medida y la rima son médios que se emplea para hacer mas insinuante, por los encantos de la armonia, la belleza poética que reside en la idea y en el sentimiento. Pero aun cuando admitiéramos que la poesia es inseparable de la rima, no tendria razon Wilde para afirmar lo que ha estampado sobre aquella en su primer artículo. Y para convencerle de ello, nos serviremos de las palabras de un maestro afamado, el doctor don Juan Maria Gutierrez, quien dice lo que copiamos en seguida: «la rima es una esclava para el que conoce su idioma y tiene imaginacion: solo es estorbo para aquellos versificadores á quienes segun el dicho epigramático de Horacio, no pueden soportar ni los postes. La lenta reinora del consonante sazona, por decirlo así, el pensamiento que busca una forma definitiva: al bregar con ella saltan chispas de gracia, de novedad, de eficacia, que el prosador no habria hecho brotar en el camino llano de su pluma. Manzoni la ha llamado con razon inspiratrice porque es un verdadero jénio, aunque subalterno, en el coro de los que inspiran la labor del poeta.» En Francia La Motte hizo una cruzada contra la versificacion y des-

plegó, en el empeño de desacreditarla, todos los recursos de su dialéctica. Arguyó mucho y nada consiguió. Mientras haya amor por esas condiciones eufónicas del lenguaje que hacen una música de la palabra humana (y esto será por siglos) la poesía en verso formará el deleite de las almas delicadas y la mas esquisita manifestacion del espíritu literario de los pueblos. Dice Wilde que no estamos ya en el tiempo de poesia. Se engaña. La poesia es de todos los tiempos. El sentimiento, la pasion, el anhelo incesante de las jeneraciones, buscarán y encontrarán siempre quien los espresen en las formas seductoras de la estrofa que brilla, canta y se anida para siempre en el corazon humano.

La historia confirma esta asercion. Desde Homero hasta Longfellow, la lira ha resonado siempre con divinas armonías y resonará así hasta la consumacion de los siglos, por que estremecerán sus cuerdas los soplos de la religion, de la patria, del hogar que ajitan la atmósfera del mundo moral en todos los tiempos y en todas las zonas.

Pero volvamos al libro del señor del Campo. Wilde, al trazar su segundo artículo, le halla feliz en las poesias religiosas, en las patrióticas, en las amorosas, en las gauchas; le admira y le aplaude en todas ellas. Es preciso creer aqui en una especie de milagro y convenir en que la musa del señor del Campo ha sabido tomar venganza del escéptico, haciéndole encomiar lo mismo que desdeñaba en su primer artículo y entonar una especie de peccavi, en presencia de los versos de aquel poeta. ¡Oh! esta vez el satírico ha caído en la celada y lo merecia!

A pesar de su admiracion sin restricciones, Wilde prefiere los versos gauchos del señor del Campo, á todos los otros del mismo autor. Y con efecto, en ellos luce mas vivo el núnmen de nuestro compatriota. Ha estudiado el gaucho, le

conoce bien, á lo menos bajo ciertos aspectos y refleja sus ideas y sentimientos con tal naturalidad que, en este punto, nada tiene que envidiar á sus mæestros Hidalgo y Ascasubi. Mas todavia. Ha idealizado en algunas ocasiones el tipo del hombre de nuestros campos, sin adulterarle en lo sustancial y por eso suele ser superior á aquellos poetas que descenden con frecuencia á un realismo desesperante. En el canto á Jesús el señor del Campo, sin mas preparacion sobre su tema que una lijera lectura del Evangelio y de algunos pasajes de Renan, ha llegado mas allá de donde era creíble que llegará, pero las álas de sus estrofas se fatigan muy abajo todavia de la rejion á que nos levantan las odas de Fray Luis de Leon y las meditaciones religiosas de Alfonso Lamartine. No se podia exigirle mas de lo que ha hecho á este respecto, dice nuestro amigo del Valle y nosotros agregamos que ha hecho mas de lo que se podia exigirle. ¿Habria escrito Espronceda la introduccion del Diablo Mundo, si no hubiera meditado sobre los arcanos de la teodicea? ¿Habria dado á sus versos, si no hubiera leído las obras de Lord Byron, esas formas francas, libres y brillantes que seducen y arrebatan al lector? Suprímase las lecciones que recibió bajo la direccion del afamado Lista y su comercio con los poetas ingleses y alemanes y digase si la España se envaneceria de tener en él al cantor del Estudiante y de Adan? *Scribendi recte sapere est et principium et fons*, ha dicho uno de los mas ilustres maestros de literatura que tuvo la antigüedad. Se habla, se escribe, se canta bien sobre lo que se sabe bien. La ilustracion no mata el sentimiento de lo bello; por el contrario, le suscita, le aviva y le dá medios expresivos mas elocuentes y eficaces. El señor del Campo hará mejores versos sobre el Cristo, cuando le estudie mas á fondo y

mejores versos sobre la América, cuando conozca mas intimamente á esa hija del jénio, que parece destinada por Dios á revelar las últimas maravillas del progreso humano. La lira campestre es el instrumento que el señor del Campo pulsa con maestria; nadie le arranca los sonidos que exhala bajo sus dedos, nadie canta á su compás de una manera tan agradable. ¿No se contentaria, por ahora, con esta gloria modesta pero verdadera?

PEDRO GOYENA.

**CARTAS CAMBIADAS CON EL DOCTOR PEDRO GOYENA
SOBRE LA POESIA**

1 CARTA

Buenos A res, julio 30 de 1870.

Mi querido Pedro.

Tuve intencion, hace un mes, de escribirte una carta referente á tus ideas sobre las criticas hechas á las poesias de Estanislao del Campo, pero de la intencion al hecho va gran trecho y como la cosa no urjia y como por su falta no peligraba la patria ni reputacion alguna, he diferido hasta hoy la pequeña tarea que me habia propuesto.

Me sucede una cosa cada-vez que medito sobre tu modo de ser, me pregunto con frecuencia si mucho de lo que dices ó escribes será injénuo, ó si lo dices en broma; ahora por ejemplo no sé si poniendo tu mano sobre tu pecho y obligado á hablar en conciencia, seguirias declarando que la poesia es un modo útil y bello de expresar ideas.

Apelo á tu honradez y á tu reputacion para que pensando en todo ello, me digas si realmente se te ha estraviado el

juicio á tal grado que creas con sinceridad, en las calumnias que le haces á la pobre poesia,

Pero dejando á un lado este reclamo á tu conciencia, quiero convencerte de que estás en un error al apreciar lo que debe entenderse por poesia.

La poesia no es el verso, convenido; pero no hay poesia sin versificacion, á lo menos si hemos de dar á las palabras el sentido que les asignan los diccionarios, evitando los jiros metafóricos y las estensiones de significacion que las necesidades del lenguaje nos imponen.

Cuando se dice de un paisaje, de un cuadro, de una estacion, de una atmósfera y demás, que son cosas poéticas, se usa una metáfora, una traslacion de sentido.

Lo que ha querido decirse en realidad, es que tal cuadro y que tal paisaje son bellos, con una belleza determinada, que todo el mundo comprende y que nadie podria explicar. Esta belleza despierta determinadas sensaciones y sentimientos que sujiere ideas confusas, ímelancólicas y agradables por lo jeneral.

Es la belleza que trae á la memoria dulces recuerdos, de cualquier jénero que ellos sean y que lo obligan á uno á suspirar sin quitar los ojos del cuadro encantador.

En todo ello hay poesia, hablando metafóricamente, sin haber en realidad mas que belleza.

Si á la belleza en una de sus formas se le llamara lejítimamente poesia, no habria esas restricciones que hacen que didácticamente y aparte de toda metáfora, no se llame poesia si no á una série de pensamientos de belleza determinada, espresados en verso, es decir, bajo un compás, un accento, una medida y una cadencia.

No soy yo capaz de confundir la versificacion con la poesia.

Por mas médico que sea y aunque puedo afirmar que jamás la hoja de mi escalpelo ha tropezado con el alma, usando de una metáfora, te diré la diferencia radical que hay para mi entre la versificación y la poesia.

La poesia es el alma y la versificación es el cuerpo, la forma dentro la cual se esconde esa alma.

La poesia está en la belleza del pensamiento y la versificación es el buril con que los poetas labran esa belleza, cuando no es el garrote con el cual desloman á las pobres ideas.

La mayor parte de las versificaciones con que nos desayuna diariamente la prensa de Buenos Aires, no tiene alma y el mas escrupuloso teólogo no descubriría en ellas la menor partícula de poesia.

Verdad es que tampoco importa mucho encontrarla, porque estando ó no estando, es de todos modos inútil.

Las palabras que me citas del afamado doctor Gutierrez, me sujieren ideas que calificaré de raras, por no calificarlas de otro modo.

Mi respeto por don Juan Maria Gutierrez, es igual á la compasion que por él tengo, al considerarlo en su calidad de poeta y al verlo batallar contra su buen juicio, en favor de una imaginacion que á nada de práctico conduce; me dá lástima verlo á él, un matemático tan consumado, manteniendo ilusiones literarias que hacen dudar mucho de su juicio práctico.

Decir que la rima es una esclava para el que conoce su idioma y tiene imaginacion, es decir una cosa que nadie se atrevería á creer; esa frase es una pura broma del apreciable rector de la Universidad.

Nadie ha fijado número á las ideas, ni es posible fijarlo, no solo á las ideas de los que poseen una imaginacion

rica, sino tampoco á las de los que como yo, no las tienen sino de lo que ven, oyen, tocan ó deducen.

Mientras tanto, el número de palabras de cada idioma es bien conocido y conocidamente tan reducido que las necesidades, no ya de la rica imaginación, sino las del comercio y de otras cosas enteramente prosáicas, reclaman y obtienen diariamente un aumento indispensable de voces.

Sabido es que la palabra no alcanza jamás á espresar exactamente las ideas, viniendo de ahí la necesidad de las hipérbolos, parábolas, metáforas y demás tecnicismos retóricos y aun así, á cada rato encontramos tropiezos y esplícamos á medias y por mal cabo nuestras ideas desfiguradas.

De manera que si la rima es una esclava, siendo indómita aun la prosa, necesario es confesar, pidiéndote permiso á ti y pidiéndoselo al señor Gutierrez, que la esclava ha salido algo altanera y testaruda.

No es pues la rima un estorbo solamente para los versificadores á quienes no pueden soportar ni los postes, sino una muralla insalvable aun para los poetas que mejor conocen su idioma y que veen estrellarse contra ella toda su habilidad, sin poder pasar por encima de ella á pesar de infinitos rodeos, con los cuales se deteriora y adultera el pensamiento, la idea madre.

«La lenta rémora del consonante, sazona, por decirlo así, el pensamiento que busca una forma definitiva,» dice don Juan Maria.

Te confieso, mi querido Pedro, que he hecho los mayores esfuerzos imaginables por comprender como puede verificarse ese sazonomiento y no he podido conseguirlo. Mucho menos lo conseguiré si procuro entender como es que la mencionada condimentacion se opera, mientras que el pen-

samiento busca (y no encuentra) una forma definitiva. Esto es pretender que el puchero esté sazonado antes de que haya hervido el agua y se haya cocido la carne.

«Al bregar con ella, añade, saltan chispas de gracia, de novedad, de eficacia que el prosador no habria hecho brotar en el camino llano de su pluma.»

No es por cierto un bregador el mas á propósito para andar haciendo tales piruetas literarias; bregar y hacer gracias son dos cosas que se escluyen y que no pueden andar juntas, por mas que así lo haya dispuesto el apreciable rector de la Universidad.

El que brega por estraer un pensamiento en una rima, como quien saca una muela, lejos de hacer saltar chispas de gracia, de novedad y de eficacia, hace soltar grandes bostezos de aburrimiento, de sueño y de fastidio.

Escuso analizar lo que dice el señor Manzoni por que va por la misma conjugacion y porque se me imagina que el tal Manzoni, ha de ser algun republicano soñador y tan visionario como tú, mi querido Pedro y como mi apreciado amigo don Juan Maria Gutierrez.

Haces bien en afirmar que mientras haya amor por las condiciones eufónicas del lenguaje, la poesia ha de formar el deleite de las almas delicadas; y no te lo niego, por los gustos se vende los jéneros; pero si bien estoy conforme con esto, no lo estoy con que me niegues que no estamos en tiempo de poetas.

Yo no digo que este jénero de fastidio literario se haya concluido del todo; por el contrario reconozco y deploro la existencia de uno que otro utopista, soñador é improductivo que se dedica á la fabricacion de tormentos poéticos, pero quiero que reconozcas tú tambien que esta clase de

locura no hace ahora tantas víctimas como antes y que si Diós tiene compasion de sus hijos, con el tiempo y el aumento de necesidades, nos hemos de dejar enteramente de versos, para ocuparnos de industrias mas prácticas y mas útiles.

Tu afectísimo amigo.

EDUARDO WILDE.

CONTESTACION Á LA 1ª CARTA

Querido Wilde.

Me felicito de que hayas puesto por obra, como diria el Padre Astete, la intencion de dirigirme una carta relativa á mis ideas acerca de la poesia, manifestadas con ocasion de tus apreciaciones sobre el libro del señor del Campo, porque me presentas la oportunidad de insistir en algunos puntos que no carecen de interés en materias de literatura.

Me parece muy chusco que seas tú quien se atreva á dudar de la sinceridad de mis opiniones y no he podido menos de pensar, leyendo tu epístola, en el dicho vulgar sobre el ladron de las perdices. Escribo siempre lo que pienso y lo que siento; ignoro si acierto á espresarlo con claridad, pero no creo que sea para nadie cuestionable el carácter sincero de mis afirmaciones. Si se tratara de algun escritor zumbon que despues de afirmar que la poesia es una cosa insoportable como lo mosquitos y las pulgas, se declarase estasiado por el encanto de los versos del señor del Campo; si se tratara de algun escritor que llegara casi á blasfemar porque Dios permite que haya poetas en el mundo y aplaudiera luego calorosamente y sin escepcion, las composiciones del autor del Fausto, podria

presentarse como problemática su injenuidad; pero dudar de que ame la poesía y se felicite de que tenga siempre intérpretes inspirados, un hombre que halla en la lectura de los poetas, vivísimo placer y ha escrito sobre ellos en todas ocasiones con respeto y admiración, sería dar prueba del más empecinado pirronismo. No hables, pues, de falta de sinceridad. En la casa del ahorcado nunca se nombra la soga.

Te has picado porque he dicho que confundes la poesía con la versificación. Vas á convencerte de que en todo caso debes enojarte contigo mismo. ¿No has escrito que «la poesía resulta de los juegos y combinaciones de palabras, como las composiciones en las imprentas de la elección de los tipos?» ¿No has escrito que «la poesía resulta de la tortura del pensamiento en una cárcel de palabras?» ¿Y qué otra cosa es esto sino confundir la materia con la forma, la poesía con los versos? Aseguras que no eres ca paz de hacer semejante confusión; pero la letra canta, mi querido Eduardo!

Conviene ahora en que la poesía no es el verso; agregas, sin embargo, que no hay poesía sin versificación y apelas á la autoridad del diccionario. Este juez incompetente, especie de teniente alcalde que no puede fallar en el litigio, te condena como te condenaría un tribunal supremo de literatura. Consulta el diccionario de Dominguez y el que ha publicado la sociedad de literatos, en 1867 y verás allí que la palabra poesía no se aplica solamente á las obras en verso, sino á todas aquellas que abundan en imágenes y figuras y se distinguen por la nobleza y la elevación del sentimiento. Los Mártires de Chateaubriand están escritos en prosa y son un verdadero poema. El Telemaco es también un poema. Tú mismo dices al fin que la poesía reside

en la belleza del pensamiento, proposicion que dista mucho por cierto, de aquella de Marras: «la poesia resulta del juego y combinacion de los vocablos.»

Parece que te has arrepentido de haber dicho que la poesia no es mas que un juego de palabras y por eso insistes en separarla de los versos, diciendo que «la mayor parte de las versificaciones con que nos desayuna diariamente la prensa de Buenos Aires, no tiene alma y que el mas escrupuloso teólogo no descubriria en ellas lo menor particular de poesia» á lo cual agregas que «tampoco importaria mucho encontrarla, por que estando ó no estando, de todos modos es inútil.» ¿ Pero no recuerdas haber afirmado que la poesia es la belleza? ¿Te atreves á decir que la belleza es inútil? ¿Aceptas la responsabilidad de esta sorprendente afirmacion? Quizá pretendieras hacer alguna chicana sobre la palabra inútil. De nada te serviria. Los éconómista (jueces que tratándose de utilidad, son mas respetables que el diccionario cuando se trata de bellas artes) dicen que es útil todo lo que sirve para satisfacer una necesidad. Inútil será entonces lo que no sirve para satisfacer necesidad alguna. Entretanto, hay necesidades fisicas y necesidades morales y la utilidad se refiere naturalmente á unas y á otras. Asi, el canto de Tamberlik es útil por la misma razon que un par de costillas á la milanese y los versos de Musset son útiles, como un cajon de cigarros habanos. Es horrible hablar del arte con estas espresiones; pero quien entre lobos anda á ahullar aprende.

Citaba yo en mi artículo referente á los criticos del libro del señor del Campo, algunas palabras del doctor don Juan Maria Gutierrez, tomadas de un escelente ensayo de este literato sobre un poema brasilero. Las analizas y discutes en tu epístola. Aunque el doctor Gutierrez no necesita defen-

sores, debo sostenerlas porque citándolas me las he apropiado. Piensa el ilustrado rector de la Universidad que «la rima es una esclava para el que conoce su idioma y tiene imaginación» y tú afirmas que esto es una cosa que nadie se atrevería á creer, una pura broma de aquel distinguido hombre de letras. Intentas demostrarlo y estableces como conclusión, que si la rima es una esclava, debemos confesar que es una esclava altanera y testaruda. Decía la zorra que las uvas estaban verdes: la zorra eres tú y si quieres la zorra soy yo también, pero yo no digo nada. ¿Cómo negáramos, sin incurrir en ridiculez, que algunos hombres expresan mejor sus ideas y sentimientos en las formas severas del verso, que en las formas libres de la prosa? Los versos de Byron, por ejemplo, son en la opinión de los conocedores de la literatura inglesa, muy superiores á su prosa. El Diabolo Mundo de Espronceda es indudablemente preferible á su Sancho de Saldaña, siendo el primero escrito en verso, como todos saben y el segundo en prosa. Y no falta quien haya observado que las palabras mismas tienen una colocación más fácil y natural en las tragedias de Racine, que en las obras de prosadores tan notables como el célebre Montesquieu.

El doctor Gutierrez afirma también que «la lenta rémora del consonante sazona, por decirlo así, el pensamiento que busca una forma definitiva,» y tú declaras que has hecho los mayores esfuerzos imaginables para comprender cómo puede verificarse ese sazonomiento y que apesar de ello no lo has conseguido, agregando que «mucho menos lo conseguirás si procuras entender cómo es que la mencionada condimentación se opera, mientras el pensamiento busca (y no encuentra) una forma definitiva.»

«Esto es pretender, añades aun, que el puchero esté sa-

zonado antes que haya hervido el agua y se haya cocido la carne.» ¿Discutes de buena fé? ¿Ignoras que insistiendo sobre un tópico se llega á conocerle bien? ¿Ignoras que sucede con frecuencia que desdeñando esta espresion y la otra y la de mas allá, se logra hallar la mas apropiada y eficaz? ¿Piensas que el verbo sazonar tiene en la frase del doctor Gutierrez, el mismo significado que en los manuales de cocina? «Sazonar significa (habla tu gran autoridad, habla el diccionario) poner las cosas en punto y madurez y por traslacion se estiende tambien á las cosas inmateriales ó del ánimo.» Cómete, pues tu puchero y vamos adelante.

«Al bregar con la rémora del consonante, agrega el doctor Gutierrez, saltan chispas de gracia, de novedad, de eficacia que el prosador no habria hecho brotar en el camino llano de su pluma.» Niegas que esto pueda suceder pero no lo demuestras. Dices que bregar no es hacer gracias y que el que brega por estraer un pensamiento en una rima, como quien saca una muela, lejos de hacer saltar chispas de gracia y novedad, hace soltar bostezos de de aburrimiento, de sueño y de fastidio. Supongo que no sostendrás que los versos del doctor Gutierrez hacen bostezar á las personas de buen gusto y que no te atreverás á insinuar siquiera, lo mismo respecto de los versos del eximio poeta á quien Mr. Fauriel llamaba el anjélico Manzoni. Pues bien; uno y otro declaran que deben en parte su inspiracion á la exigencias de la medida y de la rima, uno y otro justifican por medio de sus hermosas estrófas, todo lo que dicen en elojio de la exelencia de la versificacion para espresar los mas nobles sentimientos de la naturaleza humana, de suerte que en presencia de

semejante demostracion, no te queda otro remedio que cantar la palinodia y meter violin en bolsa.

Tus argumentos contra la versificacion, me han inducido á leer de nuevo una página interesante de Mr. Villemain, relativa á la polémica de La Motte sobre la misma materia. Aquel célebre profesor cuenta que el traductor de Homero, despues de haber atacado á este gran poeta, pretendió abolir el uso del verso. Villemain llama á eso una naiveté y lo era en efecto. «La Motte, dice, no encontraba en el verso mas que una traba, un mecanismo importuno, un instrumento rebelde que no se sabia tocar; no comprendia que los demás pudiesen sacar de él mejor partido que el que habia sacado él mismo y pedia de buena fé que fuera suprimido.» La Motte desdeñaba la armonia del lenguaje, las condiciones eufónicas que trasforman en música la palabra humana y despues de haber escrito muchos versos discutibles, se decidió naturalmente por la prosa. Tus recetas literarias son buenas para La Motte y sus semejantes ; pero lo serán tambien para Ricardo Gutierrez y Carlos Guido? Sigamos nuestra historia. Un hombre de talento, dice Villemain, se encargó de defender la poesia y fué inspirado por ella; ese hombre esclamaba :

*Quoi ! de l'ode dont Polymnie
à ses amants nota les airs,
il veut abjurer l'harmonie
qu'elle doit au charme de vers !
Pindare, Anacréon, Horace
ont donc abusé le Parnasse
par leurs immortelles chansons ?
J'entends Malherbe qui soupire
de voir qu'on ose de sa lyre
dédaigner les aimables sons !*

El mismo defensor de la poesia, agrega Villemain, habia

comparado, por una graciosa imájen, el vuelo que la presión del verso dá al talento poético, con el salto de un chorro de agua.

*De la contrainte rigoureuse
où l'esprit semble resserré
il reçoit cette force heureuse
qui l'élève au plus haut degré ;
telle dans les canaux pressée,
avec plus de force élancée,
l'onde s'élève dans les airs :
et la règle, qui semble austère
n'est qu'un art plus certain de plaire
inséparable des beaux vers.*

La Motte contestó con un argumento de física: no solo los canales, dijo, hacen que el agua se eleve; la altura del lugar de donde cae, es lo que constituye la medida de su elevación. La discusión, observa el famoso crítico, no debía ir mas lejos: es claro que La Motte tenía el derecho de hablar mal de la poesía. Cuidado, mi querido Eduardo, con adquirir semejante derecho!

Pero ¿quien puede entenderte? Convienes conmigo en que la poesía es deliciosa y á renglón seguido la calificas de fastidio literario; llamas á los poetas soñadores improductivos y afirmas luego que los versos son una industria. Esto es hejeliano puro, por no decir contradictorio.

En cuanto á que no nos hallamos en épocas de poetas, tú mismo te refutas, porque eres poeta..... á lo menos en prosa y si lo dudas vuelve á leer en una tesis sobre el hipo, las bellas pájinas consagradas á esa amable y delicada criatura llamada la mujer.

Tu afectísimo.

PEDRO GOYENA.

2ª CARTA

Buenos Aires, agosto 14 de 1870.

Señor don Pedro Goyena.

He leído con el gusto que leo siempre todas tus producciones, la carta que me contestas, pero el placer de tan sabrosa lectura no me ha impedido conocer que tuve mucha razón de dudar de tu buena fé al tratar de estas materias.

Obras de mala fé, por que dándote el aire de triunfador, sigues hablando de mi primer artículo y no te ocupas sino lijeramente de lo contenido en mi carta. Obras de mala fé, porque conservando tu aire de triunfador, tocas superficialmente mis argumentos sin ocuparte de su fondo. Esto va á quedar demostrado en lo que sigue.

Un escritor zumbon y otro que no lo sea, pueden afirmar que la poesia es una cosa insoportable y sin embargo, aplaudir las producciones de tal ó cual poeta.

Se puede perfectamente y sin faltar á la lójica mas estricta, reprobar una cosa en principio y admirar al mismo tiempo á los que creen á pié juntillo en determinadas ideas.

Los monárquicos reprueban las ideas republicanas, pero admiran á Garibaldi. Los republicanos reprueban la monarquía, pero se estasiarian ante la noble figura de un rey que se convirtiera en héroe para conservar su corona.

Puedo yo, tal como soy, eminentemente prosáico, no gustar de la poesia (pensamientos espresados en verso) y no por eso desterrar de mi biblioteca las obras de Lord Byron.

Todo está en dar como hecho la existencia de un jénero,

que en haciendo esto, el individuo perteneciente á este jénero puede ocupar en él un alto grado.

Para espresar mas patentemente mi idea, voy á contarte una historieta, que como todos los ejemplos apropiados, tiene una lójica de hierro. Un predicador en un sermon muy bien arreglado, habia sostenido que todas las obras de Dios eran perfectas; nadie interrumpió al orador, que salió despues de su sermon con aire triunfante del templo, pero á poco andar encontró un jorobado que le dijo: hola, señor párroco, mireme usted bien y dígame despues si todas las obras de Dios son perfectas. Si, mi querido, contestó el sacerdote que no era lerdo, en materia de jorobados tú eres una criatura perfecta.

Lo mismo podemos decir de los poetas, una vez admitida la enfermedad. «En materia de poesia usted es un sublime enfermo, podria decirsele á Milton ó á Lord Byron.»

Si tú tuvieras la misma buena fé de aquel cura, te habrias escapado como él por medio de un subterfujio y no habrias encontrado las contradicciones que hallas en lo que ha dado motivo á tu carta.

Dices que no se puede dudar de que ame la poesia un hombre como tú, que encuentra vivisimo placer en la lectura de los poetas y ha escrito sobre ellos, en muchas épocas, con admiracion y respeto.

Siento tu desgracia, mi querido Pedro, siento que hayas perdido tan miserablemente tu tiempo y aunque el párrafo que extracto te dará gran fama entre mujeres y hombres de espíritu delicado, por no decir débil, te haré observar que si has escrito con admiracion y respeto sobre los poetas, no has de haber escrito con la frialdad con que necesitan ser pensadas las cosas para que los pensamientos sean justos é imparciales. El que escribe con admiracion y con res-

peto, solo por casualidad escribe con justicia; podrá escribir lo que siente, pero no siempre escribirá lo racional. La admiracion y el respeto, como todos los sentimientos, ofuscan el juicio; para juzgar es necesario no tener ni admiracion ni respeto. Por consiguiente, ya que tú haces una confesion tan valiosa como injénua, razones suficientes tengo yo y tendrá cualquiera para desconfiar de tus juicios sobre poesia.

Vamos adelante. He dicho que no se puede separar la poesia de la versificacion y lo diré siempre, porque yo que no soy poeta, doy á las palabras el valor que tienen y poesia, técnicamente hablando, no quiere decir sino «pensamientos espresados en verso.»

Entre todas las grandes cualidades que te conocia, mi queridísimo Pedro, jamás habia descubierto la «audacia,» esa valiente cualidad hermana de la fortuna; pero despues de tu carta me hago un honor en declarar que eres tan audaz como intelijente, lo cual no es poco decir.

¿Es posible, Pedro, que tengas valor de citar en apoyo tuyo á Dominguez que te condena en cada una de sus palabras, al hablar de poesia?

Probablemente has leído mal ó te ha caído á la mano algun diccionario falsificado.

No seria extraño; estos norte-americanos son tan comerciantes, que hasta los creo capaces de haber introducido entre tus libros de derecho constitucional, algun diccionario fabricado en Nueva York, en los talleres de falsificacion de idiomas de algun Bristol, ó de los señores Lanman y Kemp.

El verdadero diccionario de Dominguez, dice lo siguiente:

«Poesia, el arte de componer ó hacer composiciones en

verso; el arte de encantar versificando en cualquier género de metros, pero muy especialmente en el lírico y heroico, donde radica su asiento lo sublime etc..... cualquier composicion hecha en verso.... Aplicase este nombre á la prosa, etc. Poeta, el hombre de nùmen que versificando imita á la naturaleza. Poema, nombre genérico estensivo á cualquier obra escrita en verso que puede reducirse á algunas de las varias clases de poesia.»

Esto es terminante, Pedro y no se comprende como presentas la opinion de Dominguez en tu apoyo, cuando ella te es evidentemente hóstil.

Yo he afirmado que se aplica por estension, fíjate bien, por metáfora, el adjetivo poético á composiciones en prosa que poseen ciertas cualidades, pero niego con toda la insistencia que dá la razon, que técnica y estrictamente hablando y sin hacer estensiones de sentido, se pueda llamar poesia á otro género de composiciones que á las en verso.

No te agarres de sutilezas. El que sea permitido usar una metáfora, no autoriza á tomar como técnico y estricto lo que se ha usado por una simple estension de sentido.

Por consiguiente, ni el Telémaco, ni Atala, ni Nuestra Señora de Paris son realmente poemas y si se les llama tales, es en virtud del mismo abuso por el cual tú llamarías encanto, flor, perfume, estrella á una hermosa muchacha y con el mismo derecho con el cual el simplon de Fauriel, llamaba anjelical á Manzoni.

Todas estas cosas, dice el doctor Mallo que son hipérbolos insanas y creo que tiene mucha razon.

Ellas son permitidas en el lenguaje usual, pero cuando se trata de discutir el valor real de las palabras para la expresion pura y sencilla de las ideas, todos esos recursos

del lenguaje deben hacerse á un lado, porque no tienen sino un valor ficticio.

No hay, pues, ni poemas, ni poesia en prosa estrictamente hablando, como no hay nubes de zafir, ni labios de coral, ni ojos de cielo, ni Manzoni anjelicales. (Si á mi, un hombre con barbas como soy, se atreviera alguien á llamarme anjelical, creo que me ofenderia. Manzoni no, á él le gustan esas finezas).

Encuentras contradiccion entre afirmar que hay ó puede haber belleza en la poesia, al mismo tiempo que se afirma que ella, la poesia, resulta de los juegos de los vocablos y de la tortura del pensamiento en cárceles de palabras. Pero francamente, tu lójica no es muy justa; una cosa puede resultar de otra sin ser ella misma, la poesia puede resultar de un juego de palabras sin que por eso se lleve la confusion hasta el extremo de afirmar que todo juego de palabras es poesia. El que hace la confusion eres tú y á sabiendas, confundes el efecto con el orijen, pues no creo que sostenga nadie con conviccion, que uno que afirma que tal cosa resulta de otra, haga del orijen y del producto una misma entidad.

Por consiguiente el solo hecho de afirmar que la poesia resultaba de un juego de palabras, está evidentemente indicando que se hace una separacion, una distincion, una simple relacion entre la manufactura y los materiales empleados para ella.

Dispénsame la palabra manufactura, que te parecerá criminal hablando de tu diosa, de esa pobre poesia que se vé tan mal tratada por pecados ajenos.

Eres previsor, mi querido Pedro, ó el grito de tu conciencia se ha hecho oír á pesar tuyo. Voy á discutirte sobre el valor de la palabra inútil. Los economistas son

los que van á darme la razon, ellos que son jueces en la materia como lo son los diccionarios, no tratándose de bellas artes, como maliciosamente dices, sino del valor y significacion de las palabras.

Dicen los economistas que útil es todo aquello que sirve para satisfacer una necesidad y que hay necesidades físicas y necesidades morales.

Todo esto es muy cierto, pero lo que no lo es de ninguna manera, es que se llame útil á lo que satisface necesidades morales que no acostumbra tener la jeneralidad de los hombres, cuando goza del uso completo y moderado de sus facultades.

En mi calidad de médico y por lo tanto en aptitud de conocer ciertas enormes necesidades, eminentemente morales, en que quizá no piensan todos los economistas, voy á hacer una pequeña adición á la esplicacion de la palabra útil. Es útil todo aquello que sirve para satisfacer una necesidad física ó moral, pero con un buen fin. Cuando de la satisfaccion de una necesidad resulta un perjuicio, solo á un loco se le podrá ocurrir llamar útil á la cosa que la ha satisfecho. O crees tú que sea útil robar, asesinar, incendiar, comer cadáveres y profanar sepulturas!

Pues has de saber que hay estados intelectuales y enfermedades del cerebro en las cuales se produce la necesidad moral, pero profunda y tremendamente sentida, intesissimamente imperiosa, de robar, de matar, de incendiar, de profanar cadáveres, de morder y de mil otras locuras á las cuales es fatal é irresistiblemente arrastrado el enfermo.

En vano me dirás que te hablo de casos escepcionales, las escepciones tambien se cuenta y yo te hablo de necesidades morales y tan imperiosas, tan exigentes, que no

hay entre las demás, inclusive la del hambre, cosa con que compararlas.

Si, Pedro, hay todo esto que tomar en cuenta y si persistes en sostener la utilidad de la poesia, tendrás que transijir conmigo y admitirme que pertenece al jénero de las utilidades perjudiciales, por el tiempo que hace perder.

Es decir, no hay que encerrar á los poetas en manicomios, porque no atentan contra la seguridad pública, ni contra la moral, pero no por eso dejan de ser monomaniacos que andan sueltos; son locos pasivos como los politicones, los mariscales y los que se ocupan mucho en pró ó en contra de la relijion.

A propósito de haber afirmado yo que era una broma del señor Gutierrez decir que «la rima es una esclava para el que conoce su idioma y tiene imaginacion» dices tú, que tú y yo somos las zorras de la fábula y que las uvas están verdes. Muy bien; de aquí se desprende que siendo tú tan lego en la materia por confesion tuya, como yo, tanta razon tienes tú para votar en favor de la temeridad de don Juan Maria, como yo para estar en contra.

Pero lo mas justo es entónces no afirmar nada; si uno no sabe ¿á qué se mete?

Tú dices, la rima es una esclava, porque así lo dice don Juan Maria, yo soy la zorra de la fábula, no puedo juzgar en la materia, pero sin embargo afirmo que la rima es realmente una esclava. Eso se pasa de poco lójico, Pedro, amigo.

Y advierte que has pasado como por sobre brasas, sobre mi argumento mas sério, sobre mi argumento irrefutable; yo he dicho que el lenguaje no puede ser esclavo porque siendo el número de ideas infinito, mientras que el

número de palabras es limitado, el pensamiento no podrá jamás hacer lo que quiera con el lenguaje.

Tal éra mi argumento en resúmen.

Has hecho bien en no intentar contestarme á esto, hay obstáculos que es mejor evitar, porque es inutil pensar en vencer.

Ahora afirmas que hay hombres que hablan mejor en verso que en prosa.

Me parece Pedro que te estás burlando del apreciable público bonaerense.

Entónces tú crees que se puede decir en verso mejor que lo que se dice en prosa. «Dame pan. Como está usted. Muy buena. Si señor» y otras que espresan á la perfeccion, en prosa, lo que uno quiere decir?

No, Pedro, no creas que hay hombre alguno que hable en verso, mejor que en prosa; si tus maestros te lo han dicho, te han engañado y yo no sé cómo no se te ha ocurrido que la cosa es imposible.

A ver como me decis tu: si, no, bien, en verso y separadamente y no me negarás que para la espresion de las ideas no necesita uno muchas veces mas palabras que esas.

Sigues creyendo que la lenta rémora del consonante sazona el pensamiento que busca una forma definitiva. Pero, Pedro, me admiro que tú defiendas una frase cuya mejor crítica es repetirla; ella misma se está haciendo burla; por lo que hace á mí, cuanto mas la repito mas gracia me hace. ¿Con que la lenta rémora sazona (lleva á punto, sabia esta acepcion el pensamiento) que anda dando vueltas en busca de una forma definitiva? y todavía sostendrás que puede salir bello, gracioso, chis-

peante y claro un pensamiento, despues de semejantes apuros y caminatas.

Cuanto mayor es la facilidad y claridad con que se espresa un pensamiento, mayor es su belleza. «Lo que bien se concibe, bien se espresa»; la espresion pronta y sin rodeos, es una condicion indispensable para la belleza de la idea. Un pensamiento, pues, que anda buscando formas definitivas, tiene por fuerza que salir contrahecho y maltratado, lleno de contusiones, con vendajes y con muletas.

Habia dicho yo, porque lo creia, que el que brega no hace saltar chispas de gracia, de novedad y de eficacia y tú te enojas por esto, pero no haces mas que enojarte, te ofendes, te ruborizas de que tales cosas se piense y por toda contestacion, me cuentas que un tal Fauriel llamaba anjélico al caballero Manzoni y que los dos, tanto el anjélico como el bienaventurado Fauriel, declaran solemnemente, que no habrian sido ellos mismos tan sublimes á no ser por las exigencias de la medida y de la rima.

A otras cosas les ganarán á estos dos señores, pero á modestia, cuando! Saben ustedes que para ser anjélico el señor Manzoni no es muy humilde y que el tal Fauriel, á juzgarlo por eso solo, es un bienaventurado mas anjelical aun que su colega!

Pues si no cuenta la idea con mas demostracion ni mas apoyo, á mi vez te declaro solemnemente, mi querido Pedro, que con citarme autoridades no me convences, que no tiene razon nadie para vencer con razones dogmáticas y que te tacho de parciales, tanto á tu anjelical Manzoni como al ilustrísimo Fauriel.

En fuerza de la lójica y hasta nueva orden, me permitirás, pues, que siga creyendo que la poesia es un modo estravagante é inútil de espresar ideas.

Citas por último nna discusion en que La Motte probó á un defensor de la rima, que habia hecho una comparacion contraproducente y ya que tú citas con el mismo objeto la discusion, habiendo en ella triunfado La Motte, tu cita es tambien contraproducente en este caso.

Afirmas para concluir que para tener derecho de discutir sobre rima, es necesario ser rimador y que los que la discuten fuera de su terreno, tienen por fuerza que tener razon, como lo afirma el famoso crítico á propósito de La Motte.

Yo soy tambien de la mismisima opinion, los que no riman, tienen derecho de hablar mal de la rima y como derecho supone en último resultado, razon y justicia, quiere decir que la guerra contra la rima y contra lo que es de los poetas y pertenece á la poesia, es la mas justa de las guerras, tú mismo lo confiesas.

Tu afectísimo

EDUARDO WILDE.

CONTESTACION Á LA 2ª CARTA

Buenos Aires, agosto 18 de 1870.

Querido Wilde:

Acabo de leer tu segunda carta y no puedo menos de esclamar: esto es asunto concluido! mi contrincante nada nuevo tiene que decir, se repite lastimosamente y se mete cada vez mas en el atolladero.

Puedo darte en un dos por tres el golpe de gracia y curarte para siempre de la mania de hablar y escribir contra los poetas.

Ahora si te reconozco el derecho de afirmar que me presento con laires de triunfador. Tú lo has querido.

El espíritu y el tono de la carta referida, me convencen de que me dejaria fustigar miserablemente, si no abandonase las pulcritudes del lenguaje en esta increíble polémica, aplicándote rigurosamente la ley del talion ó volviéndote la pelota, para hablar en estilo de cancha.

Me declaras audaz y debo serlo. En materia de audacia jamás se me ha ocurrido negarte competencia. Creo que llegas hasta ser temerario.

Pero de nada te servirán tu aplomo, tu arrojo para negar y afirmar, tu pasmosa seguridad en el debate á pesar de la mala causa en cuya defensa te empeñas.

Si te venzo en esta polémica no haré gran hazaña. Te has metido en un pantano y no hay mas que empujarte un poquito para que te hundas en él.

Basta de cháchara preliminar. Entremos en materia, como dicen los abogados.

A dos cuestiones puede reducirse la contraversia y son las siguientes:

1ª Si la poesia es ó nó algo que merezca la atencion, la simpatia y el respeto de los hombres, ó hablando como tu, si la poesia es útil ó no.

2ª Si hay ó nó poesia sin versificacion.

Yo he sostenido la afirmativa en uno y otro caso.

Tú has pretendido refutarme, lo que haria creer que has sostenido la negativa; pero la verdad es que respecto de la primera y de la segunda cuestion, has sostenido el pro y el contra, probando así que no es necesario ser persona tocada, como el vulgo cree, para defender al mismo tiempo el sí y el no y que el célebre Ministro del Prin-

cipe Perro de aguas, tiene en tí un imitador furioso, capaz de escandalizar á su mismo maestro.

No hablo á humo de paja.

Voy á refutarte con tus mismas palabras, voy á contestar al doctor Wilde con el doctor Wilde y á mostrarte que despues del artículo sobre los criticos del señor del Campo, en que tan piadosamente te traté, la prudencia debió soplarte al oido aquellas célebres palabras de Sancho «mejor es no meneallo» consejo que seguido por •tí, te habria envitado la situacion poco agradable de aparecer ante el público como una especie de dualismo intelectual en dos piés.

Habla el doctor Wilde:

«La mayor parte de las versificaciones con que nos desayuna diariamente la prensa de Buenos Aires, no tienen alma y el mas escrupuloso teólogo no descubriría en ellas la menor partícula de poesía. Verdad es que tampoco importa mucho encontrarla, porque estando ó no estando, de todos modos es inútil.» (Revista Argentina, entrega 46, tomo VIII, páj. 257.)

Esto es, sin duda alguna, establecer categóricamente la inutilidad de la poesía. No se podía hablar con mayor claridad á ese respecto. La poesía es inútil, dices y para no dejar escapatoria, añades: lo es de todos modos.

Habla el doctor Wilde:

«La verdadera poesía ha comenzado por cantar sentimientos y por tomar como elementos de sus obras los suaves impulsos de un corazon enamorado.»

«Adan debió ser poeta, pero poeta en prosa, cuando solo en el paraiso, bajo las sombras de los árboles y sobre un piso de flores, declaró á Eva su amor y sus antojos.»

«La poesía no necesita salir al mundo para encontrar

su esfera de acción; en cada sentimiento, en cada impulso del corazón hay un millón de poemas. »

• La compasión, el amor, la tristeza, el odio, los celos, la ambición y cuanto sentimiento puro ó compuesto pone al hombre en relación con sus semejantes, es un manantial de poesía. » (Revista Argentina, entrega 43, tomo VII, páj. 685.)

La poesía es, pues, según tu mismo, la expresión de los sentimientos, de las pasiones, de todos esos maravillosos fenómenos de la sensibilidad que llenan la vida humana con sus variados matices, desde los días risueños de la juventud hasta las horas sombrías de la vejez. ¿Diremos que la sensibilidad es una bagatela, una cosa insignificante, una cosa inútil, para usar tus palabras? ¿Diremos que la expresión de esas penas, de esos placeres, de esas aspiraciones cuya sucesión forma el drama de la vida del hombre sobre el mundo, es algo que carece de importancia y que á nadie debe interesar?

Pero hay más. Habla todavía el doctor Wilde:

• Cuando se dice de un paisaje, de un cuadro, de una estación, de una atmósfera, que son cosas poéticas, se usa una metáfora, una traslación de sentido. Lo que ha querido decirse en realidad, es que tal paisaje y tal cuadro son bellos, con una belleza determinada que todo el mundo comprende y que nadie podrá explicar. Esta belleza despierta determinadas sensaciones y sentimientos que sugieren ideas confusas, melancólicas y agradables por lo general. » (Revista Argentina, entrega 46, tomo VIII, páj. 256.)

Dime ¡oh pichón de Hegel! si no es eso proclamar la excelencia de la poesía, si no importa eso confesar que es tan reconocida la belleza de la misma poesía, que el adjetivo

poético se toma como sinónimo de bello en su mas alta espresion!

Pero ¿para qué te dirijo estas interrogaciones? Tú, Eduardo Wilde, has escrito en la Revista Argentina, las palabras siguientes: La poesia está en la belleza y la versificacion es el buril con que los poetas labran esa belleza.»

Con razon me admiraba yo, como se admiraria cualquiera, de que te atravesies á afirmar que la poesia es inútil, insoportable como las pulgas y los mosquitos, despues de haber dicho que la poesia es la belleza, la suprema belleza á que el hombre puede aspirar en las rejiones del arte!

Y ahora voy á mostrarte que poniéndote en pugna con el sentido comun, revelas una lamentable falta de conocimientos en la economia politica, apesar de tu famoso artículo sobre los alquimistas y la conversion del papel moneda.

Util es lo que sirve para satisfacer una necesidad. Esa es la definicion de la ciencia. Util es, dicés tú (que te ries de la teología) lo que sirve para satisfacer una necesidad fisica ó moral, pero con buen fin.

Te equivocas. Incluyes en la idea de utilidad un elemento que pertenece al dominio de la moral. La utilidad consiste en la aptitud de las cosas para satisfacer las necesidades, prescindiendo del carácter de lijitimidad ó ilejitimidad, de normalidad ó anormalidad que tengan estas. «El Economista, dice Garnier, comienza su papel de observador, desde que los hombres hacen un esfuerzo para satisfacer su necesidades, en una proporcion cualquiera. La razon puede condenarlas; debe contenerlas en justos limites; pero es necesario comprenderlas en las apreciaciones económicas,

siempre que los hombres se muestren dispuestos á hacer sacrificios para satisfacerlas. A los ojos del moralista una flor artificial, un anillo pueden pasar por objetos inútiles, pero á los ojos del economista tienen importancia desde el momento en que los hombres encuentran en ellos bastantes goces para asignarles un precio. La satisfaccion de la vanidad, ha dicho Juan Bautista Say, es algunas veces para el hombre tan imperiosa como el hambre.»

En filosofia tampoco se entiende por útil lo que tú entiendes por tal y precisamente porque un sistema de moral fundado en la utilidad, lejitima el robo y el asesinato, que son, sin duda alguna, útiles para quienes los practican, es que se rechaza la doctrina de Hobbes y sus sectarios.

Útil es, lo que sirve para satisfacer una necesidad. Esta es, lo repito, la definicion de la ciencia.

Entonces, pues, si la poesia despierta sensaciones y sentimientos agradables, si satisface necesidades reales de nuestra naturaleza, como tú lo reconoces, eso basta para declarar su utilidad. Podria reducirse estas observaciones á las formas severas del silojismo. Te recomiendo que releas en el Compendio de Julio Simon, el capítulo sobre el raciocinio.

¿Pero cómo te atreves á negar la utilidad de la poesia? ¿No se enriqueció Byron con sus poemas? ¿No se ha enriquecido Victor Hugo con sus odas y sus dramas? ¿No se vendé á cada momento volúmenes de versos? ¿No hace ahorros el pobre estudiante para comprar un Espronceda ó un Lamartine, como para comprar un par de guantes ó un sombrero?

Pero quiero para agotar la réplica, colocarme en el mismo terreno en que pones la cuestion. La utilidad de la

poesia se vincula precisamente con esas condiciones morales á que haces referencia en tu última carta. La poesia mantiene vivas las gloriosas tradiciones de los pueblos. En los versos de los ilustres cantores se han trasmitido de jeneracion en jeneracion las ideas relijiosas y sociales de todas las razas. Las ciencias mismas deben á la poesia preciosas informaciones y refiriéndome á la jurisprudencia, que he cultivado especialmente, puedo citar en apoyo de lo que digo, un bello libro que se llama «Los poétas juristas.» ¿Quién pretenderá coocer la civilizacion antigua, sin haber leído á Homero y á Virjilio? ¿Quién se considerará iniciado en los secretos de la edad média, si no ha sido guiado por el Dante, en aquel periodo crepuscular que precede á lss tiempos modernos? ¿Y quién puede mostrarnos un espíritu que haya penetrado mas profundamente en los senos del alma humana y dejándonos revelaciones mas sorprendentes de nuestra propia naturaleza, que el admirable autor de Hamlet y de Macbeth? La poesia nos arrulla con los himnos de la esperanza, suaviza nuestras penas con las confidencias de los dolores ajenos y purifica nuestros sentimientos, despertando en nosotros la admiracion por los tipos que honran la humanidad y el horror por los monstruos que la deshonran. La poesia es noble y es santa; responde á esa necesidad suprema que nos impulsa hácia las rejiones del ideal, hácia un mundo superior al mundo en que nos ajitamos, devorados por un anhelo misterioso que no sacian las riquezaz, ni la gloria de la tierra. Hermana de la relijion y de la ciencia ella tambien es divina, ella tambien es una sublime revelacion del infinito y por eso ha dicho con verdad, un antiguo poeta, hablando de la inspiracion:

Est Deus in nobis, agitante caleſcimus illo.

Todos los que crecen en la sublimidad del destino humano, todos los que sufren y esperan, todos los que se consuelan en las angustias de la vida con la vision de la eterna ventura, aman y veneran la poesia. Y entre nosotros no habrá una sola alma apasionada por el arte, que no proteste contra el desden con que tu la tratas ;oh Eduardo Wilde! que ayer no mas en la cátedra de los doctores, suspendías la marcha de un árido raciocinio y avivando en tu memoria el recuerdo de los versos de un poeta querido, dejabas á un lado el frio tecnicismo y sintiendo pasar por tu alma un soplo misterioso, decias conmovido:

• La mujer ha nacido para el amor y las caricias: su exquisita sensibilidad la incita á ello y su encantadora belleza le brinda las ocasiones de satisfacer sus velados deseos. Ella sale en un paraiso desconocido con el cielo por techo y la yerba por alfombra; su larga cabellera, rubia como el oro, cae en ondas sobre sus hombros mórvidos y jugando con el viento, descubre de tiempo en tiempo su carne blanca como la nieve y ardiente como el sol. Ella tiene en su seno la cuna del linaje humano que se refresca regada por su sangre y en sus lábios de fuego y en sus ojos tiernísimos, tiene luz y calor para proteger en este mundo frio, el cuerpo endeble del recién nacido. Ella es la madre, la hermana y la esposa que derrama en cada acto de su vida, los tesoros de su ternura inagotable. Ha nacido para sentir y siente procurando las mas inefables delicias; lágrima que siempre está cayendo, cáliz de ternura y fuente del amor, no abre su pecho sino á los dulces sentimientos y el mundo se acaba para ella donde no hay que sufrir ó que gozar. Su tierno corazon siempre adorable, se deja conmover por la mas leve influencia y

en sus besos ardientes y en sus miradas divinas refleja las ondulaciones de su sentimiento interno. No hay flor, ni luz, ni astro con que compararla, ni palabras con que describirla; ella es el depósito de todas las pasiones ajenas y la dueña de todas las delicias humanas. Los hombres no alcanzarán jamás á comprenderla, pero les bastará saber amarla »

¿Y eres tú, el autor de esas palabras, el que viene á decirnos que la poesia es inútil, que la poesia es insoportable, que el sentimiento y la belleza nada valen? Eres tú el lector infatigable y el ferviente admirador de Byron, su discípulo, su imitador, el que viene á decirnos: los poetas son soñadores improductivos, son locos que se libran de estar en un manicomio, solo por ser inofensiva su locura?

Pero, de qué me asombro! Platon queria desterrar á los poetas de su república, sin reparar en que él habria sido el primero en merecer el ostracismo!

Resumamos. Declaras que la poesia es la espresion genuina de los sentimientos de la naturaleza humana, declaras que es el arte bello por exelencia, el arte delicioso y agregas á renglon seguido, que la poesia es inútil, insoportable, indigna de ser cultivada!

¿Es esta tu lógica? ¿es esta tu sinceridad?

Parece, pues, que respecto de la primera cuestion debes declararte vencido. Has errado la cura. Vamos al segundo punto.

Sostienes que no hay poesia sin versificacion, que la poesia no es otra cosa que «pensamientos espresados en verso.»

Citas á Dominguez y sin duda, la edicion que manejas, debe ser la de Lanman y Kemp, pues en la edicion espa-

ñola de aquel diccionario, que hay en esta imprenta, hallo entre las diversas acepciones de la palabra poesia, la siguiente que, por lo visto, no se encuentra en la edicion de drogueria que tu posees, mi querido Galeno: «Poesia, cualquiera obra ó parte de ella que abunda en figuras, imájenes, ficciones ect.» y esta otra «el lenguaje magnifico y sublime de la oratoria.» El diccionario de la sociedad de literatos, publicado en Madrid en 1866 (el mejor de nuestra lengua que yo conozco) dice tambien: «Poesia: cualquiera obra ó parte de ella que abunda en figuras, imájenes y ficciones. «Todo lo que presenta nobleza, elevacion y sentimiento.» Estas citas son abrumadoras. Está de Dios que has de herirte con tus propias armas. Tienes que convencerte de que hasta por la sentencia del teniente alcalde, es decir, por la sentencia del diccionario puede haber y hay, en efecto, poesia sin versificacion.

Por lo demas, no solo en lenguaje usual, tomado como sinónimo del lenguaje vulgar se acostumbra decir que una obra es poética, aunque no esté escrita en verso y que un hombre es poeta, aunque solo escriba en prosa. Demogeot llama poema á los Martires y poeta á Chateaubriand. Don Joaquin de Mora, como todos los críticos literarios, considera á Cervantes un gran poeta, no por los versos de su Viaje al Parnaso, ciertamente, sinó por la creacion de su admirable Don Quijote. Te precias de hablar y escribir estrictamente, pues bien, tú mismo llamás á Adan poeta en prosa, lo cual prueba que en tú concepto, puede haber poetas que no hagan versos y poesia sin versificacion. Pero has dicho mas todavia, para refutar tu epístola ¡oh desventurado Wilde! destinado á una perpétua contradiccion! has dicho lo que sigue: «Estoy intimamente convencido de que hay

una época de la vida en que cada uno es poeta. Yo como todos, agregas, he estado enamorado y creo haber hecho en aquella época mas poesia que una docena de autores juntos....(¡Todo esto sin escribir versos!)

¿Cómo afirmas, entonces, que no puede haber poesia sin versificación?

¿Cómo dices que la poesia no es mas que «pensamientos espresados en verso?»

Pero, querido Eduardo, ¿no es contradecirse visiblemente decir que la poesia reside en el sentimiento, en la sublimidad de las ideas, en la belleza por fin y sostener despues que la poesia es una cosa como esta:

Treinta dias trae noviembre;

Con abril, junio y setiembre;

Veinte y ocho trae el uno

Y los demás treinta y uno?

¿En qué quedamos? ¿Chateaubriand y Fenelon no merecerán el nombre de poetas y lo merecerá don Juan Manuel Bonifaz, por haber escrito una gramática en verso?

Vas del mal en peor. Esta última afirmacion «la poesia no es mas que pensamientos espresados en verso, es decir, cualesquiera pensamientos espresados en verso.» Pasa ya de castaño oscuro y debes convencerte de que te has descarrilado feamente. Horrorizate de lo que dices. Segun tu doctrina, la ley de aduana puede convertirse en poesia, con solo distribuir sus palabras segun las condiciones de la medida y de la rima. Ah! ¡qué fuerte es esto! ¡qué fuerte, mi querido amigo!

Resumamos. Declaras que hay poesia por el hecho de haber ciertas ideas y sentimientos, que hay hombres poetas

como Adan que no han escrito versos y concluyes afirmando que para que la poesia exista, basta que existan versos. Si esto no es lójica parda, venga Dios y lo vea.

Aqui podria dar por terminada esta carta. Te he refutado, ó mejor dicho, te he hecho refutar por tí mismo de una manera decisiva, poniendo en claro que para replicar á Wilde no hay mejor arsenal de argumentos que Wilde, ó en otros términos, que hay en tí dos inteligencias con doctrinas contrarias y un solo Wilde verdadero, que no tiene opinion en la materia sobre la cual se discute y á quien probablemente no le importa un comino tenerla ó no tenerla.

Quiero, sin embargo, tomar en cuenta algunas observaciones de tu carta, que no he considerado hasta aquí, por el método de refutacion adoptado en esta réplica.

Echo la vista por tu epístola y me parece una caricatura; la encuentro graciosa y picante como todo lo que sale de tu pluma; la encuentro llena de espresiones felices, de ocurrencias chuscas, de salidas ingeniosas; la encuentro escrita en estilo de Carlisle, con el cual no en vano he comparado el tuyo, por la novedad de las formas, por la viveza del colorido y tambien por la brusquedad de sus frecuentes transiciones. Pero pienso (y creo que no me ciega el calor de la polémica) que ella no resiste al mas lijero análisis y que es, en definitiva, un tejido de proposiciones falsas, de paralojismos sorprendentes, que no se sabe como pueden ser la obra de un espíritu que ha tenido hasta ahora fama de lójico riguroso. Me declaras audaz despues de leer mi primera carta. Yo te hallo temerario despues de leer la tuya. Y voy á probar que en efecto lo éres.

No vacilas, por ejemplo, en decir que un escritor puede siendo consecuente, afirmar que la poesia es insoportable

y sin embargo aplaudir las producciones de tal ó cual poeta. Pero esto es un verdadero contrasentido. Si la poesía, si toda la poesía es insoportable, cualquiera composición poética será tambien necesariamente insoportable y no se concibe que una persona aplauda lo que le mortifique, sino en el caso de que desee purgar sus pecados haciendo penitencia.

Los monarquistas, dices, reprueban las ideas republicanas, pero admiran á Garibaldi. Los republicanos, agregas, reprueban la monarquía, pero se estasiarian ante la noble figura de un rey que se convirtiera en héroe para conservar su corona. Desde luego, la verdad es que la prensa monárquica no ha tratado jamás con blandura, al solicitario de Caprera y en cuanto á lo de que los republicanos se estasien ante los reyes que defienden valientemente su ilejítima dominacion. la historia nos dice que lo que han hecho en tal circunstancia, ha sido combatirlos con mas ardor. Pero si hubiera admiracion por Garibaldi de parte de los monarquistas, admiracion por los reyes de parte de los republicanos, ella no probaria nada en favor de tu tesis: se admiraria entonces una calidad personal, el valor que es estimable en cualquier hombre y eso no importaria tener admiracion, en el primer caso, por la república y en el segundo por la monarquía. Lo que has debido probar es que una persona que considerase perniciosa la república, podria en buena lójica considerarla provechosa al mismo tiempo y que una persona que considerase ilejítima la monarquía, podria tambien en buena lójica considerarla lejítima.

Esta es la cuestion, este es el caso, este es tu caso.

Has dicho: la poesia es insoportable y has añadido: la poesia del señor del Campo es deliciosa.

Aquí entra el cuento y el cuento cae sobre tí como teja. Tú eres el cura, la joroba es la poesia y el señor del Campo el jorobado. Tú le has dicho, en materia de jorobados (léase poetas) usted es perfecto, amigo mio y has agregado por lo bajo: Dios me libre de la joroba! Dios me libre de la poesia! Llamas á este cuento un argumento de lójica férrea, exclamas que es una arma exelente para tí; pero en definitiva solo sirve para mostrar que tu sinceridad es, ni mas ni menos, la dudosa sinceridad del cura socarron. De esta parte de tu epístola doy traslado al señor del Campo.

Despues de haber convenido conmigo en que la poesia formará siempre el encanto de las almas delicadas, aseguras que ella no puede agradar mas que á las mujeres y á los hombres de espíritu débil. Los hechos te desmienten. Napoleon no era, me parece, un hombre afeminado y leia con intenso placer las obras poéticas. Muchos espíritus vigorosos se han deleitado con esa lectura y entre los mismos poetas se cuenta hombres como el Dante, Milton, Byron, Espronceda, distinguidos no solo por el don sublime de la inspiracion, sino tambien por un carácter firme y animoso.

Dices tambien que debe desconfiarse de mis juicios sobre la poesia, porque he declarado que me inspira respeto y admiracion, lo cual, segun tu opinion, me ofuzca y me inhabilita por lo mismo, para juzgar en la materia. Permítete una observacion sicológica. Los sentimientos son siempre suscitados por concepciones ó juicios. Se ama algo despues de encontrarle bueno. Se tiene adversion por algo despues de hallarle malo. Ignoti nulia cupido, decian con razon los antiguos. Mi respeto, mi admiracion por la poesia, ha venido en pos del concepto que de ella

me ha formado y no puede, por consiguiente, ofuscarme. Por lo demás, la simpatía por una ciencia, por un arte, sirve no de obstáculo sino de ayuda para conocerlos bien. Han penetrado en el espíritu de las obras literarias y las han comprendido en toda su belleza, los que las han estudiado con perseverancia, con aquella fecunda perseverancia mantenida por la simpatía que la literatura inspira á los críticos dignos de tal nombre. Tú amas la medicina ¿te inhabilita eso para juzgar sobre las materias que son de su resorte? Mr. Weis tiene pasión por la química ¿no ha debido el gobierno pedirle un informe sobre las aguas filtradas?

Desnaturalizas una observación que hacia yo respecto de tus opiniones relativas á la rima, cuando aseguraba que tus sátiras contra ella me hacían recordar la celeberrima, frase de la zorra. No he dicho que seas incompetente para juzgar versos, porque no los hagas con la misma dichosa facilidad de Oviedo ó Lope de Vega. Cuando me contestas en este sentido, echas agua fuera del tiesto. Yo decia que no me estrañaba que no siendo tú versificador ó siéndolo quizá un poco difícil, como algunos grandes poetas, esclamarás: las uvas están verdes! Y á este respecto presentaba un argumento de hecho, poderoso, decisivo, que debia quedar sin contestación, como en efecto ha quedado. Es el siguiente: dos poetas Manzoni y Gutierrez piensan que las exigencias de la rima contribuyen á dar á la espresion, belleza y eficacia y lo prueban prácticamente con sus hermosas éstrofas. Agregaba otros hechos innegables también. Decia: Byron y Espronceda escribían en verso mejor que en prosa; Racine sujetándose á las condiciones de la versificación, ligaba mas fácil y naturalmente las palabras que el célebre Montesquieu, libre de esas condiciones; y me apo-

yaba para afirmar esto último, en la opinion irrecusable de un hombre tan competente en la cuestion, como Mr. Sainte-Beuve, á quien se considera el primer crítico francés en el siglo XIX. No habia mas que una manera de refutar este argumento: demostrar que no son bellos los versos de Manzoni y de don Juan Maria Gutierrez; demostrar que los versos de Byron y Espronceda lo son superiores á su prosa; demostrar, por fin, que es forzada en vez de natural y corriente, la frase del autor de Fedra. Pero no lo has hecho y el argumento te saca todavia la lengua como un muchacho travieso.

Declaras que la observacion fundamental de tu réplica es la siguiente: «el lenguaje no puede ser esclavo, porque siendo el número de ideas infinito, mientras que el número de palabras es limitado, el pensamiento no podrá jamás hacer lo que quiera con el lenguaje.» Y añades con mucho garbo: «Tal era mi argumento en resúmen. Has hecho bien en no intentar contestarme á esto; hay obstáculos que es mejor evitar, porque es inútil pensar en vencer.» Hablando con franqueza, no habia atribuido gran importancia á esta observacion que reputo falsa y que se halla por lo demás, refutada en cuanto es pertinente á nuestra polémica, por los argumentos prácticos á que acabo de referirme. Pero puesto que te das aires de triunfador y pretendes asustarme con ese famoso cucu, voy en derechura á él para echarle por tierra con unos cuantos escobazos. Las palabras son signos de las ideas, vienen en poz de ellas como que están destinadas á representarlas. El aumento de las ideas suscita naturalmente un aumento correlativo de espresiones. Este es un hecho comprobado por el progreso de todas las lenguas. Ninguna idea se pierde en el mundo por falta de palabras para espresarla. La intelijencia,

siguiendo ciertas leyes, crea siempre los signos que necesita. El progreso intelectual determina el progreso del lenguaje y es despues ayudado por este. Descartes ha creado la prosa francesa y Pascal la ha fijado, dice con razon Mr. Cousin. Corneille y Racine han embellecido la lengua de aquellos célebres geómetras y filósofos y en nuestros dias, Lamartine y Victor Hugo le han dado, el primero, una flexibilidad y una suavidad encantadoras y el segundo, una pasmosa enerjia, un sorprendente vigor. En las elucubraciones del sábio y del poeta, las palabras nacen y se perfeccionan y el lenguaje recibe el sello que le imprime el espíritu operando sobre él. Asi los signos, asi el lenguaje, sirven al pensamiento y no es aventurado decir que le están subyugados. Dante recojió de las calles un dialecto desdeñado é hizo de él una lengua que, puesta luego al servicio de otros insignes poetas, mereció de Byron esta hermosa apolojia: es suave como el terciopelo y dulce como los besos de las mujeres! No niegues que los pensadores, no niegues que los poetas, perfeccionan el lenguaje. Nadié lo niega ya. Los hechos están ahí para convencer al que dude, es decir al que ignore.

Dices, cambiando mis palabras, que yo he afirmado que algunos hombres hablan mejor en verso que en prosa. Me preguntas tambien si se podria decir en verso mejor que en prosa: dame pan ¿cómo está usted? muy bueno, señor y qué sé yo que otras cosas. Me preguntas, por último, si podria yo decir: si, no, bien, en verso y separadamente. En primer lugar, lo que yo he dicho es que algunos hombres (y citaba á Byron y á Espronceda como pude citar á Ovidio y á Lope de Vega) espresan mejor sus ideas y sentimientos en las formas del verso que en las de la prosa, refiriéndome, no á

las frases triviales de la conversacion, sino á conjuntos de pensamientos, á situaciones de sensibilidad complicadas, como son las que forman la materia del drama ó de la novela. Y lo que yo decia es un hecho. Compara el Estudiante de Salamanca con el Sancho de Saldaña y no te quedará duda á este respecto. En la opinion de criticos afamados, Milton es quizá el único poeta cuya prosa no sea inferior á sus versos. Convéncete de que aun cuando eso no se realice en tí (ni en mí tampoco) « el canto es en algunas organizaciones un don fácil, involuntario, una fuente que mana y se renueva sin cesar » y que mas de un poeta puede esclamar como un francés inmortal:

Je chantais, mes amis, comme l'homme respire.

Comme l'oiseau gemit, comme le vent soupire.

Comme l'eau murmure en coulant.

En cuanto á lo de que las frases familiares no se pueda decir en verso, te recomiendo la lectura de las comedias de Breton de los Herreros, donde hay largas tiradas llenas de frases tan sencillas y comunes como las que citas y cuya versificacion admira por su elegancia y facilidad. Respecto á que un monosilabo no pueda formar por sí solo un verso (gran argumento contra la versificacion que has guardado en la reserva) no es la cosa tan difícil como lo imaginas. Léete á Espronceda y á Ricardo Gutierrez. Y ya que vamos de preguntas ¿dirias tú huevo (en prosa) con la boca cerrada?

Dices con aplomo, con audacia compañera en este caso de... la fortuna, que si el pensamiento ha dado vueltas en busca de una forma definitiva, no puede salir bello ni claro! Tu envidiable facilidad para la contradiccion, que reconozco y admiro, te induce á cometer un error lamentable. Léete estudios críticos sobre grandes escritores y

te convencerás de que no tienes razon en este punto. Pascal trabajaba su estilo mas que cualquier otro escritor del siglo XVII y su estilo es un modelo de belleza y claridad. Algunas de sus famosas Provinciales han pasado por doce formas provisorias, antes de asumir la última forma y la última ha sido sorprendente. Hay páginas de Los Mártires que han costado á su autor quince dias de trabajo y Chateaubriand era, para usar la espresion de Lamartine, el Rubens del estilo!

Tus bromas sobre Manzoni y Fauriel, es decir, sobre el mas notable poeta italiano del siglo XIX y sobre uno de los mas eminentes profesores de la Francia, prueban que tienes todavia las agallas del antiguo redactor de El Mosquito. Si la muerte ó la distancia no les impidiera oírte, dirian talvez, como el divino Jesus: perdónale, señor, no sabe lo que hace!

Concluyamos.

Tu epistola termina con un rasgo que me trae á la memoria aquello de que los extremos se tocan. Por haber dicho Mr. Villemain que la Motte tenia derecho para hablar mal de la poesia, por que discutia sobre ella haciendo argumentos de fisica, afirmas con la pilleria mas candorosa del mundo, que tú tambien tienes derecho para hablar pestes de la musa y de los versos y que esto importa tener razon en la polémica, porque derecho y justicia y razon son perfectamente sinónimos.

Eso se contesta con una sonrisa. La inocencia te valga.
Soy siempre tu afectisimo

PEDRO GOYENA.

3ª CARTA

Buenos Aires, setiembre 2 de 1870.

—
Mi querido Pedro.

Aunque no resultara mas bien de esta increíble polémica, como tú la llamas, que el haberse presentado la ocasion de que escribas algunos párrafos que harian la reputacion literaria de cualquiera, yo quedaria enteramente satisfecho; pero ya que ella es tan fecunda y te dá tantos motivos para mostrar tu erudicion y las dotes de tu inteligencia, no seré yo por cierto, el que oponga una muralla á esa corriente de perlas que sale de tu pluma en cada número de la «Revista.»

Por el contrario haré de mi parte cuando pueda por que sigas escribiendo y el mejor medio de conseguirlo será contestarte á cuanto escribas sobre esta materia.

Dices que nada nuevo tengo que añadir y que me repito lastimosamente.

Yo encuentro que esa observacion seria muy justa, pero aplicada á tus cartas.

No solo te repites, sino que apesar de haberte pedido que no te refirieras á mi primer artículo sobre la poesia de del Campo, no hay quién te haga salir de él, si bien comprendes perfectamente que el mencionado artículo, por su carácter y por las circunstancias que le dieron motivo, deberia haber quedado escluído ya de la polémica.

Añades que en un dos por tres, puedes darme el golpe de gracia y curarme para siempre de la mania de hablar y escribir contra los poetas y cual otro supremo creador y anulador de todas las cosas, exclamas, como quien se ve

obligado á tomar una medida á pesar suyo: « ¡tú lo has querido! »

Esta tu opinion me parece exajerada!

Fráncamente, no me siento tan hundido y tu famoso golpe de gracia se ha amortiguado tanto al alcanzarme que á decir verdad, no lo he sentido.

« Si te venzo en la polémica, dices, no haré gran hazaña ; te has metido en un pantano y no hay mas que empujarte un poquito para que te hundas en él. »

Tambien esto me parece exajerado y tengo para mi que no ha de llegar el caso de que te pongas á meditar si es ó no hazaña el vencerme, porque no me has de vencer y en cuanto al pantano, creo que si existe, es un pantano muy cómodo porque me paseo en él como en tierra firme.

No solo no me veo empantanado sino que me siento con ánimo, brio y materia como para escribirte una carta sobre el asunto cada dia, trescientas sesenta y cinco cartas sobre lo mismo, por año y trescientas sesenta y seis, los años bisiestos.

A menos que se me ocurra algun dia hacer un extraordinario y escribirte dos cartas en lugar de una.

No habrá pues mas, si las cosas toman ese rumbo, que añadir á la lista de las ocupaciones diarias, el escribir la mencionada carta, con lo cual llegaremos á viejos los dos, si Dios nos presta la vida, escribiéndonos grandes epistolas sobre este ameno motivo.

He dicho que la poesia no es útil y tú me pones por argumento que lord Byron se enriqueció con sus versos y Victor Hugo con sus dramas.

Si estas palabras oyera de otro que no fuera tan versado como tú en economia política y que no tuviera tu clara

inteligencia, me contentaría con sonreirme, pero dichas por tí merecen ciertamente una séria refutación.

Cuando se habla de la utilidad de una cosa en el sentido jeneral, que es el que conviene, no se habla del bien que de ella puede reportar un individuo, sino del bien que la sociedad reporta. Lord Byron pudo enriquecerse con sus obras, pero esto no quiere decir sino que le fué bien en la especulación; otros se arruinan haciendo versos. Un ladrón de caminos puede labrar su fortuna descamisando al prójimo y tú mismo te reirías del economista que sostuviera la utilidad del pillaje, mirando la cuestión por el lado del provecho que de él resulta á los ladrones.

Hacer una comparación no es establecer una identidad, no vayas pues á creer que lord Byron en mi opinión, nos ha robado la plata con sus versos, pues si hemos incurrido en la falta de comprarlos, ha sido en uso de nuestro derecho y de nuestra completa libertad.

No se discute la utilidad, ni puede discutirse sino bajo ese punto de vista jeneral y es así como la consideran y deben considerarla los economistas y los mismos filósofos.

La moral utilitaria que tú, en tu calidad de filósofo y como distinguido profesor de filosofía, has debido estudiar y has estudiado ciertamente, nos sanciona como morales, es decir como útiles, el robo y el asesinato, sino que los condena como actos altamente inmorales, por ser en sumo grado contrarios al bienestar de la sociedad.

Por consiguiente, tú que sostienes que la moral utilitaria autoriza el crimen y el pillaje, has leído mal ó con prevención esos párrafos de la ciencia arrancados al corazón humano y que están allí encarnados como úlceras de la conciencia, mal que les pese á los filósofos utopistas.

¿Cuál es el bien que la sociedad reporta de la poesía?

¿Qué campos deja de sembrarse, qué leyes deja de hacerse, qué minerales de explotarse porque no haya versos?

¿Cuál es el atraso en la educacion moral de los pueblos cuando disminuye el número de poetas?

¿Qué manufactura deja de concurrir á la comodidad de los habitantes de la tierra por falta de poesia?

¿Cuál es la necesidad sentida por todos los hombres y cuya satisfaccion concurre para la felicidad humana, que pudiera llenarse con versos homéricos?

¿Dónde están las ciudades incendiadas, los sembrados destruidos y los ganados muertos porque faltara un verso que impidiera estas desgracias?

¿Quién se queda ignorante por no haber leído á Homero, á Virjilio, á Byron, á Espronceda ó á Laurindo Lapuente?

¿No hay acaso, sin poesia, industria, comercio, artes y ciencia? y no basta esto y nada mas que esto, á satisfacer no ya todas las pasiones, sino todas las necesidades que puede tener el mas exigente de los hombres, para mantener su vida y hacer su existencia cómoda y tan feliz como puede conseguirse en este mundo?

¿Qué buque se ha perdido por no tener un poeta a bordo?

¿Qué batallas y qué calamidades han evitado los poetas?

¿Dónde están pues, que no los veo, esos mentados bienes que la poesia produce, esas grandes necesidades que ella llena y que ella solo puede llenar?

Pero tú me dirás que mi argumento se puede aplicar á todas las industrias y á todas las profesiones, mas yo te evitaré el trabajo contestándote de antemano á la objecion que veo venir.

Es cierto que estrictamente hablando, se puede vivir sin médicos, sin abogados, sin carpinteros y sin fabricantes de abanicos, pero no me negarás que sin esos industriales

viviríamos muy ínal y muy incómodos. Mientras que sin poetas podemos vivir muy bien, sin estrañarlos, alegremente y gozando de la satisfaccion de todas nuestras necesidades.

Si Platon que concebía la vida mas feliz para un pueblo bajo el mejor de los gobiernos, quizo desterrar de su república á los poetas, dió indudablemente con ello, una gran prueba de su profundo buen juicio.

Los poetas en todas partes figuran en las filas de los exaltados, de los revolucionarios, de los ambiciosos y de los inquietos.

Ellos son por naturaleza pendencieros y en su orgullo increíble, los mas desprecian al resto de los mortales porque lo juzgan indigno de llegar á la altura de los que juegan con las musas, aunque jueguen con ellas á trompadas y mojicones.

¿Has sentido tú necesidad de versos en alguna situacion de tu vida?

Cuando el amor, el entusiasmo, ó la ambicion han baido sus alas en tu pecho, te has puesto á rimar para calmar ó desahogar tus pasiones?

Si hay algo de soberanamente espontáneo en los elementos que componen el espiritu hamano, esto es sin la menor duda el sentimiento y aquel que siente intensamente y con toda la viveza de que es capaz la propia naturaleza, espresa sus pasiones con palabras que le vienen naturalmente á los labios, con la prosa sencilla y enérgica, en lugar de enfriarse cazando consonantes, pescando vocablos, ajustando frases y quitando por consiguiente al sentimiento espresado, la viveza, el colorido y la fuerza que le dá su espontaneidad.

Yo te confieso, mi querido Pedro, que jamás he sentido

la necesidad imperiosa de leer un soneto, ni la urgente precision de recitar una oda.

Sin idilios, sin cantos, seguidillas ni poemas, he llevado hasta ahora pasablemente mi osamenta por este mundo y cuando en algunos momentos he sido tan feliz como puede serlo el mas dichoso de los mortales, jamas he echado de menos una cuarteta que viniera á complementar mi felicidad.

Creo que lo mismo te ha de haber pasado á tí, pero creo tambien que nunca lo confesarás, pues, segun veo, no comprendes la vida sin quintillas, endecasílabos ni alejandrinos.

Pobre Pedro, en una época en que todo tiende á lo práctico y á lo real tú dejas estraviar tu juicio á tal extremo!

Dices que la poesia mantiene vivas las gloriosas tradiciones de los pueblos y yo digo que esto tambien lo hace y mucho mejor, la prosa árida y seca y sinó, dime ¿cuántos conoces tú que sepan en verso la batalla de Waterlow ó el paso de las Termópilas?

Los versos mantenian las tradiciones cuando no habia imprentas ni libros y los copleros (grémio que seria curioso ver renacer en este tiempo) eran á modo de historias trucas ambulantes. Hoy dia nadie aprende historia en cóplas ni en poemas, ni aprende derecho en Los poetas jurístas, libro que debe ser digno de figurar en un museo y cuya cita hecha por tí, me ha proporcionado un buen momento de risa.

Pero hay un párrafo tuyo (muy bien escrito) que no quiero dejar sin comentario; aquel en que afirmas que «la poesia nos arrulla con los himnos de la esperanza, que suaviza nuestras penas con las confidencias de los dolores ajenas (mal de muchos, consuelo de inocentes) y que res-

ponde á una necesidad suprema que nos impulsa hácia las rejiones de lo ideal, hácia un mundo superior al mundo en que nos ajitamos, devorados por un anhelo misterioso que no sacian las riquezas ni las glorias de la tierra».

No somos hechos del mismo barro, indudablemente; á mí no me arrulla nada con himnos de esperanza, ni se suivazan mis penas cuando me recitan una charada. Conozco ademas muchas madres que habiendo perdido un hijo no habrian podido olvidar su dolor ni aun cuando les hubieran leído de una sola sentada *El diablo mundo* de Espronceda, ó las poesias de Aniceto el Gallo y que mas bien habrian encontrado pesada la broma. Ademas es muy poco probable que se purifiquen nuestros sentimientos leyendo la gramática en verso de don Juan Manuel Bonifaz.

Yo soy en algo mas relijioso y mas conforme que tú; creo que no hay mundo mejor que este porque no admito nada mejor ni peor entre los productos que han salido de las manos de Dios; él debe haberlo hecho todo perfecto é incorrejible y en cuanto á eso de que la poesia nos impulse hácia un mundo superior, lo niego redondamente. Yo me hallo muy bien en este mundo y cuando pienso que necesariamente tengo que irme al otro, es decir, á tú bello ideal, te aseguro que me da ganas de llorar y lloraria sin duda, sino sospechara que hay algo de poesia en eso de derramar lágrimas!

Y aunque te enojas porque te califique de poco sincero, te aseguro que creo que en llegando el caso, tú tambien preferirias quedarte en este mundo, en lugar de irte en busca de otro mas ideal ó mas poético.

Esto es práctico Pedro y ya que para irse al otro mundo

es necesario morirse, no eres tú capaz de desear jugarle esta mala pasada á tu juventud y á tu brillante porvenir.

Sentados estos principios, vamos al otro punto en que me propongo ser mas corto.

He dicho que no hay poesia sin versificacion y hemos recurrido al diccionario, á ese teniente alcalde como tú lo llamas y bajo cuya jurisdiccion estás, mal que te pese.

Las primeras esplicaciones de la palabra poesia, contienen todas la palabra verso y son las primeras esplicaciones las que en todo diccionario, dan el verdadero, el genuino, el técnico valor de las voces.

Tú me citas una acepcion que yo tambien citaba, pero queda bien demostrado y bien entendido por todo aquel que lea con buena fé, que estas acepciones son dadas por estension de sentido, pues se hallan precedidas de la palabra aplícase y colocadas en tal sitio que no permite la menor duda á cerca de su verdadero valor.

Vuelve pues á leer tu diccionario y que lo lean tambien los que por cualquier motivo no se hallen completamente convencidos; esta es cuestion de hechos, sobre la cual no puede haber discusion.

En mi carta anterior te decia «la poesia puede resultar de un juego de palabras, sin que por eso se lleve la confusion hasta el estremo de afirmar que todo juego de palabras es poesia.» Apesar de esto, tú supones que yo sostengo, que basta que á cualquiera se le antoje jugar con vocablos, para que se diga que está haciendo poesia. No hablemos mas de esto; si te es absolutamente necesaria esta falsa interpretacion para contestarme, te la abandono, no me hace gran falta.

Está bien que don Joaquin de Mora y Demogeot llamen poetas á Chateaubriand y á Cervantes; yo conozco otros

hombres que solo les llaman buenos, si lo quieres, sublimes escritores en prosa ¿y qué tenemos con eso? son dos contra dos, Demogeot y don Joaquin contra mis dos hombres y yo contra ti; hay empate ¿quién decidirá en la cuestion? el diccionario, el código que dá el valor de las palabras y ese te condena como condena á Demogeot y á don Joaquin.

Te asustas de que la ley de aduana pueda convertirse en poesia; yo tambien me asustaria, pero por otro motivo; seria en verdad una lástima que lo que se convierte en dinero se convirtiera en poesia y aunque yo ni he pensado en afirmar que eso esté por suceder, no encuentro que haya motivo para tanta alarma, pues tú y yo conocemos poesias que ya quisieran tener por tema la ley de aduana.

Ahora vamos á otra cosa. Si señor, se puede sostener que la poesia es insoportable y llamar buen poeta á lord Byron.

Cosas semejantes vemos y decimos todos los dias.

No me negarás que recibir palos es muy malo, cualesquiera que sean los palos, todos los palos recibidos son malisimos y sin embargo, en materia de palos los hay muy buenos. Tanto es asi, que hablando estrictamente se dice «ha recibido un buen palo» y todos entienden lo que debe entenderse, es decir, que se ha recibido un palo aplicado con enerjía y en un sitio sumamente vulnerable.

Tampoco me negarás que los venenos son malos, sin embargo, hay muy buenos venenos, superiores. Ya ves pues que basta admitir el jénero, porque una vez admitido, hay lejitimamente entre los individuos que lo componen, categorias innegables. Esto es lo que yo he dicho de los poetas. La poesia es insoportable; pues, entre las cosas insoportables, las poesias de lord Byron y de Musset ocu-

pan una categoria elevada, una alta categoria, contando al revez.

Y vaya otra rectificacion como de paso. Habia dicho que un párrafo tuyo agradaria á las mujeres y á los hombres de espiritu débil y tú alegas que no puedo decir semejante cosa de la poesia. Si tu párrafo es la poesia, toda la poesia, te felicito sinceramente, pero no fué esa mi creencia al comentarlo; el párrafo era poético y el error puede fácilmente disculparse.

Pero no puedo dejar de observarte que subordinas tu juicio con mucha frecuencia; á cada rato me citas nombres propios y porque Napoleon, Milton ó Espronceda pensaron lo que se les antojó, quieres que yo tambien piense lo mismo.

Nada hay meritorio en literatura sin libertad de juicio; es bueno educar el gusto, pero no es bueno ponerle centinelas de vista. Las autoridades no valen nada en cosas que puede demostrarse ó sentirse; ¿de qué me servirá que me demuestres que á Verdi le gusta una habanera para probarme que yo tambien debo encontrarla linda, si consultados mi gusto y mis sentidos, resulta que la habanera no me gusta? En materia de gusto artistico, la opinion de un hombre es un voto y nada más, escúsate pues de presentarme entidades porque yo te cuento tus entidades por pacotilla y á voto por cabeza; me gusta sobre todo la libertad de juicio, cuando la educacion y el estudio han nutrido suficientemente la intelijencia, como han nutrido la tuya.

El gusto depende de una determinada constitucion orgánica del cerebro: no todos vemos ni sentimos del mismo modo, ni apreciamos por consiguiente de la misma manera y en materia de gusto ni la opinion de Dios podria cambiar el nuestro.

Cuando una cosa nos gusta se verifica un hecho, se consume y ni el poder del creador, ni el voto universal de los hombres todos, es capaz de cambiar los hechos consumados!

- Todos los maestros del mundo no saben nada de las conciencias ajenas y no pueden hablar sino de su propia conciencia; por consiguiente, no pueden ni deben contar sino por un voto.

En la tarea de demostrar que hay hombres que escriben mejor en verso que en prosa (lo que no prueba que se piense, que se hable y que sea mejor y mas natural expresar ideas en verso) citas á Byron y á Espronceda, cuyas obras poéticas son superiores á su prosa.

Si ello es cierto y eso vá en gustos, no será mas que un hecho particular que nada prueba. Habrán puesto mas cuidado en sus versos que en otros trabajos y con este particular no sacamos nada.

Sin embargo que yo creo muy posible leer de principio á fin y sin descansar, el Sancho de Saldaña y estoy seguro de que no hay hombre en el mundo capaz de leer el don Juan de Byron, de una sola sentada, ni el poema mas completo de la tierra!

No podrás tachar de parcial en mi favor á Carlos Guido y sin embargo, éh, poeta y ultra aficionado á la poesia, me ha declarado que jamás ha leído sin aburrirse y dormirse un poema entero. ¡Qué buen dato para sostener la belleza de la poesia!

Empeñado en mostrar la esclavitud del lenguaje, dices que ninguna idea se pierde en el mundo por falta de palabras para expresarla! A cada minuto, á cada hora, hay centenares, millones de ideas que no se expresa por falta

de palabras ó que se espresa pésimamente. La prueba tienes en el mismo progreso de las lenguas.

Si no hicieran falta ¿porque se inventaria palabras? y mientras no se inventa ¿no hay ideas que carecen de su de su correspondiente espresion? ¿No dices tú mismo á cada rato: no sé como espresarme?

No niegues, no puedes negar que hay detalles de ideas, y aun ideas perfectamente definidas y enteramente claras que no tienen palabra propia que las espresen.

Hay en cada idioma mil palabras intraducibles y ¿que quiere decir esto sino que hay ideas cuya espresion existe en un idioma y no en otro? Y no me digas que con perifrasis se puede traducir porque ya no es la misma cosa.

He guardado de intento para el último, por encontrarla muy sabrosa, una idea tuya que me demuestra que ya no te hallas bien en la polémica. Dices «que se ama algo despues de encontrarlo bueno y que se tiene aversion por algo despues de encontrarlo malo» Esto es manifiestamente falso. Ahí está la conciencia de cada uno para declararlo asi y este error que seria perdonable en los que meditan poco y lógico en los sofistas de oficio, es alarmante en boca de un filósofo observador como eres tú.

La ciencia del alma como todas las ciencias humanas, tiene su base lejitima en la observacion, en la esperimencion. En vano se inventará sobre sicología y sobre moral los principios mas seductores y los sistemas mas atractivos, si no está ahí el hecho de conciencia para gárantirlos, el viento se llevará las ampulosas y vacias frases y el olvido será la tumba natural de las teorías caprichosas.

Todos los hechos que se refieren á la sensibilidad son, instintivos y espontáneos en su primera manifestacion.

Nadie ama las cosas después de encontrarlas buenas; la reflexión es un trabajo frío de la inteligencia que se aviene muy mal con la prontitud y viveza de los hechos del sentimiento.

El principio que sostengo es tan universalmente conocido que hasta los refranes populares lo sancionan.

En vano se demostrará á una jóven enamorado que su novio tiene todos los defectos posibles y que no está en sus intereses el amarlo. Ella contestará siempre á los argumentos mas lójicos, con esta lójica tremenda é invencible «yo lo quiero, no puedo vivir sin él, es la luz de mis ojos y el aliento de mi pecho»

Demostrad a una madre que sus hijos son feos, estúpidos y perversos, ella os contestará siempre con esta elecuencia poderosa «yo los quiero»

Pedid á los hijos que odien á sus padres porque observan mala conducta y el hijo que tiene encarnado en su organismo el amor instintivo hácia los autores de su existencia, os contestará con una sonrisa de desprecio.

Amar por reflexión es un absurdo; querer por cálculo es un imposible.

Cuando se ama, se ama por todo y contra todo; el hombre no es dueño de sus sentimientos y cuando el odio ó el amor lo invaden, el propio corazón no es mas que el campo en donde se verifican, sin anuencia de la reflexión, las escenas mas tiernas ó aterradoras de la vida.

¡Mala muestra has dado, mi querido filósofo, de tus análisis sicolójicos, al afirmar que se ama algo después de hallarlo bueno, que se odia una cosa después de encontrarla mala.

Terminemos.

Ya que tú has querido curarme para siempre de mi

pretendida mania de hablar contra los poetas, yo voy á curarte de la que tienes por hacer citas.

Voy á citarte la opinion de un poeta que tu y yo apreciamos en alto grado, acerca de la materia que discutimos.

Cárlos Guido dice « Cuando me oigo llamar poeta, me dá verguena; la razon fria no puede disculpar á ningun hombre que se ocupe de versos; yo soy apasionadamente aficionado á la poesia, pero confieso que cuando me he puesto á meditar en el placer que experimento algunas veces al leer ciertas composiciones en verso, no me doy cuenta de lo que pasa por mí; por último, hacer versos me parece ocupacion poco digna de un hombre »

Si no son estas estrictamente las palabras del distinguido poeta, este es por lo ménos el sentido de su juicio sobre la materia.

¿Qué dirás ahora? ¿Seguirás todavia adorando á los prestidijitadores de palabras?

No quiero que esta discusion dejenere en polémica personal; por eso no comento ni contesto algunas palabras un poco duras que hallo en tu carta anterior.

No creas que pido misericordia, ya que dices que nadie me puede enseñar audacia. Pero harias mal en dejarte arrastrar por el calor de la discusion y tratar con dureza á este tu amigo que te quiere de todo corazon, apesar del mar de poesia que nos separa.

Tuyo como siempre.

EDUARDO WILDE.

CONTESTACION Á LA 3ª CARTA

Buenos Aires, setiembre 15 de 1870.

Mi querido Wilde :

Apesar de haber trascurrido ocho dias desde que llevaste las pruebas de mi última carta, hasta que publicaste la que vió la luz el sábado en este diario, nada nuevo se te ha ocurrido sobre el fondo de esta polémica verdaderamente increíble para cualquiera que conozca sus antecedentes y se dé cuenta de la posición insostenible en que has pretendido mantenerte, con el solo objeto de ser considerado un gran equilibrista en la gimnástica intelectual.

La cuestión quedó agotada en mi primera réplica. La segunda no fué mas que el desenvolvimiento de aquella y dije con razón que importaba darte el golpe de gracia, por que empleando el procedimiento empleado por el padre Gratry en su libro *La crítica y los sofistas*, te refuté con tus propios argumentos sin que hayas podido, ni puedas en adelante, invalidarlos.

El debate versa sobre la poesía y comprende dos cuestiones establecidas claramente en mi carta anterior, á saber: si la poesía es inútil ó nó; si hay ó no poesía sin versificación.

Refutado en ambas por tí mismo, poco dices en la carta á que contesto, sobre una y otra y te estienes en largas tiradas sobre puntos que, aunque interesantes en sí mismos, solo son accesorios en nuestra polémica. Pruebas, ó mejor dicho, pretendes probar otra cosa que la que se cuestiona, empleando aquel grosero sofisma llamado en las escuelas ignorancia elenchi y apenas intentas (sin conseguirlo, por supuesto) justificarte de haber incurrido en sorpren-

dentes contradicciones, afirmando al mismo tiempo que la poesía es insoportable y deliciosa, que reside en la belleza del pensamiento y que consiste solo en las formas de la versificación.

Has leído á Figaro y pones por obra sus consejos sobre la polémica literaria. Poco te importa que se discuta sobre la poesía ó sobre el tabaco, dices chistes y crees salir del paso hablando de la berruga, llamando simplon á Mr. Fauriel, haciéndole pitos á Manzoni, contando la historia del jorobado y diciendo con gran aplomo, que Villemain dió la razon á la Mote y que yo mismo te la doy. Todo esto puede ser muy divertido, pero no arroja luz sobre los puntos á que el debate se refiere.

Cuando esta polémica se inició, me propuse seguirla en los desenvolvimientos interesantes á que pudo prestarse. Aficiones muy vivas y arraigadas, me habian inducido, hace tiempo, á estudiar los detalles de la cuestion sobre la poesía, tan agitada á fines del siglo pasado entre los literatos franceses, de cuyo número formaba parte el abate Pons que tenia la lengua larga como tú, que jamás hizo un buen verso por mas que sudó y que echaba zapos y culebras contra los poetas y sus admiradores. Creia que cuando te decidiste á escribir sobre aquel tópicó, estarias suficientemente preparado, pero parece que me he llevado un solemne chasco. No habias leído respecto de la cuestion mas que el diccionario de Dominguez (edicion Bristol) y sin mas ni mas te presentaste en la liza con aspecto feroz. Se te ha puesto allora entre ceja y ceja que vas ganando terreno y hé aquí que me amenazas con escribirme una carta diaria hasta que Dios te conserve la vida, aun cuando nada nuevo tengas que decir y solo por el gusto de pronunciar la última palabra, como si esto significara necesari-

riamente obtener en una discusión la palma de la victoria. Por mi parte declaro que no te acompañaré á dar vuelta al rededor de las mismas ideas sin provecho alguno y con muchísimo fastidio. Esta carta es la última que escribiré sobre la presente cuestión. No quiero imitar la proverbial terquedad de los vizcainos.

Yo habia dicho que aun considerando la utilidad en el rigor de la acepción que se le dá en la economía política, no tenias razón para negar que la poesía es útil y á este propósito citaba el hecho de haberse enriquecido Byron y Victor Hugo con la venta de sus obras poéticas. Contestas á esto diciendo que tomo en cuenta la utilidad individual y no la jeneral, al presentar el argumento práctico á que acabo de referirme.

Pero no reparas en que el hecho reconocido por tí contiene una réplica terminante. Byron y Victor Hugo vendian sus obras. Habia, pues, oferta y demanda, para hablar como los economistas. Aquellos poetas entregaban el Child Harold, Las Orientales y Los Cantos del Crepúsculo; los lectores entregaban la moneda, el precio de la manufactura, como llamas tú mismo á la poesía. Aquellas obras eran un producto inmaterial que satisfacía una necesidad verdadera del público en Inglaterra, en Francia y en todo el mundo civilizado. ¿Qué mas quieres para convencerte de la utilidad de las obras poéticas? ¿Cómo te atreves á poner en duda estas nociones elementales que están al alcance de los que han leído El pequeño economista, escrito por Otto Hubner para el uso de las escuelas?

Hablando de la utilidad bajo el aspecto filosófico no eres mas feliz que estudiándola bajo el aspecto económico. Te declaras partidario de la moral del interés jeneral y dices

que ella no sanciona el robo y el asesinato, sino que los condena por ser actos contrarios al bienestar de la sociedad. Por supuesto que estas observaciones nada tienen que ver con la controversia, puesto que no se trata, ni se ha tratado de discutir sistemas de moral; pero ya que para eludir las dificultades de la cuestion claramente planteada en mi carta anterior, traes todas estas cosas de los cabellos á fin de distraer la mirada de los lectores y ocultar tu sin razon, te diré que en las aulas se refuta la moral del interés, cuando se presenta bajo la forma de la utilidad social, mostrando que en tal caso la doctrina utilitaria se desnaturaliza, ó mejor dicho, se suicida, puesto que condenando actos útiles al individuo, en nombre del perjuicio que pueden causar á la sociedad, anteponiendo la utilidad de muchos á la utilidad de uno, admite por lo mismo un principio superior á la utilidad, admite la justicia, inconfundible con aquella para todo el que algo entiende en materias de filosofia.

Después de dar estas manotadas, preguntas con aire de argumentador que declama por falta de razones, «¿qué campos deja de sembrarse, qué leyes deja de hacerse, qué minerales de explotarse porque no haya versos? ¿dónde están las ciudades incendiadas, los sembrados destruidos y los ganados muertos porque faltara un verso que impidiera estas desgracias? ¿qué buque se ha perdido por no tener un poeta á bordo? ¿qué batallas y qué calamidades han evitado los poetas?» En presencia de semejante argumentacion, lo mejor es copiarla: un contendor inteligente como eres tú, se corre cuando se reproduce esas huecas impertinencias.

Un ranquel trasportado de la pampa para contemplar las maravillas del arte, las miraria con desden y diria para

sus adentros: yo pasaba muy bien la vida en los toldos sin haber visto los cuadros de Rafael, ni haber escuchado las óperas de Bellini; no daría por ellas una vaca ni un caballo. Pero tú, Eduardo Wilde, escritor, artista distinguido, no tienes el derecho de decir cosas semejantes respecto de las obras de Homero, de Virjilio, de Dante, de Milton, de Byron, de todos esos inspirados que honraron la humanidad con su jénio inmortal. Cuando te veo empeñado en desacreditar la poesía, recuerdo involuntariamente las palabras que Pablo Luis Courier aplica á Napoleon: *il aspire á descendre!* Eres un poeta y pretendes ser un la Motte!

Pero ¿qué mala yerba has pisado? Despues de enjaretar aquella sarta de preguntas y comò quien sospecha ya que lo que dice no es atinado, agregas «tú me dirás que mi argumento se puede aplicar á todas las industrias, á todas las profesiones; mas yo te evitaré el trabajo contes-tándote de antemano la objeccion que veo venir. Es cierto que estrictamente hablando se puede vivir sin médicos (sí, eh?), sin abogados, sin carpinteros, sin fabricantes de abanicos (hola) pero no me negarás que sin esos industriales viviríamos muy mal y muy incómodos, mientras que sin poetas, podemos vivir muy bien, sin estrañarlos, alegremente y gozando de la satisfaccion de todas las necesidades. Esta última observacion ranquelina abre el flanco para refutarte. Apesar de tu versacion en materias de sicología, trucas lastimosamente los datos que ofrece la conciencia: hay en el alma deseos, necesidades que solo se satisface por medio de las obras del arte y á esas necesidades responden la música, la pintura, la poesía. El atractivo de aquellos objetos es menos vivo, menos poderoso que el de los objetos con que satisfacemos las necesidades físicas, pero, como observa un filósofo distinguido, es

mas puro y mas delicado. Estos son hechos. La prueba palpable de la existencia de las necesidades que niegas se encuentra al dar la vuelta cada esquina. Asi como hay almacenes de comestibles, hay almacenes de música, librerías, donde se vende obras poéticas, casas donde se vende cuadros y grabados. No solo de pan vive el hombre, dice el Evangelio, sino de toda palabra venida del cielo. Me hago ya fatigoso sobre esta cuestion de la utilidad; pero tú tienes la culpa. Crees que un argumento repetido veinte veces es veinte argumentos y es preciso contestar veinte veces porque si no has de decir que no puedo recibirte.

Alejándote cada vez más de la verdad, afirmas ya lo primero que se te ocurra, y emprendiendo ferozmente la gresca contra los pobres poetas, los condenas como exaltados, pendencieros y no sé qué mas, todo ello, por supuesto, bajo tu responsabilidad, sin pruebas, sin demostracion, como si sentaras un axioma. Entretanto, nuestra misma historia te dá un solemne desmentido, pues Lopez, Luca, Varela, Echeverria, Mármol y Gutierrez han reunido ó reunen las dotes del artista y las calidades de hombres honorables y si se han exaltado ha sido por nobles y santas causas, pudiendo decirse para honor de nuestro pais, que el tirano no contó jamás un solo poeta entre sus servidores.

Me preguntas si he sentido necesidad de versos en alguna situacion de mi vida y dices que nunca has experimentado deseo imperioso de leer un soneto, ni la urgente precision de recitar una oda. Por lo que á mí respecta, muchas veces he deseado leer poesia en bellos versos, como he deseado escuchar buena música, lo cual por otra parte nada tiene de raro. En cuanto á lo de que no hayas sentido deseo de leer sonetos, debo refrescarte los recuerdos, pues la verdad

es que cuando redactábamos *El Bachiller*, no solo leías sonetos con muchísimo placer, sino que hiciste un par de ellos dando reglas para fabricarlos de buena calidad. Si rimar es pecado, debes confesar que pecaste y que á diferencia de Adán, poeta en prosa y en cueros, has sido poeta en verso y en papel de imprenta.

Pero ¡cuánto has cambiado! ¡quantum mutatus ab illo! Entonces versificabas con pasión, con deleite y sostenías que el pensamiento adquiere viveza, elegancia, vigor en las hermosas formas del verso. Hacías propaganda en favor de la poesía y hasta enseñabas á cultivarla. Ahora no solo la aborreces y la persigues, no solo desdénas hacer versos sino que afirmas con fastidiosa repetición, que nadie puede espresar en ellos el sentimiento con toda su colorido y toda su fuerza, apesar del mentis que te dan cantando las estrofas de Byron, de Musset y de Espronceda. La zorra dijo una sola vez que las uvas estaban verdes! Tú lo escribes ya en todas las paredes. Sé razonable, no lo digas otra vez; estan verdes para nosotros, pero algunos las hallan maduras y las comen con gran placer!

No niegas que la poesia mantiene vivas las gloriosas tradiciones de los pueblos, pero sostienes que lo hace mucho mejor la prosa árida y seca, preguntándome si conozco á alguien que sepa en verso la batalla de Waterloo. Lo que yo sé es que es mas agradable aprenderla en Byron que en Thiers; lo que yo sé es que los franceses se entusiasman cantando *La Marsellesa* y que en medio de todas las peripecias sangrientas de nuestra historia, las estrofas del himno nacional han conservado vivo en los pueblos argentinos el sentimiento de la patria comun.

No me sorprende que no creas en la utilidad del libro

Los poetas juristas para estudiar el espíritu y las formas del derecho romano, porque no lo conoces ni por las tapas, pero como te atreves á manifestar que esa cita te ha proporcionado un buen momento de risa, te prevengo que no debes reírte de ese libro, delante de quien le haya hojeado, porque es muy probable que tu risa... pareciera un poco demasiado impertinente. Puedes creerme cuando te aseguro que tanto esa obra como Los clásicos aplicados al estudio del derecho civil son sumamente instructivas. Por lo demás, es bueno tener la costumbre de no reírse uno de lo que no sabe.

Me avisas que no deseas morirte y piensas que yo tampoco lo deseo. Aquí has acertado; no es extraño. ¿Y qué tiene que ver esto con la polémica? Nada. Era necesario escribir algunos párrafos; son bellos pero inoportunos.

Ahora vas al otro punto. Te sigo. Aparece el teniente-alcalde. Vuelve el diccionario. Gran descubrimiento. Las primeras acepciones, dices, son las únicas que valen y como las primeras se refieren á obras en verso, deduces que no hay poesía sin versificación. Pero, hombre! ¿con que las primeras acepciones son las únicas valederas? y por qué? ¿será porque te conviene, nó? Pues, querido Wilde, aunque no te plazca, has de saber que todas valen y que como los artículos de una ley, tienen igual fuerza, cualquiera que sea el orden de su colocación. No lo dudes. Me recetas una segunda lectura del diccionario. Discúlpame si no obedezco al médico esta vez. Sé ya de memoria las diversas acepciones de la palabra poesía. Una de ellas (sin que preceda la indicación: aplicase) es así: «cualquiera obra ó parte de ella que abunda en figuras, imágenes y ficciones, ect.» Si lo quieres mas claro, échale agua.

Van ya tres veces que me haces cargos porque habiendo

afirmado tú «que la poesía resulta de un juego de palabras» me tomo la libertad de suponer que piensas que cualquier «juego de palabras es poesía.» No necesito hacer suposiciones. Sé que no has dicho aun que todo juego de palabras es poesía. Pero sé también que has dicho: «la poesía no es otra cosa que pensamientos espresados en verso.»

A la opinion de literatos distinguidos, como Demogeot y don Joaquin de Mora, opones la de los dos hombres que no te atreves á nombrar y exclamas que este es un caso de empate y que debe decidir el diccionario de Bristol. Todo esto es gracioso y seria de efecto brillante en una peti-pieza, como aquella de los Dos preceptores. Al mismo jénero pertenece el párrafo en que, siendo lójico con tu doctrina, hallas posible la transformacion de la ley de Aduana en un trozo de poesía. Estoy por creer que el sirviente ha equivocado la direccion de la carta: la enviabas probablemente á la oficina del Mosquito!

Me decido á creerlo leyendo lo siguiente: «Sí señor, se puede sostener que la poesía es insoportable y llamar buen poeta á lord Byron»

«Cosas semejantes vemos y decimos todos los dias»

«No me negarás que recibir palos es muy malo, cualesquiera que sean los palos, todos los palos recibidos son malísimos, y sin embargo, en materia de palos los hay muy buenos. Es tanto así, que hablando estrictamente se dice: «ha recibido un buen palo» y todos entienden lo que debe entenderse, es decir, que se ha recibido un palo aplicado con enerjia y en un sitio sumamente vulnerable»

«Tampoco me negarás que los venenos son malos, sin embargo, hay muy buenos venenos, superiores. Ya ves, pues, que basta admitir el jénero, para que una vez admi-

tido, haya lejitimamente entre los individuos que lo componen, categorías innegables. Esto es lo que yo he dicho de los poetas. La poesía es insoportable; pues, entre las cosas insoportables, las poesías de Lord Byron y de Musset ocupan una categoría elevada, una alta categoría, contando al revés »

Este argumento me trae á la memoria el famoso de don Hermógenes sobre el número tres.

¿Con qué todo palo recibido es malo y sin embargo es bueno? ¿Dime y habrá algunas otras cosas buenas y malas al mismo tiempo ?

No en vano he dicho que tenias algo, mucho de poeta. Inventas. Aseguras que yo hago argumentos de autoridad. Lo que yo recuerdo es haber presentado argumentos de hecho. Dijiste que era imposible espresar bien el pensamiento en las formas del verso. Te cité los versos de Manzoni y del doctor Gutierrez. Dijiste que nadie escribia en verso mejor que en prosa. Cité las obras de Byron y de Espronceda. Me parece que estos son ejemplos, que estos son hechos. ¿Por qué hablas contra las autoridades? ¿Pertenece á la clase de poetas pendencieros y revolucionarios que has descubierto á última hora y quieres rebelarte? Pero ¿cómo no empiezas por libertarte de la dominacion del teniente alcalde ?

La has emprendido con furia contra la autoridad. Te pasas ya de liberal. De otro modo no dirias: « en materia de gusto artistico la opinion de un hombre es un voto y nada mas, escústate, pues, de presentarme entidades, porque yo cuento tus entidades por pacotilla y á voto por cabeza » Esto es una especie de jacobinismo. A voto por cabeza! hablando con franqueza me parece fuerte, porque resul-

taria que la opinion de Esnaola sobre la Patti, valdria lo mismo que la de un sereno!

Despues de esto, filosofas sobre el gusto y dices que « él depende de una determinada constitucion orgánica del cerebro; que no todos vemos, ni juzgamos del mismo modo, ni apreciamos por consiguiente de la misma manera y que en materia de gusto ni la opinion de Dios podria cambiar el nuestro ». En este párrafo estableces, como se vé, que el gusto es individual é invariable; sin embargo, con pocos renglones de distancia dices que « es bueno educar el gusto » y no se concibe como se conseguiria esto, si el gusto de cada individuo fuse insusceptible de modificacion. Por lo demás, toda persona medianamente versada en materia de estética, sabe que hay cierto criterio de la belleza que debe servir y sirve de norma para formar el buen gusto y que lo que se entiende por buen gusto, es algo mas que un hecho individual. Lo verdaderamente bello se sobrepone á la diversidad y á los cambios de las opiniones. La prueba de ello es que las obras del arte antiguo son admiradas todavia, apesar de todas las mudanzas que se han producido en la humanidad.

Me parece graciosa la razon con que pretendes invalidar mi argumento práctico para probarte que ciertos hombres espresan mejor sus ideas en verso que en prosa. Lo atribuyes á que han de haber puesto mas cuidado cuando versificaban, que cuando hacian prosa. ¿ Pero no dices que el esmero daña á la buena ejecucion de un trabajo literario? ¿ Cómo convienes ahora en que dá tan excelentes resultados? ¿ Con qué la rémora del consonante sirve para mejorar la espresion del pensamiento? ¿ Con que la rima obedece al que conoce su idioma y tiene imaginacion? Decididamente te has pisado el poncho!

Dices que es « muy posible » leer de principio á fin sin descansar el *Sancho Saldaña* y que estás seguro de que no hay en el mundo hombre capaz de leer de una sola sentada el *Don Juan de Byron*. No has sido feliz para marcar el contraste en esta ocasion. Todo el mundo sabe que el *Sancho de Saldaña* es la única obra fastidiosa de Espronceda y el *Don Juan* la mas variada y amena del poeta inglés. Se te quemaron los libros.

Nada sério contestas á las observaciones que te hice para mostrarte que el progreso intelectual produce el progreso del lenguaje y es á su vez ayudado por este. Convienes en que se puede inventar y se inventa en realidad palabras para representar las nuevas ideas y eso importa admitir que el lenguaje sirve al pensamiento y le obedece con mas ó menos docilidad. Por lo demás, aquello de que suelo decir, no sé cómo espresarme, frase modesta que no me conocia, prueba á lo mas, que soy torpe en el manejo de la lengua.

Llego á los últimos párrafos de tu larga epistola, que á pesar de su estension poco tiene, como ya lo he observado, que se refiera al fondo de nuestra controversia. Voy á tomar en consideracion lo que dices respecto de las relaciones de la intelijencia con el sentimiento y el testimonio del poeta *Cárlos Guido Spano*.

No es por cierto una novedad y no podias haberte escusado de decirlo, que la ciencia del alma tiene su base legitima (yo agrego indispensable) en la observacion, en la experimentacion. Nunca lo he negado y tu proclamita sobre este punto es verdaderamente al aire. Cuando usted corrija, corrija bien, decia en cierta ocasion un diputado al Congreso á alguno de sus colegas, porque corregir mal

es muy deslucido. No he podido menos de pensar en esto al leer tu leccioncilla de sicología.

Afirmando que se ama lo que se considera bueno y que se ódia lo que se considera malo, he estampado una verdad reconocida por todos los que se dedican á las investigaciones sicológicas. En la terminología de la ciencia del alma, se entiende por amor el sentimiento de benevolencia que despierta un objeto conocido y por ódio, el sentimiento de malquerencia que suscita un objeto conocido tambien.

Estableces que « todos los hechos de la sensibilidad son instintivos y espontáneos en su primera manifestacion; que nadie ama las cosas despues de encontrarlas buenas y que la reflexion no manda, ni puede mandar los sentimientos, porque es un trabajo frio de la intelijencia que se aviene muy mal con la prontitud y la viveza del sentimiento.

Pocas veces he hallado tantos errores en tan pocas palabras.

Los sentimientos que tenemos respecto de las personas son análogos á la opinion que de ellas formamos: atribuyéndoles buenas calidades, les profesamos simpatía y si creemos que las tienen malas, nos son antipáticas. Admiramos á un hombre porque pensamos que es un héroe, estimamos á otro porque sabemos que es un honrado padre de familia. Nos convencemos de que el primero es un farsante, de que el segundo abandona á sus hijos y entonces la admiracion y la estimacion se convierten en desprecio.

El mismo amor maternal supone desde luego un fenómeno de la intelijencia. La madre ama al hijo porque sabe que es su hijo; este ama á la madre porque sabe que esa mujer es la que le ha llevado en su vientre. Si asi no fuera, si

una mujer ignorase que tal hombre es su hijo, si un hombre ignorase que tal mujer es su madre, no se sentirían atraídos por el vivo afecto maternal y filial. Los autores dramáticos explotan con frecuencia estos hechos y nos hacen asistir á las súbitas irradiaciones del sentimiento que nace por el poder májico de una noticia feliz. Edipo mató á Layo y se casó con Jocasta por no saber que le debía la existencia y precisamente por no ser inverosímil esa situación, ha inspirado al poeta griego la mas sublime y horrorosa tragedia.

Dices que las madres aman á sus hijos apesar de sus defectos. Asi sucede en realidad; pero debes observar que tienen siempre una idea favorable de sus hijos: creen que son inteligentes, aun cuando los estraños piensen que son estúpidos; piensan que son bellos, aun cuando los estraños piensen que son feos. Si los defectos de los hijos son tan visibles que no pueden ocultarse ni aun á las miradas de la madre, ella verá tan de bulto las calidades de aquellos, que juzgará en definitiva que exeden á los defectos y los anulan.

Lo mismo sucede respecto de la jóven enamorada que, apesar de serle presentados como de relieve los defectos de su amado, pronuncia las nobles y elocuentes palabras que has recojido de sus lábios: «yo lo quiero, no puedo vivir sin él, es la luz de mis ojos y el aliento de mi pecho» Esa jóven encuentra en aquel hombre calidades que no halla en los demás. Este juicio, exacto ó no, es en este caso como en el anterior, la condicion del sentimiento. Quien feo ama, lindo le parece, dice el refran á que aludes. El amante juzga á la mujer amada de un modo especial y por eso precisamente la ama.

Afirmas que todos los fenómenos de la sensibilidad son

instintivos en su primera manifestacion, sin reparar que el hecho de conciencia invocado por tí, dice todo lo contrario.

Si por instinto se entiende, como debe entenderse una tendencia ciega, una tendencia que se manifieste sin prévia ilustracion de la intelijencia, no puedes afirmar que todos los fenómenos dé la sensibilidad son instintivos. ¿Qué significa el sentimiento de la gratitud hácia una persona respecto de la cual no sabemos que nos haya hecho beneficio alguno? ¿Qué significa el remordimiento si no se juzga que se ha violado los preceptos de moral? Repara en lo que dices! Es algo como esto: agradezco á Fulano un servicio que no me ha prestado, ni ha tenido la intencion de prestarme; me pesa haber practicado una accion que no considero mala. ¿Y te atreves, querido Eduardo, apesar de sostener semejante doctrina, á tratarme como á tu discípulo de sicología?

Decir •que la reflexion no tiene influencia sobre la sensibilidad, porque es un trabajo frio de la intelijencia que se aviene muy mal con la viveza y prontitud de los hechos del sentimiento• es incurrir en un error verdaderamente craso. La reflexion puede ser fria y el sentimiento ardoroso, pero eso no obsta para que aquella le suscite ó modifique. La condicion de una cosa no es la cosa misma. No confundo la intelijencia con la sensibilidad; afirmo que los fenómenos de la primera influyen sobre los de la segunda y preceden necesariamente á algunos, como lo he demostrado. Un cambio de creencias determina un cambio de sentimientos. El bárbaro convertido, adoraba lo que habia execrado y execraba lo que habia adorado. Estos son hechos!

Solo para locos son aplicables estas palabras de tu carta: «el hombre no es dueño de sus sentimientos y cuando

el odio ó el amor lo invaden, el propio corazon no es mas que un campo donde se verifican, sin anuencia de la reflexion, las escenas mas tiernas ó arrebatadoras de la vida ». La observacion sicológica nos enseña, en efecto, que mas ó menos vivos, mas ó menos poderosos, nuestros sentimientos se modifican por la ilustracion, por el perfeccionamiento del carácter. El hombre es sensitivo, dice la conciencia; pero añade: el hombre es libre y precisamente por que lo es, no es absurdo considerarle sometido al imperio de la moral y de las instituciones sociales.

Estas espresiones: á tal persona odio ó quiero de gracia, si no significan que no se han determinado detalladamente las razones para amar ó para odiar, denotan una insensatez comparable á la de agradecer beneficios que no se ha recibido ó arrepentirse de actos que no se juzga malos.

Basta ya de fastidio filosófico, para hablar en tu lenguaje. Te has alejado y me has hecho alejar del punto de partida que era la condenacion de mi juicio sobre la poesia, por haber declarado yo que me era simpática. Has divagado mucho; pero no has destruido aquella parte de mi segunda epístola, en que mostraba que precisamente la aficion por una ciencia ó por un arte, era una ayuda en vez de un obstáculo para apreciar en toda su importancia, las materias que abraza. Cité ejemplos y has guardado sobre ellos completo silencio. Haces bien. Los mejores criticos, los mejores concedores de los monumentos científicos, son precisamente aquellos que los han estudiado con seriedad y con amor. Por eso Villemain ha penetrado á fondo en el espíritu de los Santos Padres; por eso Savigny ha comprendido profundamente el derecho romano.

Estos son argumentos de hecho, no argumentos de autoridad, querido Wilde!

El cuento del poeta Cárlos Guido que segun refieres, tiene vergüenza de que le llamen poeta, no es remedio eficaz para curarme completamente de la costumbre de hacer citas. Aquí es preciso distinguir, como dicen los juristas, El cuento referido no curará á nadie del hábito de hacer citas pertinentes; pero puede curar á alguien de la mania de hacerlas sin ton ni son, ó en contra de si mismo. Entre tanto es preciso confesar que te has pasado á las filas de los homeópatas y que creyendo inoportunas mis citas, has dicho para tu colete: en materia de citas, similia similibus curantur. En primer lugar el señor Guido no debe avergonzarse de ser llamado poeta, porque lo es; en segundo lugar, confiesas que es apasionadamente aficionado de la poesia, lo cual prueba que no la halla insoportable como tú y en tercer lugar, no ha de ser muy sério aquello de que él considera á la poesia, ocupacion indigna de un hombre, porque la ha cultivado y la cultivaba aun, como lo cantan sus últimas estrofas sobre la guerra europea. El ejemplo del señor Guido es precisamente uno de los mas elocuentes en pró de los encantos de la poesia. Yo le he oido muchas veces hablar con entusiasmo de Victor Hugo y Lamartine; yo le he oido decir que hasta sus dolores fisicos se han aliviado en mas de una ocasion, cuando se consagraba á escribir esas composiciones que su modestia le impide apreciar en lo que valen, pero que admiran todos los que tienen gusto refinado.

No se si me he dejado arrastrar por el calor de la discusion, si asi fuera, lo sentiria. En todo caso recuerda aquel dicho «donde las dan las toman» y cuenta con la amistad de quien te saluda por última vez en letra de molde, admi-

rando tu ingenio y la gracia y la orijinalidad de tu estilo sin igual en ambas orillas del Plata.

Tu afectisimo.

PEDRO GOYENA.

Post-scriptum. Al terminar esta carta hallo sobre mi mesa los siguientes apuntes que copio por lo que pueden importar.

OPINIONES DE EDUARDO WILDE

«La utilidad de la poesia es semejante á la de las pulgas, de los mosquitos ú otras sabandijas» (R. A. tomo VII, páj. 683.

«La poesia es la manera de presentar siempre ó casi siempre, pensamientos contrahechos» (R. A. tomo VII pájina 681).

«La poesia está en la belleza del pensamiento y la verificacion es el buril con que los poetas labran esa belleza» (R. A. tomo VII, páj 258).

«Cuando se dice de un paisaje, de un cuadro, de una estacion, de una atmósfera y demas, que son cosas poéticas, se usa una metáfora, una traslacion de sentido. Lo que ha querido decirse en realidad, es que tal cuadro y tal paisaje son bellos y con una belleza determinada, que todo el mundo comprende y que nadie podria explicar.»

«Para mi, el único defecto que tiene el lenguaje, es prestarse á la poesia» (R. A. tomo VII, páj. 683.

«Yo por mi parte, confieso que muchas veces he leído con gusto la parodia escrita por el señor del Campo.

«He aprendido de memoria algunos de sus versos» (R. A. tomo VII, páj. 692.

4ª CARTA

Mi querido Pedro

Eres muy feliz, indudablemente; hasta los domingos se colocan de tal manera que tú resultas ganando un día para contestarme, pero esto no quita ni añade nada á la cuestion.

Ocho días antes de publicar mi carta, tuve las pruebas de la última tuya que apareció en la «Revista», habiéndose demorado esta publicación como diez días, con el objeto de que no saliese mi carta sin su pretendida refutación; pero si bien tuve ocho días tu carta en mi poder, mi artículo en contestación estuvo siete días sin publicarse, de Heródes á Pilatos, para que convinieramos donde debía publicarse, si en la «Revista» sin que tú la demoraras para contestarme, ó en el «Nacional» diario en el cual me podías contestar cuando creyeras mas oportuno.

No hagamos pues mistificaciones mal intencionadas, cuando los editores de nuestra polémica saben, como lo sabes tú, que si no se publicó antes mi contestación, solo fué á causa de mi exesiva cortesía y no porque hubiera necesitado ocho, ni cuatro, ni dos días para deshacer tu epístola.

Un maestro de escuela que camina por las calles deja adivinar su oficio á la primera ojeada, porque va con aires de sermonear á cuantos encuentra. Un maestro de escuela que conversa, parece que reprende y por poco que favorezca la escena, ningun interlocutor está libre de verse tomado por escolar al primer descuido.

A tí se te ha pegado algo de los maestros de escuela, ó bien durante tu lucido profesorado en las aulas de filosofía, has adquirido unos aires y una costumbre tal de senten-

ciar sin réplica, que á pesar de tu recocida modestia y tu notable buen juicio, hueles á la legua á maestro de escuela.

Te encuentro exajeradamente poseido del valor de tus palabras y creo que si te propusieran cambiártelas por oro, encontrarías que el negocio era ruinoso para ti.

No es razon comenzar por afirmar que se ha vencido, continuar proclamando la victoria y concluir repitiendo siempre lo mismo.

No eres tú, ni soy yo, quien debe sentenciar sobre el resultado de la polémica. Deja que los lectores juzguen y no te des esos aires de triunfo, que son ridiculos cuando no hay victoria y poco jenerosos cuando la hay.

Con repetir que me has vencido no me vences; llenas papel y nada mas.

A veces como por descuido, dejas de proclamar tu victoria y te entregas furiosamente á la diversion de citar autores.

Muestras erudicion, no te lo niego, pero muestras tambien que la mayor parte de tus ideas no son tuyas.

Asimilas, es verdad, con suma destreza, ideas ajenas, pero mucho me temo que á fuerza de asimilar, se pierda del todo tu fondo propio y te conviertas en un diccionario de autores contemporáneos, lo que seria una lástima en atencion á tu decidido horror á los diccionarios.

Afirmas que durante largos años te has pasado los dias de claro en claro y las noches de turbio en turbio, estudiando poesia y te lo creo tanto que no puedo explicar muchas de tus ideas, sino admitiendo que te ha sucedido con los libros de poesia, lo que al famoso hidalgo de la Mancha con los libros de caballeria.

Mira tú lo que son las cosas, yo te creia estudiando de-

recho, no precisamente en los Poetas juristas, sino en algun otro libro menos poético.

Si hubiera sabido que tu aplicacion se empleaba en el estudio de obras poéticas, me habria acercado á ti con las mismas intenciones con que el cura y el barbero se acercaron á don Quijote, para impedirle leer el Amadis de Gaula, viendo que definitivamente se le iba el seso.

Con que creias que yo tambien me lo pasaba estudiando poesia? Asi son las aficiones; un músico no comprende que haya quien no guste de la música tú no comprendes que se deje de estudiar poesia.

Te has chasqueado, mi querido Pedro y me alegro mucho de ello; he ocupado mi tiempo en algo mas útil, he estudiado medicina y aunque no lo he hecho en la Anatomia en verso que la medicina posée, jamás he quedado descontento de los otros autores ménos poéticos.

No me he presentado en la liza despues de quemarme las pestañas estudiando la ciencia de los versos; escribí unas cuantas palabras sobre un libro de mi amigo del Campo y cai en desgracia contigo que no tardáste en soltarme todo el peso de tu erudicion y el fruto de tus desvelos, por haber dicho que el significado estricto de la palabra poesia debe referirse á pensamientos espresados en verso.

Pero no solo no he estudiado poesia para combatir contigo, sino que estoy muy contento de no haberlo hecho y muy disgustado de saber que tú te has ocupado tanto de esas cosas, teniendo una intelijencia superior á todo elojio y que pudiera haberse empleado durante ese tiempo en estudios mas trascendentales.

Reconoces que para sostener la utilidad de la poesia es preciso recurrir, no ya al provecho particular, sino á una

transaccion comercial entre fabricante y consumidor, pero te olvidas de que en este caso lo que era necesario demostrar, es que la manufactura llenaba realmente una necesidad social.

Si defiendes la utilidad de la poesia porque pueda haber transacciones comerciales sobre versos, como las hay sobre fideos averiados ó jéneros con polilla, en la propia defensa vá mi victoria, pues hablando de ese modo, todo es útil, porque no hay existencia alguna, incluso las calidades morales, que no sea susceptible de compra y venta.

Poco favor le haces pues, á lord Byron sosteniendo que sus poesias son útiles porque las venden y que las venden porque no falta un desatinado que las compre.

Citan los libros de medicina legal que en cierto pueblo habia un hombre que compraba para coleccionar folletos truncos ¿sostendrás que nada hay mas útil que las colecciones de obras trucas, porque sea posible que haya alguien que las venda á otro que las compre?

Yo no me declaro partidario de la moral del interés al afirmar que te habiais equivocado escribiendo que ella sancionaba como buenos el robo y el ases nato; lo que hice fué corregir la edicion y me hallo satisfecho al ver que tu aceptas la correccion y digo que la admites porque afirmas que en las aulas (el maestro de escuela) se refuta la moral del interés mostrando que ella al abogar por el bien general, se suicida y desnaturaliza.

Para los filosofos utopistas, entre cuyo número te cuento, la refutacion de la moral del interés, no es como tú la espones. Ellos no admiten moral basada sobre interés, ni social, ni particular; ellos admiten como principio la justicia, la idea abstracta de la justicia, abstraccion que yo

no sé como se hace, ni he podido descubrirlo nunca, por mas empeño que haya puesto.

No sostienen que se suicida la moral del interés por sancionar el interés jeneral, sinó que rechazan todo interés estenso ó limitado, como base lejitima de un sistema de moral.

Paso rápidamente sobre esto, porque realmente no estamos en el caso de hacer cursos de moral; pero ya que la cuestion se toca incidentalmente, es bueno hacer estas correcciones en el librito de mi querido maestro.

Cuando en la refutacion de tu epistola, he entrado en ciertos incidentes, no los he traído de los cabellos, sinó que no he querido dejar pasar errores que tú has cometido por incidente, sin duda, pero que no por eso dejan de ser errores escritos por tí, para que pudieran servirte de base,

Destruir tus bases, no es traer cuestiones de los cabellos, sinó tocar la obra y tocarla en sus fundamentos, en su sitio mas importante.

Un ranquel, dices (los ranqueles estan de moda desde que los ha inventado Lucio Mansilla) mirando las obras de arte, no daria por ellas ni una vaca, ni un caballo y no atinas como yo, Eduardo Wilde, escritor y otras cosas mas, pueda afirmar que una yegua es mas útil que un soneto y que una vaca de carne y hueso, es indisputablemente superior á una vaca pintada por algun Epaminondas de Ultramar.

Me quieres hacer poeta á la fuerza y esta es la peor desgracia que pudiera sucederme; pero no he de permitirte que me maltrates asi.

Creo que el progreso del mundo y la felicidad de sus habitantes depende de la industria, del comercio y de la ciencia, como perfeccionadora de esas dos cosas.

Por consiguiente, creo que un buey que ara, que abre surcos, en donde se deposita la semilla cuyo producto vá á dar sustento á millares de hombres hambrientos, es mas útil que una oda, que una polca y que una caricatura.

Lo creo y no me avergüenzo de creerlo, por menos poético que ello te parezca.

Creo que la inmensa mayoria de literatos ciegos, hallará infame mi proposicion; pero sé positivamente que un millon de labradores, cien millones de hombres necesitados y todos los economistas sérios de la tierra, han de encontrarme razon.

Mas útil es al mundo una gallina que pone huevos, que cien mil poetas que componen versos!

Quizá exajere algo el número de los poetas y disminuya mucho el de las gallinas, pero mi idea se comprende!

Confundes lastimosamente la satisfaccion de una necesidad, con la de un capricho ó de una pasion enjendrada por costumbres mas ó menos esplicables.

Nadie tiene necesidad de poesia y todos la tienen de comer!

A la mayor parte de los hombres le es indiferente leer ó no leer versos y á un no pequeño número; tal ocupacion le parece fastidiosa. ¿Será útil fastidiarse?

Hay necesidades reales y necesidades ficticias.

Adan y Eva no tuvieron necesidad para vivir felices, de asistir al Alcazar, ni de ser miembros de la sociedad **Estimulo Literario!**

La satisfaccion de una locura, de una pasion exajerada ó de una simple aficion, no debe ser considerada como cosa útil, porque la mayor parte de las veces es dañosa y es

absurdo creer que el daño y el bien estén juntos en una misma entidad.

Te alarmas porque he llamado pendencieros á los poetas y me citas para convencerme de que me equivoco, á mi distinguido y respetado amigo don Juan Maria Gutierrez, que realmente es un modelo de mansédumbre; pero esto no quiere decir sinó que no hay regla sin escepcion!

Citas tambien á Mármol, pero con menos fundamento.

Mármol es archi-pendenciero y pasionista. La prueba tienes en las peloterías que arma diariamente en las cámaras nacionales; se pelea con todo el mundo; comenzó por insultar á Rosas (es cierto que con razon) en unos versos muy leídos, pero muy llenos de ripios y de vulgaridades y desde entonces no ha dejado de pelearse con alguien!

Hasta tú mismo has tenido que habértelas con un artículo suyo y no creo que admitas que tuya fué la culpa; confesarás al menos que dió motivo, lo que me induce á creer que aun cuando haya algunos poetas que no sean pendencieros, la idea de querrela está tan unida á su existencia, que aunque ellos no se peleen, dan pretexto á lo menos para que otros se agarren, como nos hemos agarrado nosotros á propósito de las palabras de uno de los mas tranquilos de nuestros poetas.

En cuanto á Varela, lo único que puedo decirte es, que á juzgarlo por los parientes, no ha de haber sido de los mas sosegados.

¡Tu recuerdo de mis sonetos me ha caído como un garrotazo sobre el alma!

He cometido varios deslices en mi vida, entre ellos el de hacer versos y entre los versos, un par de malhadados sonetos que me costaron todas las penas del purgatorio:

Sudé, trabajé como un herrero, para arreglarlos á medida y á pesar de eso, ó quizá por eso mismo, los tales sonetos salieron abominables!

Creo que estas son todas mis glorias en materia de poesia!

Dices que el himno arjentino ha conservado las tradiciones de nuestras gloriosas guerras, pero yo te garantizo que de este incidente no tiene la menor culpa la poesia:

Oye un poco:

¡Libertad, libertad! libertad!

Te parece muy poético? á mi no; será muy oportuno, pero nada de poético que tiene.

En fin, no quiero hacer la crítica literaria del himno porque nos vamos á enojar nosotros los arjentinos; mas lo único que puedo decirte, es que todos los himnos de todas las naciones del mundo (hablo de los que conozco) me parecen soberanamente criticables, si ha de tomárselos á lo sério.

No, mi querido Pedro, los himnos no enseñan nada; el pueblo los canta sin fijarse en la letra y se electriza por influencia, como los cuerpos próximos.

La prueba es que no hay quizá un solo arjentino que sepa el himno nacional de memoria, incluso tú que estás á punto de afirmar que has aprendido historia en él; apelo á la conciencia de cada uno y no me discutan sobre esto porque yo me entiendo.

¡Los himnos! que cosa tan graciosa son los himnos!

Te enojas mucho porque me he reido de tu célebre libro titulado Los poetas juristas y afirmas que no lo conozco ni por las tapas, en lo cual tienes mucha razon, como tú no conoces tampoco nuestra anatomia en verso

y sin embargo, yo te permito que te rias de ella á carcajada tendida.

Me alegro mucho de no conocer ese libro. Sobre tratar de poetas todavia hablar de juristas!... debe ser insoportable Pedro, insoportable!

Añades que no es bueno reirse de lo que uno no sabe.

Aqui cometes otro error y das un consejo en vago.

La risa es un acto espontáneo que se puede imitar con bastante facilidad, pero que jamás se puede tener por cálculo y prévio exámen minucioso.

Las cosas que causan risa, la causan y nada mas y en el hecho mismo está la razon de su existencia. Por consiguiente andar buscándole razones á la risa, es pedirle peras al olmo.

Haces poco caso de mis objeciones porque te las presento con forma nada adusta y dices que mi carta debia haber ido á la imprenta del « Mosquito ».

Hay jente que cree que para ser docto es necesario ser sério como un poste: muchos piensan que no puede ser médico el que ha redactado el « Mosquito », pero los que asi piensan no calculan que cantando ó riendo se corrije las costumbres y que tanto ó mas vale una verdad dicha en epigrama, que espresada con la seriedad mas escolástica.

¿ No pensarás tú asi, no es cierto? y sin embargo, te contentas con afirmar que hay chiste en mis argumentos, sin destruir en tu réplica ni el chiste ni el argumento.

Te vuelves puros sustos, mi querido Pedro.

Ahora te encuentro con otra alarma porque alguien pueda pensar que la opinion de Esnaola (¡que fatalidad tienes para citar nombres feos!) respecto á la Patti, sea igual á la de cualquier otro en materia de gusto!

Dime, si á tí no te gustara la Patti, la opinion de Esnaola te haria encontrar su voz (la de la Patti) encantadora?

A mi no me gustan los nabos y la opinion de muchos ilustrados españoles, inteligentes en asuntos culinarios, no ha podido conseguir hasta ahora, que encuentre en aquellos vegetales un halago para mi paladar.

Pues lo mismo sucede en bellas artes.

El gusto no depende del raciocinio, por consiguiente, la demostracion hecha por un sábio ó por un aguador, no cambia en nada la impresion producida.

Encuentras contradiccion entre afirmar que el gusto sea individual y que pueda educarse.

Pero ¿cómo se hace la educacion del gusto? ¿valen para ello las opiniones de las entidades artisticas?

Lo que los artistas hacen es señalar una cosa como bella y llamar la atencion sobre ella.

La atencion apoderada del objeto, suscita la trasmision al cerebro, por medio de los sentidos, de la forma, detalle y colorido, armonia, conjunto y situaciones, contraste, dimensiones y perspectiva, para no hablar mas que de lo que los ojos transmiten y son estos los elementos que promueven un movimiento orgánico, inesplicable, que se traduce en gusto, en sentimiento del grado de belleza del objeto dado.

¿Entra en esto para algo el consejo, la opinion de los sábios estraños ó la conciencia propia?

De ninguna manera; el acto es puramente individual y se ha verificado con las fuerzas propias del cerebro y con nada mas que ellas.

Asi es como se educa el gusto, siendo cada uno el maestro y el discípulo de sus impresiones en ejercicio.

Y si hay obras de arte jeneralmente conocidas como bellas, es porque hay un sello ó un carácter semejante en todos los cerebros humanos y si hay individuos que perciben mayores detalles ó aprecian mejor las cualidades, en virtud de una mayor perfeccion de sus órganos, esta potencia no les dá mas valor que el que tienen ante su misma conciencia, ya que por mas refinado que sea su gusto, no lo pueden transmitir á otro, como no pueden transmitir las impresiones del olfato, del oido ni del tacto.

Esto es claro como la luz del dia ; sobre todo para nosotros los filósofos ?

Pasando á otro punto dices testualmente que el lenguaje sirve al pensamiento y le obedece con mas ó menos docilidad.

Esto es lo que debiste confesar hace tiempo. Si el lenguaje obedece con mas ó menos docilidad, no es, pues, un esclavo, como lo pretende el doctor Gutierrez.

Gracias á Dios que un acto de sinceridad ha venido á terminar la cuestion !

Ahora entremos en un asunto de amores.

Me dá pena verte hacer fuerza de remo por demostrar que la reflexion, que el juicio, preceden al amor y demas sentimientos.

Esto es negar las innegables inclinaciones ; esto es echar por tierra la ley, la ley inmutable de las atracciones morales, tan poderosa como la de las atracciones fisicas.

Esto es desconocer la naturaleza de las entidades psicológicas.

El amor entra por los sentidos, necesario es no olvidarse de esto.

Las impresiones que la materia causa en los órganos, caminan por los nervios y van á depositarse en determinados sitios del cerebro.

Es imposible tener sentimiento de la belleza referente á la coloracion, por ejemplo, sin tubérculos cuadrijéminos y nervios ópticos. Es igualmente imposible someterse á las influencias de la palabra ó cuanto hiera la intelijencia ó la sensibilidad del hombre, sin hemisferios cerebrales, aun cuando persista la vida.

Todas las evoluciones del mundo moral se verifican pues, á través de los sentidos y son ellos las ventanas por las cuales el cerebro está espiondo las existencias exteriores.

Y si es cierto que apenas haya un sonido y vibre la membrana del tímpano de un órgano sano, no puede uno dejar de oír; si es cierto que apenas llega la luz á los bastones nerviosos de una retina sana, no puede uno dejar de ver y si es cierto por último, que en viendo y en oyendo, el hecho de conciencia se verifica instantáneamente, sin reflexion ni juicio anterior, las sensaciones, orijen principal de los sentimientos, tienen que ser por fuerza espontáneas, rapidísimas y comunicar á estos su carácter.

El primer movimiento de simpatía hácia una mujer hermosa, comienzo ó promesa de un amor futuro, que se aumenta con el aprecio de los detalles y de nuevas y mas correctas percepciones ¿de donde viene?

¿Viene acaso de un trabajo intelectual, de una fórmula aljébrica ó de una meditacion acerca de ideas abstractas de belleza?

No por cierto. Viene de sus lábios húmedos y rosados que están manando voluptuosidad, de sus ojos ardientes,

de sus miradas preñadas de deliciosos goces escondidos, de su ademan airoso, de su cuerpo blando, flexible y provocador, de lo que uno adivina tras de lo que vé y de lo que se imagina que sentiria si derrepente, oscureciéndose el sol y cubriéndose la tierra con un manto de tinieblas, solos los dos, el hombre y la mujer, velaran sus sentidos para dejar campo abierto al trabajo de los nervios escitados

Y todo esto pasa por los órganos de la vida moral, sin reflexion, sin meditacion, sin computo alguno para averiguar si la mujer que se ha visto, tiene ó nó sus cualidad intelectuales, su bondad y su virtud, arregladas á ordenanza ó á códigos de conducta social.

Cuando uno vé una mujer linda, no hay mas que hacer, se electriza. Ahí están para ellos los nervios sensitivos y los filetes del gran simpático, como encargados de dirigir la fiesta.

Ni piensa uno en la moral en accion, ni en el catecismo del padre Astete.

Por el contrario, léjos de pensar en estas ideas que me atrevo á llamar debilitantes, sin que uno pueda remediarlo sus facciones se animan, el rubor aparece, brillan los ardientes ojos y una aura amorosa invade, con su soplo tibio, todo el organismo! . . .

Luego, mi querido Pedro, no ama uno las cosas y mucho menos las mujeres, despues de encontrarlas buenas, tomando esta palabra en su sentido mas anjelical y religioso. Y la última prueba es que tú y yo conocemos hombres perdidamente enamorados de mujeres que son unos verdaderos demonios!

La cita de la opinion de Carlos Guido no te ha hecho buen efecto, lo conozco.

Te has quedado como un jeneral que vé que se pasa al enemigo una division entera en momentos de decidirse la batalla.

Lo siento por ti, pero veo que no renuncias del todo á tan valioso continjente como es el juicio de Guido y á falta de otra cosa, refieres que él te ha dicho haberse aliviado de sus dolores fisicos escribiendo versos.

Tu noticia no puede ser mas preciosa para un médico. Te aseguro que voy á poner en práctica ese plan terapéutico. Al primer enfermo de reumatismo que me llame, lo planto á escribir versos, quiera que no quiera, ó le receto poesia para uso interno, encargándole que se provea del medicamento en una buena libreria.

De este modo si que comprendo la poesia, como medicamento y como medicamento delicado, para usarle en cortas dosis.

Recien me fijo en que alguien pudiera creer que mi apreciable amigo Carlos Guido ha padecido de reumatismo y me apresuro á salvar el error.

No sé yo cuales fueron los dolores fisicos de que se alivió el afamado poeta escribiendo versos, tú no lo dices, pero como el reumatismo suele ser enfermedad de poetas, me he inclinado á creer que fuera esta la dolencia mas á propósito para tratar por medio de la poesia.

Siento tener que dejar de escribirte porque me queda aun mucho que decir. El tiempo me ha sido sumamente escaso y no he podido consagrar á tan ilustre contendor como éres tú, el que deseaba y toda mi atencion.

Siento tambien que la carta á que contesto sea la última que me escribes, pues sabes positivamente y fuera de

todo elogio, que leo con avidez y con sumo placer cuanto sale de tu fecunda y bien nutrida inteligencia.

Dispon como siempre del cariño de tu siempre amigo y felicitate, como yo lo hago, de que ni aun la poesia haya sido capaz de enfriar nuestra amistad y cariño.

¡Se puede tambien querer mucho sin ser poeta!

EDUARDO WILDE.

Setiembre 7 de 1870.

EL MAESTRO CESAREO

No creo que exista un solo habitante de Buenos Aires que haya cometido la gravísima falta de no conocer á Cesareo.

Pero conocerlo de lejos y de vista no es conocerlo.

A primera ojeada Cesareo parece un anciano respetable y nada mas; pero examinando á fondo se llega á conocer que es todo lo contrario.

No hay un solo hombre en la tierra á quien le venga mejor el ser examinado á fondo que á Cesareo.

De pié y sin florete Cesareo es una cosa; á fondo y con florete es otra muy diferente.

El conocido maestro visto á fondo no es un anciano agoviado por los años, sino un jóven lleno de ajilidad y de vida.

Su existencia es mas orijinal que la de un inglés, quizá porque siendo un inglés de hecho, no se atreve á serlo de veras.

Cesareo es jibraltarino, pero para él la cuestion de nacionalidad se halla escondida tras de un asalto.

No un asalto de Jibraltar si no de florete.

Su estandarte es un estoque, su carta de ciudadanía una careta.

Sus derechos y sus obligaciones están encarnadas en un perro y varios gallos.

No se sabe cuando ha nacido; su fé de bautismo no debe hallarse en los libros parroquiales sinó en algun tratado de esgrima.

La primera vez que se le vió en el mundo estaba én guardia; la segunda á fondo y la tercera en un circo de gallos.

En estas tres situaciones, el viejo maestro estaba invariablemente acompañado de su perro.

Cesareo ha viajado mucho; su perro y sus gallos han corrido largas carabanas.

Yo lo conocí en Entre-Rios, en una sociedad de jóvenes alegres y en medio de un gallinero completo.

Allí como en todas partes, Cesareo daba lecciones de florete á sus amigos y de comer á sus animales domésticos.

Llevaba una gran vida y su perro á todas partes.

Su existencia habria sido la del mas feliz de los mortales, si con los años no se hubiese visto obligado á añadir á estos tres elementos que formaban su patria, sus costumbres y su relijion, un par de anteojos.

Cualquiera pensará que los anteojos le fueron impuestos á Cesareo por las necesidades de la esgrima, pero se llevará un solemne chasco.

Su vista decaia y disminuia por consiguiente su inefable placer de contemplar sus gallos, por medio del rey de los sentidos.

Entonces un par de anteojos vino á ser la tabla de salvacion de un hombre que tiene parte de su vida comprometida en las riñas de aves domésticas.

Cesareo ha ganado mucho dinero.

Debia ya ser rico, pero sus numerosos amigos y un pueblo entero de discípulos suyos, han llegado á saber con el mas profundo sentimiento, que el viejo maestro ha consu-

mido todos sus haberes en la compra de granos para man-
tencion de sus gallos y de collares para la proteccion de
sus perros.

En cualquier parte del mundo Cesareo pasaria por un
orijinal si no fuera indispensablemente necesario el que
pasase por maestro de armas.

Otros hombres tienen cálculos, ambiciones y una vida
mas ó menos semejante á la de los demás.

En Cesareo no se verifica nada de esto. El tiene tres
aficiones y nada mas.

El es el prototipo del maestro de esgrima, identificado
con su profesion de tal manera, que donde quiera que se le
vé se imagina uno estar viendo un asalto.

Ha sido, es y será maestro de cuantos jóvenes han pasa-
do, pasan ó piensan pasar por la época en la cual el deseo
de aprender esgrima, se convierte en una mania.

En cada uno de estos discípulos el viejo ha dejado un
amigo para siempre. Una jeneracion de gallos y los fune-
rales de algun perro han marcado el pasaje de una jenera-
cion de jóvenes.

Bien mirado este modo de ser de un hombre escepc-
cional, una lójica rigurosa preside todos los actos de su
vida.

El educa jóvenes para que con las armas en la mano
defiendan sus pasiones y su honor.

Pero al mismo tiempo educa gallos para que diriman
las cuestiones de su casta en la arena de los circos.

De modo que todos los jóvenes de Buenos Aires, sin
pensarlo ni quererlo, han sido fatalmente condiscípulos de
algun gallo.

Sarmiento, Mitre y Velez Sarsfield, que han aprendido

florete con Cesareo, han tenido por condiscípulos á gallos de varias nacionalidades y plumaje.

Mitre fué condiscípulo de un gallo j i r o , segun me ha dicho Cesareo, que cuenta las épocas por sus gallos y los grandes acontecimientos por sus perros.

Sarmiento recibia lecciones al mismo tiempo que un gallo de mala ralea y Velez Sarsfield se educaba en esgrima junto con un gallo negro, criollo y salidor de buena casta.

La mision del hombre es vivir y amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo cómo á si mismo, escepto la mision de Cesareo que consiste en ser el sempiterno maestro de cuantos intentan aprender florete y un verdadero miembro de las sociedades proectoras de animales.

Pero la mision de cuidar gallos, de mantener perros y de enseñar florete, no conduce por cierto á la fortuna y quiera Dios que el viejo que ha consumido su vida dedicándola á esos tres elementos, cuando espire el último de sus peros y clave el pico el último de sus gallos, encuentre un apoyo en sus innumerables discípulos que le han dado su corazon en cambio de sus lecciones.

1870.

SOBRE EL CUADRO DE BLANES

No soy pintor, desgraciadamente.

Pero debo á esta circunstancia el hallarme en aptitud de hacer una crítica justa é imparcial sobre cualquier cuadro pintado.

Para reconocer los méritos de una pintura no se necesita mas que sentido comun y ojos.

Y aun el sentido comun está de más, puesto que hay peritos en pintura que hacen muy buenas críticas á pesar de ser muy entendidos en la materia y no usar del sêntido comun sino del sentido propio.

Para apreciar en su justo valor una pintura no se necesita mas que instinto y ojos; ni ser hombre es necesario siquiera para ello.

O si no, ahí tienen ustedes el juicio de un caballo sobre un cuadro de Apeles que la historia se ha hecho un honor en transmitirnos.

Apeles era un fotógrafo de la antigüedad.

Y le llamo fotógrafo porque este hombre se servia de su pincel como nuestros fotógrafos de sus máquinas.

La luz era la misma; el sol luce para todos.

Y Apeles que no entendia gran cosa de óptica, solia trasladar la naturaleza al lienzo, con la misma fidelidad con que la luz de 1871 traslada nuestras fisonomías á las planchas preparadas por nuestros fotógrafos.

Solo existe una pequeña diferencia en favor de Apeles.

Este trasladaba el color al mismo tiempo que la forma, lo que no ha hecho todavia la luz retratista en fotografia.

Sin duda fué esta cualidad la que causó la admiracion del caballo de batalla de Alejandro, pues muchos caballos de nuestra época ven fotografias preciosas sin manifestar su opinion por medio de un relincho significativo, como lo hizo aquel caballo histórico.

Desde entonces la opinion de los caballos en materia de pintura, es irreprochable y yo aconsejo á los pintores de nuestros dias, que espongan sus cuadros en la primera caballeriza, ante una comision de mancarrones, antes de someterlos á la admiracion pública y á la critica de los peritos.

Y desde que un caballo que no tiene razon, segun algunos y que solo emplea su instinto para verificar acciones importantes, puede dar su opinion sobre obras de arte, no veo por qué yo y tantos otros que no entendemos de pintura, hemos de privarnos del inmenso placer de hacer público nuestro juicio ó al menos nuestras impresiones, respecto á un cuadro que llama actualmente la atencion en Buenos Aires.

En asuntos de gusto, nada hay tan perjudicial como la instruccion.

Los hombres peritos en materias de arte tienen su juicio con hociguera; no son libres pensadores.

En vano les gustará una cosa; ahí está la ley que les impide procurarse la satisfaccion de gustar á su albedrio de una obra de arte que no está encajonada en el molde fastidioso de las reglas.

Conozco músicos aficionados que se conmueven á mas no poder al oír cantar la «Forza del destino» del maestro

Verdi y que se dejarían cortar una oreja, antes que confesar esto que llaman debilidad, porque según dicen, la tal ópera no es clásica, ni vale en música lo que otras composiciones de grandes maestros alemanes, que han escrito inmortales é insoportables obras.

Mientras tanto para nosotros la música que no se entiende sino con trabajo y que no encanta el oído conforme va saliendo de los instrumentos, es música intolerable. Tanto vale oírla como ponerse á escuchar la tabla de multiplicar repetida en alta voz, con todo el compás con que estas tablas son repetidas en las escuelas.

Y esto que nos sucede á nosotros, sucede á novecientos noventa y nueve individuos sobre mil.

Lo cierto, según entiendo, es que hay dos clases de gusto.

Uno primitivo y libre.

Otro educado y sujeto á reglas.

Uno nativo, que depende de la composición interna de cada cerebro.

Otro adquirido, por el amoldamiento de las propiedades del juicio á determinadas condiciones.

¿Cual de los dos gustos es mejor?

Para cada uno, es mejor el que tiene, porque con ese se satisface, con ese goza.

Cada uno goza con su gusto propio, con su sentido interno, con esa modificación sentimental que no puede jamás transmitirse ni darse á conocer, con esa revolución automática sobre la cual no tienen los que nos miran, los que nos escuchan y los que nos juzgan, la menor noción.

• En materia de gustos el mío es mejor que el de todos •
puede con razón decir cada uno, pues cada uno com-

prende que nadie puede gustar mas que él, de una cosa de que él gusta sobre manera.

Todas las sensaciones internas ó esternas son proporcionadas á la capacidad de sentir que tiene cada sujeto y cada sujeto se satisface enteramente con sus sensaciones, porque en él todas las medidas se hallan llenas.

Es evidente pues que si yo tengo una capacidad de sentir y siento como veinte y si otro tiene una capacidad como cincuenta y siente como ella, los dos sentimos igual, por la misma razon de que tan llena se halla una vasija que contiene cuatro onzas, con cuatro onzas de liquido, como otra que contiene diez con diez onzas del mismo.

Se me dirá que hay sujetos mas susceptibles ó llamados comunmente nerviosos, en quienes las manifestaciones del sentido interno, corresponden á una intensidad mayor. Pero yo diré lo que es cierto en la ciencia, que en estos individuos la influencia sobre el organismo es la única exagerada, siendo la sensacion en cada caso tan completa en los nerviosos como en los linfáticos, segun las capacidades relativas.

Si hubiera fuera de nosotros una pauta de sensaciones es evidente que unos se aproximarían mas que otros á ella, sintiendo todos, cuanto son capaces de sentir, ó con igual intensidad relativa; pero la tal pauta no existe sino de un modo ficticio y diverso para cada coleccion de hombres.

Esta pauta convencional es la que nos hace reconocer que no todos vemos del mismo modo ni oímos con una igualdad matemática.

Cada órgano percibe segun su capacidad y siendo cierto que nadie ve mejor que yo, cuando yo veo todo lo que son capaces de ver mis ojos, no deja de serlo que otros ven

mas detalles, se fijan mas en las formas ó adquieren mas nociones del colorido.

Aqui no hay mas que una aparente contradiccion que desaparece con un momento de meditacion.

La música y la pintura nos ofrecen brillantes ejemplos para sancionar lo que decimos.

Tal oido percibe mayor número de vibraciones y es mas susceptible al tono y al timbre; tal otro es mas sensible á la estension de los sonidos y los clasifica mejor.

Esto es tan conocido que la dificultad para hablar que experimentan las criaturas en muchos casos, mas depende de falta de hábito de los oidos que de la torpeza de la lengua.

La palabra es el resultado de la imitacion. Para producirla es necesario tener un receptáculo y un copiator.

El receptáculo es el sitio del cerebro al cual van por el oido las voces de los que nos hablan.

El copiator es el conjunto de órganos que sirven para formular, emitir, modular y articular las voces.

De esto parece resultar un absurdo; que para hablar se necesite mas oidos que lengua. El absurdo no existe sin embargo.

Todos los órganos son indispensables, pero el oido entra por mucho. La prueba es que ciertos defectos en este órgano, mantienen durante toda la vida, determinadas dificultades en la palabra.

Es comun confundir por ejemplo la r con la l y todas las criaturas dicen tí por decir sí. Cuando estas dificultades dependan del oido, la palabra no se corregirá mientras el oido no se modifique, pues en vano repetiremos la s y la l al que oye r y t, ya que cada vez que diga-

mos r oirá y repetirá l y cada vez que digamos si oirá y repetirá t i.

Hay maestros de música que no pueden obtener de sus discípulos determinadas notas. Esto depende muchas veces, no de que los discípulos no pueden darlas, sino de que las oyen mal y las repiten mal ú oyen otras y repiten las que oyen.

Cosas semejantes suceden con las sensaciones de la vista.

Nadie puede probar que lo que yo veo rojo, lo ven ustedes del mismo color; puede ser que lo vean verde y como todo cuanto hay de rojo para mí, sería verde para ustedes, faltando en cada cerebro aislado, el término de comparación, es absolutamente imposible salir de la duda. Nadie sabe nada respecto á las sensaciones internas de otro.

Un pintor es mas fuerte en el colorido que en la forma.

Otro dibuja mejor la forma y juega á su antojo con la luz en los relieves.

Uno exajera lo verde.

Otro lo pinta todo con un tinte rojizo.

¿ Qué quiere decir esto ?

¿ Quiere decir acaso que unos retratan mejor la naturaleza que otros.

No por cierto.

Ni yo ni ustedes sabemos cómo es la naturaleza en si misma, ni cómo es para tal pintor.

Ni el pintor sabe cómo es la naturaleza para nosotros dos.

Yo sé cómo es la naturaleza para mi y nada mas y si soy pintor y pinto un cuadro, pintaré la naturaleza, no como es ella, sino como yo la veo.

Los pintores no copian la naturaleza, copian las imágenes de su cerebro.

Esto explica esas aberraciones de la pintura.

Si un pintor exajera el rojo es porque vé el rojo exajado y lo copia tal cual lo vé.

Si otro cubre sus cuadros con una especie de niebla, es porque él vé los objetos tras de esa niebla.

Y si un tercero comunica un tinte siempre igual á sus pinturas, es porque la luz le presenta los objetos con ese tinte.

La prueba es que un pintor jamás encuentra razon á los que le hablan de semejantes defectos; no los vé, no los percibe, no los puede percibir.

De manera que si se pudiera hacer que todos los pintores tuviesen igual destreza en las manos, no habria absolutamente uno mejor que otro; todos copiarian la naturaleza tal cual es ella para ellos, es decir tal cual la ven y sin embargo, los cuadros serian diferentes para un tercero.

Hay pues, que renunciar á dar un crédito ilimitado á los sentidos, conformándonos con saber que tan buen apreciador de cuadros era el caballo de Alejandro, como cualquiera de los criticos que escriben grandes artículos sobre obras de arte y aun mas, puesto que aquel caballo juzgó sin pasion de partido y sin la presion que ejercen sobre el ánimo, las nociones de óptica que nosotros poseemos.

He tenido que hacer esta larga perifrasis en varios párrafos, para lejitimar mi derecho de hablar sobre el cuadro de Blanes.

Este cuadro se ofrece al gusto público para ser apreciado.

El gusto artistico es una cosa independiente.

Las reglas de arte deben haber sido hechas tomando en

cuenta el gusto jeneral, el gusto de una inmensa mayoria.

De otro modo no lo entendemos.

El gusto esquisito será aquel que satisfaga mayores condiciones del gusto casi universal.

En este sentido, el cuadro de Blanes es admirable.

No voy á hacer una descripcion; ella ya está hecha y muy bien hecha.

Ni voy á examinar el cuadro con el manual del pintor en la mano.

Voy simplemente á decir lo que experimenta un ignorante al verlo.

Supongamos que yo soy el ignorante, lo cual no dista nada de la realidad.

Cuando vi el cuadro me pareció mirar un espejo en el cual se reflejaba un grupo de personas y de objetos.

En este momento, la idea del relieve me invadió y en todo el tiempo que estuve mirando la escena, no pude deshacer la ilusion en mi cerebro, por mas que me restregaba los ojos.

En tal emergencia miré á los espectadores que como yo, contemplaban el cuadro y por mas hiperbólico que ello sea, los dichos espectadores me parecieron pintados, á tal punto, que tuve que tomar del brazo á mi compañero para convencerme de que era sólido.

No tendria que decir mas para pintar el efecto de aquella obra.

Su relieve es admirable, es una tan notable falsificacion de la naturaleza, es una sofisticacion de los sólidos tan diestramente verificada, que no deja la menor duda de que el pintor y la luz han querido burlarse de los ojos humanos.

Realmente, hacer volúmenes en un plano es mentir manifiestamente, sirviéndose del pincel y los colores.

Y lo peor del caso es que uno tiene que creer en la mentira ante la misma confesion del embustero.

No sé si ustedes saben estas dos cosas:

1° Que en un cuadro que pinta relieves, si el relieve no se percibe de pronto, los ojos no tardan en encontrarlo si comienzan á mirar por el piso ó la parte inferior de la pintura.

2° Que para la vista el relieve resulta de la diferencia de perspectiva. Es decir que el relieve no puede ser apreciado sino á propósito de las imágenes que transmiten los dos ojos. Un ojo solo no da mas que una sola perspectiva, por consiguiente no hace realmente relieves y si los tuer-
tos ven sólidos, es en virtud del hábito que les hace verificar una correccion en su cerebro.

En el cuadro de Blanes la invasion de la impresion de relieve es repentina é imborrable; no tiene uno que hacer fuerza para que la ilusion se verifique.

En el mismo, las sombras suplen tan completa, tan perfectamente á la composicion de perspectivas, que el relieve salta de cualquier modo que se mire el cuadro y cualquiera que sea el número de ojos con que se lo mire.

Blanes ha tenido una feliz inspiracion al colocar la luz detrás de los personajes de su cuadro. Esta disposicion favorece admirablemente el relieve, que es la cualidad predominante en esa composicion, verdadera obra maestra bajo este punto de vista.

De un brazo sólido al pintado por Blanes en el cadáver de la mujer que yace en tierra, en su cuadro, no hay la menor distancia.

Entre una taza, una cuchara y una frazada reales y positivas y estos mismos objetos pintados por Blanes en un

plano, habrá diferencia para el tacto; para la vista no hay ninguna.

El que mira estos objetos pintados, tiene gana de recoger la taza, poner la cuchara dentro de ella y acomodar la frazada, que casi arrastra, para que no se ensucie mas.

No quisiera salir de los relieves.

No sé si los retratos de Perez y de Argerich se parecen; no me he fijado; esto no me importaba nada.

Lo que me importaba saber era si esos dos personajes que entraban por una puerta, eran imágenes sólidas ó planas.

No estando en el secreto, para saberlo seria necesario ir á tocarlos.

La ilusion no puede ser mas completa.

Detrás de Perez cabe una persona; debajo del pie de Argerich cabe la mano, se vé la luz entre el taco del botin y el resto de la planta.

Para que la escena sea real, en cuanto á lo que depende de la vista, solo se necesita continuar el cuarto en que aquella pasa.

Ya está el piso y dos paredes, tan reales como cualquier piso de ladrillo y cualesquiera paredes de material; solo falta el techo y otras dos paredes.

Los personajes ya están allí; esperemos que los vivos levanten á los muertos y se lleven á esa pobre criatura que está ahí dando l' stima, haciendo esfuerzos por descubrir un pecho en el que ya no hay leche ni calor.

Cuando se mira un cuadro uno se pregunta naturalmente que hace cada personaje y cada objeto; busca la unidad de accion, sin la cual las escenas de la vida tienen lo que podemos llamar ripios, personas inútiles.

Al cuadro de Blanes se le ha reprochado este defecto pero sin señalar que es lo que hay allí de inútil.

Y aunque hubiera ¿qué tendría eso? En cuantas escenas de la vida no hay objetos y personas que no son necesarias á la dicha escena?

¿Qué es un curioso sinó un sujeto inútil? ¿Y en qué escena, con tal que no sea enteramente privada, falta un curioso?

Si yo fuera pintor y pintara escenas á puerta abierta, siempre pondría un curioso, uno cuyo único papel fuera mirar, porque así es lo natural.

La curiosidad es una de las propiedades animales mas repartida en la especie humana.

La cantidad de curiosidad que existe en el mundo se halla distribuida del modo siguiente:

Ochenta partes en cien entre las mujeres.

Diez y nueve entre las criaturas y los adolescentes.

Y una entre todos los hombres adultos.

De manera que es muy difícil que en la mas insignificante escena falte algun curioso.

En el cuadro de Blanes hay tambien el indispensable curioso, en la persona de un muchacho.

No sé si este muchacho es hijo de los finados ó si es un simple aficionado de la casa.

Él demuestra haber llorado antes, pero su fisonomia en el momento, pinta un solo sentimiento predominante, ante el cual desaparecen otros rasgos; la curiosidad.

Este muchacho es por sí solo un poema.

Es cualquier muchacho que todos nosotros hemos visto.

Es uno de esos muchachos medio vagamundos, que se halla por el momento estremadamente ocupado de saber qué es lo que pensarán aquellos señores de los muertos.

Su ropa está denunciando su vida.

El tiene toda la fisonomía de un pilleto de playa y la despreocupación propia de su edad y de su posición social.

Si ese muchacho no estuviera ahí estaría jugando á los cobres.

Pero ocupaciones trascendentales lo detienen por el momento en casa.

La presencia de los muertos no le espanta; la curiosidad embarga toda su inteligencia

¿Que hará este señor grueso? está diciendo. Y aquel otro ¿qué se asusta ¿qué estará por decir?

Y mientras averigua estos interesantísimos puntos, con una mirada penetrantemente rebuscadora, juega con sus pies descalzos, tratando de embutir el uno en el otro.

Esto último es característico.

A un muchacho que se encuentra delante de caballeros extraños y serios, le estorban siempre las manos y los pies á los cuales busca inútilmente acomodo.

Su posición es una mezcla de temor, de respeto y de curiosidad.

El teme sobre todo perder un solo movimiento, un solo jesto, un solo suspiro de los recién venidos.

¿Qué irá á hacer la Justicia en esta casa? se pregunta y no se contesta.

Porque es evidentemente demostrado que para un muchacho de esta clase, un hombre grueso, vestido de negro acompañado de otro un poco más delgado y también de negro, no puede representar otra cosa que la Justicia.

Decir que al muchacho ese solo le falta hablar y caminar, está de más.

Yo siento que delante del cuadro haya una cuerda, que impide acercarse, pues á no existir dicha cuerda yo me habría aproximado al muchacho para decirle al oído, que

se prenda cada ojal del chaleco en el boton correspondiente y no en el de mas arriba.

El cuadro de Blanes es riquisimo en detalles.

Lo he visto una sola vez y no estoy seguro de acordarme bien de todas las bellezas que tiene.

La idea del relieve me absorbió enteramente y aun ahora mismo me cuesta trabajo creer que aquella frazada pueda ser una obra de pincel y una pura ilusion de óptica.

El cadáver de la mujer que está en tierra es un modelo del cual la naturaleza haria bien en sacar una cópia.

No parezca esto hiperbólico.

Hay cosas en la naturaleza que son muy poco naturales. perdónesenos la paradoja. La naturaleza no es aparentemente lójica ni consecuente consigo misma.

Yo he visto nubes en el cielo que si las hubiera visto en un cuadro me habria reido del pintor.

Y he visto muchos muertos que parecian vivos.

Por esto la mujer del cuadro de Blanes me parece un modelo.

Ya experimenta uno al verla las dificultades con que tropezará para bajarle los brazos, endurecidos por la riji-
dez cadavérica.

Las enaguas est n bien; no hay que acomodarle las ropas; ellas cubren todo lo que alcanzan. Es claro, ninguna mujer se muere descubierta.

Estos  ngeles de la tierra si no alcanzan respirar una vez mas,   lo menos alcanzan   cubrirse, antes que se vaya con el último resto de vida, todo el pudor que tuvieron.

Las mujeres muertas parecen menos tias que los hombres; siempre se nota en sus cadáveres las líneas curvas que nos encantaron tanto durante la vida.

Yo creo que las mujeres se acomodan para morir; de

otro modo no comprendo como es que muchas, aun después de muertas, son lindas y tienen un aspecto de coquetismo cadavérico no descrito hasta ahora.

Confieso que una vez me he sentido enamorado de una mujer muerta; de la que Blanes ha pintado en su cuadro.

La compasion para su cuerpo ha nacido en mí y he pensado recoger el vestido que se halla á su lado y cubrirla con él, á pesar de lo sucio que está. Blanes no ha olvidado ponerle las manchas características en la manga, desde el codo hasta el puño, con las cuales la mujer podria atestiguar que ha cocinado.

En definitiva el cuadro de Blanes es todo cuanto los ojos pueden exigir á la naturaleza en materia de relieves; es una mentira admirable, una verificacion irrealizable.

Blanes debe haber hecho su cuadro por casualidad.

Si lo hubiera hecho de intento ya se habria cortado las manos para no volver á chancearse tan groseramente con los ojos de la jente.

Diciembre 23 de 1871.

ESTÉTICA

(A PROPÓSITO DEL ARTÍCULO DEL DOCTOR WILDE)

I.

El precioso artículo del doctor Wilde que tanto ha llamado la atencion pública, es una produccion orijinal, en que se aunan las dotes literarias y las dotes científicas. El efecto producido por su lectura, es digno del objeto extraordinario á que lo dedica, pudiendo decirse que el cua-

dro del señor Blanes ha sublimado en su critico las cualidades del buen escritor.

¿A que jénero pertenece el artículo que nos ocupa? Con una levedad de forma que encanta, con un chiste y gracejo que suprime los párrafos, penetra sin embargo en las mas profundas cuestiones, pudiendo decirse aquí que la forma y el fondo se han dado la mano, como la utilidad y la belleza en ciertas obras de la creacion.

Como obra de estilo y buen decir, es un tipo irreprochable. Sin invocar reglas de critica, bastaria considerar este triunfo de conducir al lector por las sendas mas enmarañadas de las cuestiones sicólogo-estéticas, para comprender que los medios son adecuados al fin. Como doctrina y sin dejar de admirar la novedad y perspicacia de las observaciones y la instruccion poco vulgar del autor, nuestro juicio sin embargo es diferente.

¿Pertenece el doctor Wilde á la escuela de Selgas? ¿Es la literatura que invade á la ciencia, sin sacarse el sombrero, dando mandobles al aire, unas veces por decir algo de nuevo, otras por hacer reir? ¿Dice algo el doctor Wilde en su forma jocosa, que no sea la verdadera conviccion de su conciencia filosófica? No lo creemos y es por esto que, aunque en su jénero y en el del equivoquista español haya algunos puntos de contacto, nosotros pensamos que las obras de Selgas son un abuso, las de Wilde un uso lejítimo de la palabra.

No diremos si este jénero que mezcla la enseñanza con la diversion, la literatura con la ciencia, la lijereza de las forma con la gravedad de las cuestiones mas profundas y delicadas, sea un jénero definitivo ó solamente de transicion. La division del trabajo es una ley en todos los desarrollos humanos y es por esto que en las sociedades avan-

zadas, la ciencia está emancipada de las obras de estilo, teniendo ella su lenguaje propio, ajeno á toda metáfora y cuidándose mas de la verdad de los hechos y de la lójica de las conclusiones, que de las galas y primor de los párrafos.

Pero entre nosotros no hay enciclopédias, anales ni revistas científicas. Ni siquiera estamos en la época de los ensayos. ¿Qué hará entonces el espíritu privilegiado, el hombre estudioso que no se contenta con las formas poéticas del estilo? Hacer lo que hacen los almaceneros del campo: poner el queso y el pan al lado de las flores y de los confites. La division del trabajo aún no ha llegado para nosotros. Hay algo de caotismo de la infancia. El mismo órgano tiene que servir para la poesia y la ciencia, como los animales inferiores respiran y dijieren con el mismo tejido.

II.

Pagando pues el tributo que nos merece el talento, la injenuidad y relevantes prendas del autor del artículo, nos vamos á permitir diferir de sus conclusiones, en un problema por demás importante, que estamos ciertos el doctor Wilde sabrá tratar mejor en un artículo especial. Con el fin de conocer todo el alcance de sus argumentos, es que examinamos algo de su doctrina orijinal y revolucionaria. Lo haremos con la lijereza que el tiempo nos permite.

¿Cuál es la síntesis del artículo? Por de pronto creemos encontrar dos ó tres.

1° La instruccion es perjudicial para juzgar bien de las obras de arte.

2° Hay hombres que tienen mas sensibilidad que otros (unos como cincuenta, por ejemplo y otros como veinte) pero

todos sienten igualmente ó con la misma intensidad. Los nerviosos solo se diferencian de los linfáticos en el efecto exagerado que en ellos producen las sensaciones.

3º No existe una pauta (ó tipo) esterna de sensaciones y siendo convencional ó ficticia la que corre, de aquí proviene la diferencia en los juicios, al considerar las obras de arte. Cada uno juzga, no segun la naturaleza que nadie conoce en sí, sino segun ese reflejo vario é imperfecto que cada uno guarda en su cerebro.»

De estos principios deduce el señor Wilde las consideraciones mas oriñinales y dificilmente podria presentar á sus lectores, un tema de mas novedad y mas fecundo por sus tendencias revolucionarias. Aquí se nos presentan las cuestiones sicológicas y estéticas mas árduas, en su misma raiz, fundamental. Es una teoria completa y absoluta del ilusionismo humano; un equivalente al escepticismo absoluto de los griegos. Asi pues, el doctor Wilde, sin pronunciarlo, nos dice en resumidas cuentas: «Sois unos ilusos, la anarquía es el estado perpetuo y natural del entendimiento humano. No hay un tipo de verdad.»

¿Cómo no ponernos en guardia? El ataque es digno de semejante lanza.

Empezaremos por la segunda proposicion.

III.

•Que haya hombres que tenga mas sensibilidad y sin embargo no sientan mas ó con mayor intensidad que otros pareceria una paradoja, si no fuera dicho por un profesor en medicina. ¡Tener mas sensibilidad y no sentir mas! Casi no lo comprendemos.

¿Será que debemos considerar la cantidad y la calidad en las sensaciones.

El nervioso siente lo mismo que el linfático; las sensaciones de ambos son igualmente intensas; la diferencia está, 1° en el grado de sensibilidad, 2° en el efecto exagerado producido en el nervioso.

Que las consecuencias que siguen á la sensación son realmente remarcables en el nervioso, estamos conformes. El linfático se queda sereno, el nervioso bufa y patea. Este efecto exagerado está en armonía con el mayor grado de sensibilidad; pero la sensación en sí es igual á la del linfático.

¡Nadie siente mas ó con mas fuerza que otro!

¿Y entonces doctor Wilde, para que sirve esa diferencia en el grado de sensibilidades, si no es para sentir mas ó menos.

A ser cierta la doctrina, se seguiria que cuando un nervioso bufa, ó se deja arrastrar por sus sensaciones, no es porque en realidad sus sensaciones sean mas intensas, sino porque la fuerza de resistencia es menor. Pero ¿es cierto que las viarazas del nervioso sean resultado de una lucha ó conflicto entre dos fuerzas, una de ataque y otra de resistencia?

Sentir mas, puede entenderse por un aumento en el número, jénero, intensidad y amplitud de las sensaciones. Muchas y muy frecuentes sensaciones leves pueden equivaler á pocas muy intensas ó muy profundas. Y cabalmente, vamos á demostrar al doctor Wilde, que los hombres de temperamento nervioso (poetas, por ejemplo) sienten en realidad mas que los linfáticos, musculares, etc, en todas las las acepciones de demasia, que llevamos indicadas.

Ilustremos la demostracion con una analogia.

Los fotógrafos llaman mas sensibles á aquellas lá-

minas, que por la naturaleza del material ó por su pulimento, son mas pronto y eficazmente impresionadas por la imájen luminosa del objeto. La luz es una fuerza. Esa fuerza actúa sobre una superficie metálica, ni mas ni menos que como actua sobre la retina de nuestros ojos, para grabar las imájenes del colorido, la formá y detalles del mundo esterno. ¿Por qué se graba mejor la imájen en el plano pulido que en el aspero? Incuestionablemente por la testura molecular que el pulimento comunica á la superficie. Y siendo el fenómeno fotográfico tan luminoso y gráfico como la vision; siendo el mismo fenómeno, sin mas diferencia que la prontitud y las misteriosas ulteriores que pasan en la vision, yo me atrevo á creer que la testura fina, blanda y compacta del cerebro, esplica la diferencia de nuestro sistema fotográfico sobre el artificial de la máquina.

Mas aún pienso. Yo no creo que la diferencia intelectual y sensitiva entre los hombres, está solamente en la cantidad ó desarrollo del sistema encéfalo-nervioso. Creo que tambien está en la calidad.

Creo yo que un cerebro de testura mas fina, con unos nervios sensitivos de la misma naturaleza, hará las sensaciones mas eficaces. Pero sea cual fuera la causa, el hecho que yo invoco contra la doctrina del doctor Wilde, es notorio y característico de una raza de hombres nerviosos (los poetas) cuyo mayor distintivo consiste precisamente, en la viveza, eficacia y permanencia con que las imájenes esternas, se graban en su retina.

Nadie puede negar, 1° que los poetas son nerviosos, 2° muy sensibles, fisica y moralmente hablando, 3° que son fuertes en la descripcion y en los detalles; en el colorido,

en la forma y en todo aquello que puede producir imágenes en la retina.

Que esta impresionabilidad del poeta, su gusto por la vida contemplativa, su carácter en fin, sea producto de hábitos mentales ó de la educación, es cosa que nadie cree. Todo nació de la sensibilidad injénita escitada por el mundo eterno. Ahora bien, por qué esa actividad contemplativa, porqué esa abundancia inagotable de imágenes é impresiones? ¿De donde ese oficio exclusivo de pintar, describir, reproducir cuadros?

Claro como el agua.

El poeta es un espejo: mas científicamente, una lámina fotográfica muy sensible, que no hace sino reproducir con palabras los cuadros que constantemente se graban en la retina.

Esto por lo que hace á su actividad esterna.

Tocante á la vida íntima ¿cuáles emociones mas profundas que las del poeta? Si estos desgraciados hombres mueren temprano, como la estadística lo prueba, esto ya nos dice cual habrá sido la tormenta de una sensibilidad que nunca descansa, recorriendo el diapason de los placeres y los dolores siempre con actividad febril.

Si se admite las afirmaciones anteriores como hechos de experiencia, ¿cómo sostener entonces que el poeta no siente mas ni con mas intensidad que ese pelmazo llamado linfático, que vé derrumbarse la casa y apenas se mueve? Como sostener que las sensaciones sean iguales?

IV.

Vengamos ahora á esta cuestion capital de saber si hay ó no hay una norma ó pauta de las sensaciones, que gobierne los juicios humanos. Si la hay, la humanidad tiene

un criterio, una base de inteligencia y de concordia. Si no la hay (una ficticia equivale á no haberla) entonces el caos y la sempiterna anarquía es el estado normal del humano entendimiento.

Nótese que en esta atrevida afirmacion, el doctor Wilde mete hondo su lanza, pues no se limita á negar un criterio artistico. La filosofia misma y la ciencia irian por el suelo.

Desde que lei un pasaje en la obra de lójica de Stwar Mill sobre la naturaleza del juicio, no habia yo oido una afirmacion mas trascendental, que mas me llame la atencion, que esta del doctor Wilde. ¡Y cosa singular, las dos sentencias caen bajo el imperio de un mismo problema!

Vamos á ver como Mill habia ya comprendido que habia de venir un Wilde, á amenazar las bases de la fé filosófica del mundo.

El problema es tremendo, mil veces tremendo. Y lo es mas todavia por las dificultades que presenta.

Todos los filósofos están conformes en la tésis que sirve de base al doctor Wilde para sus racionios. Todos reconocen que nadie conoce en si la naturaleza, sino la imájen que de ella se refleja en nuestros órganos. Y como el doctor Wilde sostiene que esa cópia no es igual en todos, sinó diferente, de aquí, dice él, que todas las imitaciones son buenas, porque son fieles á la cópia cerebral de cada artista, aunque en realidad sean todas diferentes entre si y diferentes del orijinal.

Y para que no quede duda del alcance y sentido de esa doctrina, copiamos esas palabras:

« Un pintor es mas fuerte en el colorido que en la forma.

Otro dibuja mejor la forma y juega á su antojo con la luz en los relieves.

Uno exajera lo verde.

Otro lo pinta todo con un tinte rojizo.

¿Qué quiere decir esto?

¿Quiere decir acaso que unos retratan mejor á la naturaleza que otros?

No por cierto.

Ni yo ni usted sabemos como es naturaleza en sí misma, ni como es para el pintor.

Ni el pintor sabe como es la naturaleza para nosotros dos.

Yo sé como es la naturaleza para mí y nada mas y si soy pintor y pinto un cuadro, pintaré la naturaleza, no como es ella, sino como yo la veo.

Los pintores no copian la naturaleza, copian las imágenes de su cerebro.

Esto explica esas aberraciones de la pintura. »

Y para coronar:

«Nadie puede probar que lo que yo veo rojo, lo ven ustedes del mismo color; puede ser que lo vean verde y como todo cuanto hay de rojo para mí, seria verde para ustedes, faltando en cada cerebro aislado el término de comparacion, es absolutamente imposible salir de la duda. Nadie sabe nada respecto á las sensaciones interiores de otro. »

Toda la doctrina del doctor Wilde reposa en un supuesto que bien podria ser cierto, pero que careciendo de prueba, debemos tomar como falso. Su raciocinio es este. Desde que hay pintores que exajeran, ó no pintan á la naturaleza, tal cual yo la miro, unos en un respecto y otros en otro, cada uno la vé de diferente modo.

El raciocinio es falso. Para ser lejítimo debería decir:

Premisa mayor. Para toda infidelidad artistica no hay mas causa posible que el engaño de los sentidos.

Premisa menor. Es así que tal pintor exajera el rojo y tal otro la sombra, el relieve, etc :

Conclusion. Luego la causa ha sido la diferencia en las imájenes comunicadas por los sentidos.

¿Cómo sabe el doctor Wilde que el pintor que exajera el rojo, lo hace porque asi mira el objeto?

Para desengañarse de esto, no hay sino recordar un hecho vulgarísimo.

Constantemente todo artista, poeta, literato, pintor, cómico, etc, están rabiando de descontento porque no aciertan á dar con la pincelada, la frase, la idea, etc. que necesitan para acabar su cuadro. Este hecho notorio, este descontento habitual é infalible en los buenos artistas nos prueba que las imperfecciones se corrije con mas atencion, con mas trabajo, etc. y que el artista jeneralmente es mas perfecto en sus concepciones é imájenes que en la ejecución práctica de sus instrumentos.

¿Quién dice todo lo que piensa y siente? Qué lengua podria seguir al cerebro cuando este pasa en revista todo un mundo, contemplándolo bajo sus diversos y multiformes aspectos?

Lo mismo que la lengua es el pincel del artista, el instrumento del músico. No son capaces de esprimir la naturaleza, tal cual está en la delicada lámina fotografica de estos seres privilegiados.

V.

La afirmacion fundamental, pues, del doctor Wilde es completamente arbitraria. El no es capaz de probar que

la vision humana está sujeta á estas fluctuaciones de exajerar ó quitar el color, forma, tamaño ó posicion de los objetos que constituyen la naturaleza.

Sabemos de cierto que hay malas obras de arte por falta de jénio, ó aptitud natural y tambien por falta de estudio (ejercicio) ó por defecto de los materiales.

En presencia de causas conocidas ¿por qué acojernos á una hipotética? ¿Por qué el exajerador del rojo no lo haria por defecto de sus tintes, por no saber manejar bien los colores, ó tal vez por defecto de atencion sobre el objeto copiado?

Pero el doctor Wilde invoca que ellos están muy pagado de su obra,

Está bien y ¿el amor propio?

El constructor de un telégrafo, locomotora, ó cualquier máquina, que no sea cópia de la naturaleza, ni en la forma, ni en el color, ni en la estructura ¿no está muy pagado de su obra?

La máquina puede ser tan detestable como las calderas del vapor « América »; aquí no hay infidencia posible de los sentidos, porque el ideal de la máquina no ha sido reflejado del modo esterno. ¿De donde viene la satisfaccion del constructor? De ese amor propio, que principalmente descuella entre los hombres de juicio, por mas que sepan ocultarlo. La gloria es el amor propio disfrazado.

No dudo yo que hay malos oidos, como hay piernas cojas y ojos tuertos! Es muy posible tambien que ademas de las enfermedades conocidas, haya otras desconocidas que afecten y alteren el tipo normal de las sensaciones humanas.

¿Convertiremos la escepcion en regla? Confundiremos la enfermedad con la salud?

¿Inauguraremos la casuística de Selgas para reinos de la ciencia humana, sosteniendo que todos somos cojos mancos, ciegos ó defectuosos, porque no faltan algunos millares en el mundo?

Que «puede ser que lo que veo rojo lo vean otros verde» es una maravilla que no se verifica ni aun en los llamados «ciegos de color» trastorno en los sentidos que la misma palabra ya dice que es un estado anormal.

El señor Heaschtell (Lecturas científicas 1867, páj. 257) da cuenta de esta curiosa anomalía, en este párrafo de traducciones á la lijera:

«En las personas llamadas «ciegas al color» el ojo es sensible á todos los rayos del espectro prismático como luz; aunque, aun en este respecto, los rayos se muestran comparativamente importantes para estimular los nervios de la vision, asi que todos los colores en que entra una gran proporcion del rojo primario, son descritos por ellos como tintas sombrías. Pero fuera de esto, desde los rayos coloridos primarios, el rojo y el verde parecen escitar en sus nervios sensaciones de color próximamente limitables. La vision de estos hombres es pues dicrómica; todos los colores compuestos son resueltos en dos elementos únicos, en vez de tres. Al rojo no lo distinguen del verde. La casaca escarlata del soldado y el cesped sobre que hace ejercicio; las maduras cerezas y las verdes hojas por entre las cuales penden, les son indistinguibles por el color, aunque á fuerza de oír hablar de estas cosas, concluyen tambien ellos por hablar del fruto como rojo y de las hojas como verdes. La sensacion del azul es probablemente la misma que en la vision normal.»

Se vé, pues, que ni aun invocando los ciegos de Heaschtell, podria fundar el doctor Wilde su último punto. Estos fenos

menales hombres, no son en realidad traidores á la naturaleza, porque no ven rojo lo verde ni lo verde rojo, son unos pobres de vision, que solo ven sombra donde nosotros vemos los hermosos tintes del univverso.

VI.

El doctor Wilde que sin duda tendrá hechos y argumentos sabidos para fundar tan formidable doctrina, ha debido prever las tremendas consecuencias que de ella se desprenden.

Es muy peregrina y apurada la posicion en que ella nos coloca, desde que pudiésemos creer que los Africanos, que para nosotros son negros como el azabache, pudieran tal vez parecer blancos como el armiño, mirados por un cjo aleman, chino ó japonés.

Si hay una falta absoluta de tipo para las sensaciones, no hay inconveniente alguno para que estemos miserablemente engañados, creyendo que los elefantes son mas grandes que las pulgas, ó que las bolas de billar son redondas; siendo asi que para otra seccion de hombres, las pulgas son mas grandes que el Chimborazo y las esferas mas cuadradas que el rostro de un irlandés.

Este bárbaro argumento que dicen *reductio ad absurdum*, nos haria escribir una especie de cuadro grotesco, que fluiria sin esfuerzo ó como la hebra que sale del ovillo.

Pero haremos un argumento sério é independiente. Sino existe una forma de las sensaciones ¿de donde viene esta perfecta conformidad en materia de hecho y de doctrinas científicas?

Las matemáticas que tratan de la cantidad y tambien de la forma.

La astronomía que estudia el volúmen, forma, relaciones y movimientos de los cuerpos celestes.

La botánica y zoología con la forma, color, estructura, y demás propiedades de los seres vivientes.

La acústica y la música con los sonidos y la óptica con su decantado espectro.

Las ciencias todas ¿porqué estarían en perfecto acuerdo con los fenómenos observados y con las leyes reconocidas entre los antiguos egipcios, babilonios, chinos, hasta los modernos franceses y alemanes?

La poesía misma, que parece la menos exacta ¿porqué es comprendida ó sentida por todos los pueblos que saben leer su idioma?

¿De donde esta armonía universal, doctor Wilde?

No negamos que hay diferencia de gustos en el mundo, como hay diferencia de opiniones.

El italiano se estasia con Verdi y el alemán con Mefistófeles (ó lo que sea). El inglés prefiere un succulento pastel de carne, á los delicados y refinados, pero no sustanciosos platos franceses. El niño come dulces y frutas. El ébrio se estasia ante una copa de rom y yo he visto á un eximio tomador de café, reanimarse á cada taza, echando una arenga panejirica á los venturosos frailes que lo importaron á la Habana.

Y para dividir á la humanidad en sus dos secciones naturales, agregaré: Francia, España, Italia, la América del Sud pululan de teatros, diversiones, fiestas y casas de educacion.

En una zona corre una avenida de literatura lijera, destinada á pasar el rato, ó á reir, ó á emocionarse. En la zona opuesta cruje la prensa vomitando millones de obras,

versitos y producciones científicas, destinadas á ilustrar al hombre.

¿Esplicaria usted tan tremendas diferencias diciendo que los unos ven la naturaleza en rojo subido y los otros en verde oscuro?

El ébrio no necesita ver de este ó de aquel color para gustar del alcohol y sostener que es la bebida mas deliciosa. No se ilusiona creyendo que es dulce. Tampoco, ignora que es dañoso y perjudicial. Nada de todo esto. Sabiendo la verdad, preveyéndolo todo, se entrega á la ebriedad, ¿por qué? porque le gusta el aguardiente.

Es claro que los italianos gustan mas de su ópera patria porque ella espresa su propio carácter. El cielo de Italia, el idioma italiano, el carácter italiano y la música italiana no son mas que una misma cosa. El corazon dominando al entendimiento.

Lea usted el idioma aleman, mire el semblante y modo aleman, estudie su literatura, dé una ojeada al clima aleman y comprenderá entónces su música. Es uno de los productos de su carácter intelectual. El entendimiento prestando sus ausilios ó presidiendo al corazon.

Cuando el inglés come pasteles de carne, come filosóficamente, es decir, autonómica y consciétemente.

Cuando el francés recorre el inmenso diapason de los sabores en cincuenta potajes que apenas alcanzan á una sola nutricion, come por instinto, es decir come fatalmente con sus sentidos.

Pero esto me llevaria muy lejos y debo concluir.

VII.

Por último, diré al doctor Wilde, que aun cuando fuera cierta la hipótesis de tener cada uno un prisma diferente

en su retina; suponiendo esto que está muy lejos de ser probado, jamás destruiría el criterio comun, en que descansa la inteligencia y concordia de todos los pueblos.

No hallo imposible una lijera diferencia en los órganos, principalmente del colorido. Doy de barato que la diferencia se estendiera á todas las propiedades de forma, tamaño, temperatura, etc. Esta diferencia no afectaría los juicios humanos, porque sería infinitesimal y en las obras de arte, lo que llamamos de perfeccion, no pasa de ser la mas grosera aproximacion.

Por ejemplo: una línea mas ó menos en el boceto de una persona; un centésimo de exajeracion en el colorido, un milésimo de diferencia en la elevacion del ángulo labial para espresar la sonrisa infantil; todo esto no importaría ni importa nada, para que todo el público y toda la humanidad diga que el cuadro de Blanes es un buen cuadro y goce en la imitacion aproximada de la naturaleza.

Y para demostrar á usted que la obra mas acabada no es mas que una grosera aproximacion, considere usted cuanto falta para que un cuadro hable, coma, beba y pronuncie discursos.

No negará usted que si uno de los personajes del cuadro se moviera y echara algunas exclamaciones de asombro, el efecto sería mas acabado. Un retrato pronunciando un discurso por medio de una máquina parlante, llevaría la aproximacion muy lejos, pero siempre sería una sombra, que en nada se ofendería de diferencias infinitesimales.

Aquí debo hacer una reflexion, por no decir retrospectcion.

Una de las grandes causas que influyen el juicio, es á mi modo de ver, la disposicion simpática, venga ella de donde viniere, del carácter, los hábitos, asociaciones, etc.

Es indudable que el cuadro de Blanes no producirá la misma impresion en el pueblo de Lóndres que en el pueblo de Buenos Aires.

Buenos Aires comprende y siente mejor ese lienzo que espresa sus dolores y que tan bien ha sabido interpretarlos.

Es como la madre que vé pintada en el lienzo la catástrofe que le ha arrebatado al hijo.

En esta situacion, la emocion suscitada por los recuerdos, ahoga los pequeños defectos del cuadro.

Y como casi todo el mundo juzga hasta cierto grado con el corazon, las obras de arte son tambien de circunstancias, como los discursos politicos.

Esperamos que el doctor Wilde, vea en este artículo solo un testimonio de admiracion por sus bellas producciones.

Es la débil repercusion de un tremendo cañonazo.

NICOMEDES ANTELO.

FISIOLOGIA FAMILIAR DE LAS SENSACIONES

VISION DE LOS COLORES

Jamás pensé que un artículo de año nuevo á propósito de un cuadro, me pusiera en la obligacion de tratar ménos lijeramente que antes, un punto que ha sido mirado como trascendental por algunos lectores de la «República» y que ha dado orijen á un galante trabajo de un escritor, conocido en la prensa por su aficion á ciertos estudios analíticos del entendimiento humano.

Un artículo escrito á la lijera debia ser leído á lijera; pero el señor Antelo ha visto el hombre tras del estilo y ha dicho con razon: «este cree lo que dice en cualquier forma que lo diga.»

Eso es la pura verdad y me hallo contento con pensar que hay un espíritu bastante sutil entre los lectores de la «República» como para comprender que hay cosas raras en apariencia, que son creidas por el mismo que las dice, en virtud de muy buenas razones que jerman allí en el fondo de la conciencia!

A lo menos por esta vez no encuentro uno que no pudiendo contestarme con razones, me diga: «tu no crees eso....» (que yo no puedo contestarte).

Pero las cuestiones á que dá márjen al artículo del señor Antelo, son tan numerosas y estensas, que por fuerza tenemos que limitarlas.

No debemos cansar á los lectores de la «República» ni abusar de la bondad de los directores, mas interesados quizá en cosas de actualidad, que en cuestiones intercurrentes que no se ligan con intereses vitales de la sociedad.

Por esto, apreciando inmensamente las observaciones del señor Antelo, voy á pedirle, á suplicarle, que no hagamos polémica sobre esto, como hicimos con Goyena á propósito de un dicho mio sobre poetas.

No es por pereza de escribir, no me cuesta nada el hacerlo; pero sé positivamente que un individuo no convence jamás á otro en discusion; que cuando el convencimiento llega el espíritu humano, es en virtud de un esfuerzo automático y cuando más, á propósito de algo esterno, oído visto ó palpado; es decir, que siempre es uno quien se convence á si mismo.

Por consiguiente, voy á pedirle al señor Antelo, cuyo

espíritu analítico estimo en alto grado, que tome todo lo que voy á decir como la espresion de mis convicciones mas intimas é inquebrantables, por mas raro que le parezca y que echando á un lado toda cuestion de amor propio que pudiera interponerse, medite solamente, medite sin procurar buscar contestacion, sobre lo que dice un extraño, seguro de que esa meditacion lo ha de conducir infaliblemente, ó á creer lo que el otro dice, ó á sostener que no todos piensan ni sienten del mismo modo, aun en materias elementales.

El señor Antelo extracta mis ideas emitidas dividiéndolas en tres grupos; de estos grupos no toma en consideracion mas que los dos últimos y analizando el primero de estos es conducido á pensar que cuando yo afirmo que relativamente, la intensidad del sentimiento, es la misma en todos los hombres, estoy en error.

No haber tomado en cuenta ese relativamente es sin embargo todo lo que trae la confusion.

Yo he dicho y lo repito que cuando yo siento todo lo que soy capaz de sentir, no hay nadie que (para mi) (el juicio es siempre relativo al sujeto que juzga) sienta mas que yo, ni mas intensamente que yo.

Es evidente, yo no comprendo un mas allá de lo que yo siento mas que todo.

La sensibilidad tiene sus límites como la elasticidad.

Un cuerpo flexible se arquea de tal á tal grado, sin romperse; otro de mas á mayor grado, quedando elástico; en cada uno de los cuerpos hay pues, un máximum de elasticidad y tan máximum es cinco para el que solo soporta cinco, como diez para el que no soporta mas que diez.

Esto es lo que he dicho y no debe haber cuestion sobre ello. Unos lloran por una bagatela; otros no lloran ni á

palos y cuando lloran, tan llanto es el de los duros como el de los jeremias; la intensidad relativa, la máxima, la tolerable por cada organismo, ha sido alcanzada; es pues la misma, relativamente; es toda la que cada uno puede soportar y todo es evidentemente igual á todo.

Entrar en la cuestion de temperamentos seria empresa árdua y sobre todo larga; no entraremos pues, en ella, pero apuntaremos que aun para los médicos, la distribucion de las cualidades entre los temperamentos es de una dificultad estremada.

Los que no son médicos juzgan casi siempre de los temperamentos, por el sentido vulgar de las palabras y á esto se debe las falsedades que anuncian, con un énfasis que solo se iguala á su sinceridad y á su error injenuo.

Nada hay mas divertido que oir hablar á un profano sobre temperamentos, sin sospechase siquiera que aun en medicina, eso de los temperamentos es hasta ahora, mitad realidad, mitad poesia.

Ningun hombre tiene un temperamento esclusivo, ni hay carácter propio solo de un temperamento y que pueda servir para definirlo.

Así pues, cada hombre es respecto á temperamentos, lo que un cajon de sastre respecto á jéneros; hay en él retazos de todo. De esta manera los llamados nerviosos, son los que tienen un retazo mayor de nerviosidad y los llamados linfáticos, un retazo mayor de linfatismo, inventando para el caso estas palabras, si ellas no se encuentran por ahí en algun diccionario de la lengua.

No es cierto que los poetas sean nerviosos, como lo afirma el señor Antelo, ni lo es tampoco que el mayor distintivo de estos caballeros sea la viveza, eficacia y

permanencia con que las imágenes se graban en su retina.

Y la prueba de que no es cierto, está en que hay poetas ciegos y á quienes su retina no les sirve absolutamente de nada.

La poesia es una aberracion de la intelijencia y no veo porque se les ha de quitar el derecho de tener aberraciones á los linfáticos, biliosos y sanguineos, para dárselo á los nerviosos.

Los ciegos de nacimiento son jeneralmente músicos y copleros y los copleros si no son poetas matriculados, son por lo menos aficionados.

No debe pues tener tanto que hacer la retina con la poesia.

Tambien se les quiere dar á los poetas el derecho de sentir mas que á otros y esto no puede ser.

Es cierto que los poetas hacen profesion de enamorados.

Un poeta sin amante, ó sin una oreja de mujer en que vaciar sus elucubraciones, es un ser incompleto. Ellos mismos lo comprenden y por no esponerse jamás á quedarse sin tener á quien hacer versos, han inventado cerca de una docena de musas que, segun las necesidades, sustituyen incompletamente á las mujeres de carne y hueso.

Pero el que la profesion de los poetas sea el amor, no quiere decir que sean ni mas tiernos, ni mejores padres de familia, ni mas afectuosos con sus mujeres ni con sus amigos.

Por el contrario, si se observa lo que pasa en la sociedad, se verá por lo jeneral, que los poetas son malos nóvios y peores maridos.

Y esto tiene que ser así; los poetas andan siempre tras de una idealidad, segun dicen; esta idealidad es jeneral-

mente una extravagancia, como la mujer energúmeno que queria Cuenca y por mas que se enreden en amores con una jóven intelijente, linda y virtuosa, que es lo mas que un espíritu sano puede pedir á la naturaleza, en materia de mujeres, jamás se hallan contentos; para ellos cantar es una necesidad; tienen que cantar á alguien y como eso de cantar á la mujer propia es ridículo, ó cuando menos inútil, hé ahí cómo por cantar á otra, todos los poetas son infieles.

Una de las cosas que ha alarmado mas al señor Antelo ha sido la negacion de la existencia de una pauta de sensaciones, á cuyos grados pudieran arreglarse las de todos los hombres.

Peró yo creia que esta verdad era bien sabida.

No solo no hay la tal pauta, sinó que no puede haberla ¿Quién la tendria? Seguramente una intelijencia servida por órganos: es decir, otro hombre con sus sensaciones propias. ¿Y en virtud de qué ley ese hombre erijia sus sensaciones en reglamento para las de los demás? ¿Igual derecho no tendria cada uno? Es claro pues y entónces sucederia lo que sucede ahora, que hay tantas pautas cuantos animales hay capaces de sensaciones.

Tratando de ellas, la verdad nos parece evidente, pero el análisis no debe detenerse ahí.

No solo no hay pauta para las sensaciones sino que tampoco la hay para muchos juicios llamados elementales.

Yo no he podido hasta ahora saber lo que es una idea absoluta; he oido muchas veces, en clase de filosofia esta palabra, la he leido en los libros, sé de memoria su significado, pero jamás la he entendido, jamás he podido hacerla una propiedad de mi juicio, jamás la he sentido en

mi conciencia, como siento otras ideas que tienen representación.

Confieso que no tengo hecho el cerebro para la comprensión de ideas puras y que me manejo mejor con las concretas.

Entiendo bien cuanto se refiere á número, cantidad, estension y otras, pero cuando circulo en idealizaciones puras, como verdad absoluta, es decir, independiente de cosa afirmada; perfeccion absoluta, es decir independiente de cosa perfecta en un jénero, justicia absoluta etc, no entiendo nada y lo que es mas, no le creo á nadie que lo entienda; creo que repiten no más las palabras sin tomarles el peso, ya que en realidad para mi, ño lo tienen.

Tengo pues que creer esto ó admitir que mi entendimiento es una anormalidad, lo que no me gustaria que fuera cierto.

La justicia y la moral, base de las sociedades llamadas cultas, no son igualmente comprendidas por todos los hombres, es decir no tienen un pasaporte de lejitimidad que les permita entrar en todas las cabezas humanas.

Va sobre entendido que no se habla de abstracciones de la moral y la justicia, sino de estas ideas aplicadas á los actos del entendimiento, pues este es el único modo de comprenderlas.

Y vá tambien sobre entendido que cuando se habla de ideas llamadas universalmente ciertas, quiere hablarse de lo que ellas son para todas las cabezas de los hombres vivos, pues todos tenemos el derecho de votar en la cuestion, á fin de que la verdad resulte universal.

Entendidos sobre esto, dos ó mas ejemplos nos servirán para probar la verdad de lo que afirmamos.

En Buenos Aires es archi-inmoral tener mas de una mujer.

En Turquía no solo no es inmoral semejante cosa, sino que es lejitima, justa, de buen tono y eminentemente aristocrática.

En Buenos Aires matar á los prisioneros es injusto y criminal.

Entre canibales y antropófagos (hombres dotados de razon normal) nada hay mas justo que matar á un prisionero, ni mas sabroso que comérsele asado.

En Buenos Aires es un acto censurable el robo.

En Esparta robar era una accion digna del mayor elojio, cuando se ejecutaba bien.

En la mayoria de los pueblos actuales la existencia de un dios es para la jeneralidad de los hombres, una verdad inmutable.

En los pueblos antiguos esto era cuestion de elecciones y se hacia dioses á voluntad, verdaderos monarcas celestiales, con cámaras lejislativas, ministros y favoritos. Cuando los israelitas se aburrían de creer en el dios verdadero, elejian otro sustituto, destituyendo al primero de su empleo y bien se puede decir que ninguna idea ha hecho mas peregrinaciones, hasta establecerse sólidamente en las cabezas humanas, que la idea de dios.

¿Serán acaso universalmente admitidas las verdades matemáticas y las verdades físicas y químicas? .

Actualmente si se pregunta á todos los habitantes de Buenos Aires, si creen que echando agua á un hierro enrojecido pueda resultar hielo, apenas habrá unos mil que contesten sí; para los ciento setenta y nueve mil restantes, esta verdad física es evidentemente un absurdo.

Si á los cuatro millones de hombres que viven en Lóu-

dres se les pregunta si creen que quemando carbon y azufre juntos, resulta un líquido (sulfuro de carbono), esta verdad química apenas será creída por quinientos mil habitantes; los tres millones y medio restantes pensarán que la tal cosa es un disparate.

Las verdades matemáticas son las que tienen mas partidarios.

Yo creo que hay muchos hombres que piensan que dos y dos hacen cuatro.

Pero sé al mismo tiempo, que hay muy pocos que saben que los tres ángulos de un triángulo valen dos rectos.

Las verdades matemáticas no son universalmente ciertas.

Para que lo fueran seria necesario que las creyeran los locos, los niños y los idiotas. Y cuidado con apartarme estos, porque estos entran tambien á formar la universalidad.

« Dos y dos hacen cuatro » no es cierto para todos los locos (hombres con razon en estado anormal) para los niños (hombres con razon en estado normal) y para los idiotas (hombres con razon que no ha alcanzado su completo desarrollo).

Aparte de esto, es bueno que se sepa que hay un tratado completo en refutacion de la jeometria, escrito hace muchos años, con el objeto de dar por tierra con la misma base de las matemáticas.

Y para complemento, en las mismas matemáticas, hay paradojas que se prueba como si fueran verdades, usando de los mismos procedimientos que la ciencia emplea para probar sus teoremas; paradojas que tienen, por la igualdad de procedimientos que se emplea en ellas, tanto

derecho á ser tomadas por verdades, como los mismos teoremas.

La siguiente, por ejemplo:

$$2 \times 0 = 0; 5 \times 0 = 0$$

$$0 = 0, \text{ luego}$$

$$5 \times 0 = 2 \times 0 \quad \text{ó bien}$$

$$\frac{5 \times 0}{0} = \frac{2 \times 0}{0} \quad \text{de donde}$$

$5 = 2$; lo cual viene á probar que todas las cantidades son iguales, para mayor gloria nuestra.

Los datos que proporcionan los sentidos marcan también diferencias enormes entre todos los hombres.

Sin hablar de exajeradas idiosincracias, no porque no tenga derecho de traerlas á colacion, sinó porque no las necesito para probar esas diferencias, voy á apuntar una série de hechos que las ponen de manifiesto.

El olfato proporciona á un pueblo entero un deleite grandisimo, con el mismo elemento con que otros sufren un verdadero martirio (el asa-fétida y la valeriana son un perfume para una buena coleccion de hombres). Hay jente para quien es repugnante el olor de ciertas flores; á mi me gusta el olor de los fósforos de palo.

Un jóven del colejio no podia pasar por donde aflagaban un serrucho sin pararse á oír; ese sonido era agradable para él; á otros el tal ruido les crispa los nervios. Para muchos la música es indiferente, lo mismo oyen una corneta que el violin de Paul Julien. En Buenos Aires hay algunos que se enferman en los conciertos de aficionados. El oído no dá pues sensaciones iguales á todos.

El gusto hace que los alemanes coman con plaçer chucrut (no sé como se escribe, pero sé que se hace con coles

podridas). Aquí también confesarán que el gusto no es igual en todos.

La vista de las campesinas se deleita más con los colorines; cuantos más moños y trapos rojos ponen en sus vestidos, tanto más satisfechas se encuentran y mientras tanto, los colorines chocan á nuestras ciudadanas. Los escoceses prefieren los jéneros de colores á cuadros. Los ingleses gustan más de los jéneros grises y el hábito de un fraile es gusto inglés puro.

El tacto por último nos ofrece también notables diferencias; unos prefieren las camas y los asientos duros, otros no duermen cómodos sino en mullidos colchones y asientos de pluma.

Puede referirse al tacto las sensaciones de calor y frío y son conocidas las preferencias y diferencias que hay en la apreciación de las temperaturas.

Añádese á esto que nuestros sentidos nos engañan á cada paso miserablemente.

Ponga usted una pequeña esfera entre las yemas de los dos dedos, anular é índice, cruzados y sentirá dos esferitas, sin que baste la vista ni la atención mayor, á destruir la falsa percepción del cerebro.

Coloque usted un objeto anterior al punto en que se verifique la intersección de los dos ejes visuales y verá dos objetos en lugar de uno.

Haga lo contrario; coloque dos objetos iguales en la dirección de los ejes, entre los ojos y el punto de intersección de dichos ejes y no verá más que un objeto.

Por último recuerde usted lo que le pasa y verá que oímos ruidos que no se han producido, el timbre de campanilla por ejemplo; sentimos gustos y olores que no tie-

nen los cuerpos y que nos parecen semejantes á los que tienen otras sustancias sápidas ú olorosas.

Y sobre todas las aberraciones, ponga usted para coronarlas, estas nociones que todos poseen. «La luz reflejada en pavimento blanco, hace estornudar y un golpe en los globos oculares, hace ver estrellas.»

He ahí como se estornuda sin rapé y se vé sin luz!

Hablen luego de la invariabilidad de las sensaciones!

He guardado para el último hablar de las sensaciones que proporcionan los ojos, á propósito de la luz y debo comenzar por decir al señor Antelo, que se halla perfectamente equivocado cuando dice que «la luz actúa sobre la superficie metálica como sobre la retina, para grabar las imágenes» y que «los fenómenos fotográficos son los mismos que los de la vision.»

Entre una cámara oscura y un ojo, no hay la mínima diferencia, con escepcion de la vida.

Pero los fenómenos fotográficos no se parecen en nada, á los de la vision, ni pueden parecerse.

Hay la preocupacion vulgar de que el hombre vé las imágenes de su retina y sin embargo tal cosa es sencillamente absurda.

Un cronista de Norte-América tuvo una vez la peregrina ocurrencia de decir que en los ojos de un hombre muerto violentamente, quedaba la imájen del agresor y de los últimos objetos que la victima percibió.

Esta noticia era demasiado estúpida y milagrosa para que no hiciera su camino y como todos los disparates, no dejó de ser creida por unos cuantos millones de hombres, entre los cuales no faltaron los médicos, los abogados y los fotógrafos.

Pues el dicho del cronista sigue todavia haciendo su

camino, sin que muchos lo sospechen y la pretendida fotografía de las imágenes en los ojos vivos, tiene sus numerosos y pocos serios partidarios, con gran contentamiento de los fotógrafos que ven su arte elevado á la categoría de fenómeno vital.

Pero para creer semejantes cosas es necesario no tener la menor nocion ni de fotografía ni de fisiología.

La fotografía es debida á fenómenos esencialmente químicos.

En la jeneralidad de los procedimientos, la luz descompone una sal de plata y por este medio dibuja las imágenes.

No está de mas que de paso les enseñe á hacer retratos, por uno de tantos procedimientos.

Si ustedes toman una lámina de vidrio, le dan un baño de colodio que tenga un poco de ioduro de potasio y luego bañan dicha lámina, en una solución de nitrato de plata, en un cuarto oscuro, tienen preparada una placa sensible. Si despues esponen esta placa á la acción de la luz, en una cámara oscura, el fluido luminoso atacará la solución metálica y estampará en ella la imagen de los objetos exteriores. Ya tienen ustedes un retrato al cual no le falta mas que hacerse aparente y fijarse. Para ello sometan ustedes dicha placa á la acción del ácido pirogálico, adicionado con ácido acético cristalizabile y tendrán una prueba negativa en negro, formada por el gallato de plata. Lavando este negativo con una solución de hiposulfito de sosa, esta sal se lleva el ioduro de plata no descompuesto y deja el dibujo de gallato de plata, inalterable á la luz.

Si quieren hacer el positivo no tienen mas que colocar entre el negativo y otra lámina de vidrio, un papel impregnado de cloruro de plata y someter estas placas á la

accion de la luz, que ennegrece los espacios libres, es decir los no cubiertos por las imágenes negras del negativo, resultando negro lo que era blanco. Laven tambien con solucion de hiposulfito, la prueba positiva y el cloruro de oro fijará y avivará la imagen, dejando un retrato fotográfico inalterable en mucho tiempo.

Se vé pues que en fotografia todos los fenómenos son debidos á reacciones químicas que dibujan las imágenes, descomponiendo los elementos salinos.

¿Pasa por ventura algo de esto en la retina humana?

¿A dónde irian á parar nuestros ojos si las imágenes se grabaran en ellos?

A los cuantos minutos de ver los variados y múltiples objetos de la naturaleza ¿quedaria sitio para otra nueva imagen? ¿seria acaso posible la percepcion de los objetos una vez que la retina hubiera recibido unas cuantas impresiones?

Mas lógico, natural y cierto es decir que en el ojo se verifica lo que en la cámara oscura, cuya pantalla recibe las imágenes, las que se van sin dejar la mínima impresion apenas se retira de delante el objeto que las producía.

Sostener que la retina en el momento de dejar sus propiedades vitales, adquiere las de una lámina fotográfica preparada, es antojadizo y disparatado; nada de esto sucede en la naturaleza y es á nuestro modo de ver, tan ridículo, como creer, segun dice Mata, que un espejo puede conservar la imagen de un agresor que lo rompiere de un martillazo, despues de haberse mirado en él.

No hay pues, tal grabado de imagen y confundir los fenómenos físicos que pasan en el ojo, en su calidad de cámara oscura, con los que pasan en las masas neivio-

sas, en su calidad de órganos con vida, es ir mas allá de lo racional en el uso de las comparaciones.

¿Porqué no se dice tambien que las imágenes reflejadas en la cornea y faces del cristalino, pueden servir para la vision y que son otros tantos grabados de los cuerpos?

Si el fenómeno fuera quimico en la retina, como lo es en las láminas fotográficas, habria destruccion de sustancia y si se dice que la hay y que dicha sustancia se rejuvenera instantáneamente ¿adonde van los detritus?

A mas de esto si todas esas cosas se dijera, ellas no pasarían de meras afirmaciones infundadas é incompatibles con todo lo que sucede en el organismo humano.

Nosotros no vemos las imágenes de la retina. El alma no se pone á espiar estas imágenes, para saber lo que pasa en el exterior.

El sensorio comun se pone en comunicacion con los cuerpos luminosos, sirviéndose de la sensibilidad de la retina, pero nada mas.

La prueba es que hay una tendencia invencible á referir al exterior las sensaciones de la vista, sin referirlas jamás al interior del ojo.

Nosotros no miramos la retina, miramos los objetos exteriores.

Para sostener lo contrario seria tambien necesario sostener que no olemos el perfume de las flores, sinó las modificaciones de nuestra membrana pituitaria; que no oimos los ruidos, sinó la membrana de nuestro tímpano; que no gustamos los sabores, sinó la punta de nuestra lengua; que no tocamos los cuerpos, sinó las asas nerviosas de nuestros nervios periféricos y pues, á nadie se le han ocurrido semejantes cosas!

Es sabido que las imágenes de la retina se hallan invertidas.

Nosotros vemos los cuerpos en la posición que ocupan en el exterior.

¿Es acaso esto como se ha pretendido, en virtud de una corrección que se verifica en el cerebro ó de su educación?

¿En que época se habrá comenzado á verificar dicha corrección?

Para educar se necesita tiempo, luego las primeras visiones debieron presentarnos los objetos invertidos ¿Alguien se acuerda de haber visto, las primeras veces que vió, los objetos así? ¿Que necesidad obligó al cerebro á hacer la corrección?

Además, no tenemos conciencia de las imágenes de la retina, nunca las sentimos y sabemos que existen solo por la analogía del ojo con las cámaras oscuras y por experimentos en ojos de animales muertos.

Aquí viene por sí sola una razón de un peso tremendo.

Las imágenes de la retina tienen forma, tamaño y posición, son imágenes objetivas que pueden ser percibidas por otra persona, sacando el ojo, quitándole la esclerótica y mirando á través de los medios transparentes.

Las imágenes ó sensaciones visuales, son ideas y las ideas son subjetivas, no tienen forma, ni tamaño, ni figura, ni pueden ser percibidas por otro. La verdadera visión mía, la imagen que me sirve en el cerebro para adquirir nociones de los cuerpos, nadie sino yo puede sentir ni percibir por órgano alguno.

En un espejo también miramos los lados invertidos y ¿acaso por esto verifica al cerebro correcciones, para ver á la izquierda lo que está á la derecha y vice-versa? Lo que está á la izquierda allí se queda y allí es visto, lo mismo

que lo que está á la derecha; luego hablar de correcciones en este caso, es tan antojadizo y ridiculo, como la otra peregrina idea de que miramos los cuerpos con relacion al universo en el cual no hay alto, ni bajo, ni izquierda, ni derecha.

Nosotros vemos los cuerpos á causa de la sensibilidad de los bastones impresionables de la retina, sensibles no solo en la superficie, sinó en todo su espesor transparente; estos bastones comunican la impresion por intermedio del nervio óptico, á los tálamos ópticos, los que á su vez la envian á las celdillas de la sustancia gris, colocadas en la masa cortical del cerebro, donde residen los órganos de la percepcion, dotados de la aptitud de formar ideas particulares. Estas celdillas y no la retina, son las que dan al sensorio la conciencia de los atributos visibles de los objetos, tales como la magnitud, forma, color, distancia y movimiento y son ellas las que lo ponen en relacion, no con la primera parte impresionada (la retina) sino con el objeto que es origen de la causa estimulante.

Vemos pues las cosas y no nuestras retinas, de cuya existencia no tenemos conciencia sensorial.

No se crea por esto que los objetos asumen una forma material en las celdillas nerviosas de la sustancia gris; lo único que sabe la ciencia respecto á la formacion de las sensaciones luminosas, es que ellas se elaboran en las celdillas nerviosas, por un trabajo espontáneo, sin que el mas fuerte microscópio haya llegado á descubrir imágenes objetivas, ni diferencias de testura que no existen en las masas nerviosas de diversos hombres, lo contrario de lo que insinúa el señor Antelo.

Por último y para terminar esta rarísima cuestion, haremos notar que si fueran las imágenes de la retina las

percibidas por el sensorio, la conservacion de dichas imágenes en la memoria, seria imposible, pues no estando el objeto presente y por lo tanto faltando su imájen en la retina, el alma que no miraria mas que por ella, no podría tener representacion alguna, en ausencia de los objetos.

Mientras tanto, yo cierro los ojos y sumerjiendo mi retina en una profunda oscuridad, paso en revista campos cubiertos de luz y de verdura, flores con vívidos colores, cascadas, montes y valles, palacios lejanos, el mar, los buques que lo surcan, la luna, el cielo y sus estrellas y hago que me sonrian cariñosas para mirarlas sonriendo, todas las personas queridas de la tierra.

Y cuando yo produzco en mí estos agradables fenómenos, no veo los objetos del tamaño que se dibujan en la retina sino del tamaño que son.

El señor Antelo afirma que me avanzo cuando sospecho que alguien puede ver azul lo que yo veo verde y yo voy á terminar mi largo artículo, discutiendo esta cuestion.

Desde luego aseguro que esa noción que se me critica, se presenta en mi cerebro con tal claridad, que no sé como hay quien la ponga en duda.

Para mí este es un asunto de reflexion y buena fé; si los que leen esto no llegan á percibir el supuesto con la claridad con que yo lo percibo, no tendremos el cerebro hecho del mismo modo. No pretendo introducirle á nadie mis ideas, solo le pido que reflexione y si no se convence, indudablemente será por qué los entendimientos no son iguales.

Supongamos que ningun color tiene nombre.

Supongamos que dos hombres que no hablan el mismo

idioma,¹ se encuentran delante de un objeto que tiene un color cualquiera.

Supongamos que en el uno el color del objeto determina una impresion que llamaremos H y que en el otro produce la impresion X.

Si el uno de estos hombres, señalando el objeto productor de la impresion del color, le llama verde, por ejemplo, es claro que entendiéndose los dos, el uno llama verde á la impresion H y el otro llama verde á la impresion X.

Para el uno, pues, todas las impresiones semejantes, es decir, todas las H se llamarán verdes y para el otro todas las impresiones X se llamarán verdes tambien.

Sustitúyase la impresion roja á la llamada H y la violeta á la llamada X y tendremos que habrá entre las ideas y el lenguaje, una concordancia absoluta y el objeto verde, sin cambiar de color, producirá en cada cerebro una impresion diferente, sin que por esto se destruya en lo minimo el juicio universal sobre el objeto.

Este producirá en cada cerebro una impresion que nadie sino el sujeto puede percibir; los juicios sobre sus cualidades serán exactos y no habrá jamás temor de malas inteligencias, por ser imposible lo único que podia sacar de dudas, que seria ver los colores en los cerebros ajenos, tales como dichos cerebros los perciben.

Dándose cuenta exacta de lo que acabo de decir, ello no puede menos que ser admitido, pues no es justo que sea para mí tan clara una cosa que para los demás, parece tan oscura.

Y es tan probable que los colores no produzcan en todos las mismas impresiones, que hay un millon de hechos que prueban que ni aun en una misma persona, la impresion es siempre igual.

Comenzaré por decirles á ustedes una verdad que viene á destruir un monton de ilusiones en las madres que se deleitan creyendo que sus hijos las ven.

El niño que nació de todo tiempo, es decir de nueve meses y dias, no ve, no distingue ni los objetos, ni la luz.

A las siete semanas despues del nacimiento, el niño comienza á distinguir la luz, nada mas que la luz, no los objetos. Mas tarde distingue el color rojo y luego poco á poco, los colores mas fuertes.

Sin embargo un niño de esta edad tiene sus ojos completamente formados.

¿Me sostendrá todavia el señor Antelo que la luz hace en todos la misma impresion? Entre el niño que no vé ningun color y yo que los veo ó creo verlos todos ¿no habrá ninguna diferencia?

Cada individuo tiene alguna anormalidad en la vision; unos son mas susceptibles á tal ó cual color, otros soportan mejor tal ó cual luz, unos vén todo confuso á ciertas distancias ó en cierto grado de incidencia, otros tienen una pureza admirable en su vision; en fin no hay dos hombres que vean igualmente.

Para aumentar la confusion se presenta todavia otra série de nociones, la que se desprende de la teoria de los puntos idénticos.

Esta teoria verdadera señala en cada ojo una seccion correspondiente á la del otro, que no puede comunicar mas que una impresion idéntica á la de su análogo.

Todos sabemos que los nervios ópticos se entre-cruzan parcialmente en el quiasma, para ir á parar á un solo punto del cerebro.

Bien pues, si se coloca uno entre los dos ojos, una regla pintada de rojo en una de sus caras y de verde en la otra y se mira bajo cierta incidencia, el sensorio vé una regla blanca.

Si en esta posicion se desvia un ojo, comprimiéndolo con el dedo, el sensorio percibe los dos colores.

Y hé aquí una paradoja; con los ojos en su posicion normal se vé lo que no existe y con los ojos desviados, anormales, se vé lo real.

Para que un objeto sea perceptible á simple vista, se necesita que tenga á lo menos un diámetro de cinco centésimos de milímetro, porque únicamente de este modo puede impresionar dos ó mas bastones nerviosos en la retina, condicion indispensable para que se produzca la idea de dimension ó de estension.

Si usted mezcla perfectamente el polvo fino de dos colores complementarios, hace usted un polvo blanco, ó mas bien dicho, se imagina usted hacerlo, pues si lo ve blanco no es por que lo sea, sino porque usted no puede distinguir las moléculas de colores diferentes, separadas por un espacio menor de cinco centésimos de milímetro.

He ahí otra paradoja; usted vé blanco lo que no es blanco, justamente porque es verde y rojo.

La duracion de la impresion retiniana es de un tercio de segundo, lo que lo conduce á usted á ver un relámpago por ejemplo, precisamente cuando ya no hay tal relámpago.

Y así por el estilo.

- Póngase usted delante de un espejo ¿ qué mira atrás de él? su persona ¿ no es cierto? pues no hay tal persona; lo que hay es una pared; usted ha visto lo que no existe.

Pinte usted los siete colores en un disco y hágalo jirar;

si la velocidad es suficiente, usted verá blanco; pues no hay tal blanco, usted vé lo que no existe.

Si enciende usted un pedazo de madera y le imprime un movimiento jiratorio, verá usted un circulo de fuego; pues no hay tal circulo; usted vé lo que no hay.

Alce usted los ojos y mire el inmenso espacio ¿qué vé? cielo y azul ¿verdad? pues no hay tal cosa; eso que usted vé ni es cielo ni es azul.

Fije usted sus ojos en la luz de una vela, luego ciérrelos y observe; usted vé verde primero, luego violeta, despues verde otra vez, en seguida violeta mas pálido; en fin, usted vé una porcion de colores que no están ahí.

En vista de todos estos hechos, me creo en el deber de aconsejar á mis contemporáneos que desconfíen mucho de sus sensaciones.

Enero 8 de 1872.

VI.

IGNACIO PIROVANO

Allá por el año de 1860, todas las viejas de uno de los barrios mas poblados de esta ciudad, dormian de noche, vestidas y con vela y no salian de dia á la calle, sin asomar antes la cabeza con aire pregunton y mirar arriba y abajo, como para asegurarse de que no habia peligro.

A un viajero curioso que no hubiera estado en el secreto, habriale llamado sin duda la atencion, tamaña cautela, pero los habitantes de Buenos aires y particularmente los moradores de aquel barrio, sabian bien á qué atenerse en cuanto á esto y no solo no encontraban demas semejantes precauciones, sinó que aplaudian la rehabilitacion que se hizo por aquellos tiempos de un sin número de conjuros antiguos, á causa de los acontecimientos estrañisimos que tenian lugar.

Así, no habia, pues, casa de mujer medianamente beata en la que no se encontrára un san Antonio patas arriba, un san Roque sin perro, una herradura colgada, el pan dado vuelta y lo que es mas aun y se tenia en aquella época por un conjuro de mucho crédito, una escoba con el mango para abajo, tras de cada puerta.

Barrer de noche los cuartos que como se sabe, es lo mas atentatorio á las leyes de la brujeria, era cosa de hacerse sin mirar para atras; pero apesar de todos estos contra-maleficios, las calamidades continuaban y el gobierno se

vió obligado á bajar la contribucion directa de aquel barrio, la municipalidad dejó de cobrar el impuesto de alumbrado y sereno y hasta el Papa concedió cien dias indulgencia, á todos los habitantes de la parroquia en que tales acontecimientos tenian lugar.

¿Pero quién traia en ese alborotado desórden á tan pacíficos moradores? Quién habia de ser? Dios me ayude para nombrarlo, pues todavia se encuentra respetables personas que no lo nombran sin santiguarse la boca. Era nada méros que un aprendiz de farmacia, el muchacho mas travieso del barrio, el travieso mas audaz de la ciudad y el audaz mas ingenioso de la provincia.

No pasaba por la puerta de la botica en que despachaba el mencionado aprendiz, un solo hombre respetable y conocido, que no siguiera su camino llevándose pegada á la levita una cola de papel.

No entraba á la farmacia matrona presuntuosa, que no saliera con bigotes de corcho quemado, pintados en su lábio como por arte del diablo.

No se paraba en la esquina caballero distinguido, al cual un tarro lleno de clavos que caia como llovido hasta cierta altura, no le abollara el sombrero y por último, no habia vicho viviente que acertara á poner el pié en las inmediaciones de aquel foco de sucesos, que no llevara algun recuerdo del aprendiz de farmacia.

El cambiaba los letreros de las puertas, produciendo los mas graves trastornos, él robaba los faroles de las fondas, despegaba los carteles, dejaba sin linterna á los serenos, enlazaba los perros de los panaderos, echaba municion en las orejas á los caballos de los lecheros, llamaba á las parteras para asistir á hombres disfrazados, ponía pica-pica debajo de las colas de las gatas, enseñaba insolencias

á los loros de las casas donde habia niñas, ataba tarros de lata en la cola de los perros ariscos, echaba cabezas de fósforos en las iglesias, cosía unas con otras á las señoras que iban al sermón, repartía invitaciones para funerales de personas que no se habian muerto, llamaba á misa á las cuatro de la tarde ó tocaba las ocho al amanecer; enloquecía á los sacristanes, hacía creer en almas á los curas, confesaba en calidad de fraile á las muchachas solteras de su barrio y hacia por fin, cuanta travesura imaginable se ha hecho hasta hoy para mortificar al prójimo.

Inútil es decir que las hazañas de don Ignacio Pirovano, que así se llamaba el aprendiz de farmacia, habian pasado á ser una leyenda popular y el mismo don Ignacio, aun mas popular que su leyenda.

Las pandillas de estudiantes de la Universidad, organizadas para comer de balde pastelitos en la plazoleta del mercado, se hacian un honor en tener como miembro consultor, á don Ignacio Pirovano y hubo una época en que podia con razon decirse de él, que era el presidente nato del comité de mortificacion pública.

¡Cómo pasan los años!

Coloraba el oriente el sol resplandeciente, como dice Espronceda; las nubes de zafir, de nácar y oro huian por los cielos, dejando el horizonte limpio como una patena y el sol con su cara impávida, introducía raudales de luz, por todas las aberturas de mi estudio, calle de la Florida 230, donde recibo consultas, gráti para los pobres, por decision mia y gráti para los que no son pobres, por decision de ellos.

Y era una mañana del presente mes de setiembre y la hora temprana en que una señora de noventa y tantos años, me habia madrugado para contarme, con aquella

impertinencia clásica con que cuentan las viejas sus achaques, la historia de un catarro crónico que padecía desde joven y que para mejor comprensión, quiso narrar desde el principio, adornándola con mil detalles minuciosos, inoportunos y biográficos que se ligaban, á su modo de ver, íntimamente con su bronquitis incurable y con la guerra de la independencia.

Iba la enferma á media asta de su cuento refiriendo las alteraciones que tuvo su catarro en tiempo de Rivadavia, cuando Benito mi sirviente, á quien aprovechando esta oportunidad presentó á ustedes, me entregó un folleto que acababan de traer.

La vieja suspendió su narracion y alargó los ojos con aquella sublime curiosidad que conservan todas las mujeres, desde la edad de tres meses hasta la de ciento cincuenta años.

La ansiedad de mi enferma me incitó y por un rasgo de bondad casi paternal, lei en alta voz la carátula y dedicatoria del folleto, que decia así «Facultad de medicina. La her-
•niotomia. Tesis para el doctorado. Mi muy querido
•Eduardo, vivimos juntos; en la fonda de la Sonámbula
•nos fiaban juntos; juntos tuvimos que repetir la involvi-
•dable orchata de Canesa. Quiera el cielo que en la nueva
•época de mi vida, tengamos ocasion de juntarnos muchas
•veces.»

«Tu siempre amigo. IGNACIO PIROVANO.»

Ni un cañonazo á boca de jarro, ni un redoble de trueno en oreja desprevenida, ni una receta del doctor Granados, habria producido tan alarmante efecto. Apenas mis lábios pronunciaron las dos palabras «Ignacio Pirovano» mi pobre enferma volvió los ojos al cielo y se halló presa de las mas horribles convulsiones. En tan apurado trance

los sinapismos, el éter y las fricciones llovieron sobre ella y hasta Francisco mi cochero, le puso por su cuenta una lavativa con infusion de tabaco, so pretesto de que dicha infusion habia dado un famoso resultado en la última enfermedad de uno de mis caballos. Nada pudo conseguirse; la polifarmacia fué en este caso derrotada y la vieja conducida á su casa en un estado deplorable. Entónces yo, con aquel talento jeneralizador que me caracteriza, saqué mi cartera y apunté esta prudente y científica observacion, semejante á muchas de las que hacen algunos de mis colegas y no pocos autores « Contra indicado, para las bronquitis crónicas, el nombre de don Ignacio Pirovano. Y contento de mi mismo espero la oportunidad de comunicar este descubrimiento á la academia de ciencias médicas.

A las dos horas de este suceso vinieron á pedirme el certificado de defuncion para enterrar á la señora, muerta de emocion en la flor de su edad y sin motivo, pues don Ignacio Pirovano es hoy uno de nuestros distinguidos médicos, habiendo abandonado por completo la profesion de atar tarros de lata á las colas de los peros, de enseñar insolencias á los loros y de echar fósforos en los átrios de las iglesias.

El mismo Pirovano que hace diez años ponía pica-pica debajo de la cola de las gatas, ha escrito hoy una de las tesis mas notable que se haya presentado ante la Facultad y ha recibido un honroso título, despues de haber cursado con un éxito envidiable, todas las aulas de la Escuela.

Que elojien otros sus méritos como estudiante; yo no quiero hacer cosas inútiles y no he de decir que Pirovano ha sido constantemente sobresaliente en sus estudios, por-

que todos lo saben. El no necesita elogios; el mérito se abre paso en todas partes y entre nosotros si los elogios ayudan á vivir, el verdadero valor no es del todo desconocido.

Pero la vida del hombre tiene á lo menos dos faces.

En la una, cada hombre es el cómico que tiene un carácter y representa un papel sério ante el mundo; en la otra el hombre es consecuente con sus tendencias y se queda con rasgos de niño é intenciones de muchacho, durante toda su vida.

Yo no paso jamás delante de un naranjero sin que una tentacion irresistible me obligue á meter la mano en la canasia; otros son perseguidos por el deseo de poner zancadillas á los que pasan. Pirovano tan estudioso y serio como es, tan aprovechado, tan observador, no abandonará jamás esas tendencias estudiantiles que haran célebre su nombre en la historia de las jaranas escolares.

Yo sé muy bien que podia hacer sobre Pirovano un pomposo artículo, en que contara sus triunfos como estudiante y sus méritos como profesor de esta descalabrada ciencia, que consiste en la aptitud de dejar creer á los otros que remediamos algun mal en la vida. Pero semejante panejirico no sirve para nada.

Entre nosotros la Facultad de medicina se hace la triste ilusion de que los titulos que concede y los honores que dispensa al talento y al estudio, tienen algun valor. Error deplorable. Mas que todos los titulos científicos y los honores facultativos, valen las hablillas mujeriegas y la propagacion de la fama por la lengua de los conocidos.

La Facultad nos hace médicos y nada mas; pero las relaciones, las amigas de la casa, las sociedades de beneficencia y las señoras bien vistas, nos hacen especialistas

en criaturas, muy hábiles para pulmonias, muy entendidos en roturas de piernas y famosos para abrir orejas á las niñitas de las casas decentes.

Lo mejor que tiene todo esto, es que es sin motivo y que en ello mas que en ningun otro caso se verifica el refran que dice: «por haber matado un perro me llaman el mata-perros».

Para ganar el título de especialista en niños, no hay mas que curar la tos que tuvo la chica de una señora á la moda y para ganar la fama de cirujano, basta cortarle los callos á un hombre rico y conocido. Mientras usted no haga esto, bién puede verificar maravillas en las criaturas de los corralones y practicar las operaciones mas dificiles in anima vile, jamás pasará usted de ser un médico como tantos.

Pero hay tambien otro medio de llegar á ser notable en una ciencia; ponerse sério, vestir rijidamente, no hablar nunca, no reirse jamás y conservar constantemente el aire de la mayor solemnidad.

Y luego, para que sirve todo ello? para adquirir comodidades, bienes de fortuna, lujo y consideracion social?

Ante todo seria necesario probar que en ello hay un átomo siquiera de felicidad.

Cuando yo era estudiante y tenia que poner tinta en mis medias á la altura de los agujeros de mis botines; cuando tenia que pegar con hilo negro los botones de mi camisa y pagaba el lavado á mi lavandera con el tiernisimo amor que profesaba á su hija, los dias se pasaban alegres y sin cuidado. Ahora, si alguna vez me encuentro descontento, es por el profundo fastidio que me causa el no necesitar de nada.

¡Qué vida tan vulgar, tener todo!

El otro día entré al cuarto que ocupaba en el hospital mi inolvidable amigo Pietranera; había olor á humedad; sobre una cama descompuesta, se encontraban varios libros abiertos; una vela de sebo estaba pegada al borde de la mesa y en una mitad de cráneo se veía un pedazo de lacre, una pinza y unos botones de puño; el papel de las paredes se estaba cayendo!

Un placer melancólico me invadió, semejante al que se tiene en presencia de todos los recuerdos y fué con profunda tristeza que dije en mi interior; pobre de mí!; el papel de mi dormitorio está bien pegado y no tengo ni un miserable cráneo en que poner los botones de mis puños!

Hay días en que los espejos y las alfombras nos fastidian y desearíamos vivir en un cuarto con cuevas de ratones, olor á humedad y piso con agujeros!

Esto á lo menos suscita algunas reflexiones.

Conque si el amigo Pirovano ha de tener cochés, caballos, casa y clientela, es bueno que sepa que esto no se tiene sinó á costa de la felicidad y con el favor de la lengua de unas cuantas señoras distinguidas y solo por escepcion, á pesar de todo esto.

Solo por escepcion perdona esta sociedad á un médico, por mas talento que tenga, que durante su juventud haya puesto colas de papel á los transeuntes y enseñado insolencias á los loros.

Pirovano es actualmente profesor de anatomía en la Facultad de medicina y ha sido farmacéutico del hospital; será por consiguiente un hábil operador y es y ha sido sobresaliente en química.

Esta cualidad le permitia preparar una azúcar inflamable con la cual á la larga, tuvieron que familiarizarse todas las niñas que asistían á los bailes del club del Esqueleto.

Creo que este club es el único de su especie que ha existido en el mundo.

El club del Esqueleto fué una asociacion en la cual figuraba Pirovano, en su doble calidad de miembro activo y de repostero, empleo que le fué confiado en virtud de su habilidad para fabricar vinos y licores, con las tinturas y los jarabes medicinales de la botica del hospital.

Creo que fué Sydney Tamayo el fundador del club del Esqueleto. Tamayo es actualmente médico y se halla en Salta prodigando á sus paisanos los dones de su talento maravilloso.

Cuando era estudiante, tocaba la flauta con esquisito gusto y el ciego Gil, otro estudiante distinguido, lo acompañaba en el piano. El tener Tamayo una flauta y haber alquilado Gil un piano, fueron los trágicos sucesos que dieron origen á la formacion del club del Esqueleto.

El propósito de esta asociacion era dar bailes sin un medio y divertirse de balde, pasando gratis las horas que se haya pasado mejor sin pagar nada, en este mundo.

Tamayo, Gil y cuatro estudiantes mas, vivian en una sala de la calle de san Juan.

Los dias en que debia haber baile, sacaban al patio las camas, se alfombraba la pieza con las frazadas de los enfermos de la sala de crónicos del hospital de hombres, se pedía sillas en la vecindad, Tamayo robaba chocolate en la despensa del mismo hospital, se compraba masitas por suscripcion, Pirovano hacia los cocimientos necesarios en la botica, con los que preparaba los vinos y los licores, llevaba un tarro de pastillas de quermes, con que debia obsequiarse á las señoras y hechos todos estos prepara-

tivos, se invitaba á las niñas del barrio, que eran, cuando ménos, novias lejítimas de cada uno de los estudiantes.

El doctor Larrosa, asistente infalible á esas tertulias, me ha confesado á mi que pocas veces ha estado en reuniones mas amenas, á pesar del disgusto que le causaba ver trancadas las mesas y compuestas las sillas con los omóplatos y tibias de los difuntos que suministraba la sala tercera.

Aquellos bailes famosos en que jamás se cometió desórden alguno, para honor de los estudiantes y en que se armó no pocos matrimonios, á imitacion de lo que sucede en el club del Progreso, terminaban siempre cuando Gil y Corvalan declaraban que tenian sueño y comenzaban á acercar sus catres, húmedos de rocío, á la sala de baile.

Entonces Pirovano servia la última copa de tintura de ruibarbo, que saboreaban con indecible placer las damas y caballeros de aquella fiesta.

¡Qué dulces son estos recuerdos!

El tiempo que todo lo va diseminando, mandará quizá á cada uno de nosotros á millares de leguas de distancia y los que fueron un dia compañeros alegres, no tendrán como símbolo de su pasada felicidad, mas que un recuerdo, por esa invencible tendencia que tiene el hombre á aferrarse á cada uno de los momentos de su vida, aunque vaya siempre buscando un porvenir mejor.

Pero el recuerdo es una nueva vida para cada cerebro!

¿Qué diferencia hay entre la realidad de un suceso y la viva impresion por una representacion ideal?

¡Soñar con claridad es, en el momento que se sueña, tan cierto para el cerebro, para el alma, como tener la realidad presente! Al fin y al cabo todas son ideas y no hay nada real para la conciencia, sinó lo que es capaz de suscitar una idea.

El tiempo que está por hacer de Pirovano un personaje sério, no le hará olvidar que siendo estudiantie abria una caja de ostras, se bebia el caldo de un sorbo, tragaba las mariscos en dos veces y se preparaba de este modo para comenzar su cena.

Cuando su intelijencia y su buena fortuna le abran los primeros puestos de la república y se celebre su advenimiento, con espléndidos banquetes, no se olvidará de que hemos comido al fiado en la fonda de la Sonámbula y de que cuando no llegaba nuestra felicidad á tanto, él robaba huevos, los freia en aceite de hígado de bacalao, los espolvoreaba con pimienta cubeba y nos los comíamos salándolos con ioduro de potasio. Tampòco se olvidará que los tales huevos preparados de este modo, eran riquísimos.

Los postres mas esquisitos no le parecerán mejores que el jarabe de jenciana con que terminaba sus cenas en el hospital, ni los mas jenerosos vinos le harán el delicioso efecto que le hizo el dia de su santo, la copa de tintura de jalapa compuesta que tomó, á falta de vino priorato, antes de encender un cilindro de esponja preparada, que se fumó en seguida, en sustitucion de un habano y por si alguna vez tenia que curarse de coto.

Episodios son estos característicos en la vida de un hombre y que no puede olvidarse jamás.

Aparte de ello, la conducta de los estudiantes de medicina pertenece á la historia. Su influencia en los comicios y en el congreso no ha podido ser mas manifiesta.

Allá por el año 66 hubo unas elecciones muy reñidas en esta ciudad; ningun estudiante sabia de qué se trataba y en virtud de ello, todos, naturalmente, éramos apasionados partidistas.

Llegada la hora de votar, nos trepamos á la azotea de

san Telmo y descargamos sobre la mesa electoral un millon de cascotes. Estábamos en lo mejor de nuestra diversion, cuando una partida de soldados nos tomó por la retaguardia; á mi me arrimaron un culatazo que todavia me duele, á Castillo le chamuscaron las barbas y se disponian a llevarnos á la cárcel, cuando Dios, que fué en esta circunstancia muy oportuno, permitió que el jefe de la partida se enfermase de un violento ataque de asma. En tan grave momento al soldado que me tomó preso lo mandé á traer éter, con toda la autoridad de un jeneral en jefe, Garcia Fernandez me mandó á traer cloroformo y él mismo se bajó á buscar agua de azahar, dejando al pobre viejo solo. No sé como se las entendió en seguida, pero lo que sé es que yo nó he llevado hasta ahora el cloroformo.

Mientras tanto Ricardo Gutierrez y Peron, se divertian de otro modo con los electores encerrados. Estos pobres, cansados de luchar y de gritar, se morian de sed y pidieron agua; la galanteria de los estudiantes no fué desmentida en este caso; se les dió agua y cincuenta de los electores sedientos, tomaron un líquido preparado con aceite de croton y elaterina, dos de los purgantes mas violentos que contiene la materia médica...

Al otro dia, el cura de san Telmo se daba á todos los diablos y deploraba con toda la enerjia de su alma, que no se hallara aun establecida la empresa de caños atmosféricos.

Otra vez se discutia en el congreso un proyecto de importancia.

Pirovano y varios otros estudiantes, asistíamos á la barra, dándonos cuerda para hacernos consentir á nos-

otros mismos, que teníamos un interés patriótico en la solución.

Mentira, lo que queríamos era divertirnos!

Habían hablado ya los diputados mas furiosos de la cámara y pidió la palabra un moderado.

Apenas comenzó, yo le dije á Pirovano:

—Hombre, no oigo ni palabra.

—Espérate me dijo y asomó tres varas de su cuerpo por sobre la baranda. Todas las miradas se dirijieron hácia aquella especie de esfinje, con tamaña cabeza, tamaña nariz y tamaños ojos. El diputado moderado seguía hablando en voz baja; entonces Pirovano, sobre quien todas las miradas estaban fijas, estiró una mano que pareció una inmensa araña suspendida sobre el cuerpo legislativo. La mano hizo sombra en el recinto y Pirovano meciéndola como quien revuelve agua, gritó, con voz cavernosa: no oigo nada!

Parece mentira. La actitud, el tono, la voz y la figura de Pirovano en aquella circunstancia, hicieron tal efecto, que fué imposible arrancar una sola palabra mas al diputado defensor del proyecto y este quedó perdido ignominiosamente.

Nosotros felicitamos á Pirovano por este su primer triunfo parlamentario y él nos contestó con modestia: esto no es nada!

Pirovano tiene todas las cualidades físicas para el trabajo y todas aptitudes intelectuales para ser un médico notable. Es bondadoso de carácter, reservado, meditador y pacienzudo; parece muy dúctil, aunque siempre concluye por hacer lo que le dá la gana; tiene una grande facilidad para hacerse querer de sus maestros, sabe evitar que lo envíen sus condiscípulos y el hecho de conservar como reli-

quias de su carácter, ciertos rasgos de muchacho y ciertas diabluras de estudiante, que contrastan singularmente con su aspecto sério, le dá una fisonomía particular y simpática.

En Buenos aires hay una mala costumbre. Apenas aparece en la arena pública un jóven que se ha distinguido por sus estudios, todos comienzan á elojiarlo de un modo tan exajerado, que el objeto del elojio, mucho hará si resiste al mareo que puede producirle tanto halago á su vanidad. Es necesario tener demasiado buen juicio para no perderse oyendo elojios. Por ejemplo, yo no sé como Goyena, del Valle y otros jóvenes de brillante intelijencia, no se han vuelto unos pedantes insoportables, al oirse llamar portentos, á cada momento y á propósito de todo.

La primera vez que vea á Pirovano he de decirle con tono solemne y levantando el dedo índice á la altura de la oreja. «No te dejes marear por los elojios ni invadir por la vanidad; ya que tienes una buena intelijencia, piensa que nadie te puede juzgar mejor que tú mismo, trabaja y estudia y si deseas reunirte conmigo de tiempo en tiempo, para recordar con placer los episodios de nuestra vida de estudiantes, te juro que no ha de faltar por mí, toda vez que crea en conciencia necesitar de tus conocimientos médicos, ó toda vez que á mis enfermos se les antoje costearse el lujo de una consulta, en que con jeneralidad se habla de todo ménos de ellos.»

Esto he decirle á Pirovano cuanto lo vea.

Set embre 11 de 1872.

VII.

FISIOLOGIA DE LA MUSICA

ALFREDO NAPOLEON

Cada uno es como Dios lo ha hecho.

Hace diez años, poco mas ó méros, que yo oía con igual indiferencia golpear en un tacho ó tocar el miserere del Trovador.

Para dar una idea de mi falta de gusto en materia de música, me bastará referir un hecho.

En el colejio, por el arreglo de mis estudios, resultó que me sobraba diariamente una hora de tiempo.

Esta hora debia emplearse en algo y me hallaba vacilante entre si estudiaria música ó teneduria de libros.

La sola vacilacion, dirán los músicos, ya es un crimen; pues bien, yo no solo vacilé, sino que despues de sérias meditaciones y despues de pesadas todas las razones en pró y en contra, preferí estudiar teneduria de libros, por hallarse mas en armonia con las dotes de mi espíritu, la tabla de multiplicar que las variaciones de Thalberg.

Ni el menor rastro de aficion melodiosa vagaba por mi cerebro en aquella época.

Las piezas de música que mas me gustaban eran las que se acababan pronto y entre los trozos de ópera mas famosos preferia los que se ejecutaba cuando yo estaba durmiendo ó me hallaba fuera del pais.

Aun despues, aqui en Buenos Aires, he solido aprovechar

los días de concierto en el Coliseo, para dar un paseo por Chascomús y confieso que he pasado bien el día.

Pero de poco tiempo á esta parte me voy encontrando cambiado.

Indudablemente no soy el mismo de antes.

La otra noche me ha sucedido una cosa que me muestra el grado de perversion de ideas á que he llegado.

Me hallaba en una casa en la que un número considerable de personas conocidas y decentes, oía con la mayor atencion una pieza que ejecutaba en el piano Alfredo Napoleon y sin querer, yo mismo me puse á atender como si...

Pero ¿conocen ustedes á Alfredo Napoleon?

Capaces son de no conocerlo! No es extraño; la instruccion primaria no se halla todavia del todo difundida entre nosotros y hasta puede que haya jentes que con el escaso grado de civilizacion á que hemos llegado, ignore aun que Alfredo Napoleon no tiene mas de antipático que el apellido, que es un jóven de veinte y cinco años no cumplidos, de fisonomia insinuante, injénua, inocente, casi infantil; de un aire alegre, jovial, atractivo, de modales delicadissimos que tiene lo que ustedes llaman el alma exenta de pasiones que es modesto y cariñoso, elegante, fino, con un deseo inmenso de agradar, de complacer, lo que muestra una verdadera superioridad y nobleza de sentimientos y por último, que toca admirablemente bien el piano, tomando estas espresiones en su sentido mas ámplio y verdadero.

Para ejercitar su arte encantador, no espera que lo rueguen, ni hace padecer á los que desean oirlo; él sabe que procura deliciosos momentos á los que lo oyen y como este jóven es bueno, naturalmente bueno, ofrece con placer una felicidad que no le cuesta nada proporcionar.

En efecto, para él tocar á la perfeccion la música mas

difícil, es como para una beata rezar un rosario. Todo en su arte se lo tiene andado; sus manos en el piano parecen un escorpion que toma todas las formas y ocupa todos los sitios. Hay momentos en que sus dedos simulan dislocarse, salirse de la mano ó quedarse sobre una tecla, por no poder seguir el movimiento vertiginoso de aquella muñeca que corre á razon de una legua por minuto.

Yo no comprendo como de ese laberinto de choques no resulta la fractura del piano ó de los dedos del artista, ni comprendo tampoco cómo en cambio de esto se arma una lluvia de notas que caen sobre los oidos como una música celestial, música de que ellos se apoderan para producir en el cerebro una fruicion embriagadora.

Cuando Alfredo Napoleon toca el piano no hay mas que atenderlo y en atendiéndolo, no hay mas que admirarlo.

De seguro que si en la época en que vacilaba yo entre si aprenderia música ó teneduria de libros en el colejio, hubiera oido algo parecido á lo que hace este jóven, á la hora que es, me tenian ustedes cuando menos de corista en Colon, aunque fuera el peor de los coristas.

Pero no deja de sorprenderme este notable cambio que se ha operado en mí.

De que no soy el mismo que antes, ni moral ni físicamente, no me queda la menor duda.

El hombre se renueva por completo en menos de diez años. La materia no puede estar sin circular, es decir sin obedecer á las leyes que la obligan á pasar de la atmósfera á la tierra, por el intermedio de los organismos, á los cuales dá forma y sustancia alternativa y momentáneamente.

De manera que del pedazo de cerebro que apreciaba en mi cabeza los tonos hace diez años, no me debe quedar ni un átomo.

Actualmente el sitio que ocupaba aquel pedazo, se encuentra lleno con otros elementos materiales que habrán venido quizá de una lechuga, de una pierna de cordero ó de la cabeza de un músico muerto hace años, en virtud de las eternas transformaciones de la materia.

Por lo tanto no hay que admirarse mucho de que un hombre piense y sienta lo contrario de lo que pensaba y sentir ahora diez años. Y la razon que existe para que esto sea asi, es que en realidad el sujeto de ahora, no tiene más del sujeto de antes, que el nombre y por consiguiente, lo raro y lo extraño seria que pensara hoy, con otro cuerpo y otro órgano del pensamiento, lo mismo que pensaba cuando los elementos viejos, que se fueron á parar quien sabe donde, constituian por entero su cerebro.

Pero aquí se cruza una cuestion filosófica sobre la que tambien quiero ilustrarlos.

Si todo se renueva, ¿cómo es que el recuerdo se conserva?

De un modo muy sencillo.

Permitaseme para esplicarlo personificar mis elementos materiales.

El átomo material que ha servido ya para la nutricion y la vida, no sale del organismo sin que llegue el reemplazante que ha de llenar sus funciones.

Apenas este llega, el elemento viejo que se vá, lo instala en su sitio diciéndole «aquí tiene usted su casa, estos son los muebles, aquí están las llaves de los armarios, cuide usted bien de todo, al patron le gusta que todo esté bien en orden; ya sabe usted sus obligaciones, no se olvide de lo que le encargo; sobre todo, conserve usted estos recuerdos; quiera mucho á su mujer, ame á sus hijos, sea usted honrado, termíneme todos los asuntos que dejo comenza-

dos; las nociones de geometría están en tal parte, las de política y los deberes de gratitud se han acabado, es necesario renovarlos si usted los necesita; en fin, llene usted todas sus funciones; adiós, hasta la vista, puede ser que alguna vez nos encontremos en otra parte. »

Y como esto se renueva en cada expulsión de elementos usados y en cada importación de elementos nuevos, puede admitirse que un glóbulo sanguíneo que se deshace, una célula cerebral que han funcionado, no abandonan su sitio ni su empleo, sin que otro glóbulo y otra célula contribuyan á la vida con parte de las aptitudes esenciales que los otros elementos materiales tuvieron, aumentadas y modificadas, de acuerdo con las leyes de su sustancia íntima, que si no es diferente en calidad, es cuando menos otra en su esencia individual.

Antes habría yo pedido una remuneración por soportar el mejor trozo de música y ahora me sorprende en momentos de verdadero deleite al oírla, como me sorprendí la otra noche mirando de hito en hito, al joven pianista y enfilando por mis nervios acústicos hácia mi sensorio común, cuanta nota se le escapaba de los dedos.

Y digo que se le escapaba por que así era la verdad.

La música puede ser un arte muy simpático, pero el que haya músicos es absurdo y contra razón.

Si se presentara un músico que no supiera lo que toca todos afirmarían que el tal hombre no era músico: nadie puede ejercer un arte sin saber que lo ejerce ¿no es cierto?

Ahora, para saber una cosa es necesario tener conciencia de ella ¿verdad?

Luego, si en un tiempo dado, no se puede llegar á saber la tal cosa, por cierto que la tal cosa se ignora ¿es ó no es así?

El oído más delicado es incapaz de separar un número de ruidos que pase de treinta y dos por segundo.

Cuando por ejemplo un motor produce más de treinta y dos choques en ese tiempo, el oído no percibe más que un ruido continuo, por una razón semejante á la que hace que veamos un círculo de fuego haciendo jirar un carbon encendido, esto es, porque el cerebro necesita más de un treinta y dos avo de segundo para separar sus impresiones.

Por otra parte, cuando un pianista ejecuta una variación con el máximo de la rapidez voluntaria que le es posible, nunca alcanza á golpear las teclas más de diez veces por segundo.

(Es bueno que se sepa que no estoy inventando, pues el punto que toco en este momento, pertenece esencialmente á la medicina.)

Para golpear voluntariamente una tecla se necesita: 1° Verla; es decir que los ojos transmitan al cerebro la noticia de su existencia; ó bien, como sucede en las personas ejercitadas, saber á qué distancia queda la mencionada tecla; todo lo cual no se verifica sin un gasto de tiempo.

2° Una vez vista, el cerebro tiene que formar el acto voluntario de tocarla, para producir la nota que dicha tecla debe dar, según recuerdo que hay en el cerebro y que debe hacerse presente, por medio de otro trabajo intelectual que también requiere tiempo.

3° Hecho esto el cerebro manda á los músculos estensores que levanten los dedos.

4° La orden se cumple y los nervios avisan al cerebro que se ha cumplido.

5° El cerebro manda á los músculos flexores que bajen los dedos y compriman las teclas.

6^o Los nervios avisan al cerebro que así se ha hecho.

7^o Además de este aviso, la nota producida conmueve el nervio acústico y el cerebro recibe, percibe y acomoda la ratificación de que sus órdenes han sido cumplidas.

Y como este trabajo dividido en siete tiempos y que debía dividirse en muchos más, se verifica antes y después de cada nota, dígame si es posible que un músico, tenga conciencia ó sepa lo que toca.

Para golpear diez veces una tecla se requiere tales movimientos que aun cuando redujeramos á dos tiempos los actos intelectuales que el hecho necesita, resultaría que las impresiones tendrían que hacer veinte viajes por segundo, ó diez viajes de ida y vuelta, desde la yema de los dedos hasta el cerebro y suponiendo una distancia de un metro entre estos dos puntos, tendríamos que la impresión habría recorrido veinte metros por segundo, lo que en realidad es posible, si no se toma en cuenta que la contracción muscular requiere también su tiempo para producirse.

Pero se sabe positivamente que las sensaciones, es decir, que las excitaciones nerviosas centripetas, aquellas que van de la periferia al cerebro, caminan por los nervios á razón de veinte y nueve metros sesenta centímetros por segundo.

También se sabe que la voluntad, es decir, la excitación centrífuga que vá del cerebro á la periferia, lo mismo que la acción refleja, camina á razón de treinta y un metros cincuenta centímetros por segundo.

Lo que dá, tomando el término medio y el círculo completo, treinta metros por segundo como velocidad de las impresiones nerviosas en el organismo del hombre.

Luego, un pianista que sabe lo que ejecuta y que vá oyendo su música conforme la vá tocando, no puede salir

de cierto compas, so pena de imprimir á sus corrientes nerviosas una velocidad anormal é incompatible con las leyes de la percepcion y la conciencia humana.

Por consiguiente, tanto Gotschalk, como Alfredo Napoleon y como cualquiera otro pianista que haga exesos de ejecucion en el piano, no es un músico, es un autómeta sujeto á accesos febriles que hacen bailar sus nervios.

A menos que se pruebe que estos señores tienen un cerebro en cada dedo.

Adviértase que estos cálculos se refieren á impresiones producidas por notas simples y uniformes, en que no se trata de apreciar ni la intensidad que depende de la amplitud de las vibraciones, ni la altura que depende del número de estas, ni el timbre que cambia con la materia del instrumento.

Si hacemos concurrir tales elementos como concurren en cada música que se ejecuta en instrumento conocido, las dificultades para la apreciacion de las sensaciones acústicas, crecen exajeradamente y los mismos músicos tienen que confesar que las piezas de gran movimiento, son automáticamente ejecutadas.

De modo que entre un pianista de grande ejecucion y un títere no hay la mínima diferencia.

Y no hago el mismo simil con Alfredo Napoleon, por seguir la regla de cortesía y hospitalidad, aun cuando le confieso que oyendo su música y mirando los movimientos de sus manos, he recordado á su ilustre maestro el infortunado Gotschalk, cuyas armonias encantadoras serán todavía por muchos años, fecundo alimento para todos los que cultivan ese arte poderoso, del cual la naturaleza no ha puesto ni un poquito en mi cabeza, quiza por olvido ó por sus muchas atenciones.

Si tuviera yo el gusto de la música, cuanto placer no recojería que anda volando por el aire, en lugar de reducirme á la triste condicion de hacer aritmética con las mas dulces armonias.

Algunas veces un amigo mio, músico de nacimiento, me ha hecho oír trozos que él reputaba sublimes; ha llorado primero de entusiasmo y luego me ha preguntado qué me parecia, quedándose frio al oírme contestarle: «hombre, no he podido calcular el número de vibraciones.»

El hecho es que en el empeño de estar á la moda y de poder siquiera dar vuelta la hoja de la música que tocan todas las niñas de esta poblacion, en el mas ingrato y fastidioso de todos los instrumentos inventados para deshacer los tímpanos, he aprendido de memoria todo lo que saben los músicos, escepto producir música y me ha sucedido lo que con el billar; sé la teoría de todas las carambolas, demuestro los efectos, comparo los ángulos de reflexion y de incidencia, pero no hago una carambola en veinte tiros.

Indudablemente háy alguna cosa de mas en la cabeza de los músicos y sin embargo yo miraba la otra noche la de Alfredo Napoleon y me parecia idéntica á la mia; tomé su sombrero y puesto en mi cabeza se ajustaba perfectamente á su forma; nuestrós cráneos eran iguales, la diferencia estaba en lo de adentro, desgraciadamente para mí, pues á ser de otro modo, yo pasaria mi vida acariciando pianos y haciendo suspirar teclas, en lugar de pasármelo curando reumatismos y recetando purgantes, cosa prosaica!

Y quizá no haya muchos músicos al natuñal que sepan por ejemplo, que el tono mas grave perceptible por el oido normal del hombre, no puede bajar de treinta y dos vibraciones y que el tono mas agudo que se puede apreciar, es

el que corresponde á setenta mil vibraciones por segundo, sin que sea ya posible distinguirlo de otro que tenga de cincuenta á cien mas.

Dicen que hay oídos ejercitados que aprecian estas pequeñas diferencias, pero yo no lo creo; pues aunque los hubiera primitivamente, los desacordes que el ruido del tráfico mundano produce sobre la superficie de la tierra, bastarian para destruir ó pervertir tanta delicadeza.

Un carruaje que rueda por el empedrado, produce con sus cuatro ruedas, mas de treinta y dos choques por segundo; por consiguiente, el que los oye, no puede distinguirlos jeneralmente hablando, pero se cita personas que aíslan una que otra nota entre ese laberinto de ruidos. Tal aptitud es una verdadera escepcion.

Sin embargo, nosotros conocemos los carruajes que tenemos costumbre de oír rodar, en el modo como ruedan. Cuando yo era estudiante, sabia cuál de los médicos llegaba al hospital, por el ruido de su carruaje y es lástima que yo no sea músico teniendo tamañas aptitudes.

Pero hay mas; hay un hecho verdaderamente sorprendente y que prueba hasta qué grado de educacion puede llevarse el oído, sin ser músico.

Todos conocemos por el ruido que hacen al caminar, cuando éntran las personas que frecuentan nuestra casa y hemos podido observar que fijándonos bien, no encontramos en los miles de sujetos que conocemos, dos que metan el mismo ruido en su marcha.

Y el acto es bien simple sin embargo; él se reduce á poner un pié despues de otro; pues en ese pequeño cambio, el oído percibe millones de variedades.

Por consiguiente si todos y cada uno, músicos y no músicos, podemos llegar por efecto de las costumbre, á veri-

ficar semejantes diferencias, la aptitud si existe, de distinguir un aumento de cien vibraciones sobre sesenta mil, puede no ser una cualidad música y sí un efecto de la atenta aplicacion y de la costumbre, en caso de que no se haga las distinciones en los hechos que hemos citado, mas por la apreciacion del timbre ó modo de sonar, como parece suceder con los carruajes, que por la diferencia de vibracion.

Con todo esto no arribamos á nada y en vano me será probar que no puede haber músicos, en tanto que Alfredo Napoleon ande haciendo las delicias de esta sociedad, con sus ejecuciones imposibles.

Este jóven que mira cuarenta años de porvenir por delante y que apenas ha comenzando la vida, se encuentra ya con un nombre de artista proclamado por cuantos lo oyen y tiene en su repertorio, piezas de su propia composicion á par de otras ajenas, cuya ejecucion irreprochable da una base sólida á su reputacion.

Apesar del amor patrio que todos hemos convenido en conservar, yo tengo una verdadera aversion por los himnos nacionales. El mas bello de la cuadrilla, que segun dicen, es el himno arjentino, me parece insoportable y siempre que puedo privarme de oirlo, me procuro este placer yéndome donde nadie lo toque.

Pero la otra noche no pude escaparme, Alfredo Napoleon me tomó de sorpresa y me obligó á entusiasmarme con las variaciones compuestas por él sobre ese tema.

Asi como en derecho público no se puede hablar una palabra sin intervencion de los Estados-Unidos, asi en música no se puede hablar de variaciones sin intervencion de los alemanes. Y tantas variaciones de músicos alemanes he oído yo sin entender, que cuanto oigo anunciar tales

jimnásticas, temo quedarme sin percibir el canto, lo que es en música un crimen atroz!

Felizmente para mí, percibí el canto cuan oí tocar las variaciones sobre el himno argentino y esta rara novedad me obligó á sentar la siguiente proposicion:

« Para que las variaciones sean agradables, es preciso que no sean absurdas. » Es decir, que la ropa no sea mas importante que el sujeto y que deje á lo menos verle las narices.

Pero si por el lujo de variaciones, una nota del canto dista media hora de la siguiente y se llena el vacio con notas entro-metidas é importunas, no habrá oido capaz de descubrir el famoso canto, entre semejante laberinto.

« Lo que bien se concibe bien se espresa » y esta regla que sirve para el discurso que se dirige al pensamiento, puede servir tambien para la música que se dirige al sentimiento.

Las artes cuyo fin es procurar sensaciones agradables, no deben requerir trabajo. En música por ejemplo, el placer, el encanto, la conmocion nerviosa, debe producirse instantáneamente y apenas lleguen al oido las primeras vibraciones. Pero si el sujeto que oye tiene que trabajar para acomodar las notas de modo que se forme una armonia, el resultado de este trabajo será el desagrado y no el placer. El oido, mas que ningun otro sentido, pide claridad y facilidad para gozar.

Desgraciadamente entre nosotros vá haciéndose ley el no asignar mérito á la música con la que todos gozan; el mérito se hace resultar de la dificultad y una pieza se vuelve tanto mas famosa, cuanto mas estrecho es el circulo de los que la entienden.

Tal la regla de criterio en materia de arte me parece contraria á los propósitos ostensibles de la naturaleza.

Los deleites que el oído proporciona están en razón directa de la simplicidad de las armonías é inversa de su confusión y dificultad.

Es sabido que no hay instrumento cuyo timbre se iguale al de la voz humana.

Es igualmente sabido que no hay tono ni timbre más delicioso para el oído, que el que se produce en los órganos de tonación del hombre.

« Todos los hombres saben que el tono, el timbre, la cadencia, el ritmo de la voz humana, cambian con los afectos del ánimo y que hay un tono y un timbre para expresar la ternura y el amor y otro tono y otro timbre para pintar el odio y la cólera. »

Pues bien, en este elemento de fisiología sensorial hállese la razón que nos conduce á esta fórmula :

« Nada mueve tanto las pasiones susceptibles de despertarse por el oído, como la música ejecutada por la glotis humana. »

Y sin embargo el registro de la voz en nuestra especie, comenzando por la de bajo profundo y concluyendo por la de soprano, solo comprende veinte y siete notas, es decir tres octavas y seis notas.

Un bajo comienza por el *mi* de la primera octava en un registro cuyo *do* corresponda á 512 vibraciones. Es decir la nota inferior de un bajo mide ciento sesenta vibraciones. La nota superior que es el *la* de la segunda octava, corresponde á cuatrocientas veintisiete vibraciones.

La voz de barítono vá del *la* de la primera octava al *fa* de la tercera, es decir, vá de doscientas trece, cinco, á seiscientas ochenta y dos vibraciones.

La voz de tenor es la que vá de doscientas cincuenta y seis vibraciones á mil veinticuatro, es decir del do de la segunda octava al do de la cuarta.

El alto vá del fa de la segunda al fa de la cuarta, ó en otros términos, de trescientas cuarenta y una á mil trescientas sesenta y cuatro vibraciones.

Y por último, el registro de soprano comprende desde do tercero hasta do quinto inclusive; ó lo que es lo mismo de 512, cifra igual á la del do de la cuarta cuerda del violín, hasta dos mil cuarenta y ocho vibraciones.

Por lo que se vé, en el limite pues de lo que el oído puede distinguir, que es desde treinta y dos vibraciones hasta setenta mil por segundo, el registro de la voz humana es insignificante y apesar de eso, la modulacion de nuestra larinje es la llave de las mas dulces emociones acústicas.

Luego la música mas encantadora no necesita del esfuerzo, de la dificultad, ni de la combinacion insólita para producir nuestro deleite, puesto que el oído mas exigente en materia de melodias, puede encontrar el máximum de su conmocion agradable, en el registro de la voz humana. »

« Los que han amado alguna vez á una mujer, saben cuánto se graba en los oídos el dulce acento de su palabra y cuánta dicha añade á la felicidad presente, el blando timbre de su tierna voz. »

Pues los mismos amorosos sujetos deben saber tambien que esa modulacion encantadora, esa tiernísima palabra y ese timbre seductor, con que su adorado tormento los adormece en blanda conversacion, no se permite jamas pasar de una media octava, á menos que la mujer se ponga á cantar para espresar su amor, lo cual seria impertinente y no se vé sino en el teatro!

Y aun cantando, la escala de una voz ordinaria, alcanza de dos á dos y media octavas, siendo posible y sumamente excepcional que llegue hasta tres y media, registro exajerado para la voz del hombre é insignificante sin embargo, en la escala de los tonos.

Queda pues demostrado que para obtener el supremo deleite en materia de sensaciones acústicas, no se necesita ni de esa música metafísica que no se entiende, ni de esa gimnástica peligrosa, de estremada dificultad para el autor, pero ingrata en realidad para el auditorio.

Los músicos deben ser como las mujeres.

Las mujeres viven y se visten para agradar.

De manera que cuando una mujer se convence de que su gorra no le sienta bien, no se la pone mas, aunque á ella le guste.

Y si la música es un arte cuyo único objeto es procurar sensaciones agradables á los que la oyen, el músico que so pretesto de dificultad y de ejecucion admirable, contrariara con su exajerada produccion de sonidos, las leyes que siguen las vibraciones para herir agradablemente los órganos, empeñándose en amontonar mas notas que las que caben normalmente en los oidos, en un tiempo dado (permítaseme este modo de hablar) el tal músico seria un prestidijitador y no un artista.

Las artes no son tales sino en tanto que satisfacen las necesidades sensuales de nuestros órganos de relacion.

Asi, Alfredo Napoleon no será músico y notable pianista, sinó en tanto que haya oidos que gocen con sus melodías; es decir, su talento, su poder no está en él, sinó en mí que lo oigo; tanto que á no ser por mí y por todos los

que lo han oído ó deban oírlo en lo futuro, Alfredo Napoleón no sería un músico sino un famoso golpeador de teclas, por ser claro hasta la evidencia, que si no hubiera oídos no habría sonidos y las notas más bellas, las melodías más encantadoras, se perderían en el vacío inmenso de una sordera universal!

Octubre 29 de 1872.

VIII.

ARTÍCULO DE COSTUMBRES

LA CARTA DE RECOMENDACION

Buenos Aires está enfermo.

Lo han dejado las epidemias de cólera y fiebre amarilla, pero lo aqueja otra enfermedad interna.

Este pueblo padece de una afeccion moral, de un trastorno funcional de las pasiones.

La causa de esta afeccion es la necesidad, pero no la necesidad imperiosa de vivir y de poder emplear los elementos necesarios para mantener en funcion los organismos.

Jeneralmente hablando, los habitantes de Buenos Aires, tienen qué comer; con qué vestirse, aire para respirar, terreno en que caminar, luz para ver y todos los demas elementos que utilizan los órganos para mantener sus funciones.

Las necesidades estrictas de la vida pueden pues ser llenadas sin gran esfuerzo, en este pequeño centro de poblacion.

Pero no sucede lo mismo con las necesidades facticias que no por ser menos reales, son menos apremiantes.

Existe entre nosotros la necesidad imperiosa de aparecer.

¡Ningun hombre se contenta ahora con tener con qué cu-

brirse la cabeza; si hay que cubrirla es necesario hacerlo con un sombrero á la moda y perpetuamente nuevo.

Ninguna mujer usa su pañuelo para guardarse del alre frío de las noches y de la humedad de la atmósfera; no señor, para obtener ese propósito se necesita una gorra y no una simple gorra, sinó una gorra con flores. Si á mas de esto la mencionada gorra tiene la sobresaliente cualidad de haber sido comprada en la calle de la Florida, la necesidad de cubrirse la cabeza queda enteramente satisfecha.

Para tener un sombrero siempre á la moda y siempre nuevo, es necesario comprar muchos sombreros y para poseer una gorra siempre servible, es necesario comprar gorra para iglesia, gorra para teatro, gorra para paseo, gorra para verano, gorra para invierno, gorra para levantarse, gorra para estar despierto, gorra para dormir, en fin es necesario tener un cargamento de gorras de todas clases, tamaños, formas y colores.

Escusado es decir que para llenar la necesidad de no resfriarse, se necesita actualmente una pequeña renta de quinientos patacones al año.

No quiero irme de la cabeza á los piés por no dar un salto sobre los órganos intermedios, que tienen tambien sus necesidades y no quiero hablar de las necesidades de esos órganos, porque ha de resultar que para vestir un hombre y satisfacer sus pasiones, se emplearía sin desperdicio las rentas de una advana.

Felices tiempos aquellos en que comer sopa con tocino los domingos, constituia el supremo de los goces y en que cuidar las cabras á caballo era la mas loca é increíble de las ambiciones!

De su peso ~~que~~ aquí la reflexion de que para satisfacer

las necesidades de un individuo de nuestro tiempos, se necesita mucha plata.

Trabajar y lucir son dos cosas que se excluyen.

El obrero que trabaja toda la semana, viste de blusa por el interés de conservar su paletó para el domingo.

Pero qué se diría de un hombre conocido que usara sombrero bajo los mas de los dias y de felpa y alto solamente los domingos y dias de guardar.

El qué dirán importa pues una nueva necesidad, la necesidad de trabajar poco.

Y si se pone esta necesidad al lado de la de ganar mucho, resulta lo que todos sabemos, es decir que los mas desean un buen acomodo.

Un buen acomodo quiere decir en castellano, un empleo en el cual se trabaje poco y se gane mucho.

De aquí la injente suma de pretendientes que tiene cada puesto vacante.

Para alcanzar un empleo se necesita empeños, buenas relaciones.

Cualquiera diría que para ocupar un puesto se necesita aptitud, pero esto que parece verdad á primera vista, es un sofisma en Buenos Aires.

Las aptitudes son las cualidades en que ménos se piensa.

El favor, la recomendacion y la condescendencia, jerman de un modo alarmante y han dejado enfermisa á esta sociedad.

Verdaderamente, en Buenos Aires, el valor del mérito ha desaparecido ó se ha desvirtuado.

Tener amigos (¡quien no tiene amigos en un pais en que todos somos iguales!) es la mayor de las ventajas.

Los puestos en que se gana dinero circulan en un núcle de amigos.

No se pregunta cual es el mas apto sinó cual es el mejor recomendado.

De esto resulta que la vida de las entidades políticas, financieras, comerciales, literarias é industriales, es insupportable, por los tiempos que corremos.

Ser ministro ó capitalista es lo mismo que ser mártir y condenado en vida.

Cada entidad de este pueblo recibe diariamente, veinte cartas de recomendacion y escribe veinticinco.

Se necesita una renta para solo papel y plumas.

Como en todas las cosas, la necesidad de dar cartas de recomendacion, ha traído el abuso.

Ya no son solo los hombres eminentes quienes las dan y las reciben.

Desde el presidente hasta el basurero, todos tienen á quien recomendar y quien les haya sido recomendado.

Yo tambien recibo cartas de recomendacion y las escribo por docenas.

Felizmente he dado con la luminosa idea de contestar en los sobres, lo que me produce una pequeña economia.

A proceder de otro modo, la profesion no me daria para mis gastos.

La carta de recomendacion se ha hecho una contribucion, un tributo que todos pagamos por el solo derecho de usar el nombre que nos pusieron en la pila.

Por esto las cartas de esta clase han perdido su valor y se necesita muchas para que valgan como una.

A estas cartas les ha sucedido lo que al papel moneda.

Primero un peso valia ocho reales plata; ahora se necesita veinte y cinco pesos para hacer un patacon.

El abuso ha traído el descrédito y la baratura de la mercancia.

Como todos recibimos cartas de recomendacion todos las damos sin escrúpulo.

Todo el que tiene un oficio las dá, todo el que usa un nombre que si quiera esté en algun almanaque, las dá tambien.

Para este propósito, las mujeres hacen un incalculable consumo de papel timbrado y no son estos billetes los menos eficaces.

La belleza, la posicion y el sexo, abren las puertas para todo.

Es muy dificil decir no á una mujer bonita que dice si.

Mucho mas, es muy dificil decir no á cualquier mujer que dice si.

Todavia me acuerdo que tratándose de una solicitud en que yo tenia razon, el gobernador Castro me dejó de una pieza diciéndome que habia unas cuantas señoras que no querian la coña.

Es incalculable el poder de las mujeres.

Una de las causas que me inducirian á quedarme soltero, seria el temor de que hostigaran á mi mujer para pedirle cartas de recomendacion. Si ella era desairada el desairado era yo y si era atendida ¿por qué atenderian una recomendacion de mi mujer, mas bien que una mia?

Hay indudablemente peligrosas maneras de hacer el bien.

Pero por sério que sea el conflicto en que nos hallamos y mientras salimos de él, no dejan de presentarse casos curiosísimos y ridiculos en esta forma de distribuir puestos; el siguiente por ejemplo:

Hace poco se presentó en casa, el señor don Pedro Romualdo Mosqueira, que era portador de una carta de recomendacion para mí.

Atendiendo á ella, pregunté á don Romualdo en qué podia serle útil.

—Me han dicho señor, me contestó, que usted es algo relacionado aquí y queria que me diera una cartita para algunos de sus amigos.

—Perfectamente; en qué desearia ocuparse?

—En una empresa de diarios, por ejemplo.

—Muy bien. ¿Sabe usted leer?

—No señor.

—Perfectamente; tome usted asiento un instante.

Dicho y hecho, tomo la pluma y escribo:

Señor don Eduardo Dimet, director y propietario del « Nacional. »

Estimado amigo:

Le presento á usted al señor don Pedro Romualdo Mosqueira que me ha sido calorosamente recomendado por nuestro comun amigo don Héctor Varela. Desea ocuparse en su imprenta y yo creo que se contentará con un módico sueldo de ocho mil pesos, si usted lo pone al frente de la administracion de su establecimiento.

Saluda á usted atentamente.

N. N.

Haria de esto un mes, cuando una mañana recibo una carta que decia:

Señor don N. N.

Querido amigo:

Usted que tiene tanta relacion con Dimet, hágame el favor de darle al portador de esta, don Rómulo Mezquita, una cartita de recomendacion que le sirva á lo menos, para presentarse.

Este señor desea ocuparse en algun diario y como me ha

sido muy recomendado, no vacilo en pedirle á usted un servicio en favor de un extranjero necesitado.

Soy su afectisimo.

JUAN A. GOLFARINI.

¿Quién será este don Rómulo Mezquita, decia yo, cuando alzando la vista, percibi en el patio la simpática figura de mi antiguo conocido don Pedro Romualdo Mosqueira que en sus tribulaciones por emplearse en un diario, hasta su nombre habia perdido!

La cosa era sencilla. El círculo de amigos se cerraba. El hombre volvía al punto de que habia partido, despues de haber andado á pié por las calles de Buenos Aires, doscientas setenta y cinco leguas en un mes, tras de una ó mas cartas de recomendacion.

—Como es esto, señor don Romualdo, exclamé, abriendo tamaña boca.

—Como ha de ser, me contestó, todo el mundo me ha recibido bien, pero cada cual me despedía con una carta y muchos ofrecimientos.

Como usted supondrá, llevé su carta á Dimet, Dimet me dijo que el puesto que yo pretendia estaba ocupado, pero que en el empeño de servirme, me recomendaria á Luis Varela, como lo hizo; Varela me recomendó á Bilbao, Bilbao me recomendó á Walls, Walls me recomendó á Cordgien, Cordgien me recomendó á Gutierrez, Gutierrez me recomendó á Cantilo, Cantilo á Mansilla, Mansilla á Ojeda, Ojeda á Choquet, Choquet á Quesada, Quesada á Balleto Balleto á del Valle, del Valle á Goyena, Goyena á Paz, Paz á Mallo, Mallo á Golfarini y Golfarini á usted y aquí me tiene otra vez al principio de mi carrera.

Escusado es decir que yo solemniqué tan orijinal peregrinacion, con toda la hilaridad de que pude disponer.

—Y ese cambio de nombre, señor don Romualdo?

—Ese cambio de nombre, es que á fuerza de repetir «Pedro Romualdo Mosqueira» el nombre me parecia vulgar y largo y pensando que era mas cómodo para las cartas de recomendacion uno mas corto, lo acerté llamándome Rómulo Mezquita.

—Pues señor don Rómulo Mezquita, conforme ha cambiado de nombre, cambie tambien de aspiraciones y en lugar de buscar un empleo en diarios, acepte cualquier trabajo, de cobrador por ejemplo.

Don Pedro Romualdo Mosqueira tiene actualmente una ajencia de cobranzas, vive sin lujo, pero cómodamente y solo tiene una enfermedad que amarga su vida; sufre de epilepsia cuando ve una carta de recomendacion!

Agosto 1872.

DON HILARIO ASCASUBI

La historia en los primeros tiempos y ya cuando el lenguaje se hallaba cultivado, se narraba en verso.

Esta manera de conservar la tradicion era si se quiere, estravagante.

Las ideas estan contenidas en los versos lo mismo que los tipos en las cajas de la imprenta; para que estos tipos formen palabras, es necesario juntarlos, acomodarlos y alinearlos.

Son pues, ropa estrecha para el pensamiento, ropa lujosa si se quiere, pero que viste á los sujetos con pantalon corto, manga angosta y camisa sin cuellos.

Asi la historia acomodada en los versos, se encontraba contrariada, encojida, desfigurada y deshecha; pero no habiendo otro modo de conservarla, era en los versos que los grandes hechos hallaban la forma bajo la cual debian pasar á la posteridad, á traves de las jeneraciones.

Pocos son los que saben trozos en prosa de memoria y sin embargo, no hay un solo habitante de este globo ridiculo, que no sepa por lo menos, un gran párrafo del Diabolo mundo de Espronceda ó este renglon del Dante: «Lasciati ogni speranza ó voi che entrate.»

Esta particularidad, esta predisposicion especial del espíritu humano para absorver, retener y transmitir versos, fué sin duda la causa de que se pusiera en verso, todo

aquello que se deseaba conservar y de que la historia llegara trunca y contrahecha á nuestros tiempos, despues de haber sido repetida en los alejandrinos de Tirteo ó en los endecasilabos de otros poetas que serian quizá cojos como el primer autor.

Pero la escritura primero y despues la imprenta, vinieron á echar por tierra la necesidad de conservar la historia en verso y si bien es cierto que ya la mencionada historia, no se escribe de ese modo, no es menos cierto que el número de poetas no ha disminuido, apesar de la baratura del artículo.

Don Hilario Ascasubi es á nuestro modo de ver, un poeta antiguo, un poeta de los tiempos primitivos, por sus tendencias y por la categoria de ideas á que ha dado forma.

Los gauchos de las pampas saben la historia de su patria, trunca como es, por los trozos de ella que contienen los versos de Ascasubi y estos versos, al mismo tiempo que han servido para dar agradable alimento moral á los habitantes de la campaña, hablándoles en su propio lenguaje, á los ojos del extranjero, son el retrato vivo de toda una casta, de toda una época, de todo un linaje, de toda una categoria de individuos, de hechos y de transiciones.

Ha pasado sin duda el tiempo del entusiasmo por las producciones del celebre Aniceto el Gallo; ha pasado la época en que no bien abria su pico este gallo, para soltar al aire su canto, ya las vibraciones de su voz recorrían el inmenso territorio arjentino, siendo la materia de la conversacion en las estancias, el tema de la recitacion al rededor de los fogones, en los puestos, en los rodeos, la letra de las canciones en los bailes y la oracion diremos, que hasta el caminante solitario iba repitiendo mentalmente en su viaje sin término, al compas de la marcha del caballo

que sigue instintivamente y paso á paso, su rumbo á través de la pampa.

Ha pasado el tiempo en que cada acontecimiento requería cuando menos una letrilla de Aniceto el Gallo; en que cada batalla exigía una oda gaucha y la llegada de un buque grandioso, la descripción estrafalaria y sublime que se puede hacer de lo que fué hecho para el mar, comparándolo con cada cosa de las que fueron hechas para la tierra y nada más que para la tierra habitada, que tiene por límite el desierto á todos vientos.

Pasó también el tiempo en que á un caballero distinguido no le era permitido, so pena de no estar á la moda, ignorar la última composición del Gallo cantor y en que la más pulida de las damas, tenía que saber por fuerza quien era Chano y cualquier otro gaucho andariego.

Pero si el entusiasmo por aquellas producciones pasó, la obra queda, no quizá para producir nuevo entusiasmo, sino para retratar una especie de gusto, para fotografiar una clase enteramente original de literatura, sin igual en los anales de este arte.

¡Cuánto hay de nuevo, de raro, de profundamente nuestro, en todas las producciones de Ascasubi!

¡Qué profusión de sentimientos espontáneos, naturales, con aquel colorido propio que solo se recoge en los campos ó en las organizaciones primitivas!

Cuánto el sábio tiene que aprender en ese exámen de la naturaleza viva y desnuda, que mira con resolución al que la interroga, que se cruza de brazos con llaneza, que alza los hombros, por toda contestación ó que habla con su idioma lleno de defectos, de retruécanos, de parábolas, hiperboles y paradojas; pues si hay algo de soberanamente metafísico y figurado, es el lenguaje no cultivado!

Cuántas bellezas en aquellas páginas gauchas, en que se vé al hombre natural y pensando naturalmente, salvo la forma del poeta y analizando las cosas y los hombres, con los elementos que la vida en el campo ha puesto en sus manos.

No reivindicamos para Ascasubi el nombre de poeta distinguido, ni de pensador profundo; pero ni siquiera el de literato. en esta época en que el mencionado apodo se prodiga con tanta facilidad; no queremos crearle una reputacion exótica, ni exigir para él méritos que no tiene, en un pueblo en que parece cada individuo reclama para sí, precisamente aquello que menos le pertenece y en donde todos y cada uno, somos cómicos idiotas, que mostramos siempre por ficcion, lo peor que tenemos, guardándonos lo bueno, lo espontáneo, lo natural, lo nuestro, para derramarlo solo en la conversacion familiar.

No compararemos á este poeta con otro de nuestros tiempos, con Ricardo Gutierrez por ejemplo, que ha tomado á la melancolia escéptica sus mas suaves formas y al sentimiento de lord Byron, su mas bello colorido, para pintarnos unas veces las miserias de esta humanidad pobre y tonta y otras, la grandeza de la razon que se levanta sobre las pasiones para compararlas, medirlas y darles su colocacion en el rodaje de esta maquinaria que se llama vida.

Ni gran entusiasmo pues, de aquella clase que pasó con su época, ni sublimidad, ni profundidad absorbente del pensamiento, tiene que encontrar ahora el lector que tome en sus manos las obras de Ascasubi.

Pero la lectura de ellas tendrá el premio siempre que se trate de transportar al lector, á la época en que cada una

de sus producciones se escribió y hacerle ver lo que pensaba el gaucho, sobre los acontecimientos y los personajes del día, en una forma que ya se sabe, no es natural, pero con palabras que lo son y que parecen recién salidas de la boca de ese hombre especial que habitaba la campaña, de ese hombre inteligente, despierto desde su nacimiento, rústico, pero exesivamente impresionable y que refleja con exquisita verdad todo cuanto llega á herir sus sentidos transformándose luego en ideas por las evoluciones espontáneas de una organizacion cerebral sin preparacion.

Debemos conservar las obras de Ascasubi, porque no hay otras iguales en el mundo, porque son el único ejemplar de su especie y porque sirven para mostrarnos el retrato completo, de una categoria de seres humanos sobre los cuales no ha dicho gran cosa la ciencia, pero en los que la poesia y la contemplacion de la naturaleza animada y que piensa, encuentra raudales de belleza.

Ascasubi debe ser amado y protegido por los arjentinos, porque es el jefe de una escuela literaria sobre un sujeto raro, escuela que nació con él y que murió con él, dejando como única obra clásica, sus tres volúmenes de poesia.

Por eso los arjentinos no deben ser ingratos ni indiferentes con un hombre que ha pintado el tipo esencialmente arjentino del gaucho poeta, político, observador, entrometido y hablador, que no desdeñaria aplicar su fraseolojia, de lazo y bolas y sus comparaciones con los elementos que le rodean y le sirven para su trabajo, á las especulaciones mas subidas de la metafisica intelectual, si ellas se le presentaran como tópico de análisis.

Si nadie puede negar que debemos una proteccion

á Ascasubi, procurándonos el placer de tener en nuestras bibliotecas, una obra agradable y única en su jénero, jamás se presentará mejor ocasion para tender nuestra mano al autor, que como casi todos los autores de versos, no se halla en la opulencia.

1873.

BOSQUEJO CRÍTICO

Si á un hombre conocedor del corazon humano y hábil por tanto, para juzgar del movimiento de las pasiones y de los cambios que sufren las ideas al tomar su espresion ó al trasformarse en palabras, se le presentase el discurso que Sarmiento ha pronunciado el 24 del presente y se le preguntase quien lo ha escrito, quien lo ha dicho, quien lo ha pensado, ese hombre contestaria: « lo ha dicho un jóven lo ha escrito un jóven, lo ha pensado un jóven que vive en medio de las bulliciosas pasiones propias de la edad y que por rareza, tiene un juicio mas maduro que el que le corresponde . »

Tal es la impresion que nos hace por de pronto el discurso á que aludimos; hay en él el vigor de la juventud y la madurez de la edad reposada; es atrevido como la fuerza y trascendental como la razon; es vivo, móvil, cambiante como la infancia; severo é imponente como la vejez.

Una bella pieza de arte alcanza su máximun cuando imita á la perfeccion la naturaleza; nada sinó lo verdadero es bello y nada es verdadero sinó la naturaleza entera ó contemplada en sus detalles.

Pero la misma naturaleza es defectuosa; el brillante mas rico algun punto tendrá que brille menos; en la cara mas hermosa algun rasgo ha de haber que no hermonice,

el arco iris mas variado alguna faja ménos viva, mas confusa ostentará al perderse en el horizonte, y la misma gota de agua pura, recojida en la punta de un alfiler, ó una lágrima si se quiere, suspendida en la pestaña de la mujer mas amada, bien vista, la gota de agua ó la lágrima, ni será tan pura, ni tan limpia, ni tan esférica como parezca.

Es verdadero tener defectos, es bello tenerlos y no hay belleza que no los tenga.

Por eso el oír el sin número de tachas que los críticos han arrojado durante estos días, sobre el discurso de Sarmiento, ni nos ha hecho encontrarlo menos bueno ni menos digno de ser recibido con el mayor aplauso.

Dada tal cabeza, no podia salir de ella sino tal obra de arte, nueva, orijinal, vigorosa, atrevida, pendenciera, medio sublime, rica en literatura, descuidada, poética, sencillísima, política, trascendental, amenazante, desgrenaada, que llora y rie y se hace tierna, revolviendo en un torbellino encantador un monton de ideas de todo jénero, que tiene cada una su valor, que parece que no han sido hechas para estar juntas, pero que el espectador no encuentra mal que se acompañen.

Todo esto que ni nosotros mismos entendemos, sale del discurso de Sarmiento.

Una pieza de oratoria tiene su mérito cuando por lo ménos hay en ella una idea capital bien desenvuelta.

Cualquier orador se hace tolerar cuando su discurso tiene á lo menos, un pensamiento y no siempre es fácil ponerlo al tal pensamiento!

Pues bien, el discurso de Sarmiento tiene una idea en cada párrafo.

Es mucho francamente, para un solo discurso!

El debe haber sido escrito en dos horas ó en dos años;

ó en el tiempo absolutamente necesario para la materialidad de redactarlo, ó en un plazo bastante largo para hacerlo pasar por una porcion de transformaciones.

La inteligencia del hombre no puede proceder sinó de uno de esos dos modos para enjendrar y dar á luz una res literaria de esa especie.

Un amigo nuestro muy dado á juicios literarios, nos decia; este discurso es tropical; en él se halla desde el árbol grandioso que se eleva imponente hácia los cielos, hasta la enredadera enmarañada que intercepta las sendas.

Se habrá dicho en el mundo próximamente cuatro cientos millones de discursos á la bandera de las diferentes naciones que pueblan el globo, pero nosotros no hemos leído hasta ahora una alocucion mas nueva y mas orijinal que la que Sarmiento ha dirigido á la bandera argentina.

Cada patriota al hablar de su bandera, la pondera triunfadora, única, invencible, inmaculada y todo cuanto una cabeza entusiasmada puede imaginar de bueno para decirlo en honor de su patria.

Esto hace que todos los discursos sobre banderas se parezcan; hablamos por lo ménos de los que nosotros hemos leído.

Sarmiento no la ha proclamado ni conquistadora, ni superior, ni inmaculada. No la ha visto nacer tampoco de un propósito dado, ni para simbolizar intencionalmente una idea de conquista ó de revolucion.

Sus fajas blancas y celestes eran el símbolo de la soberanía de los reyes, sobre los dominios de la corona española y un pueblo vigoroso las envolvió en su frente coronándose pueblo soberano.

Cada color tiene su historia en el mundo y el rojo que, figura en la mayor parte de las banderas de la tierra

recuerda y significa quizá la sangre del soldado deramada.

La historia del azul solo está escrita en los cielos y los argentinos no tuvieron mas que mirar esos capullos blancos que navegan en el eter, para comprender que las nubes flotantes y la gran masa azul del aire que edifica el horizonte, en el limite de la vista, les alcanzaban su bandera para que pusieran en ella su inspiracion sublime.

«Desde entónces jamas el blanco y azul del firmamento han servido para proteger ambiciones pequeñas, ni pasiones mezquinas y la bandera argentina ; Dios loado sea! no ha sido atada jamas al carro triunfal de ningun vencedor de la tierra.»

«Muchas repúblicas la reconocen como salvadora, como auxiliar, como guia en la difícil tarea de emanciparse. Algunas se fecundaron á su sombra, otras brotaron de los jirones en que la lid las desgarró.»

«Ningun territorio fué sin embargo, añadido á su dominio: ningun pueblo absorbido en sus anchos plieges; ninguna retribucion exigida por los grandes sacrificios que nos impuso.»

«Ella no ha levantado como las naciones hijas de la guerra, para emanciparse de los otros pueblos, lobos ni águilas carniceras, leones, grifos, ni leopardos. No hay en su escudo ni hipógrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados que pretenden amedrentar al extranjero; pero tiene en su centro el sol de la civilizacion y los signos de la libertad, la fraternidad y la paz para los hombres de buena voluntad y de la gloria para las nobles virtudes.»

«No sabemos todavia el limite al que alcanza su sombra, pero sabemos que los vastos territorios que ella protege,

ofrecen hogar, pan y fortuna á todos los habitantes de la tierra!»

Hemos dicho hace poco que el señor Sarmiento es mas literato que prudente; hoy podemos añadir que es tan orador como literato.

El escollo de la literatura está en la escases de novedad y hay hombres tan escepcionalmente afortunados, que vencen constantemente este escollo, sin esfuerzo, sin peligro, sin dificultad. En esta categoria de literatos colocaremos al señor Sarmiento, cuyas ideas han sido nuevas desde que tuvo veinte años y continuarán siéndolo hasta que tenga noventa, si ha de vivir hasta entonces.

Pero el señor Sarmiento no tiene ningun mérito por esto.

La novedad está en su naturaleza y es una modalidad de su intelijencia, es una aptitud orgánica inconciente y sin preparación, que tiene su asiento en las disposiciones textiles de su cerebro.

Por eso en él la novedad con su forma especial y su originalidad incalculable, es una novedad fácil, espontánea, imprevisora diremos y que se cuida poco de las reglas que al fin y al cabo, no son hechas sinó para los espíritus de poco aliento.

Si nos fuera permitido espresar nuestra idea por medio de una comparacion, nosotros diriamos que las formas literarias que asumen las ideas del señor Sarmiento y la esencia misma de estas ideas, estarian perfectamente representadas por una hermosa mujer, jóven y audáz, que desprecia la moda y que es capaz en último trance, de salirse en cueros á la calle.

Los escrupulosos y timoratos, si así lo hiciera, comenzarian por asustarse al ver tamaña audacia; alguno que otro

artista detendría sus ojos en las formas atractivas de aquella jóven rolliza y la mayor parte de la jente, encontraria que habia hecho mal en no ponerse siquiera un pañuelo de tul en la cabeza.

Pero pasando el tiempo y apagándose poco á poco las alarmas del pudor asustadizo mas que reflexivo, la jente de decidido buen gusto recordaria con placer aquella época en que una jóven hermosa, con grandes ojos negros, cara atrevida, fresca como una rosa y despreocupada é inteligente como pocas, solia salirse en cueros á la calle y lo bella que solia estar cuando le daba por vestirse con todos los encantos de la moda, pues todos le venian bien.

No queremos medir el alcance que pueda tener en todos sentidos el discurso de Sarmiento, contentándonos con afirmar que no hay en él idea perdida y apreciándolo simplemente como una pieza literaria, dejaremos establecido que pocas, muy pocas sirven para retratar mejor la fisonomia particular de su autor y que si ese discurso tiene un mérito indisputable, como todos lo afirman, el autor, que es el orijinal de ese retrato, tiene todas las hermosas cualidades y todos los naturales defectos que él revela.

Si á Lopez Jordan pudiera vencerse con literatura, á la fecha no quedaria de él mas que el recuerdo!.....

.....

Setiembre 28 de 1873.

VARIOS ARTICULOS DE APLICACION POLITICA

—
LOS ÍDOLOS
—

La admiracion es un sentimiento degradante para la razon humana.

Nada sucede que no haya debido suceder.

Nada existe que no deba lejitimamente existir.

Las existencias y los accidentes que las afectan, son el resultado de las evoluciones naturales de los elementos que se combinan tambien naturalmente.

Por consiguiente, la accion de la intelijencia pura, de la razon pura, debe detenerse en la simple observacion, para recojer el dato ó datos que sirven para la jeneralizacion y demas desenvolvimientos intelectuales.

La admiracion está pues, demás; nada hay que la merezca, nada hay que sea digno de ella.

Cuando menos toda admiracion supone una ignorancia.

Los fenómenos bien interpretados son todos naturales; nada hay en ellos de maravilloso, de estraño, de anormal.

Por esto cuanto mas se adelanta menos se admira, cuanto mas se conoce, mas se esplica y mas prácticamente se vive.

Por esto tambien las sociedades, cuanto mas se retiran de sus épocas primitivas, menos preocupaciones tienen, menos adoraciones instintivas, menos abjuraciones hacen de su personalidad intelectual.

Y cuanto mas civilizadas se hallan, mayores verdades han conquistado, mas grandes aptitudes tienen para nuevas conquistas, en una palabra, mas esplicados están todos los fenómenos que afectan los sentidos ó llegan á la razon del hombre.

Por esto los conocimientos en las artes y en las ciencias, son los que han desterrado los milagros, aniquilado los seres sobrenatureles y destruido los idolos.

¿Qué se diria en este tiempo de un hombre que creyera en dioses de barro, en becerros de oro y en sucesos contra las leyes demostradas de la naturaleza?

Que era atrazado, que no era de esta época, que era una trasplatacion de la edad antigua ó que pesaba cuando menos una alucinacion sobre su mente.

Todavia la admiracion por los fenómenos celestes, el éxtasis ante las grandes tempestades de la atmósfera, el sobrecojimiento en medio de las borrascas del mar, es algo que se explica; el hombre es naturalmente cobarde.

Pero la admiracion por los hombres, por los semejantes nuestros, que nada de meritorio hacen y mucho menos de sobrenatural y maravilloso, es un acontecimiento inesplicable.

Antiguamente se creia en adivinos, en brujos, en duendes y en mortales desgraciados que tenian pacto con el diablo y la preocupacion popular, sumando miedo con ignorancia, miraba con admiracion á dichos seres.

Todavia el bajo pueblo en Italia cree en los jettatores y muchos habitantes de nuestra campaña y de las orillas de la ciudad, creen que hay viudas y que el alma de los ajusticiados, sale de noche á penar por los sitios á que su mala suerte condujo al reo durante su vida.

Pero todos nuestros periodistas saben que no hay jettá-

tores en Italia, ni otras viudas en la tierra, que aquellas que han perdido sus maridos, ni almas de ajusticiados que hagan paseos nocturnos.

Y si saben esto nuestro ; periodistas ¿por qué uno de los mas ilustrados cree que hay seres sobrenaturales, consagra su admiracion á un hombre, no habla de él sinò en lenguaje sublime y se indigna de que los colegas profanen su nombre sacrosanto ?

No siendo tiempo de ídolos, no hay que tenerlos.

Siendo tiempo de libre discusion, hacemos mal de indignarnos contra los que no admiran como una maravilla, al feliz candidato de nuestras simpatías.

No debe hacerse sacrificios tan grandes en favor de otro hombre.

No hay hombre alguno que merezca nuestra abnegacion, todos nuestros pensamientos y todos nuestros sentimientos.

Estos poderes que cada hombre tiene, no deben servirle mas que para elevarse á sí mismo.

Nadie agradece, nadie es capaz de estimar tamaños sacrificios.

Los mismos hombres á quienes prodigamos benévola-mente nuestros mejores elogios, á fuerza de oírlos repetir, creen que los merecen y que conceden un favor con escuchar á los que se los tributan.

Aquellos á quienes elevamos con mas empeño, al pisar sobre nosotros para subir mas alto, suelen hundirnos y nosotros una vez hundidos, ni siquiera podemos hacer llegar nuestra voz á la altura en que hemos colocado nuestros ídolos.

En la época actual y en este mismo pueblo que nos lee,

podemos señalar hombres hundidos por los mismos á cuya elevacion contribuyeron.

De aqui resulta que es siempre cuerdo no proyectar demasiada luz sobre los otros, porque el que la proyecta suele quedarse en la sombra, lo cual no es justo.

Podemos tambien señalar otros jóvenes eminentes que no han hecho el mas brillante papel en nuestra sociedad, cuando los méritos propios asi lo indicaban, porque una aberracion incomprensible de su espiritu, les hizo admitir sin razon, la superioridad de un hombre.

Asi nosotros hemos visto á un atleta de la prensa, con un rayo divino en su intelijencia y el brillo del sol en su pluma, llevando siempre un hombre dormido sobre sus hombros.

Todos al leer este párrafo señalarán al atleta vigoroso y á su carga inerte.

La admiracion que tenemos por los otros nos anula; la infundada creencia de los méritos ajenos disminuye justamente los nuestros.

No hagamos pues sacrificios que nadie agradece; conservemos nuestra personalidad y no rompamos lanzas sino por nosotros mismos ó por los principios.

Si alguna vez el egoismo es lejítimo, seguramente es en este caso.

.

Setiembre de 1873.

CONCILIACION

El titulo no nos gusta.

Es un título que ha salido en la mayor parte de los diarios del mundo, encabezando artículos que buscaban utó-

pias; es un título poco atractivo* que á la cabeza de un editorial parece decir « no lo lean ».

Sin embargo, nos vemos forzados á dar un título á este escrito, obra de romanos para nosotros en muchos casos y como lo que vamos á tratar es de conciliar los ánimos exaltados, el título tiene que ir á pesar nuestro y á pesar de todas sus malas condiciones para llamar la atención.

¿Cómo de dos hombres se hace dos enemigos?

El medio es muy sencillo.

Para algunos filósofos basta á los hombres nacer para estar en lucha, para odiarse, para matarse y robarse unos á otros.

« El estado primitivo y natural es el estado de guerra » dicen una porción de filósofos cuyas doctrinas no se hallan del todo desacreditadas.

« Siempre sentimos un secreto placer en las desgracias aun de nuestros mejores amigos » es otra proposición que anda viajando por el mundo y recojiendo votos en su favor; también pertenece á un filósofo que pasaba por ser un gran conocedor del corazón humano.

A pesar de todos los sermones en contrario, parece cosa averiguada que el hombre es naturalmente mal inclinado.

Si una criatura agarra un pájaro, su primera tentativa es de torcerle el pezcuezo, de estrujarlo, de matarlo.

El instinto de la destrucción es el primer instinto, aquel con que todos nacemos, que conservamos durante los primeros años de nuestra vida y que muchos conservan durante toda ella.

Los tiranos crueles no se han hecho de otro modo que conservando su instinto destructor.

Si cuando niños se divertían en torcer el pezcuezo á los pájaros y en reventar los ojos á los pollos, cuando mas

grandes y dueños del poder, se han divertido en hacer azotar, quemar, degollar, fusilar y comer por las fieras á los demas hombres.

Conocida es la suposicion de los dos únicos hombres que habitaban una isla y que se disputaron á muerte por cuestion de límites.

Escusado es decir que cada uno tenia mas de lo que necesitaba y que la competencia era absurda; pero habia competencia porque habia dos hombres.

Si pues el hombre es mal inclinado naturalmente.

Si ha nacido para la guerra.

Y si basta que existan dos hombres para que haya por lo menos una pelea ¿qué extraño es que en la república arjentina, donde hay cerca de dos millones de hombres, donde la aficion á la lucha es manifiesta y donde las inclinaciones malas no pueden menos que existir, despues de tan preciosos ejemplos como los que nos han dado Rosas, que era un profesor en la materia, Urquiza que era su discípulo y los comisionados de los gobiernos que han ido á pacificar el Interior, qué extraño es que tengamos una revolucion por mes y por provincia y doce matanzas anuales.

Necesario es confesar que en algunas provincias hay una marcada aficion á la revuelta.

Las provincias de Cuyo se han distinguido en estos últimos tiempos por su aficion á los ejercicios bélicos.

En tiempo de Mitre fué necesario soltarles á Sandes, como quien suelta un gato entre ratones, para que la paz de los sepulcros respondiera de la paz de las provincias.

En nuestros tiempos los pocos hombres que han escapado vivos del poder pacificador de Sandes, apenas han descansado, de sus fatigas vuelven otra vez á ensillar sus

caballos y arruinar las estancias, en nombre de los principios.

¿De qué principios? De los que se quiera; de unos principios una vez y de otros otra. No siempre hemos de estar en lo mismo.

¡Principios por allí, cuando en la misma ciudad de Buenos Aires andan tan escasos!

La vida política de los pueblos nuevos es muy difícil; llegar al poder en sociedades organizadas, requiere un im-probo trabajo.

Pero lo que es exesivamente fácil es hacer una revolución, levantar una bandera, proclamarse defensor de las libertades públicas y hacerse seguir de cien ó doscientos gauchos, que se hallan encargados por la providencia de establecer definitivamente los principios que han de rejir nuestra sociedad.

Esto es famoso.

Somos pues mal inclinados en nuestra calidad de hombres y de argentinos acostumbrados á vivir en guerra, de independencia primero, para echar á los españoles de nuestros dominios y civil despues, para echarnos á nosotros mismos de un lado á otro.

Pero ¿no será muy fácil gobernar bien esta república en la que no hay un solo hombre que no confiese que realmente la paz es lo que nos hace falta?

Hasta los mismos bandoleros de Cuyo, hasta los mismos merodeadores de la campaña, están interesados en que tengamos paz completa, siquiera por diez años; las estancias se poblarian, los propietarios serían mas ricos y por consiguiente el pillaje una profesion mas productiva. ¡Actualmente, ni qué robar hay en algunas estancias de las provincias!

Seria fácil gobernar mejor esta nacion, tuvieran ánimo conciliador nuestros hombres públicos.

¿Cómo se producen los partidos, los círculos y las ambiciones opuestas?

Haciendo primero separaciones ficticias que despues se hacen reales.

Examinemos rapidísimamente lo que sucede entre nosotros.

Dos entidades políticas ó dos particulares disienten en ideas.

Establecida la disidencia comienzan por no hablarse, despues no se ven, luego se rechazan y por último se combaten.

Una idea que caiga entre los dos será negra ó blanca para cada uno de ellos, segun la mano que la capuje y poco nos falta para ver que la minoria niegue en la cámara á la mayoría, que dos y dos son cuatro, ó saber que un senador sostiene que nuestro réjimen es monárquico cuando el presidente pretende gobernar con una constitucion republicana ó vice versa.

Si hubiera entre nosotros espíritu conciliador, las revoluciones serian imposibles y todas nuestras cuestiones serian dirimidas pacíficamente.

¿No tratamos de resolver la cuestion de limites con Chile por medio del arbitraje?

¿Por qué empleamos un medio pacífico en este caso para los estraños y solo nuestras cuestiones internas tratamos á sangre y fuego?

Lo que pasa entre las provincias y el gobierno de la nacion, entre los partidos y los gobernantes de cada provincia, es lo mismo que pasa entre los hombres encarga-

dds de legislar, de administrar y de gobernar y esto es lo que no debe suceder.

La segregacion enjendra la oposicion y esta la lucha.

No segreguemos pues á los hombres antes que sean nuestros enenigos, por que ponemos el primer elemento para que lo sean.

Si los gobiernos llamaran á sus opositores para conversar con ellos, seguros estamos que de ello no resultaria mas que bienes para el pueblo.

Si los jefes de la oposicion, en vez de examinar con ojo prevenido todos los actos del gobierno, solo trataran de ver en ellos lo que hay en realidad y no lo que puede servir como arma de combate, la oposicion seria mas moderada y serviria entonces y solamente entonces, de correctivo á los avances del poder.

Nada se consigue agriando las cuestiones, mas que hacer montañas de pequeneces y guerras tenaces, de simples diverjencias de opinion.

O:ubre 5 de 1873.

•

POPULARIDADES IMPOSIBLES

La popularidad no nace jamás del valor intrinseco del individuo.

Al valor intrinseco lo conocen pocos, lo estiman pocos y lo miden pocos.

La popularidad nace de la cantidad de las cualidades ó defectos que es capaz de reflejar ó de encarnar un hombre.

Por esto, los hombres conspicuos de una casta, de un grénio, de uua cofradia, no pueden ser populares, por ser fiejes representantes ó encarnaciones de los instintos dire-

mos, para comprender todos los movimientos animales, de los individuos que componen la casta, la familia, la clase ó el círculo.

La voluntad de los partidos, no encarna objetos ni propósitos en cualquier hombre; no vá un partido á depositar sus aspiraciones en un honrado vecino, en un industrial conocido ó en un político sin sentido, sin antecedentes y sin biografía, por corta que ella sea.

Para que los propósitos de un partido mas ó menos numeroso, no de una casta y una clase, sino de una coleccion de hombres ligados por un interés ó un principio político trascendental, por lo que debe entenderse en fin, por un partido, se incuben, se encarnen en un hombre, es necesario que el hombre sea terreno fértil y capaz de dar vida á la planta cuya semilla se ha depositado.

Nadie va á sembrar plátanos en la cima de un peñasco de cordillera, la semilla se perderia, helada por la nieve ó arrebatada por el viento.

El trabajo de asimilacion ó de encarnacion de principios ó de propósitos, no es hecho pues ni por el partido ni por el hombre; el hombre y el partido encuentran las cosas preparadas por la naturaleza y la conjuncion se verifica espontáneamente.

Un partido no sale en busca de un hombre para encargarlo de la encarnacion de sus principios. Ni un hombre que se siente capaz de encarnar algo, sale en busca de un partido para ofrecerle sus servicios.

Ya lo hemos dicho, en todo esto hay espontaneidad; hay trabajo propio de la naturaleza; hay una preparacion anterior y una gestacion, si podemos decirlo asi, cuidada por el desarrollo de los acontecimientos.

¿Cuales son pues, los fieles representantes de un partido?

Esta pregunta, si el partido es verdaderamente numeroso y contiene la mayoria de los habitantes de un pueblo, se convierte en esta otra.

¿Cuales son pues los hombres populares?

Son aquellos que mayor cantidad de cualidades comunes reflejan y mas claramente lo hacen.

Son aquellos que mas se prestan á que cada uno, por insignificante que sea, pueda decir de ellos: «este se parece á mi, ha hecho lo que yo haria y dice lo que yo diria; este piensa como yo.»

Son los que dan motivo á que cada uno se sienta vivir en ellos y si suben al gobierno, cada insignificante de los que caminan por este mundo, piense que tiene una parte de su persona gobernando, encarnada en el mandatario que acaba de subir.

Para ser popular ni se necesita pues, aparte de circunstancias especialísimas, otra cosa que tener una suma de cualidades comunes y haberse manifestado parecido á todo el mundo, en algo; pero clara y distintamente.

Y esto porque el supremo amor es el amor de sí mismo y desde el simple aprecio hasta la admiracion, no concedemos jamás estas impresiones ni sus gradaciones, sinó á los que tienen ciertas cualidades bien desarrolladas, pero que nosotros tenemos en jermen indefectiblemente.

Un hombre absoluta, completamente cobarde, no tiene jamás aprecio íntimo, admiracion por uno valiente; no conoce, no sabe lo que es el valor y no puede dejarse impresionar vivamente por sus manifestaciones.

Un hombre exesivamente avaro no cree que sean bellas dotes la jenerosidad y la largueza y jamás tendrá gran

aprecio por aquellos á quienes él llamará disipados. Si se trata de dar su voto para elegir un mandatario, buscará uno como él y elijirá un económico, si no encuentra otro avaro, pero jamás dará su voto por un derrochador.

La suprema ventaja está pues en parecerse al mayor número, cuando se trata de obtener popularidad.

No se necesita ni ser una lumbrera ni un portento para ello.

Si el público en una época dada, se halla bajo la influencia de nobles aspiraciones, sus candidatos serán hombres, superiores. Si por el contrario la sociedad está corrompida, sus candidatos reflejarán los vicios y la corrupcion, por esta lójica infalible que hace que el público se dé siempre jefes que se le parezcan.

Una nacion belicosa ¿puede elegir acaso por representante un timorato?

Los pueblos cansados de la lucha y afanosos por obtener riqueza y comodidades ¿elijirán un mandatario pendenciero y que los envuelva en guerras desastrosas?

.....

En la vida política y en la vida social hay siempre una masa de hombres que caminan dentro ó fuera del radio activo de humanidad.

Los unos son los esplotados, los otros son los esplotadores.

«Unos han nacido espectadores y otros actores del gran drama de la vida» gran drama que es á veces, si bien se le mira, un ridículo sainete.

Entre los actores hay cómicos sérios y cómicos charlatanes.

Cual de los dos jéneros es el mejor, es cuestion de gustos y á veces de partidos.

La humanidad tiene una tendencia innata á la esclavitud y á la adoracion y la libertad de que á veces gozan los pueblos, es la idea de unos pocos impuesta casi por fuerza á las mayorias.

De este jénero es la idea que nos obliga á subyugarnos, en nombre de una inferioridad que existia cuando era relativa, á los que hoy pueden ser nuestros inferiores.

Asi se han levantado y se han mantenido muchas reputaciones que no toleran hoy la discusion.

Los hombres no son grandes sino cuando se arrodilla el espectador para mirarlos; pero desgraciadamente hay muchos que prefieren arrodillarse á mantenerse en pié y mirar á la altura de sus ojos.

Y mientras los espectadores se arrodillan, los cómicos guardan un silencio profundo que puede ser meditacion sobre el porvenir de la patria.

.....
 Diciembre de 1873.

BOSQUEJO DE UNA OPINION

AL SEÑOR ***

No basta demoler, es necesario fundar.

¿Qué diria usted de un hombre que se pusiera á destruir su habitacion, echara por tierra el techo y las paredes y quemara las puertas y las ventanas?

Preguntaria cuando menos, si tenia materiales para edificar la nueva casa ó intencion de vivir á la intemperie.

Pues lo mismo le preguntamos á usted ¿tiene usted materiales para edificar el nuevo gobierno, el nuevo poder ejecutivo?

Usted encuentra que la constitucion fué hecha para Urquiza como el zapato para el pié del que lo encarga, aunque no haya sido en ese caso, Urquiza el que encargó el zapato.

Si él lo hubiera encargado habria pedido que no le pusieran este contra-fuerte: «el presidente no podrá ausentarse de la capital sin permiso del congreso» pues bien sabida es la aficion que tenia el jeneral á vivir pacificamente en San José, desde donde le habria sido muy cómodo mandar la república, aunque ello hubiera sido muy incómodo para nosotros los republicanos, en aquellos en tiempos que no abundaban los ferro-carriles ni los telégrafos y en que en San José no habia ni un solo hotel en donde desayunarse.

Dice usted que una constitucion hecha para una persona, no puede venirle bien á un pueblo y en este sentido tiene usted completa razon.

Pero si alguien le contestara que en el fondo todos los presidentes se parecen, no encontraria usted tan malo que una constitucion tomara por punto de mira una persona.

La constitucion arjentina le puso algunas trabas al jeneral Urquiza, pero usted mismo está obligado á confesar que el jeneral no hizo objeciones sérias á esta constitucion, que la aceptó tal como venia y que en el fondo, ello significaba para quien conocia á don Justo, lo siguiente: «cuando yo quiera hacer una cosa, no ha de ser la constitucion la que me lo impida» y diga usted si en esto no son iguales todos los presidentes.

Mucho mas: diga usted si en esto no son iguales todos los arjentinios, quienes variando la forma, dicen ó piensan

siempre que cuando ellos quieren hacer una cosa, no son las leyes las que se lo han de impedir.

Pero al lado de estas pequeñas limitaciones, que al fin no importan nada, como no le importa al que no tiene la intencion de pagar, el precio á que le venden las cosas, la constitucion arjentina armó en guerra al ejecutivo y le dió facultades casi omnipotentes.

Usted reconoce el hecho y dice que ello no es republicano; pero yo le digo á usted que si no es republicano ha sido necesario, como se lo ha dicho á usted la «Tribuna» sin que usted conteste victoriosamente á mi modo de ver, á este argumento.

Cuando se hizo la constitucion arjentina se hallaban los hombres públicos de aquella época, bajo dos influencias poderosas. La primera fué la necesidad imprescindible, inaguantable, indomable é invencible de imitar á los Estados Unidos. Esto parecerá raro á lós que mediten poco, pero parecerá muy natural á los que conozcan el corazon humano y sepan cuanto de mono, hay en el hombre, respecto á instituciones y qué fuerza poderosa es esa que nos obliga á copiar, á plajiar, á tomar lo ajeno para apropiárnoslo.

Estaban pues los arjentinos bajo el peso de esa tremenda ley: la necesidad de imitar.

Unos cuantos de ellos habian leido la constitucion de los Estados Unidos, habian recorrido lijeramente algunos pobres comentarios de los que se usaba en aquel tiempo y provistos con este bagaje, que es ahora para nosotros comida para un dia, se creyeron y se creen todavia y hay muchos que los creen, unos constitucionalistas acabados, cuando no hay nada de acabado en este mundo.

A usted le chocará tal vez que yo hablo de las ideas de

aquel tiempo como de un pobre bagaje, pero tendrá que convenir conmigo en que los ensayos de crítica sobre la constitucion norte-americana, han sido en jeneral salmos encomiásticos y que recien ahora se comienza á ver con verdad y claridad, los defectos de esa carta y á escribirse con franqueza las graves faltas y las incongruencias que contiene. Por consiguiente los hombres que hicieron nuestra constitucion, eran niños de teta respecto á instituciones y comparados, no con los hombres de otros paises en esa misma época, sinó con ellos mismos en los momentos actuales.

Yo creo que si la convencion constituyente se reuniera ahora y leyera su obra de entonces, no habria dos que se atrevieran á firmarla de nuevo.

La segunda influencia á que obedecieron, fué la situacion especial en que se hallaba el pais, recien salido de las garras de un tigre que habia degradado y envilecido todo lo que le rodeaba.

Un pueblo que ha sufrido una tirania de veinte años, no se halla en las mejores condiciones para practicar las instituciones libres.

Acababa de ser oprimido como pocos pueblos lo habian sido, no podia pues pasar á la completa libertad, porque con los pueblos sucede lo que con los juncos; si usted los inclina demasiado hácia un lado y los suelta de golpe se inclinan casi tanto por sí solos, al otro lado.

Sin embargo, quizá esto no se les ocurrió muy claramente á los constituyentes y solo dieron tal fortaleza por la constitucion, al poder ejecutivo, para poner en su mano medios enérgicos y prontos de gobierno para organizar y hacer respetar la ley, en una sociedad casi desquiciada y

don marcadas tendencias á la anarquía, por aquella vieja comparacion del junco.

Usted se ha encarnizado pues demasiado contra la constitucion, olvidando tomar en cuenta este gran motivo: la necesidad.

Pero considerando especulativamente la cuestion, usted piensa rectamente, á mi modo de ver.

Las ideas han avanzado mucho; ya sabemos algo mas á qué atenernos en materia de constituciones.

Los mismos norte-americanos encuentran ya que su constitucion no es un modelo y aun, si usted pone un pensador liberal en frente de ese sistema suizo que parece que lo tiene á usted tan encantado, el pensador ha de encontrar muchas observaciones que hacerle al mencionado sistema, en nombre de la democracia y del buen gobierno.

Finalmente. Usted es buen demoleedor, veamos ahora como constituye. Preséntenos su proyecto de constitucion en la parte referente al poder ejecutivo, no nos haga esperar tanto y cuando usted lo haya presentado, veremos tambien si resiste al trabajo de zapa que alguien quizá emprenda.

Diciembre de 1873.

EL CHOCOLATE PERON ES EL MEJOR CHOCOLATE

Un francés no sabia cómo hacer para ganar algun dinero, cosa que les ocurre á muchos franceses y aun á los que no lo son.

En tal emergencia inventó fabricar un chocolate especial y gastó hasta su último centavo en poner anuncios en los diarios.

Pero como sus medios eran escasos, los anuncios no podian ser ni muy largos ni muy explicativos y hubieron por fin de reducirse á un simple renglon que decia:

« El chocolate Peron es el mejor chocolate. »

Todos los habitantes de Paris primero, los de Francia despues y los lectores de los diarios franceses de todo el mundo, leyeron durante años, el majistral anuncio y como los hombres tienen mucho de monos, verdad que se ha reconocido aun antes que Darwin demostrara nuestro parentesco con esos animales, todos á una leian y repetian: el chocolate Peron es el mejor chocolate.

Sea que fuera la costumbre de oir y repetir la mencionada afirmacion, sea que alguien la tomara como verdad admitida, desde el primer momento, lo cierto es que por esa especialidad del jénero humano que consiste en hacer verdad de lo que no es á fuerza de repetirlo, llegó un dia en que todos se convencieron de que en efecto, el chocolate Peron, era el mejor chocolate.

El anuncio sin contradiccion habia hecho su efecto; la casa de Peron era un verdadero jubileo y el mencionado Peron, espendia por precios fabulosos, una infame mercancía.

Hubo mas, desde Madrid, que es la ciudad en que indudablemente se toma mas chocolate, se solicitó facturas del señor Peron y una sucursal fué establecida en aquella corte y la reina no tomaba otro chocolate que el de Peron y comenzó la falsificacion y hasta los mismos chocolateros, que confeccionaban chocolate mejor que el de Peron, se vieron obligados á poner el rótulo francés á su chocolate, pues no tomando nadie sino chocolate de Peron, se esponian á quebrar si se obstinaban en vender otro chocolate.

El Papa, que tambien por aquella época tomaba choco-

late Peron, viendo el éxito fabuloso obtenido por aquel anuncio lacónico y que importaba una sentencia, decidió usar el mismo método para afirmar su gobierno y ordenó á todos los papistas de la tierra, que no se cansaran de escribir y repetir esta frase plajada del anuncio del chocolate: « el gobierno del Papa es el mejor gobierno. »

Pero los plajios suelen hacer una triste carrera, comparada con la que hacen las ideas primitivas y así, aunque durante muchos años, todos los periódicos ultramontanos decían: « el gobierno del Papa es el mejor de los gobiernos » y todos los devotos de la tierra repetían lo que esos diarios afirmaron, el gobierno del Papa no ganó muchos nuevos prosélitos.

En Buenos Aires durante la lucha electoral que ha concluido felizmente, por mas que no lo confiesen los opositores de la prensa, hemos tenido la repetición del anuncio de Peron, aplicado con un éxito lamentable, á la política de la época.

.....

Agosto de 1874.

EL PODER DE LA IMAJINACION

En una aldea de España, habia una señora, madre de un muchacho muy travieso y dueña de una imaginación que habria servido de modelo al filósofo que llamó á esa facultad, la loca de casa.

La señora de que habla el parrafo anterior, era medianamente feliz por todo lo que dependia de la materialidad de la vida, pero se hallaba continuamente mortificada por las

cavilosidades que la asaltaban y la grandísima facilidad que tenia, para llegar á las mayores exajeraciones, partiendo de los sucesos mas insignificantes.

Una vez, por ejemplo, su hijo, el muchacho travieso, se habia comido un bollo, sin pedirlo á su mamá; esta lo advirtió y tomando una actitud trájica y al muchacho por un brazo lo llevó al rincon mas oscuro de la casa para reprehenderlo

¿Sabes lo que has hecho? le dijo, has cometido un robo, insignificante es verdad, pero así se comienza; has cometido un robo y quizá ignoras que este crimen es penado severamente por las leyes de España.

El muchacho, chiquilin de diez años á lo mas, abria tamaños ojos y quizá en ese momento cruzó por su cabeza la idea de que á su pobre mamá se le iban á quedar definitivamente vacios los aposentos del cerebro.

Pero ella, que ya habia dado toda la cuerda necesaria á su imaginacion, continuó su discurso en esta forma:

¡Un robo, un robo á tu edad! ¡Qué diria tu padre, él que que era tan honrado y que te dejó en la horfandad, pobre, por solo su honradez, qué diria él si supiera que tiene un hijo que desde tan tierna edad, comienza á cometer crímenes de esta especie!

Hoy es un bollo que tomas de la alhacena, aunque sea en tu propia casa: mañana será una gallina, que tomarás en corral ajeno; tendrás que saltar las paredes; te perseguirán como á ladron; si te alcanzan te llevarán preso; si consigues escaparte te sentirás alentado para proseguir tu tu carrera del crimen; ya no te contentarás con robar pequeños objetos; te volverás ambicioso; querrás fortuna é irás á buscarla en las casas de los ricos y como en las casas de los ricos no se entra sin dificultad, tendrás que buscar el

amparo de las sombras de la noche, para forzar las puertas y perpetrar tu crimen. Si hay quien se oponga á tus pasos, añadirás el asesinato al robo; el puñal de que irás armado se clavará en el pecho de tus semejantes indefensos; serás un asesino; un asesino ladron; caerás en manos de la justicia; te meterán en un calabozo, alli te iré á ver, no me dejarán hablarte, lloraré á la puerta noche y dia y cuando te saquen para ahorcarte en la plaza pública, yo correré como una loca por ésas calles, gritando: matan á mi hijo y te veré subir al patibulo y asistiré á tu agonía y á tu muerte, con el corazon destrozado; los hombres malos dejarán tu cadáver tirado en el suelo y yo tendré que ir á pedir por caridad que te entierren y el cura no querrá dar licencia para que te entierren en sagrado, porque serás el cadáver de un ajusticiado y yo tendré que llorar, que suplicar y que desesperarme y nadie me hará caso y mi hijo será enterrado como un perro, fuera del cementerio. . . . Ay! mi hijo querido, hijo de mi corazon, que ni en sagrado me lo quieren enterrar. . . . Voy ahora mismo, voy que vuelo á casa del cura, á pedir por la virgen, por lo que mas quiera en este mundo, que me dé una licencia para sepultar al hijo de mis entrañas al lado de su padre. . . .

Y diciendo y haciendo, toda despavorida y con la angustia en el pecho y la desesperacion en el alma, tomó su rebozo y salió á la calle como una loca, en busca de la licencia del cura para enterrar á su hijo en sagrado, por haberse comido un bollo.

Ejemplos de esta señora tenemos á cada momento en Buenos Aires. La misma prensa nos los presenta casi todos los dias.

Ella toma un hecho insignificante, lo borda, lo comenta, lo revuelve y desfigura y cuando el lector acuerda, de adi-

cion en adición, de transformación en transformación, llega á encontrarse en el pináculo de las exajeraciones mas sorprendentes.

Algo mas hace todavía. En muchas de sus elucubraciones, ni el bollo que se comió el muchacho existe siquiera; no hay tal bollo.

.....

Hé aquí un ejemplo copiado del natural de uno de los artículos de la prensa opositora.

El presidente trata de castigar á los rebeldes.

¿Quiénes son los rebeldes?

Los que no creen en su triunfo.

¿Cómo los castigará?

El no puede hacerlo por sí solo, tiene que apoyarse en sus aliados; estos tratan de absorverlo y lo absorverán; el pequeño círculo suyo no puede nada en Buenos Aires ¿cómo hará para tiranizar? entregará el ministerio á su aliado, en cambio este le ayudará á oprimir al pueblo, se declarará en estado de sitio la provincia, la prensa será amordazada, las cárceles serán llenadas con los ciudadanos libres, las provincias humillarán á Buenos Aires, la reacción se viene encima! ¡Rosas! la tiranía! los bárbaros! á las armas! alerta el pueblo! la república y la democracia estan en peligro! el estado de sitio, la montonera, el ódio á Buenos Aires; todo, todo está amontonado en las nubes que van á descargarse sobre nosotros! adios patria!

.....

No falta mas que añadir: Voy que vuelo en busca de la licencia del cura, para enterrar á mi hijo en sagrado.

Agosto 13 de 1874.

DESPUES DE LA VICTORIA

Los ejércitos arjentinos han consumido mas armas que alimentos y han muerto mas caballos que enemigos.

Pero no hablemos de los caballos. Su consúmo es un mal irremediable. Parece que estuviera en nuestra organizacion destruir caballadas, no cuidar los caballos, necesitar cinco para cada hombre en cualquier marcha, cuando otros ejércitos, los de Europa por ejemplo, comienzan y concluyen sus campañas con los mismos caballos, salvo los que mueren gloriosa y valientemente en las batallas y cuyo número y nombre no figuran jamás en los partes, aun cuando se porten con un valor frío admirable y sean uno de los primeros elementos de la guerra.

Dispénsennos nuestros lectores esta digresion en favor de una noble raza, tan amiga del hombre, aunque tan predilecta de los caudillos que hacen de ella su gran base de trastorno público y de montonera rebelde.

Dejemos los caballos, que tiempo vendrá en que nos ocupemos de ellos con ventaja y en que cada uno haga comprender su importancia individual, una vez que su número, infinito hoy en las pampas arjentinas, disminuya sensiblemente, por el bárbaro tratamiento que reciben.

Hablemos de las armas que salen de nuestro parque ó de nuestra aduana y por las que el tesoro público paga injentes millones.

¿Que se han hecho las armas que sirvieron en las diversas expediciones, correrias, escursiones, batallas y escaramuzas que han tenido lugar desde la guerra de la independencia hasta la fecha?

¿Donde estan las piedras, las hondas, las flechas, las chuzas, los arcabuces, los escudos, los fusiles de chispa,

las lanzas, las tercerolas, las pistolas de un tiro, los trabucos, los sables, las espadas, las macanas, los cañones, los fusiles fulminantes, las bayonetas, los chassepots, los de aguja, los remington, los martin henri, los obues, los crup y las ametralladoras por último?

Triste es decirlo.

Mas de una espada que atravesó el cuerpo de un enemigo de la independencia argentina, ha servido mas tarde de asador y ha atravesado el cuerpo de un capon gordo, destinado á servir de alimento á cualquier acomodada familia de la campaña.

Las lanzas de nuestros valientes coraceros, previamente provistas de un plumero, han servido para bajar telas de araña, en algun cuartujo de los andurriales y las famosas tercerolas con que combatieron nuestros padres, no han dejado de trancar alguna devencijada puerta de cuarto á la calle.

Nosotros hemos visto una coraza sirviendo de carbonera junto á una estufa y un mendigo de la Concepcion Uruguay pedia limosna con un sombrero de brigadier, que no sabemos cómo hubo á la mano.

¡Oh que escándalo, usar de un sombrero de brigadier de la nacion para pedir limosna!

No es que creamos nosotros que deje de haber brigadieres que merezcan este castigo ó beneficio de la suerte, pues al fin y al cabo, hay mendigos muy felices, pero el que imploraba la caridad pública en la Concepcion del Uruguay, no era brigadier ni usaba su propio sombrero, sino el de algun jeneral del tiempo heróico de la república argentina.

El pueblo de Buenos Aires ha visto durante mucho tiempo y aun hoy mismo podria quizá ver, los cañones de

la patria sirviendo de postes en las calles, oficio ruin y municipal, mientras que las balas que nos tiraron los cañones británicos, se ostentan aun orgullosas, en la torre de Santo Domingo.

¿Porqué tratar con tanto honor á lo estraño y con tanto despego á lo propio?

Las piedras de chispa de los fusiles que llevaban los soldados de San Martin han servido en los yesqueros de los paisanos de Cuyo, para encender cigarros de chala y hemos visto un baston de tambor mayor famoso, servir de insignia de autoridad, á un alcalde, en la provincia de Jujuy.

Pero nada de esto seria tan alarmante por sí mismo, si lo que de ello se desprende, no fuera una verdadera ruina para el pais.

Las lanzas sirviendo de plumeros para bajar telas de araña, los fusiles de trancas de puerta, los cañones de postes los sombreros de brigadier para cubrir cabezas de limosneros y los bastonés de tambor mayor para mostrar la autoridad y el mando de un alcalde, son en verdad, irregularidades que harian derramar lágrimas á los viejos patricios amantes de antigüedades y de recuerdos históricos.

Pero es que no hay una sola lanza, un solo fusil, una sola tercerola sirviendo en oficios tan ruines, sinó miles de sables que sirven de asadores y no menos espadas, carabinas y bayonetas que desempeñan empleos poco bélicos.

Las armas que salen del parque no vuelven á él; se inutilizan, se pierden, son destinadas á oficios que podia prestar el pedazo de leña menos pretencioso.

Las guerras de Cepeda, de Pavon y del Paraguay han

dado orijen á qué se gaste enormes sumas en armas que despues han ido á parar á los rincones de las casas.

Las dos últimas guerras de Entre-Rios, han hecho tambien salir de nuestro parque armas por cientos y por miles, que se habrán quedado tiradas en las orillas de los arroyos ó en los ranchos de los puestos, pero que no han vuelto al parque.

Los guardias nacionales que reciben un fusil del gobierno, se creen con derecho á él y si no se creen con derecho, hacen esfuerzos por quedarse con él.

Necesario es confesar que esos esfuerzos no deben ser muy grandes, pues el gobierno despues de concluida una guerra, no se toma gran trabajo por recoger las armas, que entre otras cosas, pueden servir para derrocarlo.

Supongamos el mejor de los casos, aquel en que el guardia nacional, por amor al arma que le sirvió en la ruda campaña, para defender las instituciones, se quede con ella, para cuidarla y tenerla pronta, por si nuevos casos de defensa se presentan.

Al fin aquí el robo es disculpable, no es mas que temporal, á lo menos en la intencion y es inspirado por un buen sentimiento.

¿Qué sucede? El fusil sale limpio del cuartel, va á la casa del guardia nacional, es colocado el primer dia, con todos los honores, en el dormitorio ó en otra pieza importante de la casa; es mostrado en las primeras semanas á todos los amigos que van á felicitar al que ha hecho la campaña, por la conclusion de la guerra y la vuelta al hogar y todos admiran el patriotismo del visitado y el cuidado que tiene con el arma que le sirvió.

Pero la novedad pasa en materia de armas como en todo. Un dia transcurre sin que el fusil sea manoseado; el re-

cuerdo glorioso está apoyado en un rincón del cuarto, silencioso y tranquilo y con la indiferencia con que los fusiles se apoyan en las paredes; ya se ha vuelto un mueble que no llama la atención y pasada una semana, el moho, el herrumbe, la oxidación ó lo que se quiera, enemiga intransigente de todos los recuerdos de metal barato, comienza á comerse el fusil y á transformar su pulidez en un color amarillo rojizo de sesquicarbonato de hierro, elemento muy digno de figurar en una botica, pero de ninguna manera en un arsenal.

El dueño, el nuevo dueño del fusil, nota que su arma comienza á oxidarse, la agarra, se ensucia las manos, reconoce la necesidad de limpiarla, pero no la limpia: tiene ese día y el que viene, mucho que hacer; la limpiará el domingo; pero el domingo viene un amigo que ha hecho también la última campaña y que también ha robado un fusil é invita al otro á dar un paseo—No puedo, contesta este, tengo que limpiar mi fusil.—Yo también tengo que limpiar el mío.—Lo limpiaremos juntos el domingo que viene.—Convenido.

Las cosas hechas en comisión tardan mucho ó no son hechas. Así el día de limpiar el fusil no llega jamás y este continúa perdiéndose, bajo la acción voraz del oxígeno, de la humedad y del ácido carbónico que tratan de convertirlo en una sal de hierro estable.

Ya por último, el fusil afea el cuarto y la mujer que como todas las mujeres, es enemiga de todas las antigüedades y de las cosas que afean, abre campaña contra el fusil mohoso que incomoda en la pieza.

El marido contesta al principio los argumentos, en nombre del patriotismo y de la constitución y promete limpiar su fusil, pero como al fin al cabo, el reino de este mundo

es de las mujeres, el fusil es ignominiosamente espulsado y vá á parar á la despensa primero, á la cocina despues.

Al poco tiempo la cocinera usa la bayoneta para atizar el fuego, los muchachos cazan ratones y apalean gatos con la baqueta y los niños echan agua en el cañon para ver como sale por el piston, mostrando á la madre el feliz descubrimiento.

Finis coronat opus, la culata sirve despues para machacar la carne con que se hace beefsteak y por último, para arder en el fogon, un dia que ha tardado el carbonero.

Esta es la historia del fusil mas bien tratado en casa de un guardia nacional.

En vista de ello, francamente sentimos mucho que los remington y los martin henri, armas tan ricas, corran la misma suerte. Nos doleria en el alma ver perdidos tantos fusiles que son un lujo de civilizacion y una garantia de la paz para la nacion.

Destinar á la suerte que hemos señalado antes, una de estas lujosas armas, nos pareceria una profanacion y estamos dispuestos á hacer todo lo que de nosotros dependa, con tal de conseguir que el gobierno tome las medidas del caso para que sean recojidas las armas que ha entregado.

Esas armas cuestan muchos millones, esos millones deben ser pagados por el pueblo y el gobierno debe administrar bien los caudales públicos y debe velar por el orden; tiene la obligacion de conservar su armamento, para no verse en el caso de comprar con grandes sacrificios, uno nuevo para sofocar cada reyuelta que estalle, en un pais como el nuestro, en que las reyeltas son crónicas.

Si las consideraciones que hemos hecho tienen algun peso, deben tambien tenerlo sus consecuencias.

Así, como consecuencia, aconsejamos al gobierno, que

cuando nuestros ejércitos hayan hecho su entrada triunfal en Buenos Aires, nombre una comision honrada de honrados ciudadanos, que recoja las armas y las mande al parque para que sirvan alli de garantia del orden y economicen con solo estarse donde deben, muchos millones al Estado.

Diciembre 1874.

ESTÁ MUY BIEN SEÑOR

No lo haremos mas.

No suponiamos que usted se incomodara.

Dispéñenos usted si le hemos dado un mal rato, pero no podiamos adivinar que usted tuviera sus vistas y su programa sobre la marcha de la «República».

Pensábamos mas bien que usted se cuidara de que el «Arjentino» fuera como lo es, un diario digno de la proteccion del público y dejara á los demas diarios, en libertad de ser lo que fueren.

Creimos tambien que cuanto peores fueran otros diarios tantas mayores ventajas reportarian los buenos y concienzudos y que por consiguiente, cuanto mas mal se escribiera en un diario, tanto mas alegres debian hallarse los colegas.

Pero nos habiamos equivocado.

Habia un anjel tutelar que velaba sobre la prensa de Buenos aires.

Habia un tutor bien intencionado (ave rara) que se tomaba los mas asiduos cuidados porque no tuvieramos, nosotros sus pupilos, el capricho de opinar de un modo diferente.

Este tutor es el «Arjentino» que nos dá consejos en un tono dogmático y fulminando desde el olimpo, donde el mismo se ha puesto.

Una opinion nuestra disgustó al «Arjentino» y usando de una autoridad, emanada no sabemos de donde, nos aplica la siguiente sentencia.

«Dejemos que el pueblo se mate. Necesita sangria.»

«Asi dice la «República» de esta mañana.

«¿Resucita á Broussais para la política quien no puede resucitarlo para la medicina?»

«Todo es inflamacion, decia el maestro: desinflamemos evacuando sangre!»

«Y sus discipulos mataban.»

«No hagais en política discipulos fanáticos de una doctrina falsa. Pasariamos sobre un pueblo, como la escuela antiflojistica sobre los enfermos.»

«Menos medicina y mas seriedad!»

«Menos humor y mas cordura.»

Con el mismo derecho podriamos nosotros decir al «Arjentino»: menos pretensiones y mas intelijencia para entender las cosas: menos infalibilidad y mas conciencia de lo que se dice!

Podiamos añadir tambien que la «República» no puede aceptar los consejos de los novicios, consejos cuya mala intencion es manifiesta, pues no pensamos que el que nos los dá tenga el propósito de obtener que la «República» esté escrita con mas cordura y menos humor que el «Arjentino».

Hay algo que solo el «Arjentino» parece ignorar y es que un sistema puede ser malo para una série de ideas y muy bueno para otra.

Asi por ejemplo, el sistema de centralizacion es mali-

simo aplicada á la política y sin embargo, la vida de un animal sería imposible sin ese sistema.

El corazón debe ser uno, el sistema nervioso debe ser uno, para que la vida sea posible.

Hé ahí pues como un sistema médico muy bueno, es pernicioso en política, lo que explica perfectamente que un sistema muy malo en medicina puede ser muy bueno en política.

Esto en cuanto á lo general de la cuestión.

Ahora en cuanto á lo particular, negamos competencia al «Arjentino».

Broussais ha sido juzgado de otro modo que lo que lo hace el autor de la sentencia á que aludimos.

Broussais era un talento á cuyas plantas puede ponerse la mayor parte de los talentos de este siglo.

Ese hombre revolvió la cabeza con su sistema, á hombres mas seguros de sus ideas médicas que lo que puede estarlo el articulista de el «Arjentino».

Y nos duele realmente que un colega de la prensa destruya de una plumada toda una reputación médica universal.

Hay cosas que se hace en nombre del derecho de no haberlas entendido y es lo que nos sucede á todos nosotros, cuando nos metemos en terreno extraño á nuestros estudios y á nuestros conocimientos.

El «Arjentino» juzgando á Broussais, nos hace el mismo efecto que la «Revista médico-quirúrgica», juzgando á Bismark ó á Maquiavelo.

Todo es inflamación, no decía Broussais, como lo afirma el «Arjentino».

No hay para qué calumniar al pobre Broussais que ya no puede defenderse.

El no dijo jamás que todo era inflamacion y aunque lo hubiera dicho en su siglo y en su tiempo, nadie le habria contestado, porque al talento no se contesta sinó con el talento y Broussais tenia un talento sistemático igual al mejor que haya habido en el mundo.

No resucitamos á Broussais para la política, como lo supone el «Arjentino». Antes de Broussais ya se sangraba en el mundo.

Sangrar no es pues invencion de Broussais, ni es remedio orijinario de la medicina.

Antes que medicina ha habido política y la sangria es un remedio político, un remedio aplicado á los pueblos antes que á los individuos.

Los primeros sangradores han sido los reyes, los emperadores, los conquistadores y los jefes de tribu.

La sangria ha sido pues importada de la política á la cirujia.

Luego el «Arjentino», que dá por muerto á Broussais en su sistema y que supone que tratamos de resucitarlo, no sabe historia cuando dice que queremos aplicar un remedio olvidado en medicina, á una actualidad política.

Broussais ó su sistema no está muerto para la medicina, por consiguiente no es estraño que no podamos ó no queramos resucitarlo para ella.

Todavía se vende lancetas en las fábricas de instrumentos y en las boticas y todavía cada mēdico cirujano lleva en su cartera estas armas de un sistema mas antiguo que el de Broussais.

Todavía el «Arjentino» puede ver en las farmacias y fuera de ellas, los tarros de sanguijuelas que el pueblo de Buenos Aires emplea, por consejo médico.

Y aun fuera del reino médico y fuera de los establecimientos dependientes de la medicina, suele hallarse sanguijuelas superiores á las que se emplea en el tratamiento de las inflamaciones.

La sanguijuela política es mas antigua que la sanguijuela hambúrguesa.

La sanguijuela política es mas temible, mas constante, mas hambrienta que la sanguijuela que el médico aplica á la parte mas inflamable del cuerpo.

La sanguijuela política está prendida al cuerpo del pueblo, tenga ó no tenga inflamacion y á fuerza de sacarle sangre, lo deja exhausto é inservible.

La evacuacion sanguinea por medio de las sanguijuelas políticas, mata mas, pues, que los discípulos de Broussais, quienes han causado muchas muertes, no hay la menor duda, pero no tantas como los políticos.

Tenemos entonces que el «Arjentino» se ha enojado de vicio.

Que no hemos aplicado á la política un remedio exótico; que cuando mas, le aconsejamos los remedios que jamás ha dejado de emplear.

No somos nosotros los que tratamos de hacer en política discípulos fanáticos con doctrinas falsas.

Los que tratan de hacer discípulos fanáticos son los que consienten y por consiguiente ayudan, á que el gran sangrador de la república, aplique sus sanguijuelas y hunda su lanceta en el pueblo arjentino.

Por mas parabólico que sea el estilo con que se nos conmine, no dejaremos de volver á la política lo que es de ella, sus sangrias como remedio, sus sanguijuelas como mal inevitable.

De este modo no pasaremos sobre el pueblo como la escuela antifiojística que aun no ha pasado; sino que pasaremos por hombres prácticos y no por utopistas, visionarios, improductivos, que se asustan de las palabras y no se asustan de los hechos atroces.

¡Méno amor propio y mas fondo!

¡Méno humor y mas prudencia con los que no nos provocan!

Febrero 1^o de 1874.

XII.

SICOLOGIA SOCIAL DEL DUELO

Decir que todos los duelistas son cobardes es tan falso como decir que todos son valientes.

Cada vez que se quiere envolver en un solo dictado, en una sola clasificacion, en un solo sistema la pasion ó las pasiones de las cuales todos los hombres participan, se comete un error.

Una misma pasion puede ser en tres hombres distintos, valor, cobardia ó indiferencia.

La pasion pues no es una sustancia, es un modo del espiritu ó del hombre, mas bien dicho y dada la diferencia de los hombres, lo único que queda de constante es la palabra, impropia siempre, que se usa para designar tal ó cual acto automático y que en realidad no designa con precision, ninguno.

El valor de las palabras es enteramente convencional y la convencion es por si misma insegura desde su fundamento, porque se ha hecho empleando palabras, sobre las que no existia convencion alguna y á las cuales por adivinacion, se ha dado un sentido de jeneralidad arbitraria.

No hay en realidad una sola palabra cuyo significado nos conste que es idéntico en todas las cabezas, ni la habrá nunca, pues para que la hubiera, seria necesario que dos ó mas hombres, en comunicacion, pudieran penetrar en el

cerebro ajeno y sentir sus impresiones, sin dejar de experimentar la propias.

Por olvidarnos de esto á cada momento, nos perdemos en discusiones estériles, que nos conducen á no entendernos ó á calificar erróneamente una categoria de nociones, como lo hace alguno de nuestros colegas con las que se refieren al valor, á propósito de las conmociones que nuestra prensa ha soportado durante estos dias.

El duelo es un acto de valor? se pregunta nuestro colega y se responde negativamente.

No es un acto de valor, dice y repite este argumento desquiciado que los teólogos y nuestros profesores de filosofía teniendo que enseñar la filosofía religiosa del Estado nos han repetido cien veces, sin caer en cuenta de su error.

«Si el valor está en hacerse matar, sin tener el coraje de resistir los embates de la vida, ninguno mas valiente que el suicida y el suicida es considerado como un cobarde, que nõ ha sabido resistir la desgracia que lo rodea.»

Hé ahí un pedazo de filosofía vieja de escuela de Estado falso y vacío como lección de encargo.

En él se confunde lastimosamente el valor con la conformidad y la resignación, dos sentimientos moderadísimos del hombre que jamás han levantado tempestades en su alma.

No hay valor en soportar una desgracia; habrá sufrimiento, resignación, conformidad, tolerancia y otra serie de sentimientos pasivos, pero no valor.

El valor en su significación genuina, es un sentimiento esencialmente activo.

Es aquel movimiento síquico por el cual arrostramos un peligro corporal, conociéndolo.

Los peligros morales no requieren valor; requieren energía, decisión, cuando la modificación intelectual ha de ser activa; resignación y calma, cuando ha de ser pasiva.

Por consiguiente decir que el que no se conforma con sufrir las amarguras de esta vida, es un cobarde, es desquiciar al valor de la situación que tiene en la organización intelectual del hombre.

Hay sujetos eminentemente valientes, arrojados, guapos, que no temen el peligro, que lo afrontan con brio, que son capaces de atropellar serenos un cuadro de infantería que les haga fuego y que sin embargo se deprimen, se aniquilan, se envejecen y pierden toda la energía de su espíritu, cuando desgracias de familia, de orden puramente moral, vienen á poner á prueba su resistencia.

¿Se dirá de ellos que son cobardes porque se dejan abatir por desgracias que afectan su moral?

Evidentemente nó.

Al contrario, el sufrimiento, el dolor en casos semejantes, es la nuestra de nobles cualidades y la prueba de que se posee un corazón sano.

Pero vamos al duelo.

Para nosotros, el que se bate ejerce un acto de valor, aunque mientras apunta con su pistola ó pone en guardia su espada, experimente en su interior el miedo más intenso.

En este caso lo más que ha sucedido, es una modificación que le dá mérito, pues no habiendo en su espíritu tendencia definida á arrostrar ese peligro con serenidad, el hecho de arrostrarlo supone un valor por convicción, por idea de honor, por dignidad que enaltece al sujeto; supone un valor formado que tiene tanto ó más mérito que el espontáneo.

Un hombre que arrostra el peligro á sabiendas, no hace pues un acto indiferente, hace un acto de verdadero valor.

Pero el batirse no prueba nada, no prueba ni la razon, ni el derecho, ni dá legitimidad á tal ó cual acto de la vida. No lava las ofensas, ni levanta las calumnias.

Es verdad. Como todas estas cosas no están ligadas con el duelo por relacion de causa á efecto, el duelo no prueba que se tenga razon, ni su resultado demuestra la justicia del ofendido.

Sin embargo en el estado social de este siglo, en que hay tantas cosas convencionales, es una convencion tambien aceptada, que el que á consecuencia de una ofensa de cierta clase, acepta ó provoca un duelo, hace algo por su honor.

Esto es lo que el duelo prueba.

No cambiemos los significados, porque llevando un asunto á un terreno extraño, es fácil triunfar en determinado sentido.

Así, no hemos visto en los largos artículos que se ha escrito sobre este tópicó, tratada la cuestion bajo su verdadera faz, que es la faz social.

Los filósofos encuentran mal el duelo, pero un filósofo delicado que vive en sociedad, se bate en los casos en que la sociedad encuentra disculpable batirse.

Y no se nos diga que la sociedad no lo encuentra jamás disculpable, porque contestaremos con la historia, que nos muestra la antigüedad de este medio de dar por satisfecho el honor, aunque en realidad no lo satisfaga y con la imposibilidad de destruir esta costumbre en todas las sociedades, cualquiera que sea el grado de su civilizaci6n.

Contestaremos con los hechos ante los cuales no hay reclamo. Y es un hecho que la sociedad estima á los

que buscan una reparacion á ciertas ofensas en ese recurso, siquiera sea ficticio.

Por otra parte, si hay muchos honores convencionales, no vemos por qué no ha de haber reparaciones tambien convencionales.

En Francia, nos dicen, es una gran ofensa fijar la vista de un modo impertinente sobre una dama que va acompañada de un caballero; el caballero cree de su deber pedir una satisfaccion.

Hé ahí una ofensa convencional.

Entre nosotros el derecho de mirar es libremente acordado y en nuestras calles no solo se usa mirar fijamente, sinó pararse, estacionarse á mirar.

El acto será feo, pero nadie lo considera como una ofensa.

No hemos convenido que eso sea ofensa y el acto no dá márgen á consecuencias.

Si en Francia, por ejemplo, la ofensa es convencional ¿qué hay de extraño en que la reparacion lo sea?

Toda vez que se convenga que tal acto requiere tal otro, es una falta dejar que el uno se verifique sin el otro y las sociedades castigan con su desprecio esta falta de lójica, como si fuera un crimen social.

Los ingleses son aún mas ridículos. Ellos consideran que se ofende á una señora nombrando una pieza de ropa interior delante de ella, la camisa, por ejemplo.

Entre nosotros ninguna dama se ruboriza ni se ofende porque se hable aunque sea de una camiseria entera.

Hay pues delicadezas convencionales que no derivan de la naturaleza de las cosas, aun cuando se las pueda explicar por ellas, sinó de las costumbres de cada pais.

Y así, conforme es costumbre mirar como un crimen

social, tener hijos sin ser casado, por ejemplo, crimen enteramente convencional, por ser el matrimonio una convencion y nada mas, así tambien la sociedad actual, nosotros, ustedes y todos, aún los que hablan en contra del duelo, no encontramos bien que un hombre no se bata con otro á quien ha hecho una ofensa, de esas que no se repara con sentencia de juez, ni con el apoyo de la opinion pública,

Hay actos que no encontramos penados por ley alguna y entre esos actos figuran los que hieren el honor convencional, creado por las costumbres de cada país.

¿Cómo se obtiene pues una reparacion?

Los hombres son tan locos que ponen su honor en cualquier parte y como las leyes no pueden preveer estas locuras, no hay castigo para esas ofensas convencionales; no hay mas castigo que la reparacion exigida segun las costumbres.

De este modo el duelo es una reparacion tan vigorosa como una sentencia y mas que ella muchas veces.

Así, léjos de ser inexplicable el duelo, es racional.

¿Porque? Porque deja satisfecho al que se bate Hé ahí la fuerza y la razon de esta costumbre.

Si un hombre que ha recibido una ofensa, encuentra satisfecho su honor con la venganza, la venganza que lo tranquiliza, es para él, la reparacion de su honor.

Si otro se satisface con una sentencia de juez que lo declare limpio de ofensa y con su honor integro, tanto mejor para él, ha encontrado la reparacion sin esponer su vida y sin mas acto de valor que el que se necesita para decidirse á comprar papel sellado.

Si otro por último, piensa que la venganza es inmoral y que el recurrir á la justicia es ponerse en ridículo,

encontrando sólo en el duelo un medio de satisfacer su susceptibilidad herida, su persona ofendida, aun cuando la ofensa sea imaginaria, el duelo es pues para él, un santo remedio.

Y á todos los argumentos que se haga en nombre de la moral, de la razon y de todo lo que se quiera, él podrá contestar con esta elocuentísima frase:

«Es lo único que me sastiface.»

La razon, la esplicacion y hasta la moralidad del duelo, está pues en que la sociedad lo considera como una reparacion, por mas que digan lo contrario los filósofos y escritores y en que todo el que se cree ofendido, piensa cuando se ha batido, que ha llenado un deber.

Los cristianos se confiesan para hacerse perdonar sus culpas y se creen con ello tan perdonados y tan puros como el que nunca ha pecado; sin embargo, la confesion no prueba nada, no demuestra nada, no dá razon á nadie, ni lava crimen alguno.

¿Por qué se confiesan los cristianos, católicos apostólicos y romanos?

Porque la confesion los deja tranquilos y en aptitud de abrir cuenta nueva.

Pues lo mismo sucede con el duelo y los duelistas.

El duelo no prueba nada, no resuelve nada, no lava nada, pero tiene, como la confesion, la ventaja de dejarnos satisfechos y pensando que nuestro honor está reivindicado, que nadie puede acusarnos de no haber vuelto por él y que lavada esa ofensa, los que intenten ofendernos en adelante, sabrán bien á qué atenerse.

Hé ahí la esplicacion de este acto de valor que consiste en batirse con lo que la sociedad llama razon.

Enero 25 de 1874.

EL CARNAVAL

No puede uno divertirse cuando está triste y no puede uno ménos que estar triste cuando la crisis comercial, la peste y la política se dan la mano para oprimir á una ciudad.

El carnaval que fué tan animado hace un año, será en este, silencioso.

Las jentes han huido para el campo. Los vendedores de objetos ostentan en vano sus caretas y sus pomitos en las vidrieras de las tiendas: no hay compradores.

Los pomitos se quedarán repletos y las caretas seguirán haciendo su perpétuo visaje en las vidrieras.

El hombre ha nacido para imitar; el hombre, nieto lejítimo del mono, segun la ciencia y que solo ha perdido el pelo á causa de la civilizacion, tratará pues de imitar los visajes alegres de las caretas que yacen en las vidrieras, pero su corazon le dirá que nó ó le hará errar el jesto.

¿Cómo hacer jestos alegres cuando la crisis, el cólera y la política nos contrarian?

La fisonomía es el retrato del alma y del bolsillo y un comerciante quebrado deveras, tiene que hacer tan verdadero esfuerzo de mimica para ocultar su ruina, como un enamorado sin esperanza, para ocultar su dolor.

En este mundo miserable, hasta la alegría se compra con el dinero y si la crisis no ha sido tan grande que haya

impedido comprar votos, lo ha sido por lo ménos tanto que ha hecho imposible comprar risa, alegría, felicidad pasajera, en estos días de locura oficial y de disfraz confesable.

No hay con qué comprar una careta! Esa es la verdad.

Felices los que la tienen de nacimiento; estos podrán pasar su carnaval completo ó continuar el que hacen todo el año.

Los otros tendrán que andarse con sus caras limpias, por las calles silenciosas de la ciudad. Nosotros no sabemos á punto fijo si el disfráz es la hipocresia ó la franqueza.

Las dos cosas se falsifica y se reemplaza tan bien unas por las otras, que un observador concienzudo no sabe en definitiva, á que atenerse.

Hay hipocresias tan francas que merecerian ser verdades y hay franquezas tan bien simuladas, que cualquier jesuita las tomara sin escrúpulo, como hábito de su continente.

Así, nosotros no sabemos si el carnaval que se vá á los pueblitos de campaña, se lleva ó nos deja la hipocresia con que cuenta esta sociedad en las épocas normales.

Nosotros creemos que la palabra disfraz está desquiciada, sacada de su significacion natural.

¿Cuándo estamos disfrazados? ¿cuando nos ponemos ó cuando nos sacamos la careta?

Cuando nos la ponemos, las facciones no nos traicionan, pero nuestras palabras revelan el fondo de nuestra alma. Entonces si que somos injenuos y francos, entonces si que la palabra es la expresion del pensamiento atrevido solo á condicion de hallarse tras una muralla de papel pintado,

Cuando nos la sacamos, la palabra se modera, pero las contracciones de la fisonomia, á la cual ni los bigotes ni las

cejas ocultan lo bastante, revelan tambien la verdad de nuestras pasiones.

Entonces si que la espresion famosa «la palabra ha sido dada al hombre para ocultar su pensamiento» se hace verdad.

Cada año al aproximarse el carnaval los hombres públicos y los muy relacionados, hacen acopio de resignacion para oir verdades.

Por qué? porque las palabras son mas intelijibles que los jestos y porque tiene una significacion mas limitada.

De otro modo y si las espresiones de la fisonomia dijeran tan claro y para todos lo que pensamos de nuestros prójimos, nadie se atraveria á salir á la calle durante todo el año, horrorizado de ver el juicio de sus contemporáneos.

Con jestos no se puede decir ladron, tráfuga, venal, inconsecuente, tramposo, corrompido ni inmoral.

Con la palabra se puede decir eso y mucho mas.

Así, el carnaval es la picota á la cual subimos todos á nuestro turno; es decir, todos los que no tenemos con qué comprar careta ó no sabemos llevarla.

El carnaval es la ventaja de los que tienen mala lengua.

Es una fèria de reputaciones, es una válvula de la maledicencia que se levanta por completo, durante tres dias. Y los bailes de máscaras, esas reuniones de jentes francas, no son sinó un campo de batalla donde los combatientes se destrozan á lengua blanca.

Permitasenos inventar esta espresion nueva. Victor Hugo y otros inventan de estas espresiones todos los dias y el seguir los buenos ejemplos conduce á la prosperidad.

Hay un dato estadístico que queremos poner en conocimiento de nuestros lectores.

En los bailes de máscaras se deshace anualmente un

cinco por ciento de matrimonios. En los mismos bailes no se forma ninguno que se funde en la moral y en la virtud.

Uno que otro entusiasmo carnavalesco suele despertar una pasión violenta, pero el matrimonio, esta cadena que los humanos se complacen en ponerse á sí mismos para toda la vida y en nombre de un amor ó de un interés que los enloquece, no sale habitualmente de los bailes de máscaras.

De este dato podría resultar la necesidad de un consejo á los maridos y á las madres de familia.

Pero no lo damos, porque lo daríamos sin conciencia.

¿Qué harían los maridos y las madres con no llevar á sus mujeres ó á sus hijas á los bailes de máscaras?

¿Sustraerlas á la maledicencia?

De ningún modo.

Mientras vuestra mujer ó vuestra hija se quedan en su casa, al lado del niño que duerme ó con el Año cristiano en la mano, ya que se aproxima la cuaresma, otros se encargan de quitarle su reputación.

En vano os encerrareis en carnaval; los que no se encierren y concurran á los bailes de máscaras sacarán su reputación al campo de batalla y la maledicencia se encargará de deshacerla.

Vuestros hechos serán comentados, aumentados, corregidos y transformados.

No os encerreis, es inútil; tomad á lo menos una pequeña venganza; hablad de los otros lo que ellos hablan de vos.

Tomad vuestra careta, como quien toma su casco, empuñad vuestra lengua y ponéos á sablear reputaciones.

El carnaval es la picota y como la prensa y la oratoria han lastimado tantas personas durante este año, justo es

que haya muchos con sangre en el ojo y con ganas de tomar su revancha, teniendo por escudo una careta.

El carnaval que era antes una época de diversiones y lo es ahora de entusiasmo loco, de alegría insana, de esa alegría morbosa que la humanidad siente cuando se daña á sí misma.

El estado natural es el estado de guerra, ha dicho un filósofo y la historia se ha encargado de darle la razón.

Y la guerra de las mujeres, sobre todo, de ellas que no pelean en los campos de batalla, aunque estingan á los combatientes, es principalmente la guerra oral que en ningún tiempo se hace mejor que en el carnaval.

Hay placeres inefables sobre la tierra y no es el menor de ellos hablar mal del prójimo sin responsabilidad.

El carnaval nos brinda la ocasión de hacerlo. En sus bailes de disfráz, la humanidad que es hecha de vil barro, se encontrará en su centro.

Febrero de 1874.

UNA VISITA AL ASILO DE HUÉRFANOS

Señor redactor de la «República».

Haga usted un paréntesis á su política y tenga á bien, si le parece, entretener hoy á sus lectores hablándoles de un establecimiento que muchos no conocen, como no lo conocia el que suscribe, á pesar de todo su amor y su curiosidad por aquello que contribuye á lo que se haconvenido en llamar bien público.

El once del presente, dia justamente celebrado por los bonaerenses y que debia serlo por todos los argentinos, por que en él tomó orijen el sistema actual de cosas políticas, se presentó el doctor Gonzalez Garaño en mi casa y me dijo: «quiero solemnizar este gran dia, vamos á hacer una visita al asilo de huérfanos.»

A primera vista, tal método de solemnizacion parecerá estraño, pero teniendo en cuenta que la conversacion tenia lugar entre dos médicos, la rareza desaparecerá por completo.

En efecto, pocas cosas halagan mas á un médico que la visita á un hospital que no conoce, á una casa de sanidad que no ha visto ó á un establecimiento cualquiera en que hay ó puede haber enfermos, á quienes tales visitas pudieran ser agradables.

Esta aficion de los médicos no nace precisamente ni de su connaturalizacion con la presencia de la enfermedad y

el dolor, ni de su hábito con las desgracias reales de la humanidad.

Nace de sus recuerdos y los hospitales, las casas de sanidad, los asilos, los colejos con sus enfermerías y otras casas en que viven muchos y puede haber colecciones de enfermos, no son para los médicos que no las visitan diariamente, otra cosa que representantes de épocas anteriores.

Ya se sabe que todos los recuerdos, aun los de sucesos enteramente desgraciados, halagan melancólicamente el ánimo y así, conforme el emigrado desea volver á su patria, el enamorado visitar los sitios en que corrieron encantadoras las horas de felicidad, el hombre mirar los campos y las casas donde jugaba cuando era niño, así el médico, despues de cierto tiempo de privacion de hospitales, siente, cuando entra á ellos, un delicioso tropel de recuerdos á los cuales está ligada una época de la vida regularmente mas feliz que la presente, menos preocupada, menos responsable.

La invitacion del doctor Garaño fué aceptada de plano y en menos de media hora y prévio pasaje de veinte pantanos y malas huellas, nos hallamos al extremo de la calle Venezuela, en frente de un edificio espléndido que ocupa media manzana, sin contar la otra media que sirve de huerta ó plaza de recreo.

Sorprende verdaderamente ver en aquellos andurriales un grandioso edificio lleno de mármoles y columnas, de rejas y cristales, limpio, con aire de nuevo y nuevo en realidad, con hermosa portada y escalinata, con una linda fuente en el primer patio convertido en jardin, con sus bronces brillantes y bien cuidados y con todo aquello que denota un dueño abundante de recursos (el gobierno) y

habitantes que no descansan en el trabajo, para mantener en buen estado su palacio habitacion.

Yo tengo la costumbre de leer los letreros de las puertas no solo por la curiosidad mortificante y femenina de que padezco, sino porque se me imagina que leyendo los letreros, aprendo la profesion de las casas que es como saber la de los individuos, lo que es siempre bueno, pues nada hay mas cierto que nos consideramos mas satisfechos cuando al presentársenos un contemporáneo, se nos indica su oficio, ocupacion ó profesion, que cuando se nos lo entrega con su nombre de pila solamente.

Alcé pues los ojos al enfrentar al edificio, en virtud de la curiosidad indicada y leí: «Escuela de artes y oficios. Casa de correccion para menores.»

«Pues ni una ni otra cosa es, pensé para mis adentros y aquí los edificios son como los hombres: nacen estos para literatos y son rematadores, como el pobre Fasjardo, nacen aquellos para correccion de menores y son destinados á encerrar criaturas desvalidas y miserables. En fin, el cambio no está tan malo y por solo vivir en este paraje y en este edificio, yo encontraria razon á algunos muchachos, cuyos padres no valen un comino ó valen para el mal, que desearan ser huérfanos y estuvieran aquí aprendiendo á leer, á sacar hilas, á rezar, á coser y á querer á su prójimo, cosa que necesita hoy de escuelas particulares y métodos adelantados, tanto es lo que nos hacemos la guerra unos á otros.»

El doctor Garaño, que no hacia probablemente estas reflexiones, pisó con escrúpulo lós umbrales de una pieza que se encuentra á la derecha en la entrada, adelantó la cabeza como buscando á quien saludar, puso su sombrero sobre una mesa que habia en el medio de aquel cuarto

limpio, sério y con olor á nuevo y me obligó á mí á imitarlo, á pesar de que, como lo supe mas tarde, no era lo mas cómodo andar sin sombrero por los patios, por los jardines y por las azoteas.

No bien acabamos de hacer este acto de despojo perjudicial, se nos acercó la hermana superior de aquel hospicio y me miró con ojos de conocida.

Era la hermana Nicomedes, cuya cara siempre plácida veo solo de tiempo en tiempo, cuando alguna epidemia de cólera ó fiebre amarilla, viene á aumentar nuestras ocupaciones.

Nuestro saludo fué cariñoso y parecia que queria decir: «nos alegramos de vernos vivos».

Entonces comenzó nuestra visita. Vimos el primer patio con su jardin y su fuente que hicimos funcionar, entramos en todas las piezas, yo abrí todos los armarios, conté los botines, reconocí las roperias, pregunté un millon de cosas y sin pasar del primer patio, habria aburrido lejitimamente á nuestra compleciente conductora, á no estar ella dotada de una paciencia á toda prueba.

Luego vimos los dormitorios, las clases, los patios interiores; los pasadizos, los depósitos de muebles y colchones, los lavatorios de diferente altura, algunos casi microscópicos y proporcionados á los liliputienses que habitan aquel vasto edificio.

Todo estaba limpio y bien cuidado; los mármoles de las mesitas de noche, brillaban por su limpieza y las pequeñas camitas de las huérfanas, conmovian; muchas de ellas parecian mas bien cunas que camas, pero por su arreglo se hubiera dicho que pertenecian á criaturas mayores de edad, si la espresion no fuera paradójica.

En cada dormitorio habia además una cama grande con

colgaduras blancas de lienzo; estas camas pertenecian á las hermanas que cuidan los huérfanos de los cuales están encargadas.

La cocina y la despensa no quedaron olvidadas; en la cocina, que es una gran cocina, repetí mi letania de preguntas, destapé las ollas, de las que salia un perfume apetitoso; examiné la direccion de los caños y por último, abrí los cajones de guardar los platos y me gustó mucho observar que el fondo era una reja que permitia á estos útiles, secarse enteramente.

En uno de los cajones habia una fuente de loza, de esas que de viejas se ponen amarillas; esta fuente estaba rota; yo miré á la hermana y esta se ruborizó como diciendo: «no estrañe usted que haya una fuente rota» es tan vieja y ha servido tanto que bien ha podido romperse; pero no la usamos sino para calentar algo, poniéndola sobre las planchas.»

Epílogo; no pude encontrar en la cocina un solo lienzo sucio.

En la despensa no fué menos prolija la inspeccion. Ya la hermana habia medido los horizontes de mi curiosidad y pensaria en sus adentros que habria sido un terrible inspector. A pesar de eso, ella abrió todos los cajones de la despensa, me dejó examinar los fideos, el arroz, los porotos, la manteca, la grasa, los escasos condimentos y por último, el pan: aquí el exámen fué mas trascendental porque ví, toqué, oli y comí del mencionado pan, haciendo esto último no tanto por simple curiosidad y deseo de saber si estaba bien preparado, sinó porque la visita á la cocina, habia hecho nacer en mí el deseo de comer. El pan era bueno y no me sorprendí cuando la hermana contestó con una escl-

macion, la pregunta del doctor Garaño, de si los niños comian muchos panes.

Mientras esto pasaba, el maestro de música del hospicio hacia todos los esfuerzos por reunir la banda para tocar alguna pieza, pero como en esos dias, los mayores de ella, es decir, los peritos en la materia, habian salido para ir á la escuela de santa Lucia, la banda estaba descompleta y era imposible organizarla á satisfaccion del maestro, quien sufrió una verdadera decepcion y abandonó el campo y el propósito.

Pero lo que ha de suceder tiene mucha fuerza, como dicen los portugueses y estaba de Dios que ese dia habiamos de oir música.

Asi sucedió en efecto; pasando á visitar una de las clases encontramos en ella cerca de veinte criaturitas mujeres, todas de igual tamaño, de medio metro de altura, á lo más, todas parecidas y todas de igual edad aparente. La hermana dió algunas indicaciones acerca de cada una de ellas y entre otras, fué examinada con empeño, una que hacia tiempo se habia quemado la cabeza con agua caliente, no sabemos cómo y que conservaba una llaga crónica en el cuero cabelludo. El doctor Garaño me consultó sobre el método curativo y yo le aconsejé que la curara con agua fénica; igual consejo puede usted dar, señor redactor, á las madres para que curen esas úlceras que se eternizan sin razon aparente en las criaturas, á causa de quemaduras.

Ya ibamos á abandonar esta interesante y diminuta concurrencia cuando la hermana dijo: cantan también.

No bien acabó la hermana de pronunciar sus dos palabras, cuando como movidas por un resorte, las veinte criaturas, inclusive la enferma, nos hicieron oir un mes de Maria que no dejaba que desear, un mes de Maria lleno de

zetas como pronuncian todas las criaturas las palabras que tienen esos.

En habiendo comenzado no hubo forma de hacerlas callar, por esa tendencia muy propia de criaturas, de repetir cien y mil veces el mismo acto. Eso fué tambien conmovedor y yo pensé con tristeza en la gracia que le haria á cada una de las madres, el oír cantar á su hija tan bien en tan tierna edad.

Pasamos luego á otra sala donde estaban cerca de ochenta niñas cosiendo ú ocupadas en labores. Allí en aquella clase, habia tambien enfermas, de la vista principalmente; algunas me parecieron operables, otras desgraciadamente no tenian remedio. Habia una afectada de una contractura que podia ser curada por medio de aparatos á propósito. Con este motivo recomendé el exelente establecimiento ortopédico de la calle Rivadavia, donde podia hallarse lo que la niña necesitaba.

Entre las niñas de aquella sala, habia una criatura ciega, sorda y muda ¿qué le quedaba? olfato y tacto, nada mas y no por eso estaba menos contenta ni dejaba de comer con apetito, ni de dormir como una bienaventurada; con lo cual queda probado que ni aun los sentidos son indispensables para una mediana felicidad.

Mas adelante, en otra sala, encontramos como cuarenta varoncitos, que puestos todos parados unos sobre otros, no llegarían á la altura de veinte metros.

Los pequeños apenas comprendieron que la hermana que los cuidaba les permitia un extra de libertad, corrieron hácia nosotros y se agruparon en torno; uno se puso á jugar con la cadena de mi reló, otro se pasó por debajo de las piernas del doctor Garaño, quien no perdió ni aun por eso, su seriedad; otros nos miraban con la misma curio-

sidad que nosotros á ellos y todos parecían locos de contentos, inclusive uno ó dos que acababan de salir de graves enfermedades y se hallaban convalecientes.

Entre ellos conocí al señor don Emilio Castro, cuya fisonomía me pareció semejante á la del ex-gobernador, quizá porque todos tenemos algo de maliciosos y apesar de que sabia que esa criatura debe su nombre á una cesion que hizo del suyo el señor Castro.

Al pasar por otro pequeño dormitorio se presentó una criatura de aire enfermizo y apocado. El doctor Garaño me habló de ella y me rogó que la examinara; él temia una tuberculosis en la niña y ella era desde hacia meses, objeto de sus cuidados. Yo tomé á la criatura y la paré sobre una cama, la hice cruzar de brazos, respirar, toser y todo lo que necesitaba; la palpe, ausculté y miré con detencion y ella me dejó hacer todo como si fuera una persona mayor.

Cuento el incidente para decir esto: tal exámen habria sido imposible en lo que los médicos llaman el público, es decir, en las casas particulares donde la misma criatura habria gritado á su gusto. Eso nos enseña cómo la posicion social y las necesidades imperiosas de la vida señalan no solo á los hombres, sinó á los niños que tienen poca comprension, el limite de lo que pueden esperar y de lo que deben resistir. La desgracia educa mas que una Universidad de profesores y dulcifica mas el carácter cuando no es esesiva, que la felicidad mas acabada.

No faltaba ya mas que ver que la parte alta del edificio: subimos á ella, visitamos las piezas limpias, aereadas y llenas de luz, recorrimos la inmensa azotea y gozamos del espléndido espectáculo que desde allí se presencia. Toda la ciudad, todos sus alrededores, inclusive la Boca, Bar-

racas, Flores y Belgrano pueden ser vistos desde esa azotea y la mirada se encanta descubriendo los detalles de tanta hermosa quinta, tanto edificio, tanto camino y tanto campo cultivado.

El doctor Garaño, que apesar de su seriedad es patriota y entusiasta por las glorias nacionales ó provinciales, hizo observar á la hermana que ese dia era dia de bandera; la hermana se prometió mandar izarla apénas bajáramos y como para apoyar la observacion del doctor, en aquel momento fuimos sorprendidos por la banda, que libre del maestro y entregada á las solas fuerzas de los pequeños huérfanos, tocó el himno nacional, que nosotros oimos con placer desde la azotea.

El punto de amor propio de los niños no les habia permitido seguir las susceptibilidades del maestro y solos y por su cuenta, se organizaron y llenaron perfectamente su deseo.

Nuestra munificencia dotó con un peso á cada uno de los doce músicos, con especial encargo del doctor Garaño, de que no lo emplearan mal ni en especulaciones de terrenos, que no daban ahora, ni el interés del dinero.

En resúmen, no tenia yo idea de que el asilo de huérfanos fuera un tan espléndido edificio, que se hallara tan bien organizado y tan bien cuidado. La comision de señoras que se halla á cargo de él, merece un aplauso; las virtuosas hermanas que lo atienden inmediatamente son dignas de la gratitud de este pueblo y todos los que pueden hacer algo, poco ó mucho, por el sosten y progreso de ese hospicio, quizá el mas benéfico de cuantos existen en la provincia, le deben su proteccion.

El gobierno debe cuidarlo especialmente y las donaciones de particulares que son distraídas en otros asuntos, encontrarían allí el empleo más caritativo.

Alguna vez, señor redactor, le hablaré de este ú otros establecimientos, rogándole que los haga conocer, para atraer sobre ellos los beneficios del pueblo y de las corporaciones.

EDUARDO WILDE.

Setiembre de 1874.

FANTASIAS DE DOMINGO

El loco que escribe todos los domingos en la «Tribuna» con maravilloso contentamiento de sus lectores, entre cuyo número nos contamos, llama escéptico á un doctor que menciona, porque el dicho doctor cree en la providencia.

Es de advertir que por la misma via y evocando recuerdos, llamósele tambien escéptico porque no creyó en la influencia providencial y hé ahí cómo el pró y el contra pueden conducir al mismo resultado.

Es escéptico en política el que atribuye los sucesos de este arte, á la accion de la providencia.

Y es escéptico én relijion el que atribuye ciertos beneficios que la humanidad reporta, á la accion exclusiva del hombre.

De manera que creer en la providencia en un caso es escepticismo y no creer en ella en otro, es tambien escepticismo; por lo que el loco de la «Tribuna» tiene razon y no es el primer loco que la tiene.

Pero hoy no se trata de relijion sinó de política y entre las políticas de las mas intrincada que sea posible hallar en el mercado social.

Se trata de una política á mano armada que ha producido un trastorno jeneral, en virtud del cual todos mandan y todos obedecen con la mejor voluntad, cediendo

al impulso de accidentes diversos que se enjendra ganando horas, como puede decirse en el lenguaje de moda y de correo.

Así, pues, en medio de este semi caos indispensable en que todos somos actores y espectadores, á fuerza de no entender las cosas, lo que puede sucederle al mas avisado y aún al mismo que las determina, nada de extraño tiene que un doctor se dé á creer en la providencia, como una de tantas anormalidades de la época y señale como partidista al tiempo, ya que la misma «Tribuna» denunció al rio de la Plata como uno de los mas decididos, cosa que el rio se ha encargado de demostrar hasta la evidencia, con sus actos manifiestamente hostiles á la escuadra del gobierno.

Pero si nos fijamos en estas espresiones notaremos que rio, tiempo y otras entidades, sin supuesto libre albedrio, no son mas que formas de lo que los cristianos llaman providencia, pues ella puede usar todos los elementos de la naturaleza, como signos de su accion.

¿En todas las emergencias, tiene injerencia la accion humana como fuerza independiente?

Los politicos están en la obligacion de creerlo para no declararse corridos y mantener el fuego sagrado del amor propio; pero los imparciales, los filósofos sérios no tienen tal obligacion y deben dar á cada cosa su valor.

Tenemos á la vista una tésis escrita en Paris por un tal Grenier y sometida á la aprobacion de la Facultad de medicina, que no tuvo por cierto el placer de aprobarla, porque el señor obispo Dupanloup se opuso á ello de un modo muy formal.

Escusado es decir que si el mencionado obispo no se hubiera opuesto á que la tésis de Grenier fuera oprobada

da, ese opúsculo no habria llegado á nuestras manos, ni habria metido en Paris ese ruido infernal que metió durante media hora, pues en aquella capital aturdida, la mas grande novedad no consigue atraer la atencion un tiempo mayor de treinta minutos, contando todos los acontecimientos posibles, desde el bombardeo de la ciudad hasta la aparicion de una bailarina notable en un teatro de segundo orden.

Y la tésis no habria llamado la atencion por no contener en definitiva, cosa alguna que sea una novedad y que deje de saber todo aquel que haya masticado bien su filosofia y su historia natural.

El autor trataba en ella del libre albedrio y lo negaba lisa y llanamente, no haciendo en esto ni mas ni menos que lo que ha hecho la ciencia al llegar á sus conclusiones sobre las funciones de los organismos vivos.

Pero lo mas particular fué que el autor, viendo rechazada su tésis por no estar conforme con la enseñanza oficial de la filosofia francesa y sobre todo con la religion de la misma nacionalidad, tuvo que escribir una nueva y sin pensarlo y sin haber caido quizá él mismo en cuenta del hecho hasta hoy, creyendo escribir otra tésis y tratar otro tema, escribió la misma tésis y trató el mismo tema.

Ni Grenier ni Dupanloup, ni la Facultad de medicina de Paris, ni la misma villa llamada cerebro de la Francia y que mas bien podia llamarse mujer de la Francia, en atencion á sus caprichos y á su dominio, cayeron en cuenta de que la tésis nueva era el mismo fraile con las mismas alforjas, pero con otro nombre.

En efecto, Grenier que vió rechazado su libre albedrio, presentó un trabajo sobre el reblandecimiento cerebral.

Nadie negará suponemos, que los dos temas son idénticos, son uno mismo, como es lo mismo multiplicar tres por cuatro que cuatro por tres, ó medir una altura comenzando por arriba ó comenzando por abajo.

Lo que se entiende por libre albedrio es una de las funciones de los cerebros sanos, que tiene sus formas determinadas y que ha dado pretexto á los filósofos para adular el orgullo humano y hacer creer á los hombres que son animales superiores, en atencion tambien á la adjudicacion que se hacen de la facultad de razonar, convertida en exclusiva de la especie humana, simplemente porque no hay quien la reclame ó porque nosotros no entendemos el lenguaje en que los demas animales la reclaman, como quizá lo hacen con toda justicia, los elefantes, los monos, los perros y las urracas.

Pero un cerebro se enferma; de duro y compacto que és, se pone blando; sus funciones no se pierden enteramente sinó que se pervirten, se hacen anormales, todas ó algunas de ellas y cada una total ó parcialmente.

Y he ahí cómo tratar del libre albedrio, era tratar de las funciones de un cerebro sano y tratar del reblandecimiento cerebral era tratar de la causa de las alteraciones funcionales del cerebro y entre otras, porsupuesto, del famoso libre albedrio que no existe, tal cual nos lo pintan.

Hecha esta digresion, debemos volver á la politica.

La lectura de la tésis de Grenier nos hizo recordar de nuevo nuestras ideas sobre la materia y arreglarlas por orden, ponerlas en línea de batalla y conservarlas para mejor ocasion con sus colores mas vivos.

La ocasion se ofrece por si misma al considerar la inmensa parte que toman en el desarrollo de los sucesos las leyes naturales, ó lo que los cristianos llamamos pro-

videncia y otros que no lo son, fatalidad, dejando una muy limitada esfera de acción á la libertad humana ó á esa fuerza de iniciativa ficticia que se llama libre albedrio y que aparece como automática, simplemente porque no se vé la que la empuja, su móvil, su locomotora, su causa determinante.

El libre albedrio dragonea de fuerza, pero no es tal fuerza.

El hombre es el animal mas orgulloso de los que habitan la superficie del globo terrestre.

Es en virtud de su orgullo que se ha inventado para sí mismo únicamente, una inmortalidad, negándose la quien sabe porqué, á las focas, á los zorros y á los perros perdigueros.

En virtud del mismo orgullo, no quiere tampoco que nada de lo que le afecta particularmente, ya sea como individuo, ya como miembro de una sociedad, suceda sin su intervención, sin su decisión, sin su voluntad y sin su raciocinio.

Y para que esto fuera fácilmente explicable, tuvo que inventar é inventó en efecto, el libre albedrio y sus consecuencias.

Sin embargo, nada mas esclavo en el verdadero sentido de la palabra, que el tal libre albedrio. Él es esclavo del temperamento, de la constitución, del clima, de los accidentes físicos y aunque nada de esto pesara en la balanza, seria esclavo de esta tremenda mole que se llama lo imprevisto, lo que no depende de uno sino de la combinación de las cosas y de los pretendidos libres albedrios de los otros hombres, que por ningun precio se desprenden de esa joya que no sirve para nada.

Así los hombres creen hacer discursos, raciocinios,

convicciones, obras de arte materiales ó morales, relijion, diplomacia, literatura y por último política, que es la mayor de las aberraciones, cuando todo esto se hace por sí mismo, pues ello depende de las leyes naturales y no de los libres albedrios de todos los badulaques que andan en este mundo, figurando de autores.

Cuando mas lo que sucede es que la naturaleza tiene por terreno, para un acto diplomático por ejemplo, el organismo humano, lo mismo que tiene para un acto productor de trigo, una tierra á propósito y para arroz no la misma sinó otra.

Las leyes naturales que rijen el pensamiento, hacen diplomacia en el cerebro de un brasilero, supongamos y el hombre se cree diplomático sin tener en su diplomacia la mínima parte.

Si nosotros reveláramos al loco de la «Tribuna» las causas íntimas de algunos de los sucesos que pasan ahora por trascendentales, veria que ínfima parte tienen en ellos el libre albedrio y el pensamiento político. La mayor parte de esos actos son rejidos por accidentes imprevistos y que no tienen, dada la clase de lójica que pasa hoy por racional, relacion de causa á efecto con lo que producen.

Bástenos referir este hecho para mostrar la verdad de lo que decimos.

Un amigo nuestro no fué tomado en cierto caso por la policía, porque pasaba un tuerto por la calle.

¿Qué tenia que ver un tuerto con la policía? se nos dirá. Pues tenia que ver mucho. Los ajentes policiales esperaban á nuestro amigo en las vecindades de una casa de que debia salir.

Llegada la hora, en virtud de su libre albedrio, ponía ya el pié en el umbral de la puerta de calle, cuando acertó á

ver un tuerto que pasaba por la acera. Verlo y volverse fué todo uno, porque nuestro amigo tiene la preocupacion de que el que al salir de su casa vé un tuerto, corre graves riesgos si á pesar del mal agüero, prosigue su intento, en vez de volverse y quedarse encerrado todo el dia.

Nada tiene de estraño semejante preocupacion en un hombre ilustrado, pues conocemos personas que no creen en el libre albedrio y que se bajan de los tramways apenas sube á ellos algun fraile, porque tal compañía trae desgracias.

Véase cómo hasta estos hechos de infima categoria, vienen á modificar la libertad humana.

En cuanto á principios, la esperiència y la observacion conducen á resultados desastrosos.

No hay principio político, social, económico, relijioso ó moral que no dependa del medio ambiente. Todos ellos se crian independientemente de la voluntad del que los tiene y cuando el pensamiento del hombre creè haberlos formado, no ha hecho sinó recojerlos, robarlos diremos, del fondo universal y ponerles su marca, que es una especie de disfraz para que nadie los conozca.

Así, los que en medio de una sociedad, en la cual la casi universalidad de individuos piensa de un modo, se permiten pensar lo contrario, son á manera de producciones mórbidas, de parásitos morales enjendrados por los desperdicios de las ideas comunes, que van á una especie de diverticulum, antes que las ideas madres, pulidas de esas asperidades que son en lo moral contradicciones, entren á formar sistemas.

Si hay algo soberanamente temible en esto de la formacion de principios, que á su vez se convierten en banderas, tras de las cuales los partidos inmorales buscan empleos, ó en otros

términos, satisfacción de estómago y de piel, es la serie de las pequeñas causas. Casi no hay grande hecho moral, en la historia de las sociedades, que no haya tenido por causa una insignificancia.

Las guerra, por ejemplo, entre los antiguos principalmente, se hacia por mujeres ó por otras bagatelas de poca monta. La farsa inventada por Swift en los viajes de Guliver, en que describe los pueblos en guerra perpétua, porque uno sostenia que los huevos debian ser abiertos por el extremo menos romo para comerlos y el otro lo contrario, es una cópia del natural.

Pueblos conocemos nosotros que sin ser liliputienses ni blefuscutienses, son profundamente conmovidos por que los negociantes quieren hacer política y mandar el pais, so pretesto de haber ganado en el comercio, bastante dinero para comprar armas, conciencias y jenerales, idea tan orijinal como la de hacer guerra por sostener que los huevos pasados por agua deben ser comidos comenzando por el extremo romo.

¿Sabe el loco de la «Tribuna» por qué los hombres son monárquicos, poliárquicos ó anárquicos?

¿Creerá acaso que estas son cuestiones de preferencia ó de racionicio?

De ninguna manera; todo es impuesto por el modo de vivir y las condiciones exteriores de las cosas é interiores de los organismos y todo ello está sujeto á los cambios mas radicales, por la accion de las pequeñas razones que son las mas poderosas de la tierra.

Todo ello cambia con los accidentes de los cuales los hombres no tienen la culpa, accidentes que estan fuera de su prevision y de su alcance.

Cárlos IX, creemos que era, no recibia de buen modo

sinó á las personas á quienes dos enormes mastines que tenia siempre de avanzada, hacian caricias. Es decir, ponía la resolucíon de las mas graves cuestiones de estado y otras, bajo el criterio de sus dos perros, juzgados infalibles.

Digasenos ahora qué cálculo, qué prevision, qué razonamiento y que talento podian asegurar el éxito de una empresa dependiente del rey, toda vez que el solicitante no fuera simpático á los dos perros ?

Pues cada uno tiene sus perros en este mundo bajo el nombre de preocupaciones ó razones para sí, cosas que se convierten en modificadores de la libertad y propósitos de los otros y que inutilizan el libre albedrio y hacen de él una entidad idéntica á otra que no existiera.

De qué le servirá á un hombre tener las mas poderosas razones para ser republicano si su novia, su mujer ó las personas á quienes mas quiere, se han hecho monarquistas leyendo los Tres mosqueteros ó las Mil y una noches ?

Ah! los perros de Cárlos IX tienen mucha culpa en el fin de todas las empresas y lo imprevisto tiene todo el resto de ella. Lo que queda, es determinado por el libre albedrio, la razon y la competencia humana; es decir, nada.

Pero nos habiamos comprometido á decirle al loco de la «Tribuna» lo que es un hombre de principios, un monarquista, un anarquista (principista disolvente) un demócrata (otra clase de principista no menos disolvente) y un poliarquista (tambien la misma cosa).

La mayor parte de los hombres, son, en el fondo, monarquistas, por falta de conciencia de su personalidad.

Los que lo son se dan el mas grande de los trabajos por ocultarlo y se llaman conservadores, amigos del orden, de la traidicion y demas.

Un monarquista, es pues, un hombre que abjura su per-

sonalidad y quiere que otro piense por todos y haga por todos. Esto es cuestion de temperamentos. Los hombres sin carácter son monarquistas, los haraganes, los satisfechos, aquellos á quienes les vá bien. En una palabra, las pasiones deprimentes enjendran los monarquistas.

Las pasiones desordenadas, los anarquistas; los turbulentos, los biliosos, los nerviosos pobres de constitucion y los poetas, son anarquistas. Los hombres desengañados, los que no son correspondidos en sus amores ó que no ganan bastante para cubrir su presupuesto, los quebrados no fráudulentos y los hombres honrados, abatidos por la desgracia, son anarquistas.

Los que gozan de la plenitud de sus fuerzas, los sanguineo-nerviosos, los contentos, los hombres sanos de cuerpo, bien desarrollados, los que ganan cómodamente su vida y aquellos á quienes la naturaleza halaga, son poliarquistas, demócratas, republicanos, liberales y progresistas.

Las profesiones influyen poderosamente en la politica que uno tiene.

Así, los tenderos por ejemplo, son monarquistas.

Los zapateros son todos repúblicanos.

Y los cocheros son anarquistas.

¿Entra para algo en todo esto, la conviccion y la voluntad humana? Por el contrario, esas entidades son el resultado de otras que en apariencia no tienen nada que ver con ellas.

Pero hay mas aún. El mismo hombre puede ser republicano, monarquista ó anarquista, en el mismo dia, segun el estado de su cuerpo y de su ánimo.

No hay un solo hombre liberal cuando le duele el vien-

tre. La mayor parte de los tiranos han padecido enfermedades crónicas de esta rejion.

El reumatismo predispone á la anarquía y las enfermedades de los huesos, á la monárquía.

La jenerosidad y el buen humor son demócratas, ni envidian ni ceden demasiado.

El valor y los pesares son anarquistas.

La debilidad y la indolencia, monárquicas.

Por eso es que aun despues de probado hasta la evidencia, que el mejor sistema de gobierno es la poliarquía alternativa, aun hay monárquicos y revolucionarios, pues el hombre no puede despojarse ni de sus pasiones ni de sus enfermedades que tienen todas una opinion política.

Añada á todo esto el loco de la «Tribuna», el viento, el frio, la tierra, la lluvia, el calor abrasador, la pobreza, la miseria, los conflictos sociales, las epidemias, la lectura de malos versos y demas desgracias que influyen todas en las determinaciones de los hombres y díganos despues quien hace revoluciones, si son los hombres cor. su libre albedrio, ó la naturaleza con sus leyes que los hace representar el tristísimo papel de cosas.

Noviembre de 1874.

CARTA AL JENERAL ROCA.

Querido Julio, jeneral. Comienzas por calumniarme al decir que no te he saludado. Te he hecho un telégrama que no contestaste y que no requería contestación. Cuando tú sabes que á cada momento mi pensamiento te manda telégramas, no tienes por qué estrañar no recibirlos escritos. Yo tambien sé que no me olvidas y esto me basta. Sin embargo, te confesaré una debilidad : tu carta me ha llenado de orgullo y he andado mostrándola á todos, como muchacho á quien le compran un juguete ; esto es tanto mas raro, cuanto que jeneralmente, hasta los obsequios de Maria santísima no me parecen favores. ¿Por qué me ha enorgullecido tu carta? Porque era espontánea, escrita precisamente en el momento en que la suerte te colocaba en el primer puesto, entre los salvadores de la patria, precisamente cuando de nadie necesitas y todos se afanan por complacerte, desde el presidente de la república hasta cualquier fabricante de alpargatas de la calle Buen Orden. Verdad es que tú me debias esa carta, en cambio de mi cariño por tí que me hizo adivinar tus cosas y escribir tu telégrama ocho dias antes, casi con las mismas palabras con que tú lo escribiste ocho dias despues.

Me debias esa carta, por que antes que nadie, yo te habia nombrado jeneral en la « República » y el presidente no hizo mas que plajiarne, cuando te nombró jeneral de la república. He sentido todas las emociones de la tierra

por tí, yo, á quien se tacha de no tener corazon, quizá precisamente por que lo tengo tan grande que caben en él todas las miserias, todas las noblezas, todas las orijinalidades y todos los sentimientos humanos.

Yo me habia comprometido con el público, afirmando con un aplomo inaudito, que tú lo derrotarias, lo tomarias prisionero á tu compadre (no es el primer compadre al cual el suyo lo dá vuelta) y habiendo contraido yo el compromiso de que tu convirtieras en hecho, lo que no era mas que una preocupacion, he sentido todas las cosas que se puede sentir por una persona ó por una situacion, desde la ternura suprema cuando mi imaginacion, que á veces suele pintar cuadros negros, te representaba tendido y muerto en el campo de batalla, hasta la rábia contra tí, por la falta de noticias.

Cuando pasaban dos dias sin que se supiera nada, creo que me ponía á desacreditarte y hasta se me figura haber dicho que estabas convenido conmigo para dejarte derrotar por Arredondo, pues de otro modo, era imposible derrotarte, dadas tus aptitudes y tu suerte.

Cuando llegó la noticia, es decir, mi telégrama, yo exclamé con la mayor calma. ¡ Vaya, por fin he ganado esta batalla! Y era verdad que la habia ganado, segun yo mismo, por que por una de esas locuras de la imaginacion, yo me sentia á mi, tú y te sentia á tí, yo; tal debió ser la semejanza de situaciones en nuestro ánimo.

Esto no se entiende ¿ no es verdad? bueno, tanto mejor, es hecho para no entenderse.

Yo tambien soy supersticioso; creo en las tonteras mas grandes y paso dias preocupado si una mariposa blanca me ha perseguido, ó si al salir de casa he encontrado un cura en la calle; pero lo mas particular es que mis supersti-

ciones me sirven de consuelo y de medio: lo que creo en nombre de una supersticion, es mas sériamente creido que lo que creo en nombre de un teorema.

Pues en nombre de supersticiones, te creí y te vi vencedor y en nombre de supersticiones, he adivinado todo lo que ha pasado en la república y estoy dispuesto á adivinar mucho mas, si se te antoja. No tienes para ello, mi querido Julio, mas que hacer, que proponerme el problema

Pero no se lo demos todo á la supersticion. Démosle tambien un poco á la razon y hablemos sobre ti, á la luz de las reflexiones mas francas é inspiradas por los sentimientos mas cariñosos de todos los que llegarán á tus oidos, durante toda tu vida. Tú sabes que yo no tengo gana de nada ni ambicion de cosa alguna en este mundo y que creo ademas, que lo que ha de suceder está escrito; razones por las cuales estoy dotado de una libertad de hablar y de escribir la verdad, como pocos ó como nadie.

¿Te diré á tí la verdad?

Es muy justo; es un deber de amistad y es casi en mi, un principio artístico. Esta gran figura que se levanta despues de la batalla de santa Rosa y que se llama Julio Roca, este táctico nuevo que concibe y ejecuta un plan con tanta habilidad y exactitud, dejando con la boca abierta á los dos millones de habitantes de la república, necesita que una palabra amiga llegue á su oido para decirle: no te dejes marear; tu gloria es grande; yo mismo que hallo mal todo lo que sucede, me siento ante tu concepcion y tu batalla de santa Rosa, absorvido, como si estuviera delante de algun cuadro de arte; experimento aquella sensacion deliciosa que hace brotar lágrimas y que aprieta la garganta, conmoviendo todo el organismo, aquella sensacion que solo es el

fruto de estos tres sentimientos mezclados: envidia, admiracion y deleite.

Por consiguiente, mi querido Julio, sin disminuir nada al valor de tu obra, te digo con verdad «no te dejes marear» por la sencilla razon de que tú, en posesion de tí mismo, puedes dar una batalla de santa Rosa dia de por medio y otra mejor que esa, una vez por semana. La mayor parte de los hombres políticos se esterilizan por apresuramiento. Les sucede á ellos lo que á los muchachos precoces; saben hablar antes de tiempo y resulta que nunca son niños y que cuando llegan á la madurez, ya han sido viejos, lo que es una verdadera broma. . .

Me parece que tu estás predestinado á ser árbitro de tres cuartos de la república, por lo menos. Para que lo seas en realidad, se necesita que te hagas el zonzo, que te rias, que hables necedades á veces (para nada se necesita mas talento que para decir una tontera á tiempo) y sobre todo, que no te dejes nombrar ministro ni administrador de cosa alguna, aún cuando sea del lucero del alba, pues todo será que seas algo de esto, para que lluevan sobre tí el descrédito y las injurias. Tente en tus trece, hasta dentro de unos cuantos años, que ya vendrá el tiempo en que con huesos duros y mayor esperiencia que la que se necesita para robar gallinas, puedas acomodarle un garrotazo tras de la oreja á la política y convertirte en el hombre mas útil de tu pais. Yo quedaré de redactor de diarios como siempre, contando las hazañas de mis contemporáneos y sirviendo de blanco aparente á las ofensas que debian llover sobre mis defendidos y aunque, en el fondo de mi alma, nunca te creeré otra cosa que un seductor de gallinas, pues era seduccion la que ejercias con ellas, te ayudaré á gobernar ha-

ciendo sofismas sobre tus errores, para hacerlos pasar por actos meritorios.

Sé que no eres hombre de andarte comprometiendo á la vuelta de cada esquina, pero sé tambien que cada provinciano zorro que se acerque a ti, ha de ser para saber lo que piensas en política, en administracion ó en teología. No pienses nada y los dejarás burlados y si no quieres equivocarte en cuanto á datos, á lo menos, pregúntamelos á mí (nada es mas sincero que el cariño del que nada ambiciona) que yo sabré darte tales noticias que no haya mas que ver.

¿Quien lo mete á este á aconsejar? dirás tú. Pues aunque lo digas no es por eso menos bueno el consejo, ni mas verdadero el cariño de tu siempre amigo, aun cuando te hayas convertido en jeneral. EDUARDO WILDE.

Trata de estar aquí lo mas pronto posible, para que comamos empanadas, que no he probado desde que te fuiste, porque no sé donde vive la negra tucumana que las hacia.

Diciembre 1874.

A PALERMO

Abre, Parque tres de febrero, tus anchas puertas, que millares de visitantes acuden á buscar en tu seno un momento de olvido y de descanso al trabajo.

Prepara tu verde césped fresco y húmedo, para ofrecer á tus huéspedes, mullida alfombra en que asienten su planta agitada.

Pide á las ondas que besan tu costa el vapor de sus aguas, para que forme gotas cristalinas de rocío suspendidas en cada hoja de tus árboles.

Llama al viento de la pampa, para que destilándose entre las ramas de tus sauces añosos, se transforme en brisa que acaricie el rostro y derrame en él la felicidad de su frescura y el perfume que recojió en tus yerbas.

Brínda tus curvas avenidas á los paseantes de todas las naciones, que van á verte en un día de gala y á saludar en tí, por primera vez, la obra del arte y los modestos cimientos de un pensamiento grandioso.

Encarga á los verdes tuleés de tus negligentes sauces, que formen techo amigable á los que busquen su sombra.

Y deja por último que cada pensamiento lea en los diseños de tus grandes jardines, un epitafio para el antiguo Palermo y un pasaje á la vida del grandioso paseo.

A la sombra de tus árboles, cuánta libertad viene á al-

bergarse! en las entrañas de tu suelo, cuánta lágrima ha ido á perderse!

Alli, tras de aquellas paredes de ese edificio rectangular y sin gracia, se adivinaba hace veinte años la mirada sangrienta de un tirano; hoy, tras de las rejas separadas, se vé las fieras en sus jaulas, comiendo humildemente el pedazo de carne que les arrojamos; alli, en aquel edificio se educan jóvenes distinguidos para la paz y para la guerra; antes en esta planicie, los secuaces del tirano vagaban en libertad, sin que rejas de hierro impidieran los horrores de sus salvajes instintos.

Hoy aquí, cuánta alegría y bullicio ha nacido y se forma entre los diez mil visitantes que acudieron á la cita! Antes, cuánto silencio en los lábios y cuánta amargura en el corazón de aquellos que avanzaban con paso cauteloso, en demanda de la vida de los suyos, hácia la morada del tirano!

Aquí fué Palermo, aquí es el Parque tres de febrero.

Tras de las altas montañas que forman la cordillera de los Andes, un hombre de grande corazón, preparó con su pluma la caída del tirano; hoy ese hombre, poniendo su planta sobre la tierra ensangrentada, ha cambiado el aspecto de esta lúgubre morada y los obreros del progreso han removido la tierra con que llenaron los huecos donde se cavó sepultura para tantos argentinos.

¡Que los espléndidos follajes de esta vejetacion admirable sirvan hoy de adorno en nuestra fiesta! ¡Que los dolorosos recuerdos se aparten de nuestra mente, ya que sobre la losa que cubre la tumba de la tirania, hemos puesto la cuna adornada de flores, del naciente paseo!

Buenos Aires te reclamaba, Parque tres de febrero. Al

rededor de la gran ciudad no habia mas que polvo y desierto, rayos de sol abrasadores ó viento quemante.

En el limite de su plantel, ni un árbol, ni un jardin, ni un sitio desahogado, ni una ancha avenida; en sus pequeñas plazas, ni sombra, ni frescura, ni vejetacion que cambiara su vida con el veneno de nuestros pulmones.

Buenos Aires te recibe, Parque tres de febrero, como un beneficio de la providencia y cuando la gran ciudad sea victima de epidemias, á tí pedirán sus habitantes aire puro, salud y fortaleza.

Buenos Aires se olvida, en tu cuna, de sus dolorosos recuerdos y los hijos que perdieron sus padres, muertos por el lúgubre morador de estos sitios, esperan que les devuelvas en caudales de salud y de vida, numerosos habitantes para la ciudad del porvenir.

Dentro de cien años tus árboles seculares desafiarán la electricidad de las nubes y el furor de los huracanes; dentro de cien años tus grandiosos bosques se mirarán en el agua de tus lagos; dentro de cien años tu suelo se hallará sembrado de pequeños y graciosos edificios y de colosales monumentos, dentro de cien años todo habrá cambiado, excepto ese rio embravecido que mandaba sus olas como una protesta cuando la tirania ahogaba esta tierra, como un murmullo armonioso, cuando la libertad jermína en su seno! Dentro de cien años un piadoso olvido habrá sepultado en la nada el recuerdo de los que te combatieron en tu cuna, pero en cada una de tus avenidas, de tus fuentes, de tus cascadas, en cada piedra de tus edificios y en cada tronco de tus árboles añosos, se leerá el nombre de los que te formaron.

Serás eterno Parque tres de febrero y eterna fuente de vida serán tus auras balsámicas.

Los que hoy te visitan habrán desaparecido ya y quizá el melancólico ramaje de tus sauces, caiga sobre la frente de los que vengan á perpetuar sus recuerdos, en muestra de gratitud, por los esfuerzos de sus antepasados.

Los que hoy no te visitan no tendrán por esto tus enojos; tú les darás amante los beneficios de tu cariño y sus hijos y sus nietos, protestarán con su salud vigorosa, contra los sofismas de tus detractores y de los que pretenden herirte, privándose de alegría y de recreo, de aire y de luz.

Noviembre de 1875.

EL CARNAVAL DE 1876

Se anunciaba que el carnaval de este año estaria espléndido.

Las autoridades, las comparsas y los vecinos de las calles privilegiadas, habian puesto con empeño manos á la obra para que los adornos y la música dejaran poco que desear ó no dejaran nada.

Los periódicos anunciaban diariamente que las comparsas se reunian en sitio determinado, para estudiar su música ó arreglar su disfraz.

La municipalidad y la policia habian discutido grandemente, sobre los importantes puntos siguientes:

Por donde se haria el corso.

Que si se debia prohibir ó no, teóricamente, el juego con con agua.

En caso de no prohibirse, qué utensilios y qué líquidos deberia emplearse.

Cómo se haria prácticas estas decisiones.

Todos estos problemas resueltos y otros varios, al decir de las jentes, el carnaval estaria animado, porque como cada uno tenia alguna pena que olvidar, aprovecharia sin duda tan oportuna coyuntura, para ponerse á olvidar penas, en la forma en que sus medios y sus gustos se lo permitieran.

A nosotros, sin embargo, todo ese entusiasmo de prepara-

tivos, nos parecia ficticio y el movimiento y animacion que se desplegaba á nuestra vista, nos mostraba un efecto febril de una ciudad enferma.

La pobreza de sangre suele manifestarse en los tísicos por llamaradas de calor que suben á las mejillas, las que se coloran súbitamente de un carmesí agradable, semejante al color sanguineo que la salud y la fuerza, suelen dar á las jóvenes y robustas campesinas que comen como un peon y duermen como un anjel, sin preocupaciones y sin sábanas de Holanda.

Pues así suele sucederles á las ciudades en ruina, que en épocas de tristeza, á la llegada de los dias consagrados á las fiestas, esconden su dolor y su desgracia en el fondo de su alma, mientras los colores de un bienestar ficticio, asoman á su rostro y mientras un movimiento febril, enfermizo, se esfuerza por imitar el cadencioso, armónico ó estrafalario movimiento del baile ó del entusiasmo espontáneo é infantil.

Para divertirse no basta tener gana, deseo y entusiasmo, es necesario tambien tener en qué y con qué.

Para la diversion del carnaval se necesitaba pues la triple condicion de la que no hemos tenido sino dos elementos. Faltaba con qué comprar diversiones.

Si quisiéramos espresar por una fórmula lo que el carnaval nos ha parecido, diríamos que ha sido « un carnaval económico. »

Salvo una que otra escepcion, se notaba que los disfraces de las máscaras no eran frescos.

Tal capa de conde ó marquez del año setenta y cinco, habia sido convertida en corpiño y calzon corto; tal vestido que hizo brillantemente su aparicion hacia un año, ahora, con un pliegue y un alfiler donde quedé una mancha

y una cinta ajada donde faltaba un pedazo, sale como remedo de la situación, á protestar con su presencia de los malos tiempos que alcanzamos.

Los guantes eran manchados ó habian calzado varias veces la misma mano ó una estraña.

Los botines estaban descosidos.

Las medias tenian puntos.

No habia polvos de oro en los cabellos.

Las pantallas de paja estaban de muralla contra el agua escasa y escasamente perfumada que se escapaba de los pomitos, tímida y prudentemente apretados por la mano flaca de algun empleado destituido ó próximo á serlo.

El curso estaba desconocido.

Vehículos estraños formaban los anillos de su cadena; personas aun mas estrañas se hallaban instaladas en esos vehículos.

Unos tilburis abandonados que fueron en otro tiempo de médico ó de corredor pobre; unos calesines increíbles con estigmas que demostraban su permanencia en algun gallinero; el coche de Rivadavia al cual se habia quitado la sopanda, reemplazándola con elásticos chillones; caballos fósiles y aburridos, tirando con paso fúnebre los coches de plaza desvencijados, á los que una mano profana habia bajado la capota; carros de mudanza forrados de coco rosado; uno que otro landó, milord ó victoria, nuevo ó en buen uso, que estaba en ese acompañamiento como muestra de que lo demás no servia y toda aquella procesion silenciosa, casi solemne, mostrando su mal humor disfrazado, era el curso del carnaval de 1876.

Las calles estaban bien adornadas, habia profusion de luces, de banderas y de colores, pero faltaba la alegría y el bullicio, para armonizar con los adornos.

Nadie se ha arruinado en pomitos. Hasta los mas pródigos han estado prudentes.

Verdad es que para ello habia un pretexto; ¿con quién se jugaba?

Las niñas no circulaban. Los papás no habian querido esponer sus coches al riego de las aguas infectantes que los inutilizan. El juego bárbaro y la economia han destruido el corso; lo primero por siempre, lo último por esta vez.

Nadie se vestirá con lujo ni adornará con gusto un carruaje nuevo, para que le destruyan vestido y carruaje, antes que haya hecho dos cuadras por la calle.

El lunes á la tarde se notaba un aflujo mayor de carruajes y muchos de ellos limpios; verdad es que á medio corso cayó un chaparron, decente y oportunamente mandado para lavar algunos vehiculos descuidados.

Un número mayor de familias conocidas comenzó á circular, pero los coches de lujo y las hermosos yuntas de caballos, iban tan mezclados con los equipajes anónimos é indescriptibles, que era de creerse que aquellas familias se habian soltado de los pueblos vecinos, donde pasan el verano, en esos coches que sirven en las estaciones para acarrear la jente del ferro-carril á su casa.

Parecia que el panadero de Belgrano, el carpintero de Lomas de Zamora y algun municipal de pueblito vecino, todos ellos empresarios de carruajes públicos, habian traído al corso de Buenos Aires, sus calesines, birlochos y volantas características, con olor á desdicha y ruido de hierros viejos.

Uno que otro rural, algun inculto personaje, se aventuraba de tiempo en tiempo, tras de aquellas máquinas informes de transitar y arrojaba en cuellos, caras ó senos

desconocidos, una dosis homeopática de agua de la Florida aguada, ó un litro de agua corriente que habia servido para baño y que adquirió diploma al colocarse en una bombita de goma, de esas que se usa comunmente.

Dicen que se ha fabricado muchos pomitos en Buenos Aires ó que se los ha llenado por lo ménos. Lo que sí puede asegurarse es que la existencia en plaza no ha sido consumida, que las mercerías, tiendas, peluquerías y boticas, han quedado aun con un buen surtido.

Es que para comprar no basta desear; es necesario tener.

El mártes el corso estuvo espléndido.

Los mismos coches de los dias anteriores, aumentados y corregidos, un poco mas límpios, un poco menos exóticos y menos chillones. Quizá sucedia con los coches de este corso lo que con las caras de las personas feas, que á fuerza de mirarlas concluyen por no parecerlo tanto. Sin embargo, el aumento de carruajes habia sido con mejora. Algunos equipajes lujosos se ostentaban; personas distinguidas de nuestra sociedad, niñas lindas y bien vestidas se hallaban instaladas en ellos; pero ¡lástima es decirlo! se jugaba con agua, con harina y confites, con tanto entusiasmo que casi todas las del corso estaban empapadas, con los vestidos pegados y muchos coches en un estado miserable, con el agua, con la harina y con las flores aplastadas.

De varios carruajes de jóvenes partieron proyectiles odiosos: loros de yeso, perros de escayola, pájaros de tierra romana, bombas de cautchouc con harina ó con lentejas y porotos molidos.

Esto era grotesco y peligroso. A una niña le metieron

la cabeza de un loro de yeso en el pecho, á un jóven le torcieron la nariz con una bola de masilla.

Nos dicen tambien que en los bailes de máscaras se ha notado alguna decadencia; escasez de jente y de animacion.

Verdad es que muchos salones de baile, teatros, canchas de pelota, jardines y patios de bochas, funcionaban á la vez y se repartian la concurrencia.

Pero nada de máscaras lujosas, nada de intriga animada, reflejo de un bienestar íntimo ó de una alegria motivada por sucesos públicos agradables.

Las caras pajizas estaban cubiertas por caretas guardadas desde hacia un año; los adornos eran plumas desteñidas, cintas ajadas, telas despercudidas y con olor á guardadas.

Habia sus escepciones que solo servian para confirmar la regla.

Puede dividirse los bailes de máscaras en dos grandes categorias: los de los clubs aristocráticos y los de los salones públicos.

En los primeros suele haber intrigas, amores que comienzan, amores que concluyen ó amores que continúan.

En los bailes públicos no hay intrigas ni mas amores que los que ya tuvieron éxito.

De modo que apreciando los hechos filosóficamente, hay mayor peligro actual en los primeros que en los últimos; en estos el peligro procedió al baile.

A los bailes de la aristocracia se vá en pos de aventuras nuevas ó renovables, se busca una solucion de continuidad á las antiguas ó se les procura un nuevo vínculo.

A los bailes públicos las parejas entran hechas, inseparables por lo comun.

Van á bailar por bailar; las intimidades no tienen ya

novedad ni atractivo; cuando mas, la costumbre las continúa.

¿Para qué se disfrazan entonces los concurrentes á esos bailes?

El hombre ama las transformaciones y la mujer tambien.

¿No les ha sucedido á ustedes cuando eran niños, pintarles con carbon la cabeza á los pollos hermanos, hijos de la misma gallina y todos de igual edad?

Si esto hicieron, han de haber visto que apenas sueltos estos animales, se desconocian, se atropellaban y se despedazaban. El gallo como el hombre ha nacido para la guerra.

Pues bien, á los bailes públicos asisten disfrazados los miembros de cada pareja, para tener el placer de mirarse en otra forma, de desconocerse y de atraerse, no exactamente como los gallos pintados, para comenzar por pelear, sinó mas bien para concluir por eso.

En los bailes aristocráticos la cosa es diferente.

En los de este año por ejemplo, la concurrencia ha podido dividirse de este modo:

70 por ciento se aburrieron.

10 por ciento se divertieron tonta y venalmente.

5 por ciento fueron en busca de aventuras y las hallaron.

5 por ciento fueron en busca de unas y hallaron otras.

5 por ciento buscaron todo y no hallaron nada.

Quedan cinco por ciento á fondo perdido.

¿Qué se ha hecho en estos bailes?

Todo ha continuado. La vida ordinaria transportada. Una música en otro tono. Se ha cambiado de pedal. La antesala, el boudoir, dispénsenme esta única palabra extranjera, el saguan ó el tocador, trasladado en una de sus faces, al gran salon!

Las mismas conversaciones con otra voz y con otro tono, menos vergüenza para las veteranas, mas temor para las novicias.

La careta es un telon de doble efecto.

Hace desvergonzadas á las timidas habituadas á ella.

Hace timidas á las que por primera vez la usan.

De esto resulta una dualidad estravagante.

Las unas dicen mas de lo que quieren.

Las otras menos de lo que deseaban.

En resumidas cuentas, la careta entre nosotros ha servido poco.

Luego, al otro dia, al salir del baile, donde la música, la luz artificial, la armonia artificial, la voz artificial y hasta los cuerpos artificiales, han proyectado sus adornos ó velos ficticios sobre los sentidos adormecidos, cuando esto se ha disipado como humo, el acompañante ve caer la careta y ostentarse en todo su esplendor, como la aurora, las arrugas en que fué á juntarse el polvo de arroz, los párpados marchitos, las pupilas cansadas, los cuellos venosos y quizá tambien, levantándose de aquellos bustos y talles antes esbeltos, el olor á carne trabajada, fatigada, traspirada.

No nos agrada el carnaval.

Las realidades en él se alternan con las ficciones en un torbellino demasiado rápido.

Ni hay tiempo para salir completamente de la verdad convencional, ni para instalarse concienzudamente en la falacia y en el engaño admitido durante tres dias.

Tras de todo esto no hay mas que fatiga y vuelta á la obra politica, enconada, rencorosa, aspirante, amarga, insupportable.

Febrero 1876.

CARTA AL SEÑOR ANDRADE SOBRE SU CANTO
TITULADO «PROMETEO»

Señor don Olegario Andrade.

Estimado señor :

Usted es un hombre impertinente.

Nosotros estamos muy ocupados y no tenemos tiempo para leer versos.

Hace usted mal en obligarnos á leer los suyos.

¿No podia usted haber hecho versos malos, para no sacarnos de nuestras ocupaciones habituales, como quien saca de los cabellos un hombre que se ahoga?

Estamos ocupados de la bolsa, de las cédulas hipotecarias, de la tarifa de avalúos, de la ley de papel sellado, y del banco nacional, que anuncia con gran pompa operaciones y no descuenta un pagaré de cinco pesos, firmado por Rothschild.

Y usted nos habla de Prometeo.

¿Quien era ese Prometeo?

¿Era algun ajiotista?

¿Tenia acciones de las minas de Amambay y Maracayú?

¿O era esportador de frutos del pais?

No, nada de esto era. No se ocupaba de ninguna de esas profesiones que hacen la ruina de algunas familias y la fortuna de uno que otro asiduo de la bolsa.

¡Se ocupaba del libre pensamiento!

¡Valiente profesion y muy socorrida en estos tiempos ultramontanos!

Seguramente, señor Andrade, usted vive en la luna.

Quando usted eligió por tema á Prometeo, yéndo á desenterrarlo de los cementerios mitológicos, se olvidó del pueblo en que vivia y aunque su canto ha sido leido y comentado por todo el mundo, tenemos el patacon á 31.75 y el precio de la harina se sube á los cielos, sin acumular montañas como los titanes.

¿No temió usted la crítica?

Eso muestra un espíritu independiente, pero poco comercial.

La crítica por suerte, ha sido favorable á su canto, pero porque solo se lo ha mirado bajo la faz literaria.

Desgraciado de usted si en vez de ello, hubiéramos examinado sus estrofas á la luz de la economía política y de los intereses mercantiles, en este pueblo esencialmente comerciante.

La crítica he dicho y he debido decir el elójo, porque sus versos no admiten otra cosa.

Su canto es como el brillante; encierra el mayor valor en el menor volúmen.

Tiene doce millones de facetas y en cada una de ellas se refleja todo, desde la luz sombría de los infiernos, hasta los destellos que emanan de una lágrima tierna.

Quando quiera usted saber el valor de una cosa, pregúnteselo á los instintos.

El sistema nervioso de un niño critica mejor que los autores clásicos.

Yo estimo mucho la opinion de los caballos sobre pintu-

ra, desde que el caballo de Alejandro juzgó un cuadro de Apeles.

El juicio de los perros sobre estatuaria y sobre música, es de un valor inmenso.

Véalos usted como ahullan y corren, cuando oyen la pseudo-música de los organitos y recuerde la historia del perro que se avalanzó á una estátua que representaba un mendigo.

Pero aun podemos ir mas léjos en materia de crítica sobre estética.

Hasta los objetos inanimados nos dan su opinion indiscutible, sobre las obras de arte y sobre la naturaleza que les sirve de orijinal.

El reflejo de la luna que se mira en el mar, es la opinion de las ondas sobre esa doncella desolada y vagabunda que se pasea por el éter.

El éco del trueno en las montañas, es la opinion de las rocas sobre el fragor de la tempestad.

No se oculta la luna tras de una nube sin que el mar arrugue la frente y nos mande una mirada sombría.

No huyen las notas de una tormenta, flajelando las crestas de los montes ó revolviendo sus senos, sin que las masas de granito modulen en su queja, todas las armonias que la tempestad les inspira.

¿Qué somos nosotros ante tales críticos?

¿Se ha mirado usted alguna vez en un espejo, ese terrible censor de todas las mujeres feas de la tierra?

¿Piensa usted que haya una opinion mas imparcial y justa sobre la belleza, que la opinion de los espejos planos?

Y sin embargo, ni los mares, ni las rocas, ni los espejos tienen instinto ni sistema nervioso.

Pero tienen mas que esto; tienen siempre razon.

El mas hábil casuista no convencerá jamás á un espejo plano, de haber dicho mentira sobre la belleza de una cara discutible; él, con la imparcialidad de su capa de azogue, proclamará la verdad ante cuantos lo miren.

Pues yo, señor Andrade, que no soy espejo plano, me veria en el trance mas apurado si quisiera juzgar su Prometeo. La impresion infantil se espresaria mejor que yo y me avergonzaria con sus estremecimientos injénuos.

Cuando recibí el folleto que usted tuvo la amabilidad de mandarme, un niño de cinco años me hacía pasar el exámen mas difícil que haya dado en mi vida, preguntándome quien era Dios, punto de teología con el que cualquier niño que sabé hablar, es capaz de correr á todos los padres de la iglesia.

Su canto me sacó de apuros.

—«Prometeo» le contesté al filósofo inflexible.

El niño abrió tamaños ojos y me miró con aquel aire de convicción con que suelen mirar los miembros de las cámaras legislativas, á los ministros interpelados, cuando estos les contestan un absurdo que no tiene nada que ver con la cuestion y que los deja muy satisfechos.

Luego leí en alta voz el primer verso.

El niño abrió la boca y pensó que seguramente iba á saber quien era Dios, cuyo otro nombre le sonaba tan bien.

Leí toda la estrofa. El niño dejó el trompo y un durazno mordido en el suelo, para tener las manos libres, con lo cual le seria mas fácil conocer la biografía entera de Dios Prometeo.

Leí la segunda y la tercera.

El niño pasó la cabeza por debajo del arco que formaban mis brazos.

Continué leyendo. Santo Tomás muy preocupado de su teodisea, paseó sus ojos serenos sobre los versos, buscando el retrato de Prometeo.

—¿Vas á oír todo? le dije.

—Seguí papá, me contestó, dando vuelta la hoja con su deseo, en busca del retrato.

¡Adelante! Las palabras salían de mis lábios con entusiasmo, de ellos que no se entusiasman jamás y que no han sido hechos para leer versos. Las frases salían como torrentes, desmontando, destruyendo, destrozando, arrebatando, embistiendo, atropellando, blasfemando, ruiendo como las olas del mar, como el trueno, como el viento, como la cólera.

—Seguí papá.

Rodó la turba impía en espantoso vértigo á la tierra... Sobre la negra espalda y entre el espeso matorral de rocas, que fueron la melena sudorienta, donde cuelgan las nubes vagabundas sus desgarradas tocas y en la noche descende á dormir fatigada la tormenta!...

Mi pecho se fatigó como la tormenta, mi voz se cortó, mis pupilas se dilataron ante la colosal figura de la nube que cuelga su toca de luto en los picos de las rocas. No tuve aliento, quise absorber, asimilar, entender y admirar en toda su magnitud la belleza inimitable de esas expresiones, decoradas por la luz de las tempestades del infierno.

—Seguí papá.

Y los versos salían de mi garganta como torrentes, como cascadas, como huracanes, destrozando, desmontando, destruyendo, ensordeciendo, arrebatando, golpeando, embistiendo, atropellando, tronando, blasfemando, roncando,

renegando, ruiendo como los yunques del averno, como las olas, como el trueno, como el viento.

El niño se estremecía asustado; pegó su cuerpo al mio; su corazón como el de un pájaro, golpeaba la caja endeble de su pecho y atraído por el abismo, por la tormenta, por las nubes, soltaba su imaginación de cinco años, á la orilla del río, donde sus oídos recojian los ruidos de las olas y sus ojos veían á lo lejos, balancearse los mástiles de los buques, negros por la distancia, sombríos por la soledad y la profundidad del agua encrespada.

¡Un arrullo delicioso y aterrador engolfa su cerebro comprimido; un misterioso vértigo infantil hace jirar sus impresiones; un falansterio de imájenes increíbles aprisiona su mente envolviéndola en un torbellino de cosas que oye, que entiende, que adivina, que teme por instinto y que admira por intuición! Ya sus ojos no buscan el retrato de Prometeo, paseando con ágiles piés sobre las letras impresas; las palabras lo han mareado; su pensamiento en embrion vaga como un sonámbulo entre las rocas, sobre las nubes, bajo los orbes. El mar rujiente, los torrentes, las sombras, las águilas voraces y aquel cuervo que clava su pico en el cuerpo del héroe encadenado, lo han estasiado y su pobre y pequeña cabeza, prefiere recostarse y dejarse llevar al caos por las impresiones encontradas, antes que buscar entre la luz de los volcanes y el rayo refulgente, la silueta de Dios que huye y se disuelve en la sonora palabra «Prometeo.»

Una pausa y un suspiro!

Y la palabra cansada, quebrada por la energía de la expresión que desafía, que injuria y que amenaza; fatigada del esfuerzo que ha hecho para poblar de moles los espacios, abre las puertas del porvenir, deposita su encono, se

dulcifica y pinta la aurora que se entrevee en los horizontes tranquilos, la flor recién abierta, la onda palpitante como el seno de una virgen enamorada, las ideas voladoras, mariposas de luz del pensamiento, que acarician con sus leves alas la frente esperanzada.

¡Qué pausada está la respiración del filósofo; ha hecho un movimiento para acomodarse mejor; probablemente despliega alguna arruga que se le ha formado en el pensamiento, ó algun botón de mi chaleco le está lastimando la mejilla!

--Seguí, papá.

--¿Cómo le vá con Prometeo, mi amigo?

--Yo no quiero que se la coma el cuervo.

--De eso se trata, de eso precisamente se trata. ¿No has visto esas mariposas que acaban de salir, la luz del pensamiento, el triunfo de las ideas, la derrota de las preocupaciones y de los fanatismos, los cuervos de la superstición? . . .

El niño estaba visiblemente incomódo con mi alocución en prosa. Decididamente la forma ejerce una viva atracción sobre todas las naturalezas.

El representante de la filosofía moderna, que no ha visto hasta ahora si Dios tiene realmente la barba blanca y larga, ni se ha dado cuenta de por qué Prometeo se ha venido á mezclar en el asunto, quiere por lo menos, seguir de cerca á los caballos de granito, al Ponto, que debe ser un animal feroz y á otros sujetos igualmente tanjibles de esta historia.

Pero no hay por el momento ni Ponto ni caballos de granito. Ya la voz del gigante no retumba en la montaña, ni tiemblan las nubes, ni se paran los astros á mirar desde los confines del mundo, con su ojo de cíclope, las miserias de ese pobre diablo que se llama pensamiento humano.

Hasta la luna, ya que no hay gresca en que no se halle metida alguna mujer, ha soltado su cabellera cana y ha derramado la belleza vieja de sus hebras tibias, sobre la cara aburrída de los mares tranquilos, cómplices en aquel momento de algun buque mercante que los hiende con su quilla de cobre.

De toda la barahunda no queda más, bien poca cosa por cierto, que unos cuantos recuerdos caducos que la mente desata, como lo hacen las cabezas de los célibes, para consolar su soledad pesimista, con las melancólicas dulzuras de otros tiempos.

Si, pero los recuerdos como los males, nunca vienen solos; alguna vision del porvenir los acompaña, alguna esperanza infundada, como todas las esperanzas, cuya íntima naturaleza es no realizarse jamás, viene á mezclarse á ellos; alguna ambición, tormento de corazones, pagaré sin vencimiento, descuento de remordimientos por faltas no cometidas, viene á ponerse en línea, con aquel baul de desechos ajados que se llama memoria.

Usted cree, señor don Olegario, en el triunfo definitivo del libre pensamiento?

La conciencia humana es como una balanza; si echa usted peso en un platillo, el otro se levanta. Yo creo en algo mas positivo, en el flujo y reflujo de la ciencia social. Si tapa usted un agujero en Europa, el error como los ratones, abre su cueva en América, en Asia, en Africa.

Pesa sobre la especie humana un lote de mentiras, de preocupaciones, de inmoralidad disfrazada, que no se pierde, que no se perderá jamás, como no se pierde nada de lo que existe en la naturaleza.

La ciencia es el patrimonio de la minoria, felizmente,

pues á no tener ni eso, mal andarian las minorias en este mundo democrático.

Si todos fuéramos pensadores ¿tendria usted con qué vestir su cuerpo indescrptible y podria usted salir á lucir por las calles, ese jeroglífico que tiene por cara y esa su sonrisa exhumada, que parece una burla sin contemporáneos, transmigrada de alguna alma antidiluviana?....

Descartes ha abierto un ojo y ha estirado la mano, decidido esta vez, á tomar por su cuenta á Prometeo.

—Detente le dije, que ya vienen las hijas del oceano.

Sin detenerse, como corresponde á un pensador de sesenta meses y sin retirar la mano de Prometeo, me miró con sus ojos serenos, con aquella mirada de plata que tienen los retratos al daguerreotipo.

Como ruido levisimo de espuma....como el roce lijero de fantásticas plumas....como murmullo de ojas desprendidas por la tormenta....No eran rayos de luna, ni jirones de niebla desgarrados por el aire liviano, era el coro armonioso de las jentiles hijas del oceano, que á la luz del crepúsculo salian de sus grutas azules.... No duermas Prometeo, al pasar á su oido murmuraban!..

Sin retirar la mano, sin mover el pequeño lábio pendiente, Platon deleitado, me miraba con sus ojos metálico en que un brillo injehuamente infantil, corria juguetonas carreras sobre su pupila humedecida.

No duermas Prometeo.

Y las ideas fluian de los versos como hojas de rosa, como volidos de perfumes, como viajes de luz, como lágrimas tiernas, como dulcísimas emociones, encantando, deleitando, suavizando, adormeciendo, como sueños de ángel, como candores, como inocencias, como lluvias de feli-

cidad que derrama sus gotas tranquilas sobre una vida que brota.

—¿A donde se ausenta de nuevo esa tierna cabeza? ¿A la orilla del mar? ¿Vá á mirar otra vez la tormenta, el huracan desatado, los mástiles viejos de los viejos buques, negros por la distancia, mudos por el terror de las olas que los asaltan?

No, va no ruje la tempestad que se quedó lejos, en los primeros versos. Las aguas se mecen como la cuna en que duermen los niños, al son de ese silbido ténue y melancólico, dulcísima música que se escapa de su pecho.

Las olas cantan en voz baja, como las madres; modulan esperanzas, se estremecen con el temor de peligros previstos; el reflejo de los cielos cae sobre las aguas como la mirada curiosa sobre el lecho de rosas y examina con atencion, las profundidades del oceano, como aquella el porvenir lejano de las ambiciones encerradas en tan frágil cofre. Las olas cantan en voz baja todas las delicias de la tierra, murmuran todas las notas indecisas, vagas como las imágenes de los sueños.

Despierta Prometeo.

Y las dulzuras fluian de los versos, como perfumes, como sonrisas, como cariños, como besos castísimos, como promesas, encantando, adormeciendo, deleitando.

Los ojos de plata miraban al infinito, con la indecision de un daguerreotipo.

¿Ha visto usted amanecer, señor Andrade?

Cuando ha trasnochado, cuando no tenia cuarto en que dormir, cuando le cerraban la puerta del colejio, ó cuando retardado por alguna borrasca juvenil, se retiraba usted lleno de remordimientos y soñoliento ¿ha oido usted tocar á algun reló metódico, las cuatro de la mañana,

con aquella impertinencia con que los relojes de las ciudades avisan á los jóvenes ó viejos calaveras, la hora que es, como quien les arroja un reproche al rostro:

En sus paseos ultra-nocturnos ¿no ha observado usted una ciudad que se despierta?

El gas va perdiendo la intensidad de su luz y cada pico hace esfuerzos por esconder su brillo enfermizo, como si tuviera vergüenza de presentarse tan pobremente ante la aurora que asoma por el horizonte, á espiar á los mundanos y echarles una lujosa reprimenda de luz sobre la cara.

Primero se oye un ruido, luego otro; se ve á los apagadores municipales, correr de vereda á vereda con su caña larga, como perseguidos por el demonio, punzando el vientre á los faroles, hasta dejarlos mas tristes que una estufa en verano; uno que otro transeunte aprovecha de la ausencia de sus contemporáneos, para decirse algunas verdades por las calle, hablando solo, como si le durara la cuerda del café ó del lecho matrimonial, en el que discutió con su mujer toda la noche, en lugar de dormir, algun industrial apurado que ató á tuntas su carro, se apresura á ganar el pan con el sudor de su frente y el trote pavoroso de su mancarron; una vieja beata madrugadora se dirige á paso de gato, por contra las paredes, á una iglesia donde se dirá una misa con olor á fraile, segun lo acaba de anunciar el lego, con todo el mal humor de una campana perturbada en su sueño; algun octojenario caviloso, desvelado crónico por su tos secular, abre los postigos viejos de su antigua ventana y asoma una cara de esfinje, para mirar con sus ojos ejipcios si el que llama á la vetusta puerta de su casa fósil, es el lechero que vende leche del rio.

Y tras de esto, cien apagadores, mil transeuntes, tres mil industriales, once mil viejas, todos los octojenarios todos los panaderos, los proveedores de los mercados, los mozos, los viejos, las mujeres, los perros, los caballos, los lecheros saltando á compas, arrodillados sobre un edificio de tarros; los ratones de vuelta á sus albañales, despues de haber hecho una visita á sus vecinos y de haberse informado del estado de los negocios de las jentes por los despojos de las cocinas; los dueños de tiendas desiertas que abren las puertas, con el fastidio pausado de una obligacion cotidiana y comienzan á colgar sus atractivos en las paredes indiferentes; los repartidores de diarios y en fin, los vendedores de todo y los compradores de todo, aparecen, brotan, llueven, salen, bajan, pululan, se atropellan, se empujan, hablan, gritan, llaman, golpean, produciendo un ruido hipócrita, que parece silencio y la algazara humana comienza á las barbas del sol, transformacion de la aurora que ha cambiado de sexo en el espacio de un par de horas.

Pues tal, señor Andrade, su Prometeo se levanta de un sueño de tres siglos y asiste al despertar de la ciudad del libre pensamiento. Las puertas del pasado rechinan y se alzan en tropel las razas estinguidas; todo vive, alienata, todo se espande y reverbera.

La lucha comienza de nuevo, la lucha por la vida. ¡Arriba pensadores, un nuevo dia comienza; el sueño de una noche nos dió aliento y la fuerza en tension en nuestros brazos, busca su aplicacion sobre la tierra! ¡Arriba pensadores, arriba, que ya asoma el claro dia en que el error y el fanatismo espiren!....

Aquí hay una imprevision, señor Andrade. Se ha olvidado usted de que tras de un claro dia viene una noche

oscura. La escena en que pone usted á su Prometeo desencadenado, es mi ciudad que se despierta para volverse á dormir al poco tiempo.

El error y el fanatismo no espiran; se duermen hasta la noche. El error y el fanatismo duermen de día, como los buhos. La naturaleza previsora no ha querido que los buhos duerman siempre, ni que velen siempre; por eso ha puesto la noche al fin de cada día y el día al extremo de cada noche. No se trata pues de espirar sinó de retirarse á cuarteles de invierno, mientras pasan los tiempos difíciles.

Usted no ha de ver cumplidas sus esperanzas, señor don Olegario y créame, lo siento mucho!

Enero de 1878.

EDUARDO WILDE.

Fin del segundo tomo.

ÍNDICE

| | Páginas |
|--|-----------|
| Tesis sobre historia de la filosofía..... | 1 á 19 |
| Fisiología de la Ristori..... | 20 á 29 |
| Sobre poesia. Polémica con el doctor Goyena..... | 30 á 138 |
| El maestro Cesareo..... | 189 á 142 |
| Sobre el cuadro de Blanes..... | 143 á 193 |
| Ignacio Pirovano..... | 194 á 207 |
| Fisiología de la música..... | 208 á 223 |
| Artículo de costumbres..... | 224 á 231 |
| Don Hilario Ascasubi..... | 232 á 237 |
| Bosquejo crítico..... | 238 á 243 |
| Varios artículos de aplicación política..... | 244 á 277 |
| Sicología social del duelo..... | 278 á 284 |
| El carnaval..... | 285 á 289 |
| Una visita al asilo de huérfanos..... | 290 á 299 |
| Fantasías de domingo..... | 300 á 310 |
| Carta al general Roca..... | 311 á 315 |
| A Palermo..... | 316 á 319 |
| El carnaval de 1876..... | 320 á 327 |
| Carta al señor Andrade sobre su canto titulado „Prometeo“..... | 328 á 340 |
